



DIÁZ
Y VARGAS



LA

EUCARISTIA



BX2215

D5

1888

C. 1

008987



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

LA VERDAD, EL AMOR Y LA VIDA

6

LA EUCHARISTÍA

REFLEXIONES SOBRE ESTE MISTERIO

POR EL LICENCIADO

D. JOAQUÍN MARÍA DIAZ Y VARGAS

ARCEDIANO
DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE MEXICO,
PROVISOR Y VICARIO GENERAL
DE LA DIOCESIS.

*Nec est alia ratio tam grande, qua habeat deus
appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis
obsecrationibus nostris.*

No hay, en efecto, otra nación, por poderosa que sea, que tenga Dioses tan cercanos á ella, como nuestro Dios está cerca de nosotros y presente á todas nuestras oraciones.

DEUTERON. IV, 7.

SEGUNDA EDICIÓN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MÉXICO
IMPRESA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON
Calle de Lerdo número 3.

1888



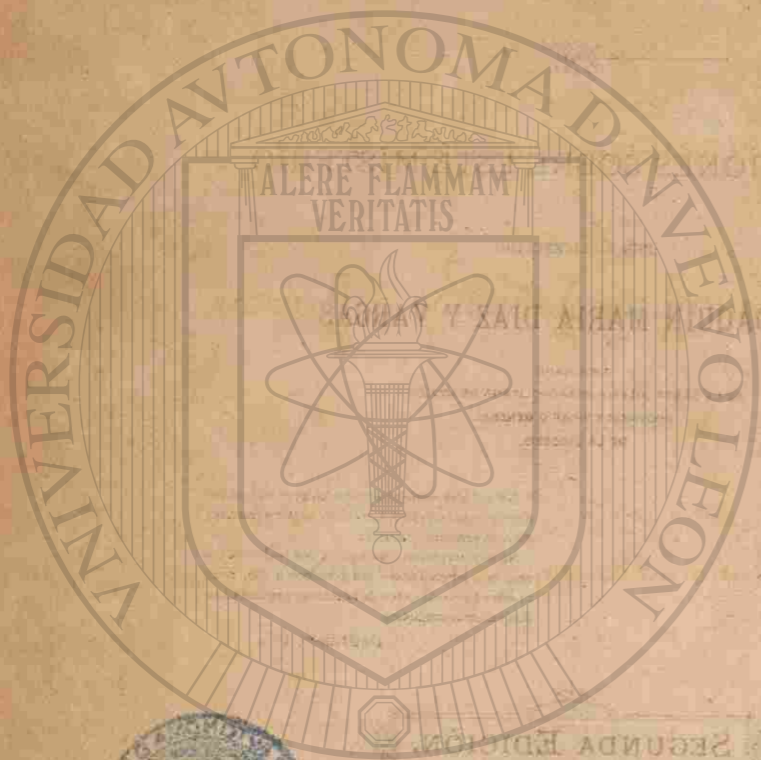
FONDO EMERITO
VALVERDE Y TELLEZ

BX2215

DS

1888

LA ESCUELA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Capilla Altamira
Biblioteca Universitaria



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Al Ilustrísimo Señor Doctor

Don Pelagio A. de Labastida y Navalos

Dignísimo Arzobispo de México

En testimonio de respeto y gratitud

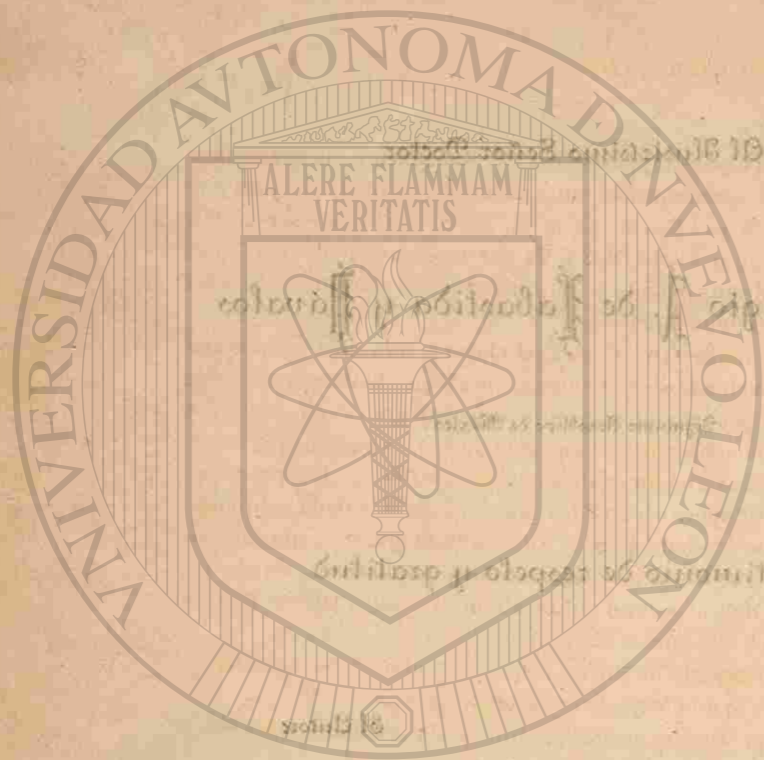
El Autor

U A N L



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

008987



ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Por comisión especial que se sirvió V. S. I. darme, he examinado muy detenidamente el opúsculo intitulado «La Verdad, el Amor y la Vida ó la Eucaristía,» escrito por el Sr. Provisor de esta Sagrada Mitra, Lic. D. Joaquín María Díaz y Vargas, Prebendado de esta Santa Iglesia Metropolitana, y nada he encontrado en él contrario á nuestra santa Fe ni á la buena moral.

Me es grato manifestar á V. S. I. el placer y cumplida satisfacción con que me he ocupado de este encargo, por haber hallado que en esta preciosa obrita, pequeña en su volumen y muy grande en su mérito, campean y lucen conceptos altísimos de piedad, expuestos á la consideración de los fieles en un estilo correcto y florido, y en algunos pasajes elevado, dejándose ver en ellos una exquisita y variada erudición.

Paréceme que nos hará V. S. I. un bien muy grande á sus diocesanos, disponiendo se imprima el expresado opúsculo, cuya lectura nos alentará más y más al seguimiento y amor de nuestro Divino Redentor, contenido en el adorable Sacramento del altar.

Tal es mi dictamen que sujeto, como debo, al de V. S. I., quien se servirá disponer lo que fuere de su superior agrado.

México, 25 de Octubre de 1871.—Illmo. Señor.—*Manuel Moreno y Jove.*

México, 27 de Octubre de 1871.—Visto el parecer del Sr. Presidente de la Junta de Censura, Dr. y Mtro. D. Manuel Moreno y Jove, Dean de esta Santa Iglesia Metropolitana, damos nuestra licencia para que se imprima el opúsculo intitulado «La Verdad, el Amor y la Vida ó la Eucaristía,» con calidad de que antes de que se dé á luz sea cotejado por el señor Censor, y de que se inserten la censura y este decreto. Así lo acordó y firmó el Illmo. Sr. Arzobispo.—*M.—El Arzobispo.—Dr. Tomás Barón, Secretario.*



INTRODUCCIÓN.

EL que no ama se halla en estado de muerte, dice el apóstol San Juan.¹ Pero es evidente que para amar es necesario conocer.

Y como la verdad satisface al conocimiento, así las bellezas de la verdad arrebatan el amor.

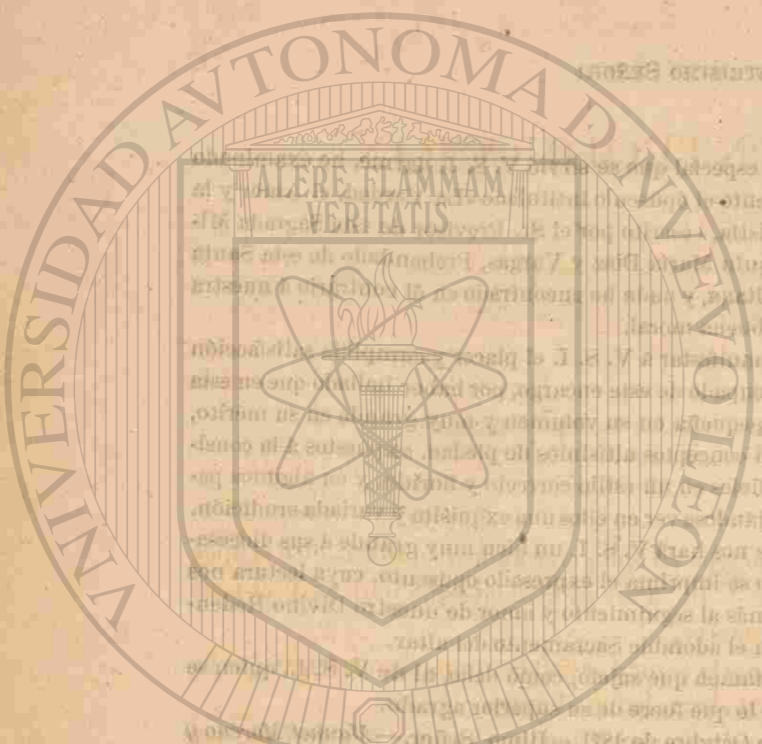
Conocer la verdad, amar el bien y vivir por el amor, son tres hechos que, ligados íntimamente en todo sér dotado de razón, demuestran una triple tendencia, innata, irresistible, perpetua.

Y Jesucristo es la personificación de la verdad, del bien y del amor. Por eso en Él se halla la vida.² Por eso el alma fuera de Jesucristo no puede respirar la vida sobrenatural. Mas así como el modo más inefable y misterioso, por el cual Jesucristo se comunica personalmente á las almas, está en la Eucaristía, así también este Augusto Misterio merece con toda propiedad ser llamado: la Verdad, el Amor y la Vida.

Esto, en cuanto al título de este libro.

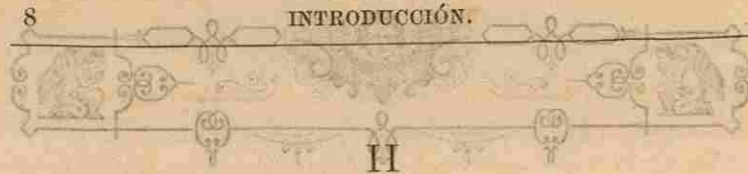
¹ Epíst. 1^a III, 14.

² S. Juan, I, 4.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VERACRUZ
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES





Si se pregunta: ¿cuál es su objeto y á qué fin se ordena? sencilla es la respuesta:

Satisfacer un deseo racional del corazón que, animado de los sentimientos que despierta la meditación de la Divina Eucaristía, se propuso expresarlos y proponerlos bajo cierto método.

Contribuir, en la época que atravesamos, á mover la piedad y la devoción hacia un misterio que, siempre amable y siempre triunfante, debe ser adorado como el resumen de toda la religión.

Ofrecer á los fieles que en la velación nocturna acompañan al Santísimo Sacramento, una serie de lecturas á propósito para emplear útilmente las horas libres de otra distribución.

Entre los misterios del Catolicismo no hay otro más tierno ni más fecundo que la Eucaristía. Las ideas que produce y los sentimientos que inspira siempre son ardientes, aun en el corazón más duro, con tal que esté ilustrado por la fe; sin embargo, puede decirse que difieren entre sí, según es la disposición del alma y el deseo de darles amplificación.

Nada nuevo se encontrará en este libro. Algunos movimientos y afectos del corazón, algunas lecciones de la experiencia humana, algunos conceptos de varios autores, agregados á la Doctrina Divina de las Santas Escrituras, cuya fuente es inagotable acerca de este Augusto Misterio, forman todo el conjunto.

Y este libro se dirige á los entendimientos que saben amar la verdad, donde quiera que exista y bajo cualquiera forma que se presente. Inútil es decir que también se dirige á los corazones que alguna vez hayan experimentado cuán dulce es el Señor con los que le buscan.

Este libro se dirige á los entendimientos que saben amar la verdad, donde quiera que exista y bajo cualquiera forma que se presente. Inútil es decir que también se dirige á los corazones que alguna vez hayan experimentado cuán dulce es el Señor con los que le buscan.

La Divina Eucaristía es para el hombre, si lo comprende bien,

todo lo que puede desear. En el camino de la vida no es dado encontrar un objeto que satisfaga mejor al corazón.

«La verdadera religión debe poder satisfacer los instintos legítimos del hombre, llenar sus justos deseos, elevarle, santificarle y deificarle con respecto al alma, con respecto al cuerpo y con respecto á todo su sér. Esto no podía hacerse, ésto no se hace realmente sino por la Eucaristía.»¹

El mundo actual atraviesa una época tristemente sombría, y son muchos los que andan en tinieblas. ¿Cómo evitar que los que todavía ven la luz no lleguen á perderla? El medio no puede ser otro que la conservación de la piedad en el corazón.

El espíritu de verdadera y sólida piedad es arma invencible contra el furor de la herejía, contra los sofismas del error, contra los halagos del vicio. Porque el espíritu firmemente piadoso se fortalece con la verdad, se nutre con el amor divino y respira la vida de la gracia.

Y es cierto: no puede haber verdadera piedad lejos de la Divina Eucaristía. Porque el corazón que es indiferente á la Eucaristía, ignora la fuente de la verdad, no estima las riquezas del amor, no sabe gustar la dulzura de la vida sobrenatural.

Por la piedad el alma se determina siempre á reverenciar y acatar á Dios, á servirle y honrarle. Nunca se han olvidado más estos deberes en las sociedades que se llaman cristianas; nunca tampoco es más apremiante la necesidad de emplear los medios eficaces y directos para fortificar y restablecer en su vigor primitivo el espíritu de piedad.

Y como la Eucaristía es el principal objeto de la piedad, porque contiene al mismo Dios en sus relaciones más amables para las almas, así también el movimiento simultáneo de las almas hacia la Eucaristía, será una señal evidente de la deseada restauración de la piedad.

«Entre nosotros y Dios, dice Gaume, el dón de piedad establece un nuevo orden de relaciones de una dulzura y de una nobleza infinitas. De criaturas, Él nos eleva á la dignidad de hijos, é inspira á nuestra alma los sentimientos de esa gloriosa filiación, del mismo modo que nos da de ella todos los derechos.»²

¹ Ráulica. Armonías de la Eucaristía. Conferencia XX.

² Traité du Saint Esprit. Tom. II. Chapitre XXVIII.

IV

Si este libro consigue encaminar de algún modo los corazones á tan noble fin, será tan sólo por la fuerza irresistible de la verdad y por la disposición dócil de las almas. El asunto merecía ser tratado con una maestría y con un ardor de espíritu, que no está en la mano del hombre alcanzar fácilmente.

Sin embargo, la gracia del cielo vendrá á suplirlo todo y bendecirá la intención de rectitud y caridad que ha dirigido la pluma. Sea permitido ahora hacer al lector algunas breves explicaciones.

En cuanto á la forma se adoptó más bien el sistema de *reflexiones*, ó sea meditaciones en forma de lecturas, en atención á que por lo común las verdades que se proponen para meditar, solamente se indican, dejando á la facultad de cada uno toda la ampliación; y aquí más que todo prevaleció la idea de ofrecer al lector, hasta donde fuese posible, analizado en sus diversos puntos de vista, el asunto particular de cada *reflexión*. Mucho, no obstante, quedará á la investigación y á la perspicacia de las almas: bien sabido es que la riqueza de una mina se conoce y se admira á proporción de lo que se explota. ¿Y qué podrá compararse á la riqueza de la Eucaristía?

En cuanto á la materia que se toca en cada *reflexión*, debe advertirse que es independiente; de modo que su inteligencia no pide con absoluta necesidad el conocimiento de las anteriores, exceptuando las VII, VIII y IX, que contienen un solo asunto dividido en tres partes. Dispúsose así, en gracia de aquellas personas que prefieran una sola *reflexión* ó que carezcan de tiempo para leerlas todas. Por lo demás nadie dejará de percibir el orden que liga entre sí á las diversas partes del todo.

Finalmente: aunque todas las *reflexiones* que en este libro se contienen, pueden considerarse á propósito para hacerse delante de Jesucristo Nuestro Señor, presente en la Divina Eucaristía, sin embargo, las personas que tributan sus adoraciones al Santísimo Sacramento en la velación nocturna, hallarán en las reflexiones XIII y XXI una relación más expresa y directa á tan importante objeto.

V

Conviene, por último, expresar el deseo de que este libro sea leído por los niños y por los jóvenes de ambos sexos, que son la más bella esperanza de la sociedad cristiana. Nadie puede poner en duda que las impresiones que se reciben cuando el entendimiento es ya capaz de reflexionar, se graban profundamente y permanecen toda la vida en el corazón, sean cuales fueren las circunstancias y las vicisitudes en que pueda encontrarse. El cristiano que desde sus primeros años ha amado al Salvador en la Eucaristía, siempre le respetará, siempre hallará en Él consuelo y descanso, siempre se empeñará en recibirle con las mejores disposiciones de su corazón. ¡Oh qué tesoro de progreso y de felicidad para el porvenir! ¿Cómo, pues, no dedicar también muy especialmente este libro á la juventud? ¿Cómo no recomendarlo con todo encarecimiento á los padres y madres de familia afligidos hoy, más que nunca, por los peligros que amenazan destruir la fe y la moral de sus hijos?

Es verdad que no faltan libros, en que con más elocuencia y con mayor fuego, se describe todo el amor que Jesucristo nos tiene en la Divina Eucaristía; pero al deplorar las ruinas de la sociedad, al contemplar que se halla tan expuesto á desplomarse lo poco bueno que todavía queda en pie, nunca podrá decirse que se multiplican demasiado los elementos de reconstrucción.

Es altamente consolador, en medio de todo ésto, el movimiento de piedad que se observa hacia la Santísima Eucaristía, con incrementos cada vez mayores. Este libro no lleva, ni puede llevar, la pretensión de dar eficaz impulso á ese movimiento, pero sí la de obtener aunque sea una sola idea, un solo suspiro de amor á Jesucristo en la Eucaristía.





REFLEXIÓN I

LA ÚLTIMA CENA.

In finem dilexit eos.
Los amó hasta el fin.

IOANN. III, 1.

SUBLIME verdad! Dios nos ha manifestado un amor infinito. La idea de ese amor arrebató la inteligencia; las glorias de ese amor inflaman el corazón que llega felizmente á sentirlo; las alabanzas de ese amor llenarán la extensión inmensa de la eternidad. ¡Qué breve es la vida humana para agradecer el amor divino! ¡Qué débil el mortal para conocer la fuerza del amor eterno!

Atenta se detiene nuestra alma en presencia de cada uno de los testimonios que Dios nos ha dado de su amor; profunda es la admiración que la inunda, al contemplar su bellissimo conjunto; ardiente el deseo que experimenta de corresponderlos, al meditar su magnitud; pero . . . ¡ah! existe entre

todos ellos un testimonio tan grande, tan hermoso, tan magnífico del amor de Dios hacia nosotros, que la lengua del hombre, aunque es nada para su descripción y para su elogio, se siente obligada, por el impulso de la gratitud, á hacer la prueba de su misma insuficiencia.

Había llegado, por fin, la memorable noche en que iba á comenzarse la obra grandiosa de la reparación del género humano, envilecido por la primera falta de sus progenitores: cinco días habían transcurrido desde que el Hombre Dios, rodeado de palmas, símbolos de victoria, y de verdes olivos, emblemas de paz, había entrado triunfante en Jerusalem, y repetían aún los ecos de Siloë las aclamaciones de aquel pueblo que, enajenado de gozo, le había proclamado Rey; el sombrío Getzemaní estaba próximo á presenciar la tristeza mortal de Jesús; habíase cumplido ya la suspirada plenitud de los siglos; acababa de sonar en el reloj de la eternidad la hora solemne de reconciliación; estaban á punto de darse la justicia y la paz el deseado ósculo de fraternal amor,¹ mediante la víctima inefable de propiciación, única entre todas que podía abrir las puertas de la vida y de la inmortalidad, que se cerraron en el principio de los tiempos.

¡Oh noche digna de eterno recuerdo! Tú pusiste feliz término á la triste y prolongada éra de cuarenta siglos en que gimió, bajo el duro yugo del pecado y de la muerte, la desgraciada raza de Adán; tú fuiste fiel testigo de los acontecimientos más ex-

¹ Salm. LXXXIV, 7. . . .

traordinarios y grandiosos del orden sobrenatural; tú mereciste la especial predilección de quien, des- envolviendo los siglos delante de sí, quiso consumir en tus instantes los designios incomprensibles de su infinito amor á los hombres. . . . Por eso no has quedado confundida en el polvo de los siglos, sino que, cual radiante estrella, brillas en la noche tenebrosa del tiempo, para extender tus resplandores hasta la última de las generaciones humanas.

Vosotros, pues, los que llevais en la frente el honroso distintivo de la cruz, los que os gloriais de seguir por todas partes las huellas del Cordero,¹ los que sentís alguna vez el corazón conmovido por el amor y la gratitud, venid y trasladad ahora vuestra imaginación á aquella fausta y venturosa noche en que el amoroso Jesús, dispuesto ya á cumplir la misión sublime que de su Padre celestial había recibido, quiso, por último, darnos no solamente las lecciones y los ejemplos que debemos seguir, sino también las pruebas más claras, las demostraciones más expresas y los testimonios más ciertos de un amor sincero y constante. Ya está para ausentarse de sus amados discípulos, porque ha llegado la hora señalada en los decretos eternos para la consumación de su sacrificio; ya pocos momentos gozarán de su dulce compañía; ya va á desapare-

¹ Apocalips., XIV, 4.

cer de su lado quien ha sido su Padre, su Maestro y su amigo: volemós á recoger sus últimas palabras, á escuchar sus importantes instrucciones, si no queremos subir después la pendiente rápida y escabrosa del Gólgota, para ir á oír sus postreros acentos y dirigirle la última palabra.

Mas ¡ay! el corazón humano, cuyo fin es amar el verdadero bien, siente todo el peso de la desgracia si llega á perderlo cuando ya se creía asegurado en su posesión. Por eso los discípulos de Jesús se resistían á una separación tan dolorosa; por eso desearían abrigar la esperanza de que no se realizaría. Sí, cuando la acción divina del Salvador, especialmente en los tres últimos años de su vida mortal, manifiesta con evidencia que sin Él nada son el hombre y la sociedad, y con Él todo lo tienen y lo pueden, es imposible admitir la total y perpetua soledad en que haya de dejar al mundo, á quien por tantos y tan diversos medios ha querido demostrar su amor. "Si no tuvo otro fin, al revestirse de nuestra miserable naturaleza, que hacer nuestra felicidad en el tiempo y en la eternidad, ¿cómo suponer que quiera privarnos de sus inmediatos beneficios, alejándose para siempre de nosotros? El que llenó la Judea con la fama de sus milagros; el que á los ciegos dió la vista, á los sordos el oído, á los mudos la voz, á los enfermos la salud y á los muertos la vida;¹ el que para alimentar á la multitud, que ávida de su doctrina le seguía, multiplicó milagrosamente los panes y los peces en el de-

1 S. Mateo, XI, 5.

sierto;² el que esparcía por todas partes una enseñanza celestial, enteramente conforme á los deseos y necesidades del corazón y de la inteligencia; el que, por último, ostentó su poder sobre el mar embravecido³ y su gloria sobre el Tabor,³ ¿tendrá voluntad de abandonarnos? ¿dejará al mundo en el triste estado que sin su presencia bienhechora tenía treinta y tres años antes? ¿Carece acaso de los medios necesarios para perpetuar su mansión en la tierra, quien tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?"⁴

III

Así hablaban los discípulos, cuando el Divino Maestro les describía en aquella noche su próxima Pasión é ignominiosa muerte; y como hijos desolados que rodean al padre agonizante, y vertiendo amargo llanto le piden su bendición postrera, así ellos entonces en derredor de Jesús, sintiendo el dolor profundo que su última mirada les inspira, no aciertan á pedirle alguna nueva gracia, que fuera, si no un lenitivo de su pena, sí un recuerdo constante de quien tanto los amó.

Y qué, ¿no se adelantará á consolarlos? ¿no encontrará acaso un objeto que pueda dejarles en testimonio de su tierna predilección? ¡Oh Jesús! Tú,

1 San Mateo. XIV, 16 y siguientes.

2 Idem VIII, 27.

3 Idem XVII, 2.

4 Proverb. VIII, 31.

que con sola una palabra sacaste de la nada todas las cosas; que llevas en la mano el cetro de un poder sin límites y magníficos tesoros de bondad, que si cumple á tus designios conviertes sabiamente en bienes los males físicos y morales, ¿por qué no empleas un medio de aliviar la desventura de los que has amado tanto, ahora que con tu muerte los abandonas? La redención del género humano, que dentro de pocas horas vas á consumir en el monte Calvario, para cumplir plenamente los vaticinios, y satisfacer la expectación de mil generaciones, es un acontecimiento verdaderamente fausto y plausible, porque restituye la verdadera libertad á los hijos de Adán, rompiendo las cadenas que la culpa original había remachado bajo los pies del ángel de la muerte; pero qué ¿por consumir esta grande obra quieres mostrarte indiferente á las lágrimas de los que te aman y que de Tí todo lo esperan?

Jesús, empero, no desplegó sus labios. Una respuesta práctica, que antes, en diversas ocasiones, había tenido oportunidad de anunciar, pero que hasta entonces ninguno había comprendido, debía calmar en aquella augusta y misteriosa noche la turbación de sus amados discípulos. ¿Pero quién podrá describirla? Si las inteligencias celestiales, extasiadas de admiración, parecieron dejar por algunos instantes sus armoniosos cánticos para contemplar y aun envidiar, si de envidia fueran capaces, la singular predilección de Jesús hacia los hombres en aquella ocasión solemne, ¿cómo se atreverá la débil pluma á delinear los rasgos y á tra-

zar los caracteres de una escena tan llena de misterios?

Trascribiremos aquí la bellísima relación que de ella hizo el grande Apóstol de las gentes, y la que de sus antecedentes inmediatos nos ha transmitido el inmortal Profeta de Patmos. Depositarios ambos de los secretos del Altísimo, presentan un testimonio auténtico de la verdad; el primero se ofrece como un ejemplar ilustre de obediencia á las inspiraciones de la gracia, y el segundo, que reclinó dulcemente la cabeza en el pecho de Jesús, en aquellos mismos momentos, pudo sentir las vehementes palpitaciones de su corazón abrasado de amor. Pero penetremos antes con la consideración en el memorable Cenáculo destinado para ser el teatro de éste y de otros maravillosos acontecimientos, porque allí está reunido todo lo que, según la antigua ley, debe servir para la celebración de la Pascua.

IV

Modelo de obediencia y de observancia, Jesús mandó que en aquel afortunado sitio se dispusiese la cena del Cordero Pascual que deseaba con ansia comer con sus discípulos. Así procuraba santificar con su presencia el acto postrero de la época de símbolos, de figuras y de sombras, inaugurando la era de la realidad y de la luz, con el rasgo más brillante de su liberalidad y con el más estupendo de

sus milagros. Hallándose en Betania con la turba fiel que siempre buscaba su compañía, el Salvador Divino envió en la tarde á algunos de sus discípulos para la conveniente preparación de aquel lugar, y él mismo se encaminó después hacia la ciudad de David y Salomón, cuando sobre las cúspides de Sión y del Olivete brillaba el último rayo del sol ya moribundo, que, corriendo rápidamente al ocaso, no quiso ser ofuscado por la llama resplandeciente de amor que aquella noche se encendería en la tierra. Llegó, por fin, y dispuesto ya el deseado convite, púsose á la mesa en medio de los que amaba.¹ Durante la cena, en que se sirvió, conforme á los ritos legales, el cordero de un año, Jesús dirige la palabra á todos y á cada uno, y los apóstoles y los discípulos reconocen en cada una de sus palabras, ó un dogma que deben creer, ó una instrucción que han de grabar en su inteligencia, ó una regla segura de su conducta: háblales de su Divinidad y de los varios misterios concernientes á Él mismo y á la religión, cuyos fundamentos va á poner; háblales de su próxima separación, y les hace aquella solemne promesa del Espíritu de verdad y de consuelo, que sobre ellos vendría después de su partida para llenarlos de sus dones;² háblales, por último, del afecto singular que les profesa, y su corazón se dilata al indicarles los modos admirables con que quiere manifestárselos. Mas ¡ay! que también entonces hubo un momento en que

¹ S. Marcos. XIV, 17.

² S. Juan. XVI, 7.

Jesús, queriendo iniciar el drama sangriento y doloroso de su pasión, indica la presencia del que le ha de poner en manos de sus implacables enemigos, y deplora amargamente y maldice la suerte del traidor é ingrato discípulo.¹ ¡Increíble contraste! Juan reclinado en el pecho de Jesús, y Judas disponiéndose á venderlo por una vil suma de dinero. . . . Entretanto, el Hijo Divino de María está á punto de consumir sus recónditos designios. Oigamos, por fin, al historiador sagrado, al predilecto discípulo:

“La víspera, dice, de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora para pasar de este mundo á su Eterno Padre, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y así, terminada la cena. . . . sabiendo Jesús que el Padre le había puesto en las manos todas las cosas; que había salido de Dios y que á Dios volvía, se levanta de la cena, deja sus vestidos, y tomando una toalla, cíñese con ella. Echa después agua en un lebrillo, y comienza á lavar los pies de sus discípulos, y á enjuagarlos con la toalla de que estaba ceñido. Llega á Simón Pedro, que dice: “Señor, ¿tú me lavas los pies?” y le responde Jesús: “ahora ignoras, después sabrás lo que hago.” “No, dice Pedro, jamás me lavarás los pies.” “Si yo no te lavare, repuso Jesús, no tendrás parte conmigo.” Entonces Pedro agrega: “Señor, no solamente los pies, también las manos y la cabeza.” Dícele Jesús: “El que está lavado no necesita sino lavarse

¹ S. Lucas. XXII, 22.

los pies, y vosotros estais limpios, pero no todos." Porque Jesús sabía quién lo había de entregar, por eso dijo: no todos estais limpios. Después, en fin, volvió á tomar sus vestidos y se puso otra vez á la mesa.¹

Así preparado el espíritu de los discípulos, saca entonces el Divino Maestro de los ricos tesoros de su misericordia y de su poder, un medio el más ap-to, y hasta allí desconocido, de consolar á la porción afligida que le rodea; un rico presente capaz de satisfacer liberalmente sus votos, y llenar el vacío inmenso que deja en sus corazones al separarse; un dón, en fin, tan precioso, que nadie había imaginado y que ninguno jamás se habría atrevido á pedir. Sí. ¡Oh exceso incomprensible de amor! El mismo Jesús quiere permanecer en medio de ellos, no como hasta entonces, sino de un modo más admirable todavía; de un modo que les inspire más confianza y que pueda acomodarse á todos los tiempos y á todos los lugares; de un modo, finalmente, que pueda unirse á ellos con tal intimidad, que, entrando en sus mismos corazones, permanezca en ellos y ellos en Él. Quiere ser, desde aquel momento, el principio vivificante de las almas, y derramar en ellas tantos consuelos y gracias cuantos sean los instantes que quieran unirse con Él.

"Yo aprendí del Señor, dice el grande apóstol San Pablo, lo que os tengo también enseñado;" y es que Jesús, en la misma noche que había de ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, le par-

1 S. Juan. XIII, 1 y siguientes.

tió y dijo á sus discípulos: "tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced ésto en memoria mia." Tomó de la misma manera el cáliz después de haber cenado, diciéndoles: "este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced ésto en memoria mia, cuantas veces le bebiereis. Porque todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga."¹

No hay labio humano que pueda explicar este amor infinito de Jesús á nosotros. Por eso Él mismo se ocupó de explicarlo, sí, á sus discípulos, en esas solemnes palabras que después fué pronunciando por el camino del Cenáculo á Getzemaní. "Como el Padre me amó, así también yo os he amado: perseverad en mi amor. Este es mi mandamiento: que os améis los unos á los otros como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que Éste que expone su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hicieres las cosas que yo os mando. No os llamaré ya *siervos*, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; mas á vosotros os he llamado *amigos*, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. No me elegísteis vosotros á mí, mas yo os elegí á vosotros y os he puesto para que vayais y lleveis fruto, y permanezca vuestro fruto. Por ésto os mando que os améis los unos á los otros."² Si al leer ésto nuestros ojos no se llenan de lágrimas, no sabemos ni agradecer ni amar.

1 1º á los Corintios. XI, 23 y siguientes.

2 S. Juan. XV, 9 y siguientes.

Los deseos de Jesús estaban cumplidos: el género humano, cuanto decirse puede, enaltecido; el mayor de los prodigios, consumado. "¡Oh liberalidad impensada! exclama atónito el gran Pontífice Urbano IV, en la que el dón que se nos da es la persona misma del que nos lo da."¹ Justamente agradecida la Iglesia, firme columna de la verdad, dirige, millares de veces cada día, estas bellísimas palabras al Autor único y soberano de la verdadera grandeza humana: "De un modo admirable criaste al hombre, y le constituiste en dignidad sobre todos los demás séres; pero de un modo todavía más admirable, has reparado su naturaleza envilecida."

¡Género humano! Si has olvidado tu historia, recuérdala. . . . Así podrás entender la economía admirable que ha seguido en todo lo que se refiere á tí, el Sér Eterno, magnífico y providente, que, feliz por sí mismo, para su gloria esencial no necesita de tí. Envuelto en las sombras de la posibilidad, estuviste trazado en los senos eternos de la mente divina, hasta que llegó el momento en que debías salir á la existencia, llevando en tu sér el sello indeleble de la Divinidad, para presidir á la creación entera. Mas ¡ay! aunque colmado de los favores del Creador, emprendiste, ingrato, una carrera de aberraciones en cuyo término estaba tu desgraciada ruina. Perdió muy pronto tu memoria hasta la idea del

¹ Const. «Transiturus», ann. 1262.

Hacedor Supremo, que se había complacido en sacarte de la nada, para hacerte feliz. ¿Cuál, pues, habría sido tu suerte, si tus desvaríos no hubieran obtenido su clemencia? Habrías indudablemente perecido. Pero su mano benéfica no dejó por eso de señalarte el sendero de la felicidad, y no obstante las densas tinieblas á que te había conducido la pérdida de la justicia original, pudiste vislumbrar de lejos la consoladora esperanza de volver algún día á la gracia del Eterno. Corriendo los tiempos, viste aparecer, uno á uno, aquellos de tu especie que, elegidos é inspirados por el Espíritu de Dios, fijaron en sus vaticinios los nobilísimos caracteres de tu futuro Mediador.

Tus deseos, empero, reconocían un límite; tus esperanzas un término. No pasaban más allá del restablecimiento de la amistad primitiva con tu Soberano Autor. Apreciabas en su verdadero valor este señalado beneficio de su bondad, y no podías concebir ni esperar otro mayor. Y sin embargo, en la noche memorable que precedió á tu reparación, Jesús, esta fuente divina de tus glorias, cubriendo lo pasado con un velo impenetrable, sólo piensa en apurar los excesos de su amor, ennobleciendo y elevando tu naturaleza á una altura que excede toda ponderación, al consumir su unión más íntima contigo. ¡Oh favor insigne, maravilla inaudita, liberalidad increíble! Congratúlate ¡oh linaje de Adán! por esa suma inmensa de gracias, por esa felicidad infinita que has recibido en la posesión íntima, plena y absoluta de tu Dios y Salvador.

Y tanto más crecen esta bondad y munificencia de Jesús, cuanto es mayor el número de aquellos á quienes se extiende. Él quiere hacer participante de sus magníficos dones, no sólo á la generación que lo ve morir, sino también á todas las que han de sucederse en el dilatado trascurso de los siglos. El sacerdocio de la nueva ley, esa institución admirable, que, dejando abajo los monarcas del mundo, eleva al hombre más allá de la grandeza humana; que lo lleva á ejercer las mismas altísimas funciones de Jesucristo, y lo asocia á la grandiosa obra de la restauración moral de la humanidad, será el que, según el mandato del Eterno Sacerdote, llevará á las naciones el precioso alimento de la Eucaristía, para depositar en todos los corazones esta prenda de la vida futura, y sembrar en ellos la fecunda semilla de la inmortalidad.

¡Ah! En los tres primeros siglos del Cristianismo, cuando la Iglesia naciente sostenía tan rudos y reiterados combates, ¡cuánto vigor y esfuerzo hallaban en este pan de vida, justamente llamado de los fuertes, tantos millares de mártires, para comparecer con frente serena delante de los tiranos, y arrostrar, con ánimo denodado, los tormentos más crueles, la muerte más atroz! En esa tenaz é interminable lucha que agita la rebelión de la carne contra el espíritu, ¡qué hermosa es la serie de los triunfos alcanzados por la virtud saludable y eficaz de

ese vino misterioso que engendra vírgenes! En todas las edades, en todos los países, en las diversas vicisitudes de la vida humana, ¡á quién son desconocidas la fuerza interior y la heroica intrepidez con que marchan, afrontando todos los peligros, por el camino de la justicia y de la verdadera gloria, los que dignamente reciben este manjar del cielo? Y en nuestros días, en medio de la indiferencia religiosa y de la cínica impiedad que trabaja las sociedades, ¿no vemos con indecible placer nuestros altares rodeados de corazones fieles, reproduciendo millares de veces la tierna escena del Cenáculo, para permanecer constantes en la fe, entre las persecuciones del Catolicismo, como los apóstoles durante la triste Pasión de su Divino Maestro?



REFLEXIÓN II

EL SACRIFICIO.

Oblatus est quia ipse voluit.

Se ofreció porque Él mismo quiso.

ISAIAE. LIII, 7.

I

PLUTARCO, filósofo gentil de la antigüedad, observando el constante y unánime consentimiento de todos los pueblos acerca de la existencia de una Deidad Suprema, por quien se gobierne el universo, y de quien penda el orden invariable de la naturaleza, “hallareis, decía, pueblos sin murallas, sin literatura, sin reyes; pueblos sin casas, sin moneda, que no tengan idea alguna de teatros ni de gimnasios; pero nunca encontrareis pueblos sin Dios; que no tengan que prestar juramento; que no digan plegarias ni hagan sacrificios: nunca se vió uno de estos pueblos; nunca se verá: creo que antes existiría un pueblo sin suelo que sin religión.”¹

¹ Contra Colot. XLIX.

Este ilustre testimonio, homenaje sincero rendido á la verdad, ha sido conservado por la historia, para presentarlo á los genios rebeldes de los siglos que viene atravesando, siempre que, ciegos de orgullo, aparentan afiliarse bajo la negra bandera del ateísmo.

En cuanto á nosotros, que felizmente hemos sido ilustrados por la recta filosofía y por la fe, cada instante leemos en el grandioso libro del universo, abierto á nuestra vista, estas consoladoras palabras: “Dios existe!” palabras repetidas tantas veces cuantos son los objetos que nos rodean. Las perfecciones de todo género que se observan en ellos, demuestran la existencia de un principio de perfección infinita; la evidente imposibilidad de darse el sér á sí mismos, manifiesta un Criador Omnipotente, y la necesidad absoluta de auxilio para no perecer, publica sin cesar la Providencia de un Conservador Supremo.

II

¡Sol que presides el día! ¡Luna que disipas las sombras de la noche! ¡Astros innumerables que, arrojando vuestra resplandeciente luz á distancias inmensas, servís de lámparas en el magnífico templo erigido á la grandeza del Eterno! ¿quién dictó las leyes de vuestros movimientos? ¿Quién trazó en esos espacios incommensurables la ruta que invariablemente seguís? ¿Quién encendió vuestra claridad inextinguible?

Y vosotros ¡soberbios montes, cuyas cumbres se pierden en las regiones de la tempestad! ¡Cedros gigantescos, que resistís sobre las erizadas rocas el rudo impulso del huracán! ¡Rios caudalosos, cuya espumosa corriente se precipita entre peñascos para deslizarse después, suave y adormecida, en el fondo de los valles! ¡quién imprimió en vuestro sér ese aire de grandeza, de sublime y encantadora poesía?

El mismo, me direis, que levanta las olas del océano, y que lleva el relámpago en su diestra; el mismo que con el peso de los frutos encorva en el otoño los ramos de los árboles, y viste los prados de flores en la primavera: el mismo cuyo pleno dominio sobre tí y sobre todo lo que existe, jamás podrás negar impunemente; porque de Él has recibido cuanto tienes; porque sólo Él puede dar lo que te falte; porque Él es tu fin último y tu verdadera felicidad.

III

Toda la naturaleza hace esta solemne declaración al hombre, y éste, despojándose de la ilusión y vanidad que tantas veces cubren sus ojos, conoce y medita los grandes deberes que de él exige el Árbitro Soberano del universo. Grabada en el fondo de la razón humana la idea innata y consoladora del Supremo Sér, y de los deberes fundados en la naturaleza misma del hombre, debió existir en todas las edades y en todos los países, una forma de

terminada de orar, un altar y un culto, un sacerdote y un sacrificio. Sobre la inteligencia humana, es verdad, esparcieron el pecado y la maldición divina, densas tinieblas que le impedían reconocer á *El que es*, y darle el culto digno de su grandeza, pero jamás llegó á extinguirse del todo ni en uno solo de los hombres la luminosa idea de la suprema verdad. Regístrense las páginas de la historia. En los siglos que tocan á la cuna del mundo, aparece esa dilatada serie de patriarcas, que, desde Abel hasta Noe, y desde Noe hasta Moisés, no obstante la postración y abatimiento de la naturaleza humana, merecieron la protección especial y la predilección de la Divinidad ofendida, y conservaron la idea perfecta del verdadero Dios, tributándole los justos homenajes de su amor, de su respeto y agradecimiento. Entonces los primeros frutos de la tierra acabados de recoger, y los pequeños corderos escogidos en el rebaño, eran las hostias pacíficas, que, ofrecidas en la sencillez del corazón, daban un testimonio solemne de que la criatura reconocía al Criador. Abel ofreció á Dios lo mejor de sus ganados; Cain los frutos de los campos, en su primitiva excelencia y lozanía; Noe, saliendo del arca, levantó un altar de gratitud sobre la húmeda yerba; Melquisedec presentó en holocausto panes y vino; Jacob, en fin, derramó vino y aceite en sacrificio, sobre la piedra en que había reclinado la cabeza y visto en sueños ascender y descender los ángeles de paz en la escala de su misteriosa visión.

Y si, por otra parte, la multitud era llevada por la corriente del mal, y toda carne había corrompido sus caminos, nunca, sin embargo, llegó á perderse la idea de la verdad, aunque envuelta en los devanos de la razón humana degradada.

Uno solo, entre todos los pueblos, invocó más tarde y tributó sus respetuosos homenajes á Jehová. Las promesas hechas á Abraham tuvieron su más exacto cumplimiento, y el pueblo escogido, comparable en su número á las estrellas del cielo, visiblemente protegido de Dios y depositario de la fe de los patriarcas, conservó al través de sus aberraciones las prácticas del culto verdadero, y los símbolos de la ley futura de gracia.

“Dos especies de sacrificios, enseñados y ordenados por Dios mismo, tenía el pueblo hebreo: los sacrificios que se hacían derramando la sangre de las víctimas, y los incruentos, como el sacrificio de la flor de harina, de perfumes, etc. Todos los antiguos sacrificios servían para demostrar á Dios, con estos signos externos, el sacrificio interno del corazón, y también para figurar el sacrificio ofrecido por Jesucristo sobre la cruz, y que se continúa sobre los altares por todo el mundo. Los sacrificios de los animales inmolados y muertos, significaban á Jesucristo que debía ser inmolado sobre la cruz, y por ésto Jesucristo es llamado en el Apocalipsi: *cordero muerto desde el principio del mundo*;¹ porque era en cierto modo inmolado en todos aquellos animales, pues que su sangre y su

¹ Cap. XIII, 8.

muerte futura daban todo su valor á aquellas víctimas antiguas, para hacerlas gratas á Dios.”¹

En medio de las doce tribus de Israel se levantaba entonces grandioso y magnífico el primer templo erigido al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y cuyas formas, dimensiones y ornato fueron declarados por Dios al legislador del pueblo judaico. Allí los panes de proposición y el propiciatorio; allí el candelero de oro y el arca de la alianza; allí, en fin, el altar de los holocaustos, la vara de Aarón, sumo sacerdote, y la urna del maná. Allí el olor de las víctimas que se consumían sobre el altar, y el aroma del incienso, se elevaban al cielo cuando el astro del día asomaba en el Oriente, y cuando escondía su frente radiante en el Ocaso.

IV

Entretanto los siglos trascurrieron: cumpliése la plenitud de los tiempos; y cuando César Augusto empuñaba el cetro romano, y la antigua Roma llegaba al apogeo de su gloria, en una fría noche de invierno, y en un rincón de la Judea, resonaron los gratisimos cantares de los ángeles de paz, que la anunciaron á los hombres, después de glorificar á Dios en lo más alto de los cielos. En el humilde pesebre de Bethleem había nacido el Deseado de las naciones.

Desde allí hasta el Calvario, una huella lumi-

¹ Martini. Instrucción sobre la Eucaristía como sacrificio.

nosa de bondad y beneficios. ¿Y en ese monte, elegido por la Justicia, preparado por la Misericordia y rociado con la Sangre Divina, qué se ve? El sacrificio de valor infinito que borra los pecados del mundo. Allí termina su carrera mortal el Reparador Divino, Bienhechor universal, Legislador y Rey; allí, enarbolado en la cruz que Él mismo había llevado sobre sus hombros, exhausto de fuerzas, harto de oprobios y tormentos, habla al mundo, y la naturaleza toda se conmueve; allí, en fin, para darnos la vida, exhala su aliento postrero.

¡Oh sacrificio en que sirvió de altar la misma tierra delincuente, en cuya expiación fué ofrecido! En él todo es único, todo admirable, todo inaudito. Sólo por él pudo el hombre volver á estrechar la mano amiga de su Dios. Sólo por él pudo la naturaleza humana entrar en la posesión de los derechos que había perdido á la herencia del cielo.

Pero menester fué que el Justo por esencia se revistiese de las apariencias de pecador; que se humillase sobre la tierra el que reina con infinita majestad en el cielo; que se sometiese el Supremo Autor de la vida á pasar por las puertas del sepulcro, para sellar así la libertad del hombre, para emanciparlo de la muerte y del pecado, para encaminarlo á su verdadero destino, en la vida de la gracia, de la gloria y de la inmortalidad.

No eran, pues, ni podían ser suficientes para fines tan grandiosos, los imperfectos sacrificios de la ley antigua: era ineficaz la sangre de los toros y de los machos de cabrío, para desarmar la cólera del cielo, ora por la condición misma de las víctimas, ora porque los sacrificadores, aunque designados por el mismo Dios, estaban envueltos, sin embargo, en la maldición universal. Sólo en el sacrificio de la cruz hallamos una expiación plena por su santidad y objeto; sólo en él se identifican el sacerdote y la víctima; sólo en él existe el secreto misterioso de la restauración moral de la humanidad.

¡Feliz mil veces la culpa que mereció toda la magnificencia de un Redentor tan ilustre! Sin ella, jamás se habría divinizado nuestra miserable naturaleza; jamás los que por ella vivimos en el dolor habríamos visto un modelo de heroico sufrimiento; jamás se habría dilatado tanto, si puede así decirse, la efusión del amor que tiene al hombre el Supremo Hacedor. Lo amó, sí, de tal manera, que no vaciló en darle á su mismo Hijo unigénito. En Él recibió el mundo un Maestro que lo sacase de la profunda ignorancia en que yacía sumergido; un Rey que le dictase leyes justas para no seguir más en manos de su propio consejo; un Conductor que lo llevase sano y salvo á su verdadero destino.

¿Y le pareció bastante haberlo dado una vez?

La expiación fué de valor infinito, es verdad: ¿pero quedó con ella satisfecho el amor del Señor, rico siempre de bondades, y liberal y magnífico en ejercerlas? No. Jesucristo constituido hermano, sacerdote y víctima de la humanidad, reproducirá voluntariamente estos oficios; porque más de una vez se repetirá todavía en el largo trascurso de los siglos, la triste desobediencia del Paraíso; porque la ingratitude hará olvidar á la naturaleza humana el grado de nobleza á que por la redención fué enaltecida; porque ¡oh dolor! volverán á romperse por el pecado, las relaciones de amistad á tanta costa restablecidas entre el hombre y su Autor.

La Eucaristía, institución incomprensible del poder y del amor de Dios, perpetuará sobre la tierra el grande sacrificio de Jesús. La Eucaristía, ligando íntimamente la naturaleza humana con la divina, será la hermosa víctima de propiciación destinada á expiar continuamente, hasta el último día de los tiempos, los crímenes de la humanidad ingrata. La Eucaristía, bello tesoro descendido del cielo, será el eficaz remedio del pecado, causa única que puede separarnos de Dios. ¡Ah! El rayo de la justicia se apaga en las manos del Eterno, al ofrecerse sobre nuestros altares esta Víctima adorable, y la compasión más tierna ocupa el lugar del castigo. El valor inmenso de esta hostia de expiación, guarda siempre la proporción más perfecta con los bienes que atrae y con los males que aleja. Sin ella, habríase la virtud ausentado del mundo, y los crímenes tendrían en él su des-

pótico imperio; sin ella, los vínculos del amor y de la armonía social estarían disueltos; sin ella, más de una vez la calamidad y la muerte habrían destruido las naciones, y la desolación universal sentaríase ya junto á los escombros del universo.

VI

Si la razón humana, esencialmente débil, llega alguna vez á remontarse, por un esfuerzo natural, más allá de su esfera activa, y alcanza á descubrir todo lo que hay de grandioso y sorprendente en la dilatada serie de los séres creados y sus multiplicadas relaciones, ¿á qué grado no llegará su acción si, en alas de la fe, sube á los arcanos insondables de la bondad del Sér infinito? Pasando allí de misterio en misterio, abrirá por fin y recorrerá las incomprensibles páginas del libro de la redención; allí la verá consumada en la cruz por la vez primera, y mil y mil veces reproducida sobre nuestros altares hasta el fin de los tiempos. Ese sacrificio continuo aparecerá entonces como la más bella realización de los altísimos designios del Eterno.

Grande, omnipotente y perfectísimo en sí mismo, antes de todos los siglos, plugo á su voluntad en la creación, arrojar de sí un destello de sus perfecciones: infinitamente compasivo y generoso después de la primera culpa del hombre, hizo en la redención ostensibles sus bondades; pero liberal y magnífico con exceso, tierno y amante sobre toda

ponderación, se constituye víctima perpetua y universal, para extender al través de las edades sus misericordias y su amor. Así desde la eternidad ordenaba los medios; así los hacía cumplir en el tiempo; así se preparaba, en fin, para ejercer los oficios de mediador incesante de todos los tiempos y lugares, revestido del doble carácter de sacerdote y hostia de expiación, asociando á tan sublime sacerdocio á los mismos que tanto ha amado y engrandecido. Y nosotros existimos cuando estos designios se realizan: nosotros hemos sido llamados á la vida para presenciar el espectáculo sublime de un Dios que sin cesar se ofrece por nuestro bien: nosotros palpamos la realidad, porque con predilección fuimos antepuestos á los que vieron las figuras y oyeron las promesas. ¡Sentimientos de gratitud, salid! ¡Corazones mortales, exhalaos en júbilo! ¡Naciones todas, cantad!

No hay un solo momento en que no suba al cielo el suave olor de esta Víctima adorable. A medida que el astro-rey esparce sus rayos sobre ambos hemisferios, se ofrece sucesivamente en toda la redondez del globo. Se ofrece con pompa y aparato magnífico en las suntuosas basílicas de las grandes ciudades; se ofrece con modesta sencillez en las retiradas ermitas de los campos; se ofrece bajo las añosas encinas de los bosques, ó bajo la tienda de campaña en presencia de un grupo de valientes; se ofrece, por último, á bordo del bajel que conduce al navegante á países extraños y remotos. Este divino sacrificio constituye la parte

principal de nuestras solemnidades, santifica el júbilo religioso del pueblo fiel, inaugura las empresas difíciles, corona los grandes sucesos del Estado, bendice la unión nupcial, alivia el corazón atribulado, expresa las alegrías domésticas, y sirve de sufragio al mortal, cuando su frío cadáver está para esconderse en la fosa.

Germen y perfección de la felicidad humana en el tiempo y más allá, la religión verdadera se resume toda en este perenne sacrificio, porque él es el monumento grandioso, el memorial imperecedero de la pasión y muerte de Jesús. "Todo el culto cristiano tiene un centro: es Jesucristo mismo, ofreciéndose en sacrificio y permaneciendo bajo las apariencias de pan y vino, entre los hijos de los hombres, para alimentarlos con su pura substancia, santificarlos con su presencia, é interceder por ellos cerca de su Padre celestial. La Iglesia convoca en derredor de este centro divino, todos los homenajes de la inteligencia humana. La arquitectura eleva el templo; la pintura y la escultura lo decoran, la industria cincela los vasos, teje los ornamentos santos, ilustra con el buril los libros de las oraciones; la música hace resonar con armoniosos acentos la sonora nave; la elocuencia lo llena con sus ecos sagrados, y la poesía misma está invitada, como los demás, á asociarse á los elogios de la Divinidad y á inspirar piadosas emociones á las almas."¹

¹ Maiche. Restauración de la sociedad moral por el Cristianismo, Cap. XXX.

VII

Es altamente solemne el momento en que el sonido del bronce llena los aires en la elevada torre, para anunciar la inmolación de la gran Víctima. Sobre ese bronce que suena se levanta la cruz, símbolo de la Redención, de la felicidad y de la gloria. ¡Que todos, al oírlo, puedan decir con el Centurión del Evangelio, en la efusión de su espíritu: "verdaderamente Éste es el Hijo de Dios."¹

¹ S. Marcos. XV, 39.



REFLEXIÓN III

EL DIA Y LA NOCHE.

Haec requies mea.
Este es mi descanso.

PSALM. CXXXI, 14.

I

DESPUÉS que hubo resonado en los oídos declincentes de los progenitores del género humano, el eco de maldición, origen fatal de su desgracia, el pecado y la muerte, enseñoreados del mundo, ejercieron su imperio en todos los sitios donde antes había puesto complacido sus miradas el Hacedor Supremo. Cambióse en objeto de ira el que era objeto de complacencia; y abandonada la razón humana á su propio dictamen, no solamente recorrió en breve los senderos todos del mal, sino que arrancó también de la Eterna Sabiduría un suspiro de dolor y de arrepentimiento.¹ El género humano, corriendo de aberración en abe-

¹ Génesis. VI, 6.

VII

Es altamente solemne el momento en que el sonido del bronce llena los aires en la elevada torre, para anunciar la inmolación de la gran Víctima. Sobre ese bronce que suena se levanta la cruz, símbolo de la Redención, de la felicidad y de la gloria. ¡Que todos, al oírlo, puedan decir con el Centurión del Evangelio, en la efusión de su espíritu: "verdaderamente Éste es el Hijo de Dios."¹

¹ S. Marcos. XV, 39.



REFLEXIÓN III

EL DIA Y LA NOCHE.

Haec requies mea.
Este es mi descanso.

PSALM. CXXXI, 14.

I

DESPUÉS que hubo resonado en los oídos declincentes de los progenitores del género humano, el eco de maldición, origen fatal de su desgracia, el pecado y la muerte, enseñoreados del mundo, ejercieron su imperio en todos los sitios donde antes había puesto complacido sus miradas el Hacedor Supremo. Cambióse en objeto de ira el que era objeto de complacencia; y abandonada la razón humana á su propio dictamen, no solamente recorrió en breve los senderos todos del mal, sino que arrancó también de la Eterna Sabiduría un suspiro de dolor y de arrepentimiento.¹ El género humano, corriendo de aberración en abe-

¹ Génesis. VI, 6.

rración, llegó á hacerse indigno de las benévolas manifestaciones de su Soberano Autor. Un testimonio irrefragable nos presenta de esta triste verdad, aquella horrible catástrofe en que fué envuelto á los dos mil años de su existencia, cuando una sola familia mereció, por su fidelidad, quedar á cubierto del universal y formidable castigo. Testigos también las ciudades del valle de Pentápolis, tristemente célebres, abrasadas por el fuego del cielo.

Jehová, pues, había escondido su faz, antes risueña, tras de las sombras de su justa indignación; parecía haberse ausentado para siempre de la tierra manchada de ingratitude y de crímenes; parecía desconocer en la criatura racional su hermosa imagen, desfigurada ya por las hondas heridas del pecado.

¡Oh hombre! Unas veces lleno de amargura lamentaste tu desgracia, sentado bajo la palma del desierto; otras, buscabas ansioso tu felicidad en la engañosa ilusión de los objetos trazados en tu fantasía; otras, en fin, entregado á vergonzosas pasiones, la frente inclinada y la inteligencia oscurecida, no pensaste sino en lo visible, perdiendo así tu nobleza y tu grandioso destino.

Yo veo sucederse de este modo las generaciones, durante muchos siglos; veo entronizado el genio del mal en la herencia del Señor; veo, por último, al mundo, en su edad primera, cuando debiera ostentar el vigor de su vida juvenil, reducido á la abyección más degradante, y dormir tranquilo el sueño de la muerte.

Mas ¡oh economía admirable! extinguida después por las aguas del diluvio la generación delincuente, los descendientes de Noé hallaron gracia delante del Eterno. Tuvieron lugar las divinas promesas; dejáronse ver los símbolos al lado de las figuras, y se hizo el anuncio solemne de una época de felicidad y bienandanza. Promulgáronse más tarde preceptos nuevos, en medio de pompas sublimes y aparato magnífico; establecióse un culto digno de la grandeza de su Divino Autor; y los ojos del Señor ya se fijaron propicios en la porción predilecta de Israel. Desde el augusto propiciatorio, desde el santuario, erigido en medio de las doce tribus, hablaba y se comunicaba á los hombres, al través de sombras misteriosas, el futuro Reparador de nuestro linaje.

Existía sobre la tierra la consoladora esperanza de contemplar algún día entre los hombres, bajo sensible forma, al Vencedor de la muerte, y cada generación sepultaba consigo en la tumba el amargo desconsuelo de no haber presenciado tan insólito espectáculo. Los caracteres del Hombre Dios, especialmente consignados en los augustos vaticinios, excitaban la atención universal, y tenían aborta la espectación de las naciones.

¡Oh colina de Sión! Permite que desde remoto suelo te salude. Tú escuchaste los gratísimos acentos del Profeta Rey, que, viendo en espíritu las es-

cenas de un lejano porvenir, reprodujo al són de su lira las magníficas promesas hechas en otro tiempo á Abraham, Isaac y Jacob, las predicciones de Isaías, y la voz unísona de tantos otros, que, inspirados como él, le precedieron. Tu memoria vivirá siempre célebre en los fastos del mundo, y tu nombre, radiante de recuerdos, será trasmitido con entusiasmo por mil generaciones, aun más allá del tiempo.

III

Apareció, en fin, el objeto verdaderamente digno de tantos votos. ¡Oh momento, el más feliz de todos, rodeado de esperanzas y de amor! Apareció, sí, y en medio de la noche, un astro luminoso conduce á tres grandes del Oriente al pobre establo de Bethleem, donde había nacido; y allí le reconocen y le ofrecen sus respetos y homenajes. Revestido del doble carácter de Hombre y Dios, al paso que se somete á las privaciones y miserias de la vida, triste patrimonio de los hijos de Adán, imprime en sus acciones el sello de una sabiduría infinita, de un poder y bondad sin límites. Vivió sobre la tierra treinta y tres años, el Eterno por esencia que mora en los cielos, existió como hombre el que es Dios, y se entregó por fin á la muerte el Autor de la inmortalidad.

Sin embargo, siéndole demasiado sensible abandonar al mundo, por quien tanto ha sufrido, fija su

residencia en la tierra para ser el compañero y el consuelo de todas las generaciones en su penoso destierro. Bajo la nueva y humilde forma en que se dejó ver en la noche que precedió á su muerte, cuando se hizo manjar de sus discípulos, morará, mientras el tiempo acaba, entre los hijos de los hombres. Entre lo más oscuro y recóndito de las grutas del desierto, y en las húmedas y lóbregas catacumbas, habitará apenas conocido, en tanto que pasan las primeras horribles persecuciones, y más tarde, en tiempos de tranquilidad y de paz, domado el mundo bajo el estandarte de la Cruz, se ostentará magnífico, y recibirá el honor á solo Él debido, en medio del suntuoso templo erigido á su gloria, así en el antiguo como en el moderno continente, desde las márgenes del Tigris hasta las apartadas costas del Pacífico.

Había dicho en otro tiempo por David: "este es mi descanso para siempre: aquí tendré mi habitación, pues la elegí." Y esta promesa consoladora se ha cumplido. Diez y nueve siglos há que la Divina Humanidad de Jesús fué á ocultarse tras una blanca nube, al elevarse más allá del azulado firmamento; y desde entonces la presencia bienhechora, misteriosa y real del Único que ha sabido y sabe amar á los hombres, se multiplica por toda la faz de la tierra. Partió, sí, mas permanece aún. Al tiempo mismo que voló á descorrer el velo que cubría la mansión celestial, resolvió servirnos de guía en la senda difícil que allá conduce. Amigo fiel y hábil conocedor de nuestras desgracias pasa-

das y de nuestra miseria actual, sabe, cual ninguno, iluminar y dar auxilio; profundo sabedor de la tristeza que domina á nuestra raza proscrita y abatida, sabe inspirar consuelo y fortaleza; persuadido, en fin, de la sed insaciable de felicidad que nos devora, sabe dar gozo y satisfacer.

Silencioso é inmóvil sobre nuestros altares, habla al corazón de quien le busca, y reparte sus gracias y sus bendiciones, aun á aquellos que jamás se acercan á pedir las. No recibiendo, por lo común, de los mortales otra correspondencia que la ingratitud, se complace en estar en medio de ellos, haciéndoles entender su amor, y no cesa de llamarlos, y jamás desiste de esperarlos. Casi siempre solitario, aun en el centro de las ciudades populosas, ve correr á los hombres tras el oro y el interés, y engolfarse en los negocios temporales, olvidados enteramente de su destino.

IV

Así reside sobre la tierra nuestro Salvador, oponiendo siempre sus finezas á la ingratitud y al olvido, á la indiferencia y al menosprecio. Deseoso siempre de darse á conocer á sus hijos, constituye toda la magnificencia de nuestras solemnidades, cuando haciendo, por decirlo así, más sensible su presencia, se deja exponer á la adoración y á los homenajes públicos. ¡Ah! ¡Cómo se dilata su corazón en tales ocasiones! ¡Cuánta ternura rebosa su

pecho entonces, si oye exhalar á sus pies el suspiro de la gratitud! Cuánta riqueza realza los dones que concede!

¿Hay alguno, por ventura, que ilustrado por la fe, no haya sentido las emociones más dulces al comparecer en su presencia? ¿que no haya sorprendido en el fondo del corazón el grato sentimiento del amor filial? ¿que se haya separado sin gustar las inspiraciones inefables del consuelo? Allí sólo, en las gradas de aquel trono de amor, es donde todo lo necesario, lo útil y lo grande, se conoce, se adquiere y se perfecciona. Allí sólo, bajo la inmediata influencia de la luz y de la caridad infinita, la inteligencia humana se ilustra, la voluntad se inflama para el bien, y los medios eficaces para promover la felicidad se confirman y se multiplican.

Id, pues, á Jesús, vosotros los que gemís bajo el peso del infortunio, y encontrareis consuelo; id los que no podeis satisfacer vuestros votos con todo lo mucho que poseeis, y quedareis plenamente satisfechos; id los que estais encadenados al delito, y recobrareis la libertad por que suspirais. ¡Ah! ¡Qué suma de instrucción tan magnífica se recoge á sus pies!

“Recelando Jesucristo, dice Gaume, que los hombres olvidasen sus lecciones, ó las creyesen equivocadamente contraídas á ciertos tiempos ó lugares, se estableció en la Eucaristía: morador de las ciudades y de los campos, habitante de todos los países; allí, desde su tabernáculo, repite y repetirá hasta el fin de los tiempos, á las generacio-

nes que vayan sucediéndose sobre la tierra, las mismas lecciones que dió en la Judea, ofreciendo los mismos ejemplos que entonces ofreció. Interrogadle en la Eucaristía cómo piensa de Dios, y en su profundo abatimiento, y en su perenne estado de víctima, os responderá que Dios lo es todo, y que todo debe aniquilarse delante de Dios; Él os dirá: ama al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas; hé aquí el primero y principal de los mandamientos. Para ésto os da el ejemplo, inmoliándose por su Padre sin cesar, lo mismo sobre nuestros altares que sobre el árbol de la Cruz.¹

“¿Qué piensa el nuevo Adán del hombre? El hombre es para el nuevo Adán la más excelente de las criaturas visibles de Dios, y la más digna de sus desvelos: por él vino á este mundo, vivió en la pobreza y murió entre tormentos, apreciando más nuestra alma que su sangre, puesto que no vaciló en derramarla toda por nuestra salud. Hé aquí lo que pensó del hombre durante su vida mortal, y lo que sigue pensando de él en la Eucaristía; preguntadle de dónde nace tanta bondad, tanta paciencia, en esos miles de altares en que su amor le retiene presente, á pesar de los ultrajes é irreverencias que no se le cesan de asestar durante diez y nueve siglos, y os responderá: porque una sola cosa es para mí necesaria, á saber: la salvación del hombre. Eso es lo que nosotros mismos deberíamos pensar: sin embargo, ¿lo pensamos?”

¹ Catecismo de Perseverancia. Tomo VI, cap. 56.

¡Cuántos sacrificios hace en la Eucaristía para mostrarnos su amor! Al brillo de su gloria, sustituye humildes apariencias, reduce la inmensidad de su sér á los estrechos límites del espacio, despojase de la majestad del cielo, para presentarse como sustancia de la tierra, hácese, siendo Dios, alimento del hombre. Mas, en medio de tanto abatimiento, al través de humillaciones tantas, en el sagrado tabernáculo donde vive, sólo vive para enseñar la perfección de todas las virtudes. Faro luminoso, elevado sobre las sombras y las borrascas del mundo, arrebatada las miradas de todas las inteligencias, que ávidas de fe buscan su fuente. Fuego celestial desconocido á la tierra, es el imán eterno que atrae los corazones para inflamarlos. Libro de santidad abierto á nuestra vista, él contiene la ciencia de la salvación.

Pero ya termina el día. El astro brillante que lo ha presidido, corre ya á grandes pasos á ocultarse. Sus últimos rayos teñidos de púrpura, doran la cúpula del templo, y penetran hasta el interior de éste, al través de los cristales que decoran sus altas ventanas. Brillan entonces por un momento los adornos de mosaico, los relieves arabescos, los festones de oro y los capiteles de mármol, con un resplandor tan apacible, que inspira y conmueve. ¡Qué bello y qué dulce es estar, en aquel instante,

cerca del altar en que descansa la divina Eucaristía! ¡Feliz mil veces el mortal que, cansado de los trabajos del día, y profundamente persuadido de la nada que ofrece el mundo, va á desahogar entonces, á los pies de Jesús, su oprimido corazón. ¡Ah! Si es siempre grato comunicar con un fiel amigo la alegría ó el dolor que inunda el alma, ¿quién rehusará, después de las vicisitudes que llenan cada día de la vida, ir, al caer de la tarde, á descansar en el amoroso pecho del mejor de los amigos?

El crepúsculo vespertino, símbolo vivo y sensible del fin de nuestra existencia mortal, es el momento solemne que reasume los recuerdos del día. La luz, que por grados se debilita, permite que el desgraciado vierta libremente su llanto, y las sombras, que insensiblemente se extienden sobre la tierra, obligan al fatigado viajero á suspender su marcha, y á buscar un albergue desconocido. El reposo general sucede á la animación del día, y la naturaleza entera parece descansar entonces. Las estrellas comienzan á dejar caer su pálida luz, mientras llega el momento en que broten del Oriente los hermosos destellos de la luna.

Entonces desde lo alto del templo resuena la campana que anuncia el término del día, y entonces también, dentro del augusto Alcázar, espárcense las sombras, negro manto con que la noche cubre á la tierra. Los débiles resplandores de la lámpara vacilante, colocada en un ángulo del templo, apenas llegan á la extremidad de las naves, y los

objetos mismos en que se reflejan, no pudiendo presentar todas sus formas, aparecen como espectros que infunden religioso pavor. El silencio más profundo domina en el santuario, cuyas puertas se cerraron ya, y el frío de la muerte parece cubrir las losas del pavimento. La lámpara sola ofrece señales de vida. "Lámpara sagrada cuyo destino he envidiado. Su destino, á la verdad, es santo. Encendida ante el altar, arde delante de él. Los vientos no atormentan su llama, creeríase una alma que está lejos del soplo de las pasiones. Ella es un símbolo del amor de Dios hacia los hombres. Ella vela siempre. Como una estrella caída del firmamento, brilla en la noche para anunciar la bondad de Jesucristo, mientras que las que decoran la bóveda azulada proclaman el poder del Altísimo. Viajando por la noche, al pasar por las aldeas, he percibido muchas veces, por entre los magníficos cristales del templo católico, la luz de la lámpara del Santuario, y he llegado á exclamar: los hombres pueden dormir, la religión vela!"¹

¡Ah! No es dado explicar las tiernas memorias, los gratos sentimientos que en el corazón despierta el resplandor de esa lámpara, que nunca puede verse sin emoción; ese resplandor, cuya intensidad parece crecer con la presencia de Dios, escondido en el tabernáculo. Esa lámpara es, con su fuego, el gran emblema de la caridad que debe abrasar los corazones. Es ella sola quien alumbra, con sus nítidos destellos, la sombría morada del Criador

¹ Wals, Fiestas Cristianas.

de la luz, es ella la única que acompaña, en las altas horas de la noche, al que empuña el cetro del universo, es ella la que simboliza la fe del pueblo fiel, entregado entonces al descanso.

VI

Así trascurren aquellos instantes, solemnes y gratos para los que, lejos del mundo falaz y traidor, hallan en presencia del que aman el centro de su felicidad. Entretanto, ese mismo mundo ofrece á sus ciegos amadores la copa dorada del placer: mil fugaces regocijos exaltan su fantasía, y acaso el crimen sabe hallar prosélitos, á merced de las sombras nocturnas, entre la turba numerosa que vive satisfecha de sus locos devaneos.

¿Son muchos entonces los corazones que recuerdan el amor de Jesús? ¡Ah! El navegante, apartado del suelo que le vió nacer, contempla lleno de melancolía la extensa superficie del océano, que refleja la luz encantadora de la luna; y cuando la gaviota, posada en la extremidad de un mástil, lanza al viento sus gemidos lastimeros, él se abandona, meditabundo, á los recuerdos de su juventud; el hombre de Estado, teniendo á la vista las exigencias y las desgracias de la sociedad, revuelve con afán en su mente las leyes oportunas que deban dictarse; el soldado, transido de frío, tal vez en tierra extraña, recostado en el campamento, duerme un sueño interrumpido por

la sangrienta representación de la guerra; el operario, antes de entregarse al descanso, distribuye entre sus pequeños hijos el escaso alimento que obtuvieron sus tareas, y en el seno del hogar doméstico, acaso á la moribunda luz del fuego que los calienta, deplora su triste suerte

Mas ¿qué pluma podría trazar, uno á uno, los variados cuadros de la vida, según las diversas condiciones de cada uno de los mortales, durante las silenciosas horas de la noche? Es, sin embargo, evidente que el mundo entonces, ocupado solamente de sí mismo, piensa, se admira, forma proyectos de todo; pero es demasiado corto el número de los que, guiados por ideas verdaderamente grandes, abrigan en su pecho el tierno recuerdo del amor de Jesús, solitario en su morada terrestre; son muy pocos los que saben enviarle un suspiro de gratitud.

Entre tanto, el insigne Bienhechor de la humanidad no se desdeña por eso de habitar entre los hijos de los hombres, ni suspende jamás el torrente magnífico de sus bondades. Al olvido universal opondrá siempre testimonios sin número de la caridad más ardiente, y por un exceso de generosidad que no tiene semejante, dispensa al mundo ingrato una protección la más asidua y fiel, en las altas horas de la noche.





REFLEXIÓN IV

EL TRIUNFO

*Regna, propter veritatem
et mansuetudinem et justitiam.*

Establece tu reino, en la
verdad, en la mansedum-
bre y en la justicia.

PSALM. XLIV. 5.

LA fe de los gentiles y la incredulidad de los ju-
díos dieron testimonio de que Jesucristo es
verdadero Rey. Los primeros, representados
por tres célebres orientales, á la luz de una estrella
milagrosa, se dirigieron al pesebre de Bethleem, para
ofrecer al divino Infante, además del incienso y la
mirra, otro presente igualmente simbólico, el oro,
tributo de reconocimiento al Rey Salvador. Los
segundos, en el gran día de las misericordias del
cielo, en la hora terrible del poder de las tinieblas,
obtuvieron de Pilato la sentencia de muerte con-
tra el Justo, y, con ella, sin pedirlo, antes bien re-

pugnándolo, el título de Rey que pusieron sobre
la cruz.

Y en medio de los tormentos y de las ignomi-
nias del patíbulo, Jesucristo es el Rey Supremo
del universo, y su frente divina, coronada de es-
pinas, denota en el Varón de dolores, la dignidad
real.

Y allí, al pie de la cruz, árbol de victoria, de
salvación y de vida, allí donde caen las últimas
gotas de la sangre redentora, yacen humillados y
vencidos los enemigos de la humanidad: el demó-
nio, cuyo solio estaba hacía cuatro mil años en el
árbol funesto del paraíso; el pecado, que hacía re-
sonar la tierra con el llanto de sus víctimas; la
muerte, que cubría con su manto de horror las na-
ciones y los pueblos; todos están abatidos bajo
el trono de Jesús, como otros tantos trofeos de la
gran victoria de Dios, que viene á establecer, por
fin, su legítimo imperio. Se cumplía entonces el
vaticinio de David: *Regnavit á ligno Deus.*

“Mas como no es suficiente fundar sólidamente
los derechos, sino que es necesario, además, con-
servarlos con entera inviolabilidad, se hacía for-
zoso que Jesucristo, después de su conquista,
obrase el milagro de la realización de su reino,
para que, contra los esfuerzos de los enemigos
vencidos, pero jamás desanimados, reinase sobre
ellos perpetuamente. ¿De qué le hubiera servido
haber promulgado la doctrina más sublime, y ha-
ber establecido su reino, por la omnipotencia de

1 Salm. XCV, 10.

cap. XXVII.

los prodigios, si sus divinos ojos no hubieran sin cesar quedado fijos sobre su obra para velarla, y su poderosa mano no estuviese extendida constantemente para protegerla? Muy en breve se hubiera visto á la religión sucumbir tristemente bajo los ataques del error y de las pasiones conjuradas, que la hubieran desnaturalizado y dividido después de su victoria. Para consumir la obra de la redención, era necesario que el Hijo de Dios hubiera sostenido el trono que había conquistado sobre la tierra: y por ésto resolvió, á pesar de la maldad, ingratitude, ultrajes y levantamientos del furor de los hombres, por un exceso de su misericordia, quedarse con ellos y dictarles leyes á su voluntad. Jesucristo verá á su derredor levantarse las oleadas del odio, amontonarse todos los poderes del mundo y del infierno, y siempre tranquilo en su altísima dignidad, dominará las rebeliones como una roca combatida por las tempestades, domeñando con una majestuosa fuerza de inercia, el furor insensato de sus enemigos, para reinar en medio de ellos según la palabra del Profeta: "*Dominare in medio inimicorum tuorum.*"¹

II

El Salvador en la Eucaristía subyuga justa y dulcemente la inteligencia y el corazón humano. Rey eterno, se sujeta al orden de los siglos, para

¹ Maiche. Restauración de la sociedad moral por el Cristianismo, cap. XXVII.

continuar en ellos la serie de los triunfos que comenzó en la cruz. Y vence, y triunfa en la Eucaristía, por la verdad, por la mansedumbre y por la justicia.

"Yo soy la verdad,"¹ dice; el que me sigue no anda en tinieblas."² La oscuridad del misterio no destruye la luz de la realidad: la palabra divina exige docilidad y sumisión, porque el resplandor sobrenatural de la fe, vida del justo y camino del desterrado, no penetra en el entendimiento dominado por el orgullo. Todos los misterios de la Divinidad, todos los arcanos de la gracia y de la gloria, que se contienen en la revelación, tienen el signo de la verdad, porque emanan de un principio infalible, y es efecto de una bondad inmensa que nosotros los conozcamos. Como en Dios no existe la mentira ni la posibilidad de engañar, nadie sino la razón humana, obstinada en su rebelión, puede negar las verdades que nos consta haber sido enseñadas por Dios.

Y quien dice: "Yo soy la verdad," es El mismo que ha dicho al instituir la Eucaristía, misterio de fe por excelencia: "este es mi cuerpo, esta es mi sangre, que será derramada por la salud del mundo." Nuestra razón, aunque débil é inepta para conocer lo que está sobre su alcance, tiene que inclinarse con respeto ante la verdad. Todos los testimonios históricos, las profecías, la excelencia de doctrina, los milagros, entre ellos la conversión

¹ San Juan, XIV, 6.

² San Juan, VIII, 12.

del mundo á la verdad, demuestran que Jesucristo es Dios; y demuestran también que el milagro de la Eucaristía, repetido infinitas veces, es obra de la palabra divina, cuya omnipotencia hace siempre lo que dice y lo que significa. "Hágase la luz," dijo allá en el principio: y la luz quedó hecha. "Este es mi cuerpo y mi sangre," dice todos los días sobre el pan y el vino, por los labios de ministros, que, aunque indignos, obran en representación del Salvador; y desaparece la substancia del pan y del vino, y no quedan sino las apariencias, y Jesucristo, lleno de gloria y de verdad, está á las miradas de la fe, que humilde confiesa, reunidos en la Eucaristía, el poder y el amor divino.

Los misterios de la fe, es decir, las grandes verdades y obras de Dios en el orden sobrenatural, están sobre el alcance de la razón humana. Sin embargo, Dios, por su bondad infinita, ha cuidado muchas veces de apoyar en testimonios y motivos de credibilidad, puestos á nuestro alcance, los admirables misterios que deben ser en esta vida el objeto de nuestra fe.

Veamos ésto en el misterio de la Eucaristía, que, siendo el resumen de todas las bondades de Dios, como que contiene al principio de la gracia, y al Autor mismo de nuestra santificación, es para nosotros tan digno de ser creído y amado con las fuerzas todas de la inteligencia y del corazón, que la mayor felicidad en los breves días que vivimos sobre la tierra, consiste en la fe hacia Jesucristo, realmente presente en este Sacramento. Ayudados

de la fuerza sobrehumana que la gracia nos inspira, hagamos un esfuerzo, verdaderamente propio de nuestra dignidad de hijos de Dios y herederos del cielo, para penetrarnos profundamente de esa verdad augusta y sublime, que, no obstante que supera nuestro entendimiento, nos hace caer de rodillas delante del tabernáculo.

Es un hecho del cual estamos íntimamente persuadidos, que Dios, siendo la verdad misma por esencia, no puede engañarse ni engañarnos. Además, nacidos en la luz de la fe, por especial benevolencia del cielo, y nutridos con el alimento de la verdad, vemos brillar en cada página del Evangelio la Divinidad de nuestro Salvador Jesucristo, á quien debemos decir, recordando cualquiera de sus preceptos, ó admirando cualquiera de sus milagros, lo mismo que el Apóstol San Pedro: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo."¹ ¿Es firme, es ardiente nuestra fe en Jesucristo Dios? Pues oigámosle, cuando al instituir la Eucaristía, deja en la Iglesia el poder de perpetuar ese misterio, de cuya realidad han sido participantes las generaciones fieles de diez y nueve siglos. "Haced ésto," dice, á todos los que han recibido de Él por una transmisión jamás interrumpida, su mismo sacerdocio: hacedlo como Yo lo he hecho, vosotros los que, á pesar de vuestras miserias, propias de la naturaleza humana, formais la porción escogida del verdadero Melquisedec; vosotros los que, dispensadores de la divina gracia, abris y cerrais las puertas

¹ San Mateo, XVI, 16.

del cielo, y continuais la grande obra de reparación sobre la tierra; "hacedlo en mi memoria,"¹ con el pleno poder que os confiero, en representación mia, en recuerdo solemne y mística continuación de mi muerte, de mi pasión y de mi sacrificio.

Y desde la Eucaristía, lo mismo que al instituir-la, el Salvador renueva su divino mandato, y el entendimiento se inclina envuelto en el resplandor de la autoridad que le habla, y Jesucristo triunfa por medio de la verdad. ¿Se desea una prueba sensible? Busquémosla en nosotros mismos. Cuando la verdad se deja sentir, no es posible desconocerla. La presencia de la divina Eucaristía produce una sensación indefinible, cuya explicación hallaremos en nosotros mismos; y si no se sabe á qué atender más, si á la emoción de respeto, ó á la de admiración, ó á la de dulzura, es un hecho demostrado por la experiencia, que el alma siente un movimiento interior que la preocupa y la domina. Entremos todavía más en nosotros mismos, para deducir la verdad de aquello mismo que no es dado explicarnos desde luego.

Acostumbrados á las impresiones de los objetos que percibimos por los sentidos, solamente la fe puede hacernos capaces de sentir las impresiones del orden sobrenatural. La Eucaristía, que es el grande misterio de la fe, ejerce su influencia directamente sobre el espíritu; pero Dios ha querido preparar esa acción misteriosa en el modo mismo con que obra en nuestra alma bajo las apariencias

¹ San Lucas, XXII, 19.

visibles. ¿Quién inspira ese súbito respeto, que es el signo de los corazones fieles? ¡Ah! El alma que se acerca á la Eucaristía experimenta un secreto impulso, que hace rendir su inteligencia ante la majestad del misterio, observa en sí misma una viva reacción de fe; ve entonces una luz más intensa, se siente atraída por una fuerza á que no puede resistir; en una palabra, ella tiene que confesarlo: se encuentra delante de la fuente de la luz y de la verdad; y sumergida en el sentimiento más profundo de adoración, tiene que decir: "Derrama ¡oh Señor! sobre mí tu luz y tu verdad; ellas son las que me han guiado y conducido á tu monte santo y á tus divinos tabernáculos."¹ ¡Dichoso el que conozca esta demostración por la propia experiencia!

III

Entremos ahora en las otras victorias que Jesús obtiene en la Eucaristía, donde es con toda verdad el Rey pacífico, que domina y vence por la encantadora influencia de su mansedumbre. Cúmulo inefable de misterios que no sabemos explicar, es la Eucaristía; pero lo que sería más inexplicable aún, si nuestro corazón no lo sintiese, es la fuerza irresistible con que atrae las almas, y las obliga á rendirse, no con el brillo de la majestad, sino con la

¹ Salm. XLII, 3.

dulce voz del que lo sufre todo: *Discite á me, quia mitis sum.*¹

Hubo un día de la vida mortal de Jesús, en que manifestó su autoridad de Rey, bajo las humildes insignias de la mansedumbre. "Obligado por la condición humana á señalar su soberanía por un triunfo celebrado con las formas humanas, Jesús sólo quiso ese triunfo, opuesto á las pompas de que se rodean los grandes y victoriosos de la tierra, y escogió el día que había de celebrarlo, de modo que significara también su sacrificio. Aquel era, en efecto, el día en que se introducían en Jerusalem, adornados de lazos y de flores, los corderos que debían ser inmolados cuatro días después, en la Pascua. Juan Bautista había dicho á sus discípulos, señalándoles á Jesús: "Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;" y Jesús cumplió aquella palabra, la primera que se dijo de Él cuando vivió en la carne, y al mismo tiempo inundó de luz la profecía hecha cinco siglos antes por Zacarías, cuando la voz de los Profetas iba á callarse en Israel. "Alégrate, hija de Sión; hé aquí que tu Rey, el Justo y el Salvador, llega á tí. Es pobre, y viene montado sobre una asna, y sobre el pollino de la asna."

"Una de las gracias supremas que Dios ha hecho al hombre por Jesucristo, es el éxtasis constante y profundo de su inteligencia, cuando considera el tierno cuidado con que Jesús quiere darse á conocer como el tipo de todas las figuras, á fin de des-

¹ San Mateo XI, 29.

pertar y de fortalecer su fe, y cuando considera, con la misma mirada de la inteligencia, la majestad que incesantemente se manifiesta en Jesús, en el momento en que hace todas aquellas cosas humildes. Ciertamente; la entrada en Jerusalem responde poco, á primera vista, á las ideas que nosotros nos formamos de un Rey, y á la que podemos formarnos de Dios: sin embargo, Aquel que envió delante de sí á dos heraldos como Zacarías y Juan Bautista, sin contar á los demás Profetas, no podía hacer nada que le equiparara á Herodes ó César."

VI

Si el Salvador se presentó á la ciudad de Jerusalem como un rey que consigue su triunfo por medio de la mansedumbre, también se presenta en la Eucaristía al alma que le contempla; y se presenta manifestando no solamente la mansedumbre en el grado más eminente, sino también los grados por donde se llega á la felicidad prometida á los mansos. Recordemos que nuestra alma es otra Jerusalem, y que así como Jesucristo, viendo aquella ciudad en los momentos mismos de su triunfo, derramó lágrimas pensando en las calamidades que vendrían sobre ella, y le dirigió aquellas tiernas palabras: "si conocieras tú, al menos en este día, lo que puede darte la paz,"² de igual modo se explica

¹ Veillot. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, Libro 7, Cap. 26.

² S. Lucas XIX, 42.

cuando se halla frente á frente del alma, que va á recibirle sin preparación y con la voluntad apegada á la culpa. ¡Qué rasgo tan insigne de mansedumbre en aquel que con una mirada hace estremecer la tierra, y que, si extiende la mano, hace humear los montes.¹ El Salvador enseñó á los hombres, entre otros títulos de felicidad, el de la mansedumbre; diciendo que los mansos poseerían la tierra; pero no parece sino que Él quiso ser el primero que presentase en sí mismo los sublimes destinos de la mansedumbre. Aunque como triunfador del pecado y de la muerte, tiene por herencia las naciones, y su posesión se extiende hasta los confines del mundo,² sin embargo, por la mansedumbre que manifiesta en la Eucaristía, ha vencido las distancias, dominando las naciones y derribando los alcázares de la soberbia humana.

¿Puede imaginarse una benignidad tan grande, que no sólo se desentienda de toda ofensa, sino que las corresponda con beneficios? ¿Dónde hallar un modelo de paciencia para que el corazón humano, propenso siempre á la ira y á la venganza, aprenda á olvidar la ira, y á alejar todo espíritu de rencilla? Ahí está Jesús en el misterio de su mansedumbre. ¡Ah! Nuestros ojos lo ven, nuestro corazón lo siente, pero los labios no saben decirlo. Jesús en la Eucaristía sufre mucho: sufre de los que no quieren conocerle, sufre también de los que se glorían de conocerle. El olvido y el desprecio de unos, la frialdad

¹ Salm. CIII, 32.

² Salm. II, 8.

dad y la indevoción de otros, hieren su corazón, pero se mira en la condición de víctima, y si por una parte ofrece al Padre celestial todos sus sufrimientos, ostenta por otra á nosotros, hijos miserables de ira y de pecado, toda su grandeza divina, cuando nos dice: “aprended de mí, que soy manso de corazón.”¹

Si las terribles amenazas de la justicia del Señor hielan la sangre en nuestras venas, y nos obligan á evitar nuestra eterna desgracia, cumpliendo la ley divina, debemos confesar que las amorosas manifestaciones de la mansedumbre de Jesús, rinden nuestra voluntad y la resuelven á consagrarse totalmente á Él. Cada uno de nosotros sabe todo lo que ha hecho contra Dios, todo lo que le ha ofendido, todo lo que le ha despreciado, prefiriendo los viles placeres de un instante, y el dorado veneno del mundo; pero cada uno sabe también cuánto trabaja Jesús desde la Eucaristía, para triunfar de nuestros delirios, para conquistar nuestro corazón. Aquí es donde brillan toda su mansedumbre y todo su triunfo. Espera uno, dos, cuatro, veinte y más años; hace mil ensayos, por decirlo así, para echar por tierra nuestra resistencia; va á buscarlos allá en nuestros caminos de perdición, con la luz de sus inspiraciones, con el atractivo de su bondad, con ese tedio inesperado que sentimos á veces en medio de la felicidad mundana. ¿Hasta cuándo llegará la hora? . . . Olvido, repulsas, desprecios, es lo que recibe de nosotros. . . . ¿Se da acaso

¹ S. Mateo, XI, 29.

por ofendido? La vida, la salud, la respiración, los bienes temporales, todo nos lo conserva con inaudita mansedumbre y generosidad. . . . Llega, por fin, el día señalado por su bondad: el alma siente un no sé qué, que la inquieta y la entristece, conoce que algo le falta; siente un peso que la oprime, quiere hallar el objeto de un deseo que por grados experimenta. Ya no puede resistir: corre desolada á los pies de Jesús, cuyo tabernáculo ha visto con indiferencia tantas veces; un sentimiento dulcísimo la enajena y la conmueve: tiembla de temor, pero se serena con la confianza; gime, se anonada, obtiene el perdón; y Jesucristo ve cumplido su anhelo. Lleno de mansedumbre, sale del tabernáculo, y entra en nuestro corazón; su amor y su poder han vencido; su mansedumbre le hace dueño de nuestra alma. ¿Puede darse más bello triunfo?

V
 “En ciertos días solemnes, una vez al año, por lo menos, este Dios de mansedumbre, presente en la Eucaristía, hace repetir con encantadora magnificencia las antiguas pompas de Israel. Sale del recinto de su Santuario y busca á su pueblo en las calles y plazas de nuestras ciudades, como un buen rey á sus vasallos, para reanimar su amor y recibir los testimonios de su cariño. . . . ¡Ah! ¿Quién no ha visto ese triunfo del Salvador con una ternura siempre nueva, y á quién no se presenta cada

vez más viva la imagen de ese aparato espléndido de majestad con que domina dulcemente el corazón de sus hijos? ¡Felices las naciones en que el Catolicismo despliega con santa libertad todas sus glorias, y cuenta entre sus defensores á las potestades de la tierra!”

“Magnífico fué siempre el aparato con que era conducida en otro tiempo el Arca de la Alianza, por entre las festivas aclamaciones de todo un pueblo, que veía en ella un signo sensible de la protección del cielo. Mas ¿quién podrá presenciar sin conmoverse el espléndido triunfo y la marcha majestuosa de este Salvador Divino, por en medio del pueblo fiel, que le adora, y le reconoce como su Rey? ¿Cómo palpita de amor el Corazón de Jesucristo, al caminar en medio de sus hijos! ¿Cuántas bendiciones derrama en su tránsito. . . . ¡Dios mío! “Cuando descienes de tu trono, y recorres lleno de bondad y mansedumbre nuestras calles y plazas; cuando diriges tus miradas sobre los corazones que te contemplan extasiados de admiración, la tierra se estremece bajo nuestros pies, y nuestro pecho se exhala, ardiendo de entusiasmo. Este Dios tan terrible allá en el Sinai, hace bajar ahora del cielo el grato rocío de la dulzura y de la mansedumbre sobre el nuevo Israel. Nuestros humildes acentos van á unirse con el himno de gloria de millones de ángeles que rodean el carro triunfal del Altísimo, oculto bajo el velo del más sagrado de los misterios. Los desgraciados que han perdido la fe, y que no creen en el Señor que habita entre nos-

otros, no pueden menos de sentir una impresión sobrenatural, viendo la pompa augusta con que se manifiesta nuestro Dios y nuestro Rey. El joven y el niño experimentan las emociones de gozo que produce la presencia de ese Dios que también ha llenado de alegría nuestra juventud; y el anciano enternecido, contempla, acaso por la última vez, el espectáculo más imponente que puede presenciarse acá en la tierra."¹

"Todo contribuye á hacer solemne esta magnífica pompa del Salvador, y parece que la naturaleza entera ha querido tomar parte en ella; se celebra en los hermosos días de la primavera, en la estación de las rosas y de los lirios, en la época en que millones de avecillas, cubiertas aún con el plumón de su infancia, ensayan su primer vuelo y sus primeros cantos. ¿Existe nada más gracioso que la procesión del Santísimo Sacramento en las aldeas, en que los campos, los árboles y los prados con todo el esplendor de su adorno, reflejan sus bellezas en los altares rústicos, nada más imponente en las ciudades de guerra, donde el estruendo del cañón se mezcla con los himnos sagrados, ni nada más solemne en las ciudades marítimas en que parece que el océano le imprime cierto carácter de infinito?"²

Así triunfa Jesús en la Eucaristía, rodeado solamente de los hermosos atractivos de su amor y mansedumbre; veamos cómo triunfa también en el imponente carácter de su justicia.

¹ Mac-Carthy, Paráfrasis del Salmo 67.

² Gaume, Catecismo de perseverancia, Tom VIII, Lección XLV.

VI

Los días del Salvador mientras vivió visiblemente sobre la tierra, así como fueron una serie de leyes y ejemplos para la humanidad, fueron también una continuada armonía entre la mansedumbre y la justicia. El mismo que calmó el espíritu de aquellos discípulos, que pedían fuego del cielo para los impíos, que buscaba los pecadores para convertirlos, que acogió en la casa del Fariseo á la humilde Magdalena, y curó á Malco herido por la fogosa espada de Pedro; El mismo, cuando se trató de vindicar la gloria del Padre celestial, expulsó con justa severidad á los profanadores del templo.

En la Eucaristía, lo mismo que entonces, hace resplandecer la justicia de que nos da incesantes ejemplos. La justicia prescribe lo que debemos á Dios, al prójimo y á nosotros mismos; y la vida eucarística del Salvador es la lección práctica de este triple deber. La justicia pide que consagremos nuestra voluntad al fin para que hemos sido criados, y que renunciemos con ánimo firme las seducciones del siglo; y el amable Jesús en el misterio del amor, está para asegurar nuestros pasos en la senda de la justicia, arrebatando nuestros deseos é inspirándonos hastío hacia todo lo que no sea el sumo bien.

La divina Eucaristía es la cúspide de la justicia,

porque es el centro de ese reino de Dios, que tan ardientemente debemos buscar,¹ según el mandato del Evangelio. Jesús, Rey Supremo de las inteligencias y de los corazones, constituido en la cumbre de Sion, es decir, de la Santa Iglesia, para anunciar los preceptos de la justicia divina,² sólo puede encontrar sinceros adoradores entre los que se distinguen por la inocencia y por la justicia. Esto era lo que en espíritu veía David, cuando preguntaba al Señor quiénes serían los que habitasen en los tabernáculos eternos y descansasen en el monte santo. A lo cual él mismo da respuesta, ilustrado por la inspiración del cielo, cuando dice: que serán admitidos allí los que entren sin mancha, los que practiquen la justicia.³ Hé aquí un amplio objeto para nuestras reflexiones. En primer lugar, nadie puede adquirir la verdadera justicia que ha de manifestarse en todas sus acciones, si no se esfuerza en aprenderla del ejemplo continuado de justicia que Jesús ofrece en la Eucaristía, donde sin cesar cumple la voluntad del Padre celestial. En segundo lugar, es imposible permanecer constantes en la práctica de la justicia y de la propia santificación, si no se procura la unión más íntima con Jesús en la Eucaristía, donde es con toda verdad el único principio de nuestra fuerza para obrar el bien. En tercer lugar, la experiencia demuestra lo que San Pablo ya decía en su tiempo, que los profanadores

1 S. Luc. XII, 31.

2 Salm. II, 6.

3 Salm. XIV, 2.

de la Eucaristía, en lugar de seguir los caminos de la justicia, se sienten cada vez más débiles para seguirlos, más hundidos en sus enfermedades espirituales, más dominados por ese profundo sueño en que el alma ni siente su propia desgracia, ni puede emplear los medios oportunos para salir de ella.¹

Esta última reflexión nos lleva á contemplar, temblando, ese momento postrero del infeliz pecador, en que el Dios de la Eucaristía, con majestad formidable, ejerce el acto supremo de su justicia. Si los amadores de la iniquidad parece que viven tranquilos, confiando temerariamente en las misericordias del Señor, ¡ojalá y supiesen, antes de exhalar el último suspiro, que Jesucristo, eterna verdad, ha dicho que quien come su carne y bebe su sangre indignamente, está ya condenado á las llamas del infierno!² Nada más justo. El corazón que mientras vive no quiere comprender el amor infinito que Jesús le manifiesta en la Eucaristía, ni cuida de arrojar de sí al pecado para recibir al Divino Dispensador de la vida eterna, tiene que someterse á la mayor de todas las desgracias, al despedirse de esta vida temporal. Infinito aborrecedor del pecado su inmortalfador Jesucristo, manso Cordero para los que le aman, y justo Juez para

1 1^o á los Corintios XI, 30.

2 1^o á los Corintios XI, 29.

los que le ofenden y desprecian: "¡id, malditos, al fuego eterno!" es la palabra tremenda que tiene preparada para los pecadores. Y todos los días, acaso en los mismos instantes en que acepta el ferviente homenaje de los que le aman, acaso en el instante feliz en que derrama sus bendiciones paternales sobre los que le bendicen; todos los días, "así desde su tabernáculo como desde su tribunal, grita al pecador que muere impenitente: "¡Ve, maldito, al fuego eterno!"¹

Así por su justicia triunfa el Salvador en la Eucaristía; así descubre plenamente, y hace brillar con terrible magnificencia la rectitud de sus juicios.²

¹ Salm. CXVIII, 137.

² Gaume. Catecismo de perseverancia. Tom. IV, Lección LVI.



REFLEXIÓN V

LA TEMPESTAD.

¿Quid timidi estis, modicae fidei?

¿Por qué teméis, hombres de poca fe?

MATTHAEI. VIII, 26.

I

GENEZARETH . . . ! De todos los mares, eres tú el que nos recuerdas á Jesús, que anduvo sobre tus ondas, que eligió para sus discípulos á varios de tus pescadores, que iluminó con su Divinidad tus apacibles riberas. Testigo fuiste un día del suceso misterioso tan fecundo en instrucción y consuelo, que el Evangelio nos refiere.

Avanzaba ya la tarde, cuando Jesús dijo á sus discípulos: "pasemos á la otra orilla del lago." Y habiendo éstos despedido al pueblo, pusieron la barca en movimiento, sin que Jesús se moviese del sitio en que estaba sentado. Ibanles acompañando también otros barcos, y mientras navegaban se durmió Jesús, y se levantó en el mar una tormenta tan recia de viento, que arrojaba las olas en la barca,

los que le ofenden y desprecian: "¡id, malditos, al fuego eterno!" es la palabra tremenda que tiene preparada para los pecadores. Y todos los días, acaso en los mismos instantes en que acepta el ferviente homenaje de los que le aman, acaso en el instante feliz en que derrama sus bendiciones paternales sobre los que le bendicen; todos los días, "así desde su tabernáculo como desde su tribunal, grita al pecador que muere impenitente: "¡Ve, maldito, al fuego eterno!"¹

Así por su justicia triunfa el Salvador en la Eucaristía; así descubre plenamente, y hace brillar con terrible magnificencia la rectitud de sus juicios.²

¹ Salm. CXVIII, 137.

² Gaume. Catecismo de perseverancia. Tom. IV, Lección LVI.



REFLEXIÓN V

LA TEMPESTAD.

¿Quid timidi estis, modicae fidei?

¿Por qué teméis, hombres de poca fe?

MATTHAEI. VIII, 26.

I

GENEZARETH . . . ! De todos los mares, eres tú el que nos recuerdas á Jesús, que anduvo sobre tus ondas, que eligió para sus discípulos á varios de tus pescadores, que iluminó con su Divinidad tus apacibles riberas. Testigo fuiste un día del suceso misterioso tan fecundo en instrucción y consuelo, que el Evangelio nos refiere.

Avanzaba ya la tarde, cuando Jesús dijo á sus discípulos: "pasemos á la otra orilla del lago." Y habiendo éstos despedido al pueblo, pusieron la barca en movimiento, sin que Jesús se moviese del sitio en que estaba sentado. Ibanles acompañando también otros barcos, y mientras navegaban se durmió Jesús, y se levantó en el mar una tormenta tan recia de viento, que arrojaba las olas en la barca,

de manera que ésta se llenaba de agua; y ellos estaban en peligro. Y llegándose á Él sus discípulos, le despertaron, diciendo: "Maestro, sálvanos, que perecemos. ¿Te inquieta tan poco nuestra vida?" Y Jesús les dijo: "¿Qué temeis, hombres de poca fe?" Entonces levantándose, mandó á los vientos y á la tempestad. Y dijo al mar: "calla y sosiégate." Y al instante se calmó el viento y sobrevino una gran bonanza. Y dijo entonces Jesús á sus discípulos: "¿Por qué teneis miedo? Cómo, ¿no teneis fe todavía?" Entretanto se hallaban ellos sobrecogidos de grande espanto, diciéndose unos á otros: "¿Quién pensáis que sea este hombre? ¿Manda á la mar y á los vientos, y los vientos y la mar le obedecen."¹ Así fué como cruzaron el lago, y llegaron á la otra orilla, al territorio de los Gerasenos, situado enfrente de Galilea!²

"La voz que mandaba á los vientos en el lago de Tiberiades, no ha cesado de dominar las borrascas políticas y las tempestades sociales. Hay una barca que atraviesa hace diez y nueve siglos las olas movedizas de las generaciones humanas. Esta barca lleva á Jesucristo y su doctrina. Los sucesores de los bateleros galileos son sus pilotos y marinos. Por doquiera se levanta el viento en torbellinos furiosos, todas las pasiones desencadenadas agitan el débil esquife, la noche llega á ser profunda en todas las conciencias, y no se apercibe más, á la claridad de los siniestros relámpagos, que

¹ S. Mateo VIII, 23 y siguientes.

² S. Marcos V, 13.

la cima espumosa de las olas pronta á sumergir la nave. El terror hiela todos los ánimos: sólo responden gritos de angustia y de aflicción al estrépito de la tormenta, y, no obstante, duerme Jesús. "¿Qué, Señor, le dicen aun los tímidos, es así como os cuidáis de nuestra vida? La tempestad se ha llevado ya las velas y las jarcias: no somos más que unos restos flotantes. ¡Un esfuerzo postrero de la tempestad va á tragarnos para siempre!" Cuántas veces no se han dicho estas palabras de desaliento y de pusilanimidad. No es esto lo que espera el Maestro. Espera que se acerquen á Él, como en otro tiempo los discípulos. Espera la súplica humilde y confiada de las almas fieles. Entonces se despierta y se levanta en toda su Majestad Divina sobre la popa de la barca azotada por las olas. Manda á los acontecimientos y á los hombres: "Callad, entrad en calma," dice á las pasiones sublevadas. Y al punto se calma el viento, y reina en el océano humano la tranquilidad más completa.¹

II

Esta es la historia de la barca que atraviesa el mar de los siglos: en ella van los escogidos á las eternas playas. Para contemplar su marcha por en medio de las olas, no conviene olvidar que Jesús va también en ella. Parece que duerme en la

¹ J. E. Darras. Exposición de los Evangelios.

Eucaristía, mas en la profundidad de ese sueño, su corazón vela.¹

Una tempestad deshecha se levanta cuando la nave de Pedro apenas había levado anclas: la contradicción, las potestades humanas, los errores de la antigua filosofía, los ecúleos, las hirvientes calderas, la afilada cuchilla, obran con despiadada violencia por espacio de trescientos años, y agitan el furor de las encrespadas olas; si, de esa voráGINE de crueles persecuciones, que hubiera sumergido en un piélago sin fondo á los primeros hijos de la Iglesia, si la voz del Divino Maestro no hubiese puesto término á la borrasca, en la conversión de Constantino. La cruz sube al Capitolio, y el trono de los Césares pasa á ser el trono de los Pontífices. Los siglos marchan: se embravece de nuevo el mar; parece que Dios no quiere que su nave cruce las ondas tranquilas. Los numerosos prosélitos del Corán inundan el Oriente, y el funesto poder de la media luna es como un viento impetuoso que se desencadena sobre los mares del Occidente. Pero la Iglesia fluctuante recuerda siempre que lleva en su seno á Jesús. Este Maestro Divino habla, y la tempestad se aplaca. Una serie de espléndidos triunfos, en que se deja ver todo el poder del cielo, hace volver la bonanza.

El mar, sin embargo, apenas breve tiempo permanece sin agitarse. El Angel del Juicio Final² pasa por la Europa, y se ennegrece pronto el horizonte, y

¹ Cántico de los Cánticos, V, 2.

² S. Vicente Ferrer.

se extienden por el cielo densas nubes, como otros tantos signos de desastres. El Protestantismo, el Racionalismo, el Materialismo, con todo su infausto cortejo de errores, de principios disolventes y de heregías, hacen bramar las olas del mundo, y la barca divina, azotada por el huracán, é impelida por encontradas corrientes sobre un océano de espuma, en que flotan los cetros, y las coronas, y las ruinas de la grandeza humana, tan pronto asciende hasta las nubes, tan pronto desciende á lo más profundo: pero no hay que temer; el poder que se ostentó en el mar de Genezareth, existe aún; él sabrá domeñar la furia de los vientos y de las olas, porque ha prometido estar en la Iglesia, no sólo con su auxilio, sino con su presencia real, y llegar con ella á la deseada orilla, donde reinan la eternidad y la paz.

III

¡Salud, Hija del cielo, esposa nacida del costado del Salvador, Madre de la fe y de la esperanza! Tus enemigos se complacen al verte convertida en juguete de las olas que el infierno arroja sobre tí; pero jamás niegan que tú sobrevivies á todas las borrascas. ¡Salve, Rey inmortal de las almas combatidas por la tribulación! ¡A quién sino á Tí, en los dias de prueba, volveremos nuestros ojos? ¡á quién sino á Tí, que desde la Eucaristía llevas el timón de la nave, cuando aparentas dormir, por-

que ocultas tu poder; á quién sino á Tí, que conoces mejor que nosotros los grandes peligros, pediremos la salvación y la tranquilidad?

Que la diestra divina sostiene á la Iglesia, en las tempestades con que siempre la combate el espíritu de las tinieblas, es un hecho evidente que infunde ánimo á todo corazón cristiano. La Iglesia, al abrimos su gloriosa historia, puede señalarnos en cada una de sus páginas la verdad humillando al error, la gracia destruyendo al crimen, la generosidad sobreponiéndose á la ingratitud. ¿Qué son, delante de ella, todos los enemigos de este mundo, todo el prestigio del talento, los recursos todos del poder, de las pasiones y de la fuerza brutal, sino olas furiosas cuya cabeza se estrella en esta nave misteriosa? “Ella atraviesa con calma y confianza, en medio de las tempestades y los escollos; lleva los destinos y la salud del mundo, y no se detendrá sino para devolverlos á Dios, en el umbral de la eternidad.”¹

En verdad es encantador y profundamente sublime, ese cuadro en que se nos presentan la verdad y las promesas divinas de que la Iglesia es depositaria, luchando desde Genezareth hasta nuestros días con las olas que brotan del infierno, del mundo y de la concupiscencia. Pero es más encantador y sublime el espectáculo del Salvador en la Eucaristía, donde aparece entregado á un sueño dulcísimo, sin ver, así parece, sin hablar, sin oír; y sin embargo, tan solícito de la prosperidad de

¹ Receveur. Histoire de l'Eglise.

la Iglesia, que, cuando pretendemos despertarle con nuestros acentos de alarma, tiene sobrada justicia para echarnos en cara nuestro temor y nuestra falta de fe.

IV

Si el espectáculo de la tempestad es tan imponente en el mar, no es menos grandioso, ni produce menores impresiones, en la montaña ó en el valle, cuando se extiende sobre nuestra cabeza con aspecto amenazante. El ímpetu de los vientos, la aglomeración de las nubes que chocan entre sí; la opacidad del horizonte, la chispeante luz del relámpago, y el aterrador estallido del trueno, hacen que este espectáculo de la naturaleza inspire al alma pensamientos del poder divino, de la humana miseria, de la influencia moral que deja ejercer en los corazones endurecidos, de la armonía sublime que une y pone en acción los diversos elementos del mundo físico.

David desenvuelve estos pensamientos en el Salmo XXVIII: “canto sublime, escrito bajo la inspiración de una tempestad acompañada de terribles truenos y de repetidos rayos, que, por último, se resolvió en lluvia copiosa y saludable. La sublimidad de la poesía brilla más claramente, si se recuerda con atención el sitio y el momento en que alabó el Profeta Rey la Majestad de Dios. Si, en la Palestina, adonde se dirigen las tempesta-

des suscitadas en el Occidente, ó en el mar Mediterráneo, para ir á descargar con violencia en las pendientes del Monte Líbano, y retirarse, después, hacia los desiertos de la Arabia."¹ Escrito ese bellísimo Salmo en la segunda dedicación del templo de Jerusalem, cuando el Arca de la Alianza, hermosa figura de la Eucaristía, fué llevada de la casa de Obededón,² en un himno perfecto de alabanza al Señor, de admiración á su poder, de invitación á todo el pueblo escogido, para ofrecerle víctimas y publicar su grandeza.

Llevad, dice, al Señor, vosotros, que sois sus hijos, los corderos del sacrificio, y llevadle con ellos la gloria y el honor que merece su santo nombre: tributadle adoración en el atrio de su templo. Hé aquí que la voz del Señor se hace escuchar sobre las nubes; voz de majestad y de fuerza; voz magnífica que retumba en el trueno, y que desmenuza los robustos cedros del Líbano; voz amable en medio de las amenazas, cual si fuera el pequeño unicornio que, sin causar ninguna herida, juega con el que lo alimenta; voz poderosa que rasga con la violencia del rayo las nubes convertidas en llamas de fuego; voz estremecedora, que hace temblar el desierto de Cades, que penetra en la espesura de los bosques, que prepara el nacimiento de los siervos. Y mientras el pueblo, que admira la Omnipotencia Divina, rinde, congregado en el

¹ Mortelmans. Prolegomena in Librum Psalmorum, Cap. XVII, art. I.

² 1.^o de los Paralipómenos. XVI.

templo, un filial homenaje á su gloria, la lluvia se desata para fecundar los campos, y el Señor permanece en el solio de su grandeza y poder, para dar fuerza y bendición á su pueblo en el seno de la paz.¹

V

Quando el pálido resplandor y los vibrantes ecos del rayo ponen espanto aun en el corazón más intrépido, ¿cómo no traer á la memoria estas conceptuosas palabras de David? ¿Cómo resistir entonces al deseo de acercarse, á lo menos en espíritu, al Dios de la Eucaristía, Autor de tantas maravillas, para confesar nuestra sumisión á su poder supremo? El alma que teme, se adelantará, trémula, á implorar clemencia; el alma que confía, volverá á refugiarse bajo las alas del Único que sabe protegerla; el alma que ama, irá á descansar tranquila, entre el fragor de la tempestad, en los brazos de su Divino Bienhechor.

Vivió hace pocos años un joven cuya singular inteligencia igualaba á su sensibilidad. Dotado de un corazón recto, cultivaba cada dia, no obstante los instintos volubles de su edad, el santo temor de Dios: un amor tierno é invariable á Jesús en la Eucaristía, le hacía referir á Él hasta el último suspiro de su alma. Todo contribuía á alimentar en su pecho el fuego secreto, pero siempre ardiente,

¹ Paráfrasis del mismo Salmo.

del amor divino. Sí: el azul hermoso del cielo, el verdor de la vegetación en las risueñas praderas, la melodía de las aves, el aspecto majestuoso de los montes, las cristalinas aguas del torrente, todo le hablaba el misterioso lenguaje de la admiración, todo le hacía bendecir las grandes obras del poder divino. Pero lo que especialmente conmovía con vehemencia su corazón, era la presencia de la Divina Eucaristía. El silencio embargaba sus labios, y lágrimas de ternura corrían por sus mejillas.

Firme en los principios de la fe, y expresivo en la manifestación de sus afectos, se le veía muchas veces, en los aterradores momentos de la tempestad, ir á buscar refugio al pie del tabernáculo de Jesús. "Porque, decía, me siento oprimido por el peso de mis aberraciones, y temo la venganza Divina: ese rayo que hiere las áridas rocas, ó el corpulento ciprés, debía herir mi ingratitud y mi costumbre de ofender á Dios; allí, allí solamente, cerca del Salvador, se tranquiliza mi alma, llorando mi infidelidad y pidiendo el perdón; allí escucho, dentro de mi corazón, la voz paternal que me consuela y me dice: "No temas, porque yo estoy contigo."¹

VI

Esta tierna y edificante declaración, da suficientemente á conocer que él veía sobre sí otra tempestad más temible y más violenta: la tempestad

¹ Génesis. XXVI, 24.

en que el corazón escucha por todas partes el bramido de las inclinaciones desordenadas. Retrato de todos los demás, este joven no podía encontrar, sino clamando á Jesús, el sosiego de su espíritu; porque la Eucaristía es el apacible arco-iris que anuncia la serenidad, que ahuyenta el torbellino de los vicios, y que asegura para nuestra vida una tarde tranquila y radiante de virtudes.

Hay momentos críticos en que el alma está á punto de sumergirse en un abismo de desgracias, impelida por la indecible fuerza de sus depravados deseos. La ilusión de felicidad, el encanto de una idea, el engaño de la voluntad, hacen que todas las aspiraciones, perdiendo su verdadero objeto, se arremolinen en furioso torbellino al derredor del corazón, y le agiten, y le sacudan, y le precipiten con furia contra los peñascos ocultos debajo de la espumante superficie. Las borrascas morales del corazón no se parecen sino á las grandes tormentas del Océano, donde los vaivenes de la nave aumentan el peligro. Así el alma, llevada por el rudo empuje del mal ejemplo, azotada por las olas de la tentación y del perverso consejo, é inclinada por el huracán de los propios apetitos, pierde su equilibrio, y se hunde en el abismo del pecado. Es porque Jesús no va en esa barca, como iba en la de Genezareth. Si no se implora la divina gracia, ¿cómo precaver las tempestades del espíritu? ¿cómo evitar el deplorable naufragio? Pero si la Eucaristía va en el corazón, si Dios vive en nosotros, ¿qué se puede temer?

El Apóstol San Pablo, tan experimentado en las grandes crisis del espíritu, tan distinguido por las gracias del cielo, como concedor de su propia debilidad, dice que “sentía satisfacción y gozo en las flaquezas de la humanidad, en los ultrajes del demonio, en las necesidades de la naturaleza, en las persecuciones de los hombres, en las angustias que sufría por Jesucristo; pues cuando estaba débil, y cuando, agobiado de todos estos males, conocía lo difícil que le era sostenerse, entonces era fuerte, porque entonces acudía con más fervor á la fuerza de Jesucristo, quien le daba gracia para soportarlos y vencerlos.”¹

En la Eucaristía se halla la fortaleza que domina y apacigua las horribles tempestades del alma. Si somos débiles y tímidos, la Eucaristía nos da instantáneamente fuerza y valor.

El corazón que lleva consigo á Jesús, y se consagra á Él por la confianza y el amor, romperá sin esfuerzo las olas del mundo y del pecado, al atravesar el mar proceloso de la vida, porque lleva en sí mismo la prenda segura de salvación.²

¹ 2^o á los Corintios. XII, 10.

² Salm. CXVIII, 94.

DIRECCIÓN GENERAL DE



REFLEXIÓN VI

LA VISITA.

¿Quid est homo, quod memor es ejus? ¿aut filius hominis quoniam visitas eum?

¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él, ó qué es el hijo del hombre para que tú le visites?

PSALM. VIII, 5.

I

ZACARÍAS, aquel sacerdote de la familia de Abias, aquel hombre justo á quien el arcángel Gabriel consoló, declarándole el feliz éxito de su oración en el próximo nacimiento del Bautista, aquel Profeta, cuyos labios desde esa visión misteriosa quedaron enmudecidos, no pronunció otras palabras, al desatarse su lengua, cuando por fin vió nacer al Precursor de Jesús, que las inspiradas por el Espíritu Santo en estos proféticos acentos: “Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador, en el seno de la familia de su sier-

El Apóstol San Pablo, tan experimentado en las grandes crisis del espíritu, tan distinguido por las gracias del cielo, como concedor de su propia debilidad, dice que “sentía satisfacción y gozo en las flaquezas de la humanidad, en los ultrajes del demonio, en las necesidades de la naturaleza, en las persecuciones de los hombres, en las angustias que sufría por Jesucristo; pues cuando estaba débil, y cuando, agobiado de todos estos males, conocía lo difícil que le era sostenerse, entonces era fuerte, porque entonces acudía con más fervor á la fuerza de Jesucristo, quien le daba gracia para soportarlos y vencerlos.”¹

En la Eucaristía se halla la fortaleza que domina y apacigua las horribles tempestades del alma. Si somos débiles y tímidos, la Eucaristía nos da instantáneamente fuerza y valor.

El corazón que lleva consigo á Jesús, y se consagra á Él por la confianza y el amor, romperá sin esfuerzo las olas del mundo y del pecado, al atravesar el mar proceloso de la vida, porque lleva en sí mismo la prenda segura de salvación.²

¹ 2^o á los Corintios. XII, 10.

² Salm. CXVIII, 94.

DIRECCIÓN GENERAL DE



REFLEXIÓN VI

LA VISITA.

¿Quid est homo, quod memor es ejus? ¿aut filius hominis quoniam visitas eum?

¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él, ó qué es el hijo del hombre para que tú le visites?

PSALM. VIII, 5.

I

ZACARÍAS, aquel sacerdote de la familia de Abias, aquel hombre justo á quien el arcángel Gabriel consoló, declarándole el feliz éxito de su oración en el próximo nacimiento del Bautista, aquel Profeta, cuyos labios desde esa visión misteriosa quedaron enmudecidos, no pronunció otras palabras, al desatarse su lengua, cuando por fin vió nacer al Precursor de Jesús, que las inspiradas por el Espíritu Santo en estos proféticos acentos: “Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador, en el seno de la familia de su sier-

vo David, según prometió por boca de sus Santos Profetas, que hubo desde los siglos antiguos, que nos salvaría de nuestros enemigos, y de la mano de los que nos aborrecen, ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y teniendo presente siempre su Santa Alianza; conforme al juramento que hizo á Abraham, nuestro padre, de otorgarnos esta gracia; para que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida."¹

Tal fué el cántico de alegría y de gratitud con que el mundo afligido por la servidumbre de la culpa, celebró el advenimiento ardientemente suspirado de su Libertador. Zacarías habló en nombre de todas las generaciones que se habían hundido en el sepulcro, sin alcanzar el amable objeto de sus deseos: habló también por todos los que, con los ojos fijos en las profecías, veían cumplido el tiempo de la promesa y de la redención; habló, finalmente, por toda la Santa Iglesia, cuyos hijos en la época de la luz y de la gracia, vendrían á repetir las, más de una vez, en la efusión de su agradecimiento.

El Verbo Eterno, Dios de bondad y sabiduría, visitó al mundo por sí mismo, revestido de nuestra naturaleza. El mundo era esclavo, necesitaba de libertad; el mundo era ignorante, necesitaba de maestro; el mundo estaba cubierto de tinieblas, necesitaba luz. La visita del Salyador á la tierra,

¹ S. Luc. I, 68 y siguientes.

con su personal presencia, con el eco de su doctrina, con la influencia de sus ejemplos, con el poder de sus milagros, no tuvo otro fin que romper las cadenas del abismo, enmohecidas ya por el trascurso de cuatro mil años en el cuello de los descendientes de Adán; instruir la inteligencia y la voluntad en la verdad y en el bien, cuyas ideas estaban á punto de extinguirse en las regiones tenebrosas de la ciencia humana; atraer á los goces inmortales de la eternidad el espíritu sumergido en el caos de la degradación moral. No se puede traer á la memoria que el Señor descendió del cielo á la tierra, sin que llamen la atención y el amor de nuestra alma, los bienes que dispensó desde Bethleem, donde se dignó nacer, hasta el monte Olivete, desde donde subió al cielo. Esa visita de Dios á los hombres, en medio de los años, objeto de expectación para unos y de recuerdo para otros, es el gran suceso colocado en el centro del mundo moral; es el hecho capital de la historia, la demostración clara y copiosa de las misericordias divinas, coronada de belleza, de gloria y esplendor en las figuras, en las profecías, en los acontecimientos que le precedieron, y en los riquísimos frutos de gracia, de santidad y de virtud que la han seguido y que la seguirán hasta el último día de los siglos. Donde quiera, pues, que exista un pecho agradecido, hallará eco la palabra de Zacarías: *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suae.*¹

¹ S. Luc. en el cap. ya citado.

II

Pero Jesús vive sobre la tierra en la Eucaristía, no obstante que ya pasó esa su visita en carne mortal, visible á nuestros ojos. Fecunda, como acabamos de ver, en beneficios para todo el género humano, esa misma visita, fué el preludio magnífico de la visita que había de hacer á cada uno de los hombres, por medio de la Eucaristía. Si en aquella vino del cielo á la tierra, en ésta viene del altar á nuestro corazón. Pero, debemos decirlo de una vez, aunque el Salvador se digna venir á nuestra alma muchas veces durante nuestra vida, sin embargo, hay dos ocasiones solemnes en que su amable visita aparece rodeada de singulares circunstancias, de extraordinarios favores, de una influencia decisiva para nuestro porvenir moral. Sí: cuando Jesús viene por primera vez al corazón, para aumentar la alegría, é imprimir el sello de la Divinidad en los dulces encantos de nuestra infancia; y cuando viene por última vez al alma que gime en las angustias de la muerte, en los momentos indescribibles de dejar esta vida y partir para la eternidad.

¡Ah! ¡Nuestra primera comunión . . . ! ¡Día de ventura inolvidable! ¡Recuerdo que siempre nos acompaña, y que irá con nosotros hasta el sepulcro!

¿Es encantadora la primera edad de la vida?
¿Es dulce la sonrisa infantil? ¿Es grato el perfume que respira el corazón, envuelto aún en el ro-

paje de la inocencia . . . ? El lirio del valle que entreabre su fragante cáliz á los primeros rayos del sol, apenas puede dar una idea del corazón del niño, que recibe por primera vez á su Dios. Forzoso es confesar que la infancia misma debiera describirlo: la pluma no sabe trazar tan delicados rasgos.

Allá en los primeros años, cuando el alma comienza á conocer la verdad, cuando la lengua apenas ha aprendido á expresar el pensamiento, el corazón del niño recibe con ternura y amor la impresión de una idea, que le hiere con vehemencia, le enajena y le conmueve. Sí: adquiere la idea de Dios, y con ella, la fe en el Salvador Divino, que se dignó descender al mundo para redimirnos de la culpa y enseñarnos el camino del cielo. Y la imaginación ardiente de la infancia tan pronto se representa á Jesús con los dulcísimos encantos de un padre que ama á sus tiernos hijos, tan pronto se admira de los inauditos prodigios que de Él se refieren, tan pronto experimenta cierta melancolía, por no haber visto con sus propios ojos esos sitios memorables que fueron honrados con la presencia de Jesús. La educación cristiana va gradualmente fortificando estas ideas; la luz de la fe se hace cada vez más viva; la memoria del Salvador, con sus interesantes rasgos, con sus dulcísimos atractivos, con sus divinos detalles se establece, por fin, en la niñez, en ese corazón de cera donde quedan indelebles todas las impresiones. ¡Oh Redentor de los hombres! Los hijos de tu Iglesia así aprenden á conocerte, y aunque nacidos en pecado, y sujetos

á la triste condición de la debilidad humana, nunca olvidan ese amor con que descendiste del cielo; nunca olvidan esa visita que hiciste al mundo para darnos la vida. ¡Oh resplandor sobrenatural de la fe, que vienes á inundar de gloria los primeros destellos de nuestra razón, en la edad más risueña de la vida, en el apacible horizonte de la infancia! Mil veces para tí la bendición y la gratitud.

III

Tiene la infancia sus sinsabores, sus momentos tristes, sus horas de desconsuelo. Ciertos deseos no satisfechos, ciertos caprichos no halagados, el orgullo abatido, la desobediencia castigada, son otros tantos gérmenes de disgusto interior, que manifiestan ya esa rebelión lamentable de la carne contra el espíritu, de las pasiones contra la ley, de la perversidad contra la virtud, á que desgraciadamente nos sujetara el primer pecado. Pero en cambio, ¡qué deliciosa paz reina en el corazón! La experiencia no ha dejado todavía sus amargos engaños; la sombra paternal, esa sombra benéfica y protectora, que después no volvemos á encontrar en el desierto de la vida, nos acoje y nos abriga, por más que oponga á veces, como debe, un justo dique á nuestras inclinaciones desordenadas; la agradable novedad que aparece en todos los objetos, y la ilusión de los goces con que nos brindan,

el hermoso contento del corazón, que ignora la desgracia. . . .

“Desearía yo haber visto á Jesús cuando estaba en el mundo,” dice el tierno niño, reclinado en el regazo maternal. “¡Ah, hijo mio! responde la voz cariñosa de la madre: está muy cerca de tí: si tú supieras cuánto te ama.” “¡Pero dónde está?” “¡Ah! ¡Qué feliz serás cuando venga á tu corazón! Sí, algún día. . . tal vez muy pronto. . . .” Y la amante madre estrecha al hijo en sus brazos. . . . Y las dulces lágrimas del niño enternecido, mojan el cuello de la madre. . . .

Comienza desde entonces aquel corazón, todavía no empañado por el vicio, á prestar oído más fiel á las instrucciones que recibe; á comprender, en medio de sus frívolos entretenimientos, que un negocio serio y de importantes consecuencias le aguarda; á meditar á solas, muchas veces sin quererlo, en esa felicidad que llenará su alma, cuando le lleven por primera vez á la mesa del Señor. Piensa con anhelo en la Divina Eucaristía; sus preguntas no cesan; un sentimiento de deseo y de respeto, que antes no había experimentado, le domina, le hace una dulce violencia, y le obliga á manifestar esa noble impaciencia, que antecede siempre á la posesión de un gran bien.

Por muy cortas que sean las facultades intelectuales del niño, llega á persuadirse de la necesidad que tiene de ser todo de Dios, para no ser eternamente desgraciado; y se persuade también de que esa consagración que ha de hacer de sí mismo al

Árbitro Supremo de su vida y de su destino, debe consumarse el día venturoso de su primera comunión. Ya no es posible el silencio ni el disimulo; el pecho del niño, cada vez más conocedor de su futura dicha, arde en esperanzas; ya no acierta á hablar de otra cosa. Y se dedica, hasta donde puede, á ser mejor todos los días, y se esfuerza en cumplir más exactamente sus deberes, y procura adquirir, no obstante la variabilidad de su carácter, la estabilidad y fijeza en el cumplimiento de la Ley Divina. Ese santo ardor era el que hacía decir á David, profundamente convencido de que sólo nuestra unión á la voluntad Divina constituye la verdadera felicidad de la vida presente: "Mi alma ha anhelado desear en todo tiempo tus preceptos."¹

IV

Luce, por fin, la aurora del deseado día. ¿No escuchais las palpitations de ese corazón que apenas ha podido gustar del sueño? ¿No veis en esa frente, radiante de inocencia, la hermosura de una alma que no ha pensado sino en Jesús, allá en su tranquilo descanso; que no deja de meditar en Jesús, cuando la mañana extiende sus primeros resplandores; que no ve ni admira en Jesús sino el manantial riquísimo de todo su auxilio y de todo su bien? *Si memor fui tui super stratum meum, in*

¹ Salm. CXVIII, 20.

*matutinis meditabor in te; quia fuisti adjutor meus.*¹
 ¿No presenciáis ese inusitado estremecimiento de veneración y de amor, con que el niño se acerca al templo y al altar? ¡Ah! No hablemos del magnífico aparato del Santuario, ni de la multitud que contempla, tiernamente conmovida, aquel espectáculo, ni de las azucenas y los lirios, emblemas de pureza y de candor, que en ese día circundan el tabernáculo. Entremos, si nos es permitido, en ese corazón que recibe la primera visita de su Salvador. Allí escucharemos la voz del alma, que ya posee al amable objeto de sus deseos. ¿Pero qué? Si el alma, aunque quiera, no puede hablar. . . . La inmensa magnitud de su felicidad embarga sus potencias, y la hunde en un profundo silencio
 ¡Silencio misterioso, rico de ideas, de impresiones y de sentimientos! Tú eres el más digno de Dios, porque en momento tan solemne, ¿qué puede decir el corazón. . . ? Entretanto, Jesucristo, que es todo amor en la Eucaristía, es también todo amor en el corazón del tierno niño. "Oye, le dice, mis palabras: son las de un padre que te ama, como nadie te amará jamás. ¿Sabes cuánto he hecho por tí? Ese deseo que has tenido de que Yo viniera á visitarte, Yo te lo inspiré, para que vinieras á Mí. Aquí me tienes, pues. Aunque por todos títulos me pertenesces, hoy he querido venir personalmente á tomar posesión de tu corazón; pero. . . ya lo sabes: no me has de olvidar en todos los días de tu vida. ¡Ay! Tú no conoces todavía los peligros

¹ Salm. LXII, 7 y 8.

del camino que vas á atravesar. . . . Te he puesto en el mundo para que trabajes por merecer la inmortal corona que te preparo en el cielo. ¿Temes á tus enemigos? Aquí estoy; Yo seré tu fortaleza, no desconfíes. ¿Me amas? Acuérdate siempre de Mí. . . . Recibe mi ósculo de paz. . . . No dejes de permanecer en mi amor.”

¡Oh! ¿Cómo no exhalar un ardiente suspiro de agradecimiento? Si la garganta se anuda y la lengua enmudece, ¿dejará el corazón de sentir? ¿Quién es el hombre, ¡oh Señor! para que te acuerdes de él con tanta bondad, y le visites con tanto amor? ¿Qué germen tan fecundo de luz, de virtud y de salvación, depositas en el corazón débil, próximo ya á entrar en una senda erizada de espinas, rodeada de precipicios!

Rápido es el vuelo de la niñez á la juventud, y de la juventud á la edad madura; desaparecen con el tiempo los recuerdos más gratos; pero la memoria de la primera comunión, cuando se hizo con ánimo reflexivo, sobrevive siempre. La memoria de ese día dichoso, en que el Salvador por vez primera nos hizo sentir cuán bueno es,¹ queda grabada con caracteres de oro sobre nuestro corazón; y en las grandes adversidades de la vida, cuando la tranquilidad huye de nuestra alma, involuntariamente

¹ Salm. CII, 5.

recordamos el día de nuestra primera unión con Jesús, en la Eucaristía.

Durante nuestra carrera mortal, ¡cuántas veces recibimos de nuevo la visita de nuestro Dios, ya por medio de su gracia, que es luz para nuestras dudas y fuerza para nuestra fragilidad, ya por medio de la Eucaristía, que es la fuente del acierto y del consuelo! ¡Cuántas veces establecemos comparación entre las disposiciones que nos empeñamos en tener para la primera comunión, y la preparación, acaso menos digna, con que nos acercamos ahora! Si hemos sido tan felices, que no sólo hayamos conservado hacia Jesús aquel amor ardiente de nuestra infancia, sino que cada día le hayamos dado nuevos incrementos, amaremos profundamente la ley del Señor, y amándola, recibiremos dignamente la visita de nuestro adorable Legislador en la Santa Comunión; porque “todos los bienes de la paz residen en el espíritu que ama la ley Divina.”¹

VI

Hasta aquí hemos considerado con todos sus recuerdos, la primera visita que el Salvador se digna hacer á nuestro corazón; consideremos ya la última que nos hará, así lo esperamos, cuando estemos para salir de esta vida. Así como en la primera viene á llenarnos de fortaleza, para seguir con

¹ Salm. CXVIII, 165.

pie firme la senda de la vida, y triunfar de nuestros enemigos, así también en la última, vendrá á asegurarnos y defendernos en el peligroso tránsito del tiempo á la eternidad. Aquella es preparación para la vida; ésta es preparación para la muerte.

No podemos pensar, sin entristecernos, en esos momentos supremos, inevitables, angustiosos, en que tiene el hombre, de grado ó por fuerza, que despedirse para siempre de todo lo que en esta vida ha formado su encanto, sus delicias, su felicidad. Entonces no se puede abandonar sin dolor todo lo que se poseyó con amor. Parientes, amigos, fortuna, "adiós."

El anuncio de la próxima muerte llena al alma de turbación y espanto; cúbrese entonces de amargura todas las memorias de la vida; una inquietud indefinible desgarrá el corazón. . . . El bien que no se hizo, el mal que no se evitó, el extravío moral de otros por culpa propia, deberes poco ó nada cumplidos, proyectos de enmienda siempre aplazados, costumbres viciosas nunca corregidas, frialdad en el servicio de Dios, apego á los depravados usos del mundo: tal es el horrible conjunto de remordimientos que en la última hora hace gemir y desear, si posible fuera, nacer de nuevo, para vivir mejor.

¿Bastará, acaso, la penitencia, difícilmente practicada en el lecho del dolor? Bastará la que se ha hecho en toda la vida? ¿Vendrá el demonio á inspirar desconfianza y desesperación? ¿Vendrán en los críticos momentos de la agonía, esos asaltos de

la imaginación, tanto más peligrosos cuanto más débil es el hábito de resistirlos? Hé aquí el cúmulo de temores que hunden al alma en un abismo sin fondo de penas y de sobresalto.

Pero ¡ah! Jesús en la Eucaristía, al acordarse de esa última aflicción de cualquiera de sus hijos, lleva la generosidad y el amor á un grado verdaderamente inaudito, y viene Él mismo á consolarle. Ve que ya no puede acercarse al tabernáculo, como solía hacerlo tantas veces para implorar auxilio; por eso se apresura Jesús á buscarle, para depositar en su corazón atribulado la esperanza, el consuelo y la paz. ¿Quién acertará á definir los sentimientos que se apoderan del alma, cuando escucha la llegada de Jesucristo? Le desea, es verdad, como á su Padre y Salvador, pero le teme, porque conoce que muy pronto va á ser su terrible Juez.

En medio de las agudas dolencias de la enfermedad, débil y extenuado, el cristiano que ha encontrado siempre su fuerza en la fe, se incorpora en su lecho, ó levanta la cabeza, ó abre al menos sus ojos lánguidos, y los vuelve hacia la puerta por donde espera á su Dios. El silencio, el respeto, acaso la conmovedora armonía de la música, la ternura y las lágrimas, han salido á recibir, y conducen hasta el aposento del enfermo, al Dios de la Eucaristía. ¡Dichoso el mortal que durante su vida ha amado á Jesús; que siempre ha pensado en Él; que ha ido siempre con ardiente deseo á derramar á sus pies la alabanza y la gratitud! Sí: entonces, cuando se halla en el umbral de la muer-

te, sabrá comprender y agradecer toda la dulzura y magnificencia de la última visita de su Salvador. No más desconfianza, no más temores, no más remordimientos, no más inquietud. "El que se alimenta de Mí, vivirá eternamente,"¹ ha dicho El que es la misma vida: y esta palabra, siempre llena de esperanza y de gozo para los que dignamente reciben la Divina Eucaristía, es, en los postreros momentos del mortal, la luz que aleja sus pavorosas tinieblas, el bálsamo que cura sus heridas espirituales, la prenda dulcísima de su salvación.

VII

Y Jesús llega. Ved cómo se reanima el abatido semblante del moribundo; ved cómo manifiesta el ansia más viva de unirse con su Dios; ved cómo llora de alegría y agradecimiento. ¿Os enternecéis al mirarle...? Ha de llegar el día en que vosotros esteis como él...

De repente, entre dulces sollozos, escúchase un gemido que llama nuestra atención. Es el esfuerzo que hacen aquellos labios desfallecidos, para pedir perdón, para confesar su miseria... "Señor, por mis abominables culpas, no soy digno de que entres en esta miserable habitación, donde sólo se respira el aire inmundo de mis iniquidades..." Un silencio profundo es el único eco de estas pa-

¹ S. Juan, VI, 52 y 59.

labras, que siguen resonando en el corazón de los circunstantes...

Y cuando el Salvador ha entrado en aquel corazón, cuyas oscilaciones están ya para terminar, el alma no puede menos de arder en el fuego purísimo de la caridad y de la gratitud. "¿Qué gracias te daré, Padre mio? Vil y miserable criatura, indigno pecador... ¿Cómo agradeceré tan grande beneficio...? Ya que no puedo otra cosa, dignate aceptar, Dios mio, tu mismo cuerpo y sangre preciosa... dignate aceptar mi amor... y permite que, antes que parta de este mundo, convide á los santos del cielo y á los justos de la tierra á que te den gracias por los magníficos bienes que me has dispensado en este lugar de destierro..."

Gracias, Señor, por la caridad infinita con que me amaste desde la eternidad, prefiriéndome á tantos que te hubieran servido mejor que yo. Gracias por haberme dado un sér tan noble, un cuerpo dotado de sentidos tan perfectos, y una alma dotada de potencias tan excelentes. Gracias por haberme conservado hasta ahora la vida, por la amorosa providencia con que me has llevado en tus brazos, librándome de tantos peligros espirituales y corporales... temporales y eternos. Gracias por haberme redimido... por tantos auxilios y buenos ejemplos... por la paciencia con que me has sufrido. Gracias por esta última visita, que no olvidaré en toda la eternidad..." *¿Quid retribuam Domino?*¹

¹ Salm. CXV, 12.

Así recoge el Salvador en la Eucaristía los posteriores afectos del alma; así siembra en ella el germen precioso de la inmortalidad; así la toma de la mano, para que pase tranquila por el formidable tribunal de su justicia.

Si deseamos tan exquisito consuelo, recordemos continuamente la primera visita de Jesús: ese recuerdo nos mantendrá siempre vigilantes para la última. Y cuanto más pensemos en una y otra, mayor será nuestra sinceridad al decir: "¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él, ¡oh Señor! y el hijo del hombre para que le visites?"¹

¹ Salm. VIII, 5.



REFLEXIÓN VII

EL OLVIDO.

... Oblitus sum comedere panem meum.

Me he olvidado de comer mi pan.

PSALM. CI, 5.

I

CUANDO nuestro corazón abriga un afecto sincero de benevolencia y de cariño hacia un amigo, ¡qué cruel es su indiferencia! ¡Cuánto nos hiera su olvido, después de los testimonios evidentes que le hemos dado de nuestra amistad! Existe en el corazón humano una propensión innata á esperar ciertas simpáticas demostraciones de aquel á quien nos hemos esmerado en amar y favorecer. Y á medida que crecen los vínculos que nos unen con aquel en quien fijamos nuestra predilección, se hace más justo y más racional nuestro sentimiento, viendo que ya no se acuerda de nosotros.

Así recoge el Salvador en la Eucaristía los posteriores afectos del alma; así siembra en ella el germen precioso de la inmortalidad; así la toma de la mano, para que pase tranquila por el formidable tribunal de su justicia.

Si deseamos tan exquisito consuelo, recordemos continuamente la primera visita de Jesús: ese recuerdo nos mantendrá siempre vigilantes para la última. Y cuanto más pensemos en una y otra, mayor será nuestra sinceridad al decir: "¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él, ¡oh Señor! y el hijo del hombre para que le visites?"¹

¹ Salm. VIII, 5.



REFLEXIÓN VII

EL OLVIDO.

... Oblitus sum comedere panem meum.

Me he olvidado de comer mi pan.

PSALM. CI, 5.

I

CUANDO nuestro corazón abriga un afecto sincero de benevolencia y de cariño hacia un amigo, ¡qué cruel es su indiferencia! ¡Cuánto nos hierde su olvido, después de los testimonios evidentes que le hemos dado de nuestra amistad! Existe en el corazón humano una propensión innata á esperar ciertas simpáticas demostraciones de aquel á quien nos hemos esmerado en amar y favorecer. Y á medida que crecen los vínculos que nos unen con aquel en quien fijamos nuestra predilección, se hace más justo y más racional nuestro sentimiento, viendo que ya no se acuerda de nosotros.

¿Cuál será, pues, la amargura de un padre, cuando se convence del olvido de su hijo? ¿Acaso valen poco el sér que le dió, las caricias que le prodigó, los bienes de que le colmó?

¿A qué grado, pues, llegará en Dios esa amarga tristeza por el olvido que de Él y de sus beneficios observa en el hombre? Jesucristo en la Eucaristía experimenta, sin cesar, las desgarradoras impresiones de ese olvido lamentable. Después de la primera comunión, duran tal vez por algunos días, ó por algunos años, las ardientes aspiraciones del alma, que ha encontrado en la Eucaristía la fuente de su felicidad. ¿Y qué suele suceder después? Insensiblemente se va alejando de su buen Amigo, de su excelente Bienhechor, de su ternísimo Padre, que le ha tratado con tanta bondad y cariño; y las distracciones ¡ay! de un mundo engañoso, y las ilusiones de la edad, y los emponzoñados atractivos de las pasiones, producen la indiferencia, y por fin, el olvido de los riquísimos bienes que había recibido de Dios. Y no es una conjetura: ahí está la experiencia de todos los días.

El Evangelio nos ofrece una viva imagen de semejante conducta. “Un hombre tenía dos hijos, y el más joven le dijo: Padre mio, dame la porción que debo heredar de tu hacienda; y el padre hizo á ambos la partición de sus bienes. Pocos dias después el más joven juntó todo lo que tenía, y se fué á un país lejano, en donde disipó todo su haber, viviendo licenciosamente”¹ Suspendamos

¹ S. Luc. XV, 13.

aquí, para examinar, palabra por palabra, todo el sentido moral que encierra esta primera parte de la parábola.

II

¿Quién es ese padre de que habla el Salvador, sino Él mismo?... ¿Quiénes son esos dos hijos, sino las dos especies de corazones en que se divide todo el género humano: corazones que corresponden á los designios de Dios, y saben guardar el rico tesoro de la gracia, y corazones que, llevados de su propio dictamen, viciado siempre, olvidan la Ley Divina; corazones en que no se apaga el fuego del cielo, que recibieron en la primera comunión, y corazones en que, apagado el amor divino, arde solamente el fuego impuro de los vicios; corazones, en fin, que sirven al Señor, y corazones que le ofenden?

¿Y por qué dice que el más joven de estos dos hijos pidió á su padre la porción que le tocaba de la herencia? Porque de ordinario la primera juventud suele ser más inclinada á la libertad, á la inconstancia, á la necesidad, á la gula y á la licencia de costumbres. ¡Ah! “El hombre, al entrar en su juventud, muy fácilmente yerra. Lo primero, porque ignora la senda, y, ocupado en bagatelas, da crédito á los que le muestran el mal camino. Lo segundo, porque su camino es falaz y mentiroso, bajo vanas apariencias; amable por la variedad de los

colores y por la suavidad de los aromas, pero en la yerba se esconde la culebra: la adolescencia es la flor de la edad, pero con muchas espinas; es la primavera de la edad, pero con muchas nieblas y lluvias; es la fuerza de la edad, pero con muchos y peligrosos combates. Lo tercero, porque el camino de la adolescencia es resbaladizo, y por lo tanto propenso á las caídas. "Sabeis, escribía San Jerónimo á Cromacio, que no sin temor habeis pasado ese camino, que fué para mí tan expuesto."¹ Lo cuarto, porque esa edad, como dice San Basilio, está llena de fieras y de monstruos, por su ligereza y por su excesiva movilidad á todo lo malo é ilícito: por la indómita fogosidad que arrastra á todo lo agradable, por la fuerza de la ira, por el desenfreno de la lengua, por la contumelia, por la arrogancia."² Edad peligrosa y decisiva, cuyos caminos no podrán ser rectos sino mediante la observancia de la Ley Divina.

Y esos bienes que el Padre distribuye entre los dos hijos, ¿cuáles son? Aquí deberían enumerarse todos los magníficos dones que Dios pone en las manos del hombre y de su libre albedrío; en el orden de la naturaleza: la existencia, la conservación, las potencias del alma, los sentidos del cuerpo, el alimento, la salud, los bienes de fortuna..... en el orden sobrenatural: la gracia, los sacramentos, las inspiraciones, la educación cristiana, el buen ejemplo de otros, los dones del Espíritu San-

¹ Epístola 43.

² Le Blanc. Comentario sobre el Salmo CXVIII.

to. . . . ¿Quién sabrá comprender, describir y ponderar esa suma inmensa de bienes? ¿Pero quién sabrá decir todo lo que el mortal recibe en la primera comunión? Con su Dios recibe todos los tesoros de la gracia, cuya menor participación supera en excelencia á la posesión de todo el universo. Esta es la porción que nos toca de la herencia divina. . . .¹

III

"Pocos dias después, el más joven juntó todo lo que tenía, y se fué á un país lejano." Es verdad. A los grandes bienes que hemos poseído desde el principio de nuestra vida, á los otros muchos que el Señor se ha complacido en dispensarnos después, juntamos las incalculables riquezas que el Salvador nos da en la Eucaristía, y emprendemos con osada resolución nuestro viaje. ¿Adónde? A una región muy distante. . . . "al olvido de Dios," dice San Agustín. . . .² ¿Y la amable Eucaristía? ¡Ay! Pasan años y más años. . . . "Allá, cuando yo me disponga para morir," dice el pecador. . . . Y se olvida de comer el Pan de la vida,³ y, apartado de la vida, está muerto para la gracia y para la vida eterna.

¡Oh deplorable estado, digno de llorarse con lá-

¹ Salm. XV, 5.

² Quaest. Evangel. 33. Lib. 2.

³ San Juan. VI, 48.

grimas de sangre! estado de concupiscencia y de pecado, en que el infeliz se ausenta cada día más de Dios y del cielo, porque de la santidad y del reino de Dios, pasa al reino del demonio, del pecado y del infierno, que es la mayor insensatez que puede imaginarse. Y lo que es todavía más deplorable: parece que Dios se olvida también del pecador, y deja, en castigo, de visitarle con su luz, con su gracia y sus inspiraciones.¹

Tal vez estamos muy cerca de la Divina Eucaristía; tal vez está inmediato á nuestra habitación el templo en que reside noche y día este Dios de bondad; tal vez pasa junto de nosotros; pero así como para el que ama á Dios y está unido con Él, nada obstan las distancias, como dice San Jerónimo,² de igual modo, aunque la adorable Eucaristía esté muy cerca de nosotros, si hemos olvidado á Dios por el pecado, está muy lejos. Y Teofilacto añade: que cuando el hombre sale de Dios, y se aleja de su santo temor, dilapida todos los dones divinos, los prodiga y los disipa.

Y Jesucristo, lleno de tristeza, porque está lleno de amor, ve desde su tabernáculo el alejamiento de ese hijo tan querido; sigue con la vista sus pasos, deplora sus extravíos, llora su desgracia. . . ¡Oh! ¡Cuánto sufre su corazón paternal! Mientras que otras almas, representadas por el hijo mayor, dotadas de prudencia, y fieles al cariño filial, permanecen en la casa paterna, y saborean las suaví-

1; Cornel. Alapide Coment. sobre el Evangel. de San Lucas. XV, 13.
2. Epístola 146.

simas delicias de la mesa eucarística, ese hijo desventurado, que no quiere más que su libertad y su independencia, va á conquistar, con las lágrimas que por fin vendrán á sus ojos, el más cruel de los engaños.

¿No es cierto que nos conmueve siempre la partida de un amigo á país lejano? ¿Quién es aquel á quien no han parecido más tristes los últimos instantes de la tarde, y más sombrías las horas de la noche, al acordarse de ese amigo ausente, en cuyo pecho depositábamos nuestras alegrías y nuestros pesares? ¿Y si es un hijo predilecto el que se ausentó? ¡Ah! ¡Cuántas veces subió la mujer de Tobías á la colina inmediata, para ver de lejos, si acaso venía, al hijo de sus entrañas! ¡Cuántas veces el mismo Tobías lloró amargamente, por haber dejado ir al báculo de su ancianidad! Y si ésto fué así, cuando Tobías envió voluntariamente á su hijo, ¿cuál sería el desconsuelo de ese padre que refiere el Evangelio, cuando veía que por evadirse de su influencia emprendió el hijo su malhadado viaje? ¿Cuál será el dolor de Jesucristo al ver que nos alejamos, no sólo de su presencia en la Eucaristía, sino también de su amistad, por satisfacer los deseos depravados de nuestro corazón? Feliz por sí mismo, en grado infinito, es el Señor; pero como tiene sus delicias, según Él mismo asegura,¹ en estar con los hijos de los hombres, es indecible, cuando éstos le abandonan, la pena que experimenta.

1 Proverbios. VIII, 31.

IV

Hay todavía más. Puede suceder, y sucede muchas veces, que no se haya extinguido la memoria de los beneficios que el Señor nos ha concedido en la divina Eucaristía; que exista aún en el corazón cierto sentimiento de amor á este dulcísimo Misterio; que experimente el alma una emoción inefable al presenciar las grandes solemnidades de la religión, y sin embargo, parece que no se considera indispensable para conservar la vida del espíritu, la frecuente recepción del Pan de la inmortalidad. La convicción de la propia miseria, el cuidado de los intereses temporales, la esperanza de un tiempo más amplio y oportuno, óbices aparentes, que pueden, cuando hay voluntad, fácilmente superarse, nos mantienen distantes de nuestro Único Bien; y es imposible en semejante situación caminar al último fin, ni llenar las obligaciones que á cada uno ha señalado la Divina Providencia. Si entonces el alma vuelve los ojos sobre sí misma, halla marchita aquella lozanía y fuerza que tuvo en mejores días, cuando todo lo bueno se le hacía fácil y agradable; ve que los deseos del mundo y de la carne, semejantes á un fuego secreto y destructor, la consumen, como los rayos del sol consumen el heno de los campos; ve que el corazón está árido para la piedad, para la devoción, para la dulzura del amor divino; y experimenta la ne-

cesidad de reconocer que la causa de estas desgracias, prelude tal vez de otras mayores, es el olvido profundo, el olvido práctico de la Sagrada Comunión, de ese Pan que nutre y fecundiza las heroicas resoluciones y los frutos de santidad en cualquier estado de la vida. *Percussus sum ut foenum, et aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum.*¹

¡Olvido infausto! Cuando entras en el corazón, apagas el fuego del amor divino que ardía en él, é impides que se encienda de nuevo. Tú engañas al mortal, haciéndole creer que por sí tiene la fuerza bastante para obrar el bien, y que puede pasar la vida felizmente sin la Eucaristía, como el joven del Evangelio, que creyó ser feliz lejos de su padre.

V

“En ese país lejano, dice el Evangelio, disipó todos sus bienes viviendo licenciosamente.” ¡Infeliz! Más le valdría haber permanecido bajo la sombra del hogar doméstico, siguiendo el ejemplo de su hermano. El respeto y la obediencia le hubieran obligado á multiplicar con su trabajo esas riquezas que el afecto y el sudor paternal habían reunido. Pero no; quiso más bien destrozarse con ignominia, esclavo de sus apetitos, los brillantes elementos de su bienestar. Todo lo dilapidó en el desorden y en la disolución. . . .

¹ Salm. CI, 5.

“Sí, ¡ay! todos los bienes de la naturaleza y de la gracia. Porque el pecador, entregándose al placer y á la libertad, derrocha los dones de Dios, la caridad y las virtudes; oscurece de tal modo su entendimiento, que no reconoce á Dios, ni al bien de la gracia; deprava su voluntad en tal grado, que antepone el vicio á la virtud, el deleite á la razón, la tierra al cielo, el demonio á Dios; y en lugar del hábito de las virtudes, se viste el hábito de los vicios y de la propensión á todo lo malo. Queda, por tanto, destituido de consejo, de razón, de inteligencia y de todo bien. Por último, todas las fuerzas del alma y del cuerpo, que debían servir al Criador, son obligadas á servir á las criaturas, y principalmente á la destemplanza y á la sensualidad.”¹ Conducta horriblemente infiel, de la cual decía David: “Los que se alejan de tí ¡oh Señor! perecerán, y tú has resuelto perder á los que te abandonan por seguir sus injustos deseos.”²

¡Almas que amais al Salvador, y que conocéis por vuestra propia experiencia los inestimables tesoros de gracia que os otorga en la Eucaristía! A vosotras llamo por testigos para que declareis qué ha sido de vosotras, cuando os habeis alejado de la mesa del Señor. Vosotras sabreis decir los horribles peligros que os han rodeado lejos de Aquel que es el único que puede refrenar las impetuosas tendencias del corazón. Vosotras demostrareis á la faz del mundo entero, la furia satánica con que

¹ Corn. Alapide, Sobre el Evangelio de S. Lucas. XV, 13.

² Salm. LXXII, 27.

el alma, olvidando la Eucaristía, rasga en sí misma la celestial vestidura de la gracia, y arroja en el fango el precioso ornamento de las virtudes cristianas.

VI

El rubor cubre nuestra frente, al recordar el destrozo total que hemos hecho de los dones divinos, desde el triste momento en que el pecado, envolviéndonos en su negro manto, nos arrastró á esas remotas regiones donde reinan solamente la degradación del hombre y el olvido de Dios. ¡Y qué, nuestro amoroso Padre, nuestro Salvador, no se acuerda de nosotros? Sí. Como no vive en la Eucaristía sino para pensar en nosotros, siempre se ocupa en medir la distancia que nos separa de Él; siempre contempla con dolor el abuso que hacemos de los bienes que con tanta profusión nos ha dispensado; siempre es desgarrado su corazón por nuestro olvido. Allá, en las regiones de la iniquidad, alcanzan las dulces miradas de Jesús á ese hijo tan amado, que se complacía en ver á sus pies cuando era niño, lleno de inocencia y de temor, y ahora se entristece viéndole esclavo de sus funestos devaneos. Y le mira correr ansioso durante el día en pos de las sombras que forman su ilusión y su encanto; y le mira agotar su fortuna, su salud y su reputación durante la noche, imagen clara de la oscuridad de su alma, en los vergonzosos place-

res que preside el espíritu de las tinieblas. En medio de las orgías y de los saraos que el mundo hace brillar con las antorchas de la muerte, para atraer con su fatídico resplandor á los que ya no quieren vivir para Jesucristo, ¿existe acaso una sola mirada que se cruce con la del Salvador? "Goce- mos, dice el pródigo, porque así lo quiero." ¡Qué ciego está su corazón!

VII

La historia del hijo pródigo, en su primera parte, es la historia de todos los pecadores. "Pérdida de la amistad de Dios. . . . pérdida de los méritos pasados. . . . pérdida de esa educación cristiana. . . . pérdida de esas inclinaciones tan favorables á la piedad. . . . de ese gusto por la virtud. . . . de esa delicadeza de conciencia. . . . de esa rectitud de corazón. . . . pérdida de esos talentos corrompi- dos por las pasiones. . . . pérdida de la razón. . . . tal vez de la fe. . . . ¡Oh qué funesto uso de los dones de Dios!"¹

Hé aquí el olvido de la Eucaristía. El Salvador es el único Padre á cuyo lado podemos ser felices. ¿Buscaremos en país lejano nuestra desgracia!

¹ Manresa. Consideración sobre el hijo pródigo.



REFLEXIÓN VIII

EL HAMBRE Y LA SED.

Fame pereo.
Perezco de hambre.
LUCAS. XV, 17.

I

ACABAMOS de ver al hijo pródigo lejos de la casa paterna, frenético en sus extravíos, ávido de felicidad. . . .

"Después de haberlo gastado todo, continúa el Evangelio, sobrevino una grande hambre, y comenzó á verse en la indigencia, y se puso á servir á uno de los habitantes de aquel país, quien lo envió á su granja para que apacentase los cerdos. Allí se vió reducido á tan extremada miseria, que envidiaba á los cerdos su alimento. . . . Habien- do, en fin, vuelto en sí, se dijo á sí mismo: ¡Cuán- tos criados hay en la casa de mi padre que tienen pan con abundancia, mientras yo perezco de hambre! Me levantaré é iré á mi padre, y le diré: Padre mio, pequé contra el cielo y contra tí; ya no

res que preside el espíritu de las tinieblas. En medio de las orgías y de los saraos que el mundo hace brillar con las antorchas de la muerte, para atraer con su fatídico resplandor á los que ya no quieren vivir para Jesucristo, ¿existe acaso una sola mirada que se cruce con la del Salvador? "Goce-mos, dice el pródigo, porque así lo quiero." ¡Qué ciego está su corazón!

VII

La historia del hijo pródigo, en su primera parte, es la historia de todos los pecadores. "Pérdida de la amistad de Dios. . . . pérdida de los méritos pasados. . . . pérdida de esa educación cristiana. . . . pérdida de esas inclinaciones tan favorables á la piedad. . . . de ese gusto por la virtud. . . . de esa delicadeza de conciencia. . . . de esa rectitud de corazón. . . . pérdida de esos talentos corrompidos por las pasiones. . . . pérdida de la razón. . . . tal vez de la fe. . . . ¡Oh qué funesto uso de los dones de Dios!"¹

Hé aquí el olvido de la Eucaristía. El Salvador es el único Padre á cuyo lado podemos ser felices. ¿Buscaremos en país lejano nuestra desgracia!

¹ Manresa. Consideración sobre el hijo pródigo.



REFLEXIÓN VIII

EL HAMBRE Y LA SED.

Fame pereo.
Perezco de hambre.
LUCAS. XV, 17.

I

ACABAMOS de ver al hijo pródigo lejos de la casa paterna, frenético en sus extravíos, ávido de felicidad. . . .

"Después de haberlo gastado todo, continúa el Evangelio, sobrevino una grande hambre, y comenzó á verse en la indigencia, y se puso á servir á uno de los habitantes de aquel país, quien lo envió á su granja para que apacentase los cerdos. Allí se vió reducido á tan extremada miseria, que envidiaba á los cerdos su alimento. . . . Habien-do, en fin, vuelto en sí, se dijo á sí mismo: ¡Cuán-tos criados hay en la casa de mi padre que tienen pan con abundancia, mientras yo perezco de hambre! Me levantaré é iré á mi padre, y le diré: Padre mio, pequé contra el cielo y contra tí; ya no

soy digno de llamarme hijo tuyo; trátame como á uno de tus criados.”¹

Nunca seremos capaces de tributar un homenaje bastante digno de admiración á este pasaje del Evangelio. Es tan profunda la sabiduría que encierra, como referido por el mismo Jesucristo, que, sin su divina luz, sin la humildad de nuestro corazón, sin una atención fiel, es imposible alcanzar las saludables verdades que nos enseña.

No perdamos de vista á esa alma que se alejó de la divina Eucaristía, tal vez desde el día dichosísimo de su primera comunión: veamos la desgraciada suerte á que la conduce su alejamiento de Dios, y establezcamos entre ella y la descripción evangélica del hijo pródigo, en esta segunda parte de su historia, el más riguroso paralelo.

¿Nos domina, acaso, un sentimiento de compasión? Aprovechémoslo; nuestro corazón lo merece; no vacilemos en ver nuestro retrato. El pródigo del Evangelio llegó por sus vicios á verse reducido á la última miseria; no es otro el destino de los que abandonan la divina Eucaristía.

Increible, sin duda, es la influencia que ejercen en el hombre, en su carácter, en su vida entera, la sujeción ó la libertad de sus inclinaciones. La sujeción le hace rey que manda; la libertad le convierte en esclavo que obedece. ¿Lo dudais? Preguntad á vuestro corazón. Allá, en un momento que recordamos bien, nació en el corazón una inclinación tan insignificante, una afición tan lige-

¹ S. Luc. XV, 13 y siguientes.

ra, una propensión tan débil, que apenas llamó nuestra atención. Pasó ese día. Algún tiempo después, bien sea porque el objeto se vuelve á presentar, bien porque la ociosidad pone en nuestra imaginación las ideas pasadas, esa inclinación es ya más sensible, esa afición es ya mayor, esa propensión es ya más fuerte. Sin embargo, todavía desaparece con facilidad, pero es ya menor el tiempo que se dilata en volver. Vuelve, sí, más viva, más enérgica y robusta, y ya cuesta trabajo despedirla. ¿Despedirla? ¡Ah! si entonces manifiesta ya todo lo que es, si ya entonces nos halaga, nos arrebatada. Pero como es una inclinación que reconocemos ilícita y culpable, todavía hay resolución para despedirla, aunque entonces ya deja en el corazón una huella profunda, una impresión que indica su próxima vuelta. Así sucede. Vuelve y ya encuentra en el alma menor repugnancia, menor temor, menor remordimiento. Por fin se familiariza con ella el corazón; ya después la echa menos; ya cuando le abandona, aunque no sea más que por un instante, va á buscarla, á llamarla, á traerla. Hé aquí entronizada en el corazón una pasión atormentadora. Esclavos de ella, tenemos que obedecerla en todos sus caprichos, que obsequiarla en todos sus deseos, que seguirla en todos sus caminos. ¡Triste degradación!

No es así cuando el corazón aprende con tiempo á vencerse á sí mismo, á desconfiar de sus fuerzas, á dominar sus deseos. Aunque la debilidad humana, consecuencia de la primera culpa, hace

difícil el dominio sobre la voluntad, jamás lo hace imposible. Aunque el polvo de que hemos sido formados atrae hacia la tierra nuestros afectos, la inteligencia que irradia sobre nuestra frente, nos dice que Dios, de quien es destello, pide de nosotros grandes resoluciones. ¿Llegamos alguna vez á sorprendernos, á alegrarnos y á congratularnos del triunfo que hemos obtenido sobre nuestras perversas inclinaciones? ¿Nos anima para obrar el bien cierta fuerza desconocida, interior, extraordinaria, que no nos es dado definir? Es el dón divino de la gracia sin la cual nada podemos hacer en la vida sobrenatural, y cuyo auxilio, como venido del mismo Dios, nos hace capaces de todo en orden á la eterna salud. Íntima convicción de esta verdad tenía el Apóstol, al afirmar que, fortalecido por la gracia, lo podía todo. ¿Y dónde buscar el manantial de la gracia? ¿Dónde hallarlo, si no en la Eucaristía? El que se acerca dignamente á esta mina de fortaleza y de heroísmo; el que respira la vida que recibe en este Misterio, es el único que sabe enseñorearse de su corazón, de sus inclinaciones y de sus apetitos, y puede, con indecible gozo, anunciar que su pujanza y su valor están en el Dios de la Eucaristía. *Omnia possum in eo qui me confortat.*¹

¹ S. Pablo, á los Felipenses, IV, 13.

II

El alma, pues, que no busca, sino antes bien, descuida enteramente el *pan de los fuertes*,¹ y sufre en consecuencia, ese yugo de hierro con que las pasiones le tiranizan, tiene con el pródigo del Evangelio la más perfecta analogía. Este jóven infortunado, distante de la mirada paterna, todo lo sacrificó á sus voluptuosos deseos, y á sus infames placeres. No de otra manera, el alma que no quiere ya el único freno de su depravación, el freno dulcísimo de la Eucaristía, tiene, por fuerza, que precipitarse en la carrera del crimen, tanto más funesto á veces, cuanto más disimulado. Y, notémoslo bien, la pasión dominante del pródigo, fué esa cuyo nombre, según el Apóstol, ni debe oírse entre los cristianos;² pasión que nivela al hombre con los brutos, que se opone más directamente á la santidad propia de los hijos de Dios, que profana los templos vivos del Espíritu Santo, y que excluye expresamente á los que domina, de la felicidad eterna.³ ¡Cuánto horror debe inspirarnos la sensualidad!

“Después de haberlo gastado todo,” sí, después que el alma ha sumergido todos los dones de la gracia en el inmundo cieno de la impureza, “sobrevino

¹ Salm. CIII, 15.

² A los Efesios, V, 3.

³ 1^o á los Corintios, VI, 9 y 10.

una grande hambre en aquel país;" es decir, el alma experimenta, como todos los pecadores, en la región del demonio, esa hambre horrible, insaciable, de placeres más y más repugnantes, esa hambre desoladora de que habla David,¹ "y se encontró en la indigencia." ¡Ah! ¡de cuánto necesita el alma hundida en la sensualidad! necesita de luz, necesita de lágrimas, necesita de la Eucaristía; "y se puso á servir á uno de los habitantes de aquel país, quien lo envió á su casa para guardar los cerdos," imagen expresiva y fiel del alma esclava de ese vicio, bajo cuya mortífera influencia no hay otra ocupación que los malos hábitos. "Allí se vió reducido á tan extremada miseria, que envidiaba á los cerdos su alimento." ¡Miseria horrible, y ceguera completa! hé aquí el último período de ese tiempo de iniquidad, digno de borrarse de la vida, en que el alma se entrega á la concupiscencia de los sentidos.

¡Pobre pródigo! Nada le ha quedado. Dilapidó todos sus bienes; y no tiene en su corazón sino ese vacío profundo que nada puede satisfacer ya. ¡Oh si viera la justicia de la pena que sufre! No encuentra quien le dé ni siquiera esas bellotas, que ve á los cerdos comer. Aunque no lo pretenda ni lo quiera, el pecador que ya no tiene ni temor de Dios, ni miramientos á la sociedad, ni sentimiento de su dignidad propia, ya no es bien recibido en la conciencia pública, cuyo instinto moral nunca se equivoca; todos le miran con desprecio ó con in-

¹ Salm. LVIII, 7.

diferencia; nadie le ocupa, ni hace confianza de él. Pero lo que da la última señal de la corrupción del corazón, es que á pesar de verse reducido á la miseria, despreciado y abatido, no hay placer, por grosero é inmundo que sea, á que no se extienda la sed abrasadora que le consume, y llega muchas veces hasta á envidiar á los pecadores más desacreditados sus más vergonzosos excesos. . . . y envidia á veces la condición de las bestias . . . y hasta desea no tener, como ellas, otra ley que el instinto, ni otro destino que la satisfacción de los sentidos. . . .

¡Oh alma cristiana! ¡Te acuerdas del alto honor, de la grandeza y de la gloria que disfrutabas, cuando el Señor te llamaba á su mesa, y te alimentaba con su mismo cuerpo, con su sangre, con su Divinidad. . . ? ¡Ah! En el triste estado en que te hallas, no entiendes estas palabras: *Homo cum in honore esset non intellexit. . . .* En las tinieblas interiores que te rodean, tú misma te comparas á los seres destituidos de razón, y te haces semejante á ellos. . . .¹

III

La Eucaristía es para nosotros, en esta vida, la fuente principal de la pureza de costumbres. Ella es la que conserva la inocencia, la que renueva sin cesar el espíritu de temor á Dios, de obediencia á su ley, de amor á sus beneficios, de odio á la cul-

¹ Salm. XLVIII, 13.

pa, de horror á la inmundicia de la sensualidad. Ella es el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes.¹ Ella, en fin, la fuerza única que puede poner justo límite á los deseos del corazón humano, y detener la furia indómita de las pasiones. Comprendámoslo así, cualesquiera que sean la edad y la condición en que nos hallemos.

Apartemos ya nuestros ojos del cuadro de degradación y de tristeza que nos presenta ese joven envilecido, que apetece el alimento de los cerdos, y las inmundas costumbres que le hacen semejante á ellos. ¿Escuchais un suspiro...? Es el primer acento de disgusto que exhala el pródigo contemplando su situación. Alegrémonos, porque es un signo evidente de la misericordia del Señor, el disgusto y la repugnancia que nos inspira hacia el pecado; así como es signo espantoso de condenación, el endurecimiento del alma, que vive embriagada con el envenenado aroma del vicio. “¡Cuántos criados, decía, hay en la casa de mi padre, que tienen pan con abundancia, y yo perezco de hambre aquí.”

¡Oh momento feliz, en que ya comienza á recordar la casa paterna, y á desear el pan que allí come el último de los criados! Ese pan es la Divina Eucaristía, cuya magnificencia y suavidad contemplaba en dulcísimo éxtasis el Profeta David, en el Salmo XXI: “los pobres comerán y quedarán saciados;”² sí, los que reducidos por la culpa á

¹ Zacarías, IX, 17.

² Vers. 27.

la miseria y á la pobreza de todos los bienes espirituales, se acuerdan de ese Pan vivo descendido del cielo,¹ que ha de venir á saciar el hambre que los devora.² Y cuando el corazón abatido por la inquietud, destrozado por el remordimiento, vacilante por el temor, oye que Jesús dice en la Eucaristía: “venid á Mí todos vosotros los que os hallais en medio de los trabajos y de las tribulaciones, que habeis ido á buscar lejos de Mí; vosotros los que estais oprimidos bajo el peso de vuestra iniquidad, venid, que yo os aliviare, y os alimentaré,”³ entonces comienza á experimentar esa necesidad de comer el Pan de vida,⁴ que ha olvidado,⁵ esa hambre, que no pueden satisfacer ya, ni los honores, ni los placeres, ni las riquezas de la tierra; esa hambre que no cesará sino cuando, acercándose á la Mesa en que está el consuelo y la paz,⁶ se alimente con el trigo más puro que Dios ha preparado para sus hijos. *Cibavit eos ex adipe frumenti.*⁷

Después de la enfermedad que ha sido aguda y prolongada, es testimonio de salud para el cuerpo, el deseo del alimento; después de la ruina espiritual que el pecado produce, es prenda de salvación el deseo de la Eucaristía. “¡Dichosos vosotros, dice el Salvador, los que ahora padecéis hambre, porque llegará el día en que sereis sacia-

¹ S. Juan, VI, 51.

² Salm. XXXII, 19.

³ S. Mateo, XI, 28.

⁴ S. Juan, VI, 48.

⁵ Salm. CI, 5.

⁶ Salm. XXII, 5.

⁷ Salm. LXXX, 17.

dos!"¹ Indicio altamente consolador es para el alma, que ha quedado lánguida y amortiguada por los golpes mortales de sus enemigos, anhelar el sustento divino que dió fuerza á los mártires para combatir por la fe. El hambre de la Eucaristía será para ella un impulso sublime que la arrebate á la contemplación de los verdaderos bienes.

IV

Jesucristo en la Cruz, próximo á morir, tuvo sed.² Sí, de nuestra salvación. El mortal, próximo á resucitar á la gracia, debe tener sed de la Eucaristía. *Sitivit in te anima mea.*³ Cuando el siervo, agitado por la veloz carrera que emprende de un extremo á otro del desierto, siente que le faltan las fuerzas, se apresura á restaurarlas en la fuente cristalina, donde apaga su sed. ¡Qué bello ejemplo para nosotros! dice David.⁴ ¡Ah! Cuando cansados de correr por el desierto de la vida, perseguidos por el furor del demonio, del mundo y de la carne, encontramos nuestro asilo en Jesús, Él nos presentará en la Eucaristía las delicias de ese cáliz que embriaga dulce y admirablemente á cuantos se acercan á gustarle, y que hace olvidar todos los males que se han sufrido.⁵ Así vemos cumplido lo

1 S. Luc. VI, 21.

2 S. Juan, XIX, 28.

3 Salm. LXII, 2.

4 Salm. XLI, 2.

5 Salm. XXII, 5 y 6.

que Isaías, lleno de fuego, escribía: "todos los que teneis sed venid á las aguas;¹ así se realiza lo que el Salvador decía con grande voz en Jerusalem, en el día solemne de la fiesta de los tabernáculos: "si alguno tiene sed, venga á Mí;² así se consuma la promesa divina, hecha al grande Apóstol del Apocalipsi: "Yo daré graciosamente á beber de la fuente de agua viva al que tuviere sed."³

El Señor nos dice que su carne es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida.⁴ Alimento y bebida admirables, cuya naturaleza es infinitamente superior á la del alimento y bebida que nos nutre y refrigera en nuestra vida mortal. Sí; ya el mismo Dios había dicho en otro tiempo: "los que me comen, todavía tendrán hambre, los que me beben todavía tendrán sed;" es decir, se alimentarán de Mí sin fastidio y siempre con el mismo placer.⁵ "Suele existir, dice San Gregorio,⁶ esta diferencia entre las delicias del cuerpo, y las delicias del alma: las del cuerpo, cuando no se tienen, encienden vehemente deseo; cuando con avidez se comen, producen, por la saciedad, fastidio en el que las come. Mas al contrario, las delicias del espíritu, cuando no se tienen, fastidian; pero cuando se tienen, causan deseo; y tanto más tiene hambre de ellas el que las come, cuanto más se comen por

1 Is., LV, 1.

2 S. Juan, VII, 37.

3 Apocalipsi, XXI, 6.

4 S. Juan, VI, 56.

5 Eccli., XXIV, 29. Juan, VI, 35.

6 Homilia 36, in Evangel.

el que tiene hambre de ellas. En aquellas el apetito agrada y experimentarlas desagrada; en éstas el apetito, por grande que sea, siempre es menor, comparado con el placer de experimentarlas, que cada vez es mayor. En aquellas, el apetito lleva á la saciedad, y la saciedad al fastidio; pero en éstas el apetito produce saciedad, y la saciedad, apetito. Porque las delicias del espíritu aumentan, cuando sacian el apetito en el alma; pues cuanto más se percibe el sabor de ellas, tanto más se conoce lo que con más avidez se ama. Y por eso cuando no se tienen, no pueden amarse, porque se ignora su sabor. En esto se funda David para aconsejarnos que gustemos y veamos cuán suave es el Señor;¹ como si dijera: “no conocéis su suavidad si no la gustais; pero tocad con el paladar de vuestro corazón el alimento de la vida, para que por la experiencia podais amar su dulzura.”

Conforme al oráculo divino, serán verdaderamente felices los que tengan hambre y sed de la justicia; porque ellos serán saciados con abundancia.² Y si los que aman la virtud son testigos de esta felicidad, por los copiosos consuelos que desde esta vida disfrutan, los que tienen hambre y sed de la Eucaristía, gustan en su misma fuente la dulzura de la justicia,³ la plenitud de la santidad.

1 Salm. XXXIII, 9.

2 San Mateo, V, 6.

3 Santo Tomás, Opúsculo 57.

V

Pero volvamos á nuestra historia. El pródigo ha entrado en sí mismo, ha sentido deseo de hallarse otra vez en la casa de su padre, ha recordado con ternura los bienes de que allí disfrutaba, ha conocido su infidelidad, viendo que no encuentra que comer. Así permite Dios que la tribulación y el desengaño nos hagan reflexionar seriamente sobre lo que fuimos, sobre lo que somos, y sobre lo que debemos ser. ¿Quién llevó á ese hijo lejos de la casa paterna? ¿Quién le ha colocado en la condición humillante en que se halla? ¿Quién hará que recobre su felicidad primera? Nadie sino él mismo.

El rayo de la luz divina, y de la gracia, hiere al alma en el momento más inesperado; momento que tal vez no vuelve: toda la obra de la conversión toma su principio en la pronta obediencia, en la dócil fidelidad. “Me levantaré, é iré á mi padre. . . .” Sí, me levantaré, porque conozco que estoy postrado en tierra, caído en el fango de los vicios; é iré, yo que me alejé tanto de mi padre; yo que ahora tengo que guardar silencio en tan miserable necesidad, sujeto á las órdenes del dueño de los cerdos. Me levantaré de esta vida infeliz: abandonaré los vicios, prescindiré del hábito de pecar, mudaré de costumbres, me arrepentiré, y pediré con súplicas á Dios el perdón de mis deli-

tos. Yo le diré: "Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí; yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como á uno de tus criados..."

¡Cómo no ver en estas frases un sentimiento delicado, tierno, misterioso! ¡un sentimiento de la propia miseria, de profunda humildad, de verdadero deseo de volver á Dios! ¡un sentimiento que ennoblece al alma, que la eleva sobre sí misma, que la hace triunfar de todos los obstáculos! Más de una vez el alma, sumergida en sus crímenes, vuelve sobre sí misma, y conoce que no es feliz; más de una vez lucha contra su misma desgracia, y quiere emprender la enmienda de la vida; más de una vez la muerte de un amigo, la pérdida de la fortuna, el quebranto de la salud, la hacen pensar en su último fin, y en la vanidad de los bienes terrenos; pero hay un día más feliz, un día plausible y glorioso para ella; el día en que se acuerda de la Eucaristía, el día en que se acuerda del olvido en que la ha tenido, el día en que forma, por fin, la eficaz resolución de acercarse á la mesa eucarística. Y se enternece al imaginarse ese momento en que se unirá de nuevo con su Dios, porque sabe que entonces no podrá pronunciar otras palabras que éstas: "Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo;" y persuadida de su indignidad, no se atreve á esperar ya las distinciones magníficas con que el Señor la honró en otro tiempo, sino que se contenta con volver á la vida de la gracia aunque ocupe el último lugar entre las almas fieles. Ya su concien-

cia le hace oír la voz de la esperanza, y entonces el alma, inundada de alegría, participa á todos su futura felicidad: sí, aun á todos aquellos con quienes ha andado el camino del vicio, quienes, conmovidos también y llamados por su ejemplo, pueden á una voz decir con el Profeta: "el gozo ha llenado nuestro corazón al saber que iremos á la casa del Señor,"¹ porque sólo allí está la felicidad.²

VI

¿Qué importan al alma, vivamente dominada por la gracia, las burlas del mundo y el sacrificio que debe hacer de sus afectos? La resolución está tomada, ¿qué podrá detenerla, dilatarla ó hacerla volver atrás? Ávido de su bien, el corazón experimenta hambre desoladora y sed ardiente, que no podrán saciarse ni apagarse, sino en la dulcísima Eucaristía.

Son tan señalados los caracteres de una conversión sólida y sincera, que, cuando felizmente existen, son la prenda más segura de las acciones heroicas y sublimes con que el alma se esfuerza en vencer la distancia que la ha tenido separada de Dios. Muchos pródigos viven sobre la tierra, para quienes todavía no suena la hora feliz en que se fastidien de su infelicidad. . . . Dígnate enviar, ¡oh Jesús! desde tu tabernáculo, un rayo luminoso, omnipotente, que disipe sus tinieblas.

¹ Salmo CXXI, 1.

² Salmo LXXXIII, 5.



REFLEXIÓN IX

LA BIENVENIDA.

*Hic filius meus mortuus erat et
revixit: perierat et inventus est.
Et coeperunt epulari.*

Este hijo mio había muerto,
y ha resucitado: habíase per-
dido y pareció. Y dieron prin-
cipio al banquete.

LUCAE XV, 24.



LEJAOS, recuerdos tristes! No queremos que turbeis nuestro regocijo. No vengais á oscurecer con vuestras sombras de dolor, el gran día de nuestra felicidad. . . .

La benevolencia que une dos corazones, crece con la ausencia. . . se robustece con el tiempo. . . se dulcifica con la esperanza. . . se desahoga cuando vuelven á comunicarse. . . . ¿Quién no lo ha experimentado así?

El amor que Dios nos tiene es invariable, expresivo, infinito. La Eucaristía es la constancia de su amor, la expresión de su amor, la inmensidad de su amor. Jesucristo recuerda siempre en la Eu-

caristía los grandes sacrificios que ha hecho para manifestárnoslo. Por eso nos ama, aunque le abandonemos: nos ama, á pesar del tiempo que pasamos lejos de Él; nos ama, en la esperanza de que oiremos su voz; nos ama, en fin, y da á su amor una expansión infinita, cuando volvemos á Él, cuando nos unimos otra vez con Él, en la Santa Comunión.

¿Qué comparación puede haber entre el amor de los mortales y la caridad inaudita, inconcebible, inefable, que Dios nos manifiesta, dándose á sí mismo? El corazón humano se enciende y se apaga con igual facilidad; el corazón del Salvador en la Eucaristía, arde siempre. Una acción de desprecio, una palabra menos amable, una mirada desdeñosa, es muchas veces bastante para ofender nuestro orgullo; las injurias, la indiferencia, el olvido, hieren, es verdad, profundamente á Jesús, pero su amor hacia nosotros permanece el mismo.

Demos, pues, en estos momentos, libre vuelo á nuestro gozo. Nada lo merece tanto como la tercera parte de la historia del hijo pródigo: porque, como asegura el mismo Salvador, habrá más gozo en el cielo por un solo pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos, que no la necesitan.¹

“Se levantó, dice el Evangelio, y se encaminó á la casa de su padre: y cuando todavía estaba lejos, le vió su padre, y movióse á compasión, y corriendo á encontrarle, se arrojó sobre su cuello, y lo llenó de besos. Y díjole su hijo: Padre mio: he pecado contra el cielo y contra tí: ya no soy digno

¹ S. Lucas, XV. 7.

de ser llamado hijo tuyo. Entonces dijo el padre á sus criados: traed prontamente el mejor vestido que haya en mi casa, y vestidle: ponedle un anillo en la mano y calzados en los pies. Tomad un ternero cebado y matadle, y hagamos un banquete y alegrémonos, porque mi hijo estaba muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se le ha encontrado. Y dieron principio al banquete.”

II

Esta página del Evangelio, en su conjunto y en sus circunstancias, en sus preciosísimos rasgos y en su bellísimo sentido, es, por excelencia, la página del amor y de la misericordia de Dios para con el pecador arrepentido; es la página de la confianza que ha inspirado aliento á los corazones más criminales; es la página creadora de las grandes resoluciones que han poblado el cielo. Meditarla, es gustar la miel suavísima que destila el amor divino, es recibir una gracia extraordinaria de la predilección de Dios, es preparar nuestra alma para que después vea en ella su historia.

¿Qué sentiría el corazón de ese padre viendo á lo lejos venir á su hijo? ¿Le tenía ya por perdido! ¿Muchas veces le había llorado! “Sí, él es,” dice, y no espera que llegue, sino que corre á encontrarle. No sabe todavía si vendrá humilde á pedirle perdón; le basta verlo venir para que su corazón se conmueva. Así Dios, antes de que expresemos

con las palabras y con las obras nuestra penitencia, se anticipa á prevenirnos con su gracia. ¡Cómo resplandece su clemencia y su prontitud en perdonar sobre aquellos cuya voluntad está ya decidida á volver á Él!

¿Podrá ponerse en duda que el padre ya no se acuerda de la ingratitud del hijo, cuando se apresura en salir á su encuentro, cuando le estrecha entre sus brazos, cuando le imprime los ósculos de su amistad y de su cariño? ¡Ah! No. La efusión de su amor y de su compasión es indecible, viéndole pálido, extenuado, cubierto de harapos, con los pies desnudos, lastimados horriblemente con las piedras y las espinas del camino. ¡Qué aspecto tan triste! Pero ¿qué demostraciones tan tiernas del amante padre que le consuela. . . . !

Sería necesario comprender, para deplorarlo debidamente, el horroroso estrago que causan en el alma el pecado y los vicios. La belleza sobrenatural de la gracia destruida; las rectas inclinaciones extraviadas; la facilidad y la fuerza para el bien extinguidas; el fuego de la caridad apagado; los primitivos dones consumidos; el cándido ropaje de la inocencia destrozado, cubierto de asquerosas manchas, lleno de polvo inmundo, perdida toda su forma y hermosura. ¿Es ésta el alma que Dios crió con tanta sabiduría, que redimió con tanto amor, que santificó con tanto esmero? ¿Cómo, pues, no se conmoverán sus entrañas de padre, cuando vea que el alma ya le busca, y ya quiere volver á su amistad?

III

El corazón que vuelve á Dios, anhela por la Eucaristía. Sin embargo, persuadido de su propia degradación, desde el momento en que recibió el primer destello de la divina gracia, conoce que debe emplear para su justificación los medios que el Salvador quiso dejar en el seno de la Santa Iglesia, para sanar las llagas espirituales de sus hijos. El alma que no ha cerrado los ojos, en medio de su corrupción moral, á la brillante luz de la fe, se convence de que el orgullo que la ha dominado, y que ha sido el origen funesto de sus aberraciones, es lo primero que debe sacrificar en la presencia de Dios, porque la humillación y el arrepentimiento son los títulos de gloria que exaltan al miserable mortal, y le alcanzan el perdón. *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias.*¹ El pecador arrepentido que, lleno de amor filial, ha emprendido su camino á la casa del Señor, se complace en seguir las huellas del hijo pródigo, y como quiere que Jesucristo le estreche sobre su divino corazón, decididamente va resuelto á decirle: "Padre mio, he pecado contra el cielo y contra Tí. . ."

¿Existe acaso un momento más dulce, y más lleno de consuelo, que aquel en que el pecador obtiene el perdón de sus pecados? ¡Ah! Cuando el mortal, enjugando su llanto, se levanta del tribu-

¹ Salm. L, 19.

nal de la reconciliación y de la paz, se ve libre del enorme peso que le oprimía, contemplando inundado de gozo, hecho pedazos el muro de bronce que le separaba de Dios, y siente lleno de gratitud y ternura, la sangre del Redentor, que para purificarle ha caído de nuevo sobre su cabeza.

Cuando nuestro pródigo recibe los ardientes ósculos de su padre, y, trémulo, apenas se sostiene, reclinado sobre el corazón paternal, se humilla, se anonada, se confunde. . . Comienza á hablar. . . pero ya no puede concluir. Sus labios ya no llegan á pronunciar estas palabras: "trátame siquiera como á uno de tus criados. . ." ¿Será que la fuerza del llanto las ahoga en su garganta? ¿O será más bien que la fineza y la benevolencia de su padre le hacen creer en su plena rehabilitación de hijo? ¿O será, en fin, porque el padre, arrebatado de amor y de entusiasmo, interrumpe y corta las palabras del hijo, diciendo á los sirvientes: "traed luego el mejor vestido y ponédsele. . ."¹

¡Oh espléndida generosidad de Dios, que olvida tan pronto, para no volverse á acordar de ellas,² nuestra infidelidad, nuestra ingratitud, nuestra perfidia! ¿La penitencia tener el mismo derecho que la inocencia para conquistar el reino de los cielos? ¿El corazón en que se albergó toda la fealdad del crimen, adquirir en un instante la hermosura del templo augusto del Espíritu Santo?

¹ Corn. Alapide. Coment. sobre el Cap. XV de S. Lucas.

² Isafas XLIII, 25.

del de la reconciliación y de la paz se ve libre del
 enorme peso que le oprimía, contemplando inmi-
 tado de gozo, hecho pedruzcos el muro de bronce
 que le separaba de Dios, y siente lleno de gratitud

IV

El corazón que ya experimentó la suavidad de la gracia, del perdón, y del ósculo de paz, y ya vistió de nuevo el riquísimo ropaje de la filiación divina, suspira por la Eucaristía. Ya no hay mucho tiempo, ya se acerca la hora.

Dejemos que nuestro buen Padre Dios ponga antes en nuestra mano, es decir, en nuestras acciones, el anillo de oro, signo de nobleza, y distintivo de la libertad que gozan ya, fuera de la influencia del pecado. Dejemos que ponga en nuestros pies, tan acostumbrados antes á seguir las sendas del vicio, las sandalias de la prontitud, para ir adonde la obligación nos llama, para ejercitar todas las virtudes, para anunciar por todas partes lo que Dios ha hecho con nosotros. Sí, porque es señal clara de verdadera penitencia, trabajar por la conversión de otros; porque el corazón que siente en sí mismo el gozo de haber encontrado la fuente de la felicidad, quiere que participen de ella todos los que no la conocen; porque no puede ser indiferente á la suerte de sus prójimos, el que ya conoció el precio de su alma, por el amor que Dios le ha manifestado.

Es tan grande el gozo que inunda el corazón del padre en los momentos de la llegada del hijo, que toda la casa resuena con los ecos dulcísimos de la bienvenida. Es un día extraordinario que de-

be celebrarse con solemnes regocijos, con singulares demostraciones de entusiasmo. En su éxtasis de alegría, el padre ya no piensa sino en dar á su hijo una prueba palmaria de su amor, y no encuentra otra más insigne que hacerle sentar á su mesa, y llamar á todos para que se alegren con él, y participen del banquete que manda preparar.

Hé aquí el alma que, por fin, llega á la Mesa Divina de la Eucaristía. Después del hambre que sufrió allá en país lejano, cuando comenzó á acordarse de su Dios; después de los indecibles goces que ha experimentado, desde que la gracia le hizo emprender su vuelta á la casa paterna; después de la emoción indescribible que ha recibido al saber que su ingratitud y sus crímenes están perdonados, ¿qué otra cosa puede esperar de Dios sino lo que con tanta fineza desea darle el mismo Dios...? ¡Corazón humano, criado para Dios! salta de gozo, porque ya tu Dios viene á tí... Si acá en la tierra padeces, y peleas, y lloras, y vives sin consuelo, y suspiras, y sales de tí mismo, ansioso, anhelante, violento, porque todavía no llega el instante en que, trozadas las cadenas de esta vida, vuelés á unirte en el cielo con ese bien infinito que te atrae como á tu centro... hé aquí... sí... admírate... que Dios ha querido anticipar su íntima unión contigo, aquí, en el valle de las sombras, de las lágrimas y de los peligros, porque no quiere dilatarse en premiar la fidelidad con que tú has vuelto á Él y le has pedido el perdón y la gracia; hé aquí que le recibes en la Eucaristía, ya está

contigo, ya le posees. . . . Dile ahora todo lo que quieras, todo lo que sientas. . . .

“He encontrado al que ama mi corazón, dice entonces el mortal ennoblecido, ya lo tengo, y no lo dejaré ir. . . .”¹ “Señor, vos sois mi preciosa herencia. . . . vos sois mio y yo soy vuestro, . . . no sois vos el que os habeis cambiado en mí, yo soy el que estoy cambiado en vos.”² ¡Oh Dios! me glorío ya de entonar este cántico: “dichosos los que habitan en vuestra casa: ellos os alabarán en los siglos de los siglos.”³

¿Podrá dejar de arder el corazón en el amor más dulce y más vehemente? ¡Ah! “Jesucristo que se da al alma en la adorable Comunión, viéndola toda consagrada á Él, se presenta á ella, y se comunica con ella, con una maravillosa complacencia. Entonces el alma, sintiéndose repentinamente, en un momento, rodeada de los rayos de la Divinidad, deslumbrada con su hermosura, ligada con los lazos de su amor, penetrada de su presencia, oprimida con el peso de su gloria, con la excelencia de sus perfecciones, de su majestad y de sus inmensas luces, está de tal manera sorprendida, admirada, sobrecogida y enajenada con la admiración de su infinita grandeza, de su brillante claridad, de la deliciosa serenidad de su semblante, que se halla como enajenada en ese abismo de luz, como perdida en ese océano de bondad, como

¹ Cant. de los Cant., III, 4.

² Cant. de los Cant., VII, 10.

³ Salm. LXXXIII, 5.

consumida en esa hoguera de amor, como anonadada en sí misma por un dichoso desfallecimiento: tan sumergida está en la inmensidad Divina. Pero decir cómo eso sucede, y lo que pasa entre Jesucristo y el alma, es imposible: sería necesario que el cielo se revelase á la tierra.”¹

V

Mil veces feliz el alma que, olvidándose de cuanto la rodea, sólo piensa en aprovechar dignamente los preciosísimos instantes de la visita de Jesucristo. Su inteligencia es ilustrada con el conocimiento de las grandes verdades que forman la ciencia de la salvación eterna; su memoria se complace en repasar, uno por uno, los inmensos beneficios que la han venido preparando á la posesión del mismo Dios, de quien los ha recibido; su voluntad no quiere, no desea, no apetece ya otra cosa que permanecer unida á la suprema voluntad del que únicamente puede hacerla feliz. El corazón se inflama con los deseos de corresponder al amor infinito de Dios; el sér del hombre, todo entero, respira una abundancia de vida, que todas las criaturas juntas jamás le podrían dar.

“Pero si la Santa Eucaristía tiene el efecto de alumbrar el espíritu, ella tiene, sobre todo, la virtud de encender el corazón, purificarlo y abrasar-

¹ Herbert. Imitación de Jesucristo, meditada. Introducción al Libro IV, § V.

lo, poniéndolo en contacto con el divino amor. Porque así como el oro deja en el fuego la liga impura que oscurece su brillo, así el alma sale toda desprendida de sus imperfecciones y de sus miserias, acercándose al horno ardiente que es su Dios. En ese fuego es donde se enciende el amor que devora el corazón de los fieles. Se admiran algunas veces al saber que una alma grande y generosa ha renunciado á una posición brillante y cómoda, para poder decir, lejos del mundo, esta palabra del Apóstol: "Yo muero todos los días."¹ Se admiran de ver á otros consagrarse con valor heroico al alivio de todas las enfermedades y de todos los dolores; se pregunta ¿cómo la abnegación, el olvido de sí mismo, el espíritu de sacrificio, la pureza de corazón, la resignación en medio de los reveses más funestos, son virtudes posibles. . . . ? La respuesta se halla en esta palabra: "No me cambiaré yo en vos sino que vos os cambiareis en mí." El alma que se alimenta de Dios, sale de la Santa Mesa, según la frase de San Juan Crisóstomo, como un león que respira fuego, y se hace temible hasta á los mismos demonios. ¿No lo creéis? Es porque no habeis hecho la experiencia; probadlo, y vereis la verdad de estas palabras."²

¹ 1^o á los Corint., XV, 31.

² Herbert ya citado, Lib. IV, Cap. IV.

VI

La Eucaristía, alimento divino preparado al hombre para el tiempo que vive sobre la tierra, extiende su maravillosa influencia aun sobre nuestro cuerpo, y hace sentir en él su virtud y su fuerza, en esta vida y en la otra.

La Santa Comunión embota el aguijón del pecado, que hay en nosotros; impide el desorden de la naturaleza corrompida; modera su fogosidad, amortigua su fuego, y somete la carne al espíritu. "Si alguno de vosotros, dice San Bernardo, no se siente ya tan viva ni tan frecuentemente asaltado por los movimientos de la ira, de la envidia, de la lujuria y de los otros vicios, dé gracias al cuerpo y sangre del Señor, porque la eficacia de la Eucaristía es la que produce esos saludables efectos." "¿Qué es lo que el Señor tiene de mejor y más excelente, dice el Profeta Zacarías, sino el trigo de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes?"¹

Si el contacto de la vestidura del Salvador curó á una mujer que contaba doce años de enfermedad; si el cinto de San Pablo, si la sombra misma de San Pedro eran poderosa medicina, y, para usar de ejemplos tomados de las cosas naturales, si la sal tiene virtud de preservar la carne de la corrupción, y los cadáveres se conservan con algunas plantas aromáticas, ¿cómo no hará pura nuestra

¹ IX, 17.

carne, comunicándose con ella, la carne infinitamente santa, la carne infinitamente casta y virginal de Jesús? ¡Ah! Sin duda que la carne divina nos inspira la castidad y la inocencia, siempre que no opongamos á ello ningún obstáculo.

Este cuerpo miserable, que se cansa con el trabajo, que se gasta con las enfermedades, y que se consume con los años, este cuerpo de muerte, que, tal vez muy pronto, será presa de la podredumbre y de los gusanos en el sepulcro, recibe en la Eucaristía el jugo vivificante de la inmortalidad. Ya lo ha dicho el Salvador: "el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día;"¹ palabras que el Crisóstomo explica así: "Porque nuestra carne, hecha del polvo de la tierra, se había abandonado á la muerte, y se había privado del principio de vida, de que Dios le había llenado al criarlo, Él ha hecho entrar en esta carne como otra médula y otra levadura, es decir, su propia carne, que es lo mismo que la del hombre en cuanto á la naturaleza, pero que está vacía de pecado, y por consiguiente llena de vida; Él ha querido que participemos todos de ella, á fin de que, alimentados con esta carne, y despojados de la primera naturaleza que nos tenía sujetos á la muerte, seamos por medio de este alimento divino, como mezclados, é identificados con ella para la vida eterna."

No es dado decir los sentimientos que al recibir la Divina Eucaristía, nacen en el corazón que con

¹ San Juan, VI, 55.

ansia la ha deseado, y que nada ha omitido para prepararse dignamente. Alegría, confianza, gratitud, ternura, satisfacción. . . . Las miradas del alma se fijan en el bien inmenso que posee. . . . y saborea su felicidad. . . . y se extasía de amor. . . . y se olvida de todos los bienes de la tierra. . . . Sin embargo, hay un instante en que tiene que contemplarse á sí misma. . . . y entonces no puede menos que recordar sus pasados extravíos. . . . y se avergüenza. . . . y teme. . . . y gime. . . . y tiembla. . . . porque ninguno de los mortales puede considerarse justo delante del Señor.¹ Es entonces cuando comprende toda la generosidad de Dios, y la pondera, y la engrandece, y siente un deseo vehemente de publicar tanta bondad, y se vale de las palabras de David para celebrar con todos los que sirven al Señor, un favor tan extraordinario que confiesa no haber merecido. "Venid, dice, escuchad, vosotros todos los que temeis á Dios: yo os referiré cuán grandes cosas ha hecho por mi alma."² Sí; porque la Eucaristía es el sustento de los que, recordando constantemente su verdadero fin, y conociendo que el pecado es la causa única de su desgracia, temen al Señor, no con el temor del esclavo que deplora su esclavitud, sino con el temor del hijo, que, sirviendo, sabe amar, y, amando, sabe servir.

Y llega un momento suavísimo, en que el alma se ve libre de toda inquietud, porque la voz divina

¹ Salm. CXLII, 2.

² Salm. LXXV, 16.

se hace oír en el corazón para tranquilizarlo y consolarlo, para darle á entender que las lágrimas que ha derramado y el amor con que ha deseado á su Dios, han lavado las manchas de la culpa. Y el alma no sabe qué hacerse, no sabe cómo agradecer, no sabe cómo explicarse lo que pasa en ella. . . .

¿Yo unida con mi Dios? ¿Qué bueno, qué dulce es estar aquí!¹ Quédate ¡oh Señor! conmigo, porque mi vida declina con rapidez,² y yo no podré ya estar sin Tí. . . . ¿Qué grandeza, qué abundancia de dulzura has tenido escondida hasta ahora, y me has manifestado, á pesar de mi indignidad, como la manifiestas á todos los corazones que viven en tu santo temor!³

Esta es la bienvenida con que el Salvador recibe á los corazones, que, pródigos de amor á lo sensible y culpable, tienen, por fin, la felicidad de acordarse de la casa paterna, y vuelven, aleccionados por la desgracia, al tabernáculo donde les aguarda el banquete divino.

VII

“Amemos, pues, á Jesús, con todo nuestro corazón, y acerquémonos con una dulce confianza á ese delicioso banquete en que se da el Amor mismo. Sí, amemos; pero ¿qué necesidad hay de

1 San Mateo, XVII, 4.

2 San Lucas, XXIV, 29.

3 Salm. XXX, 20.

repetirlo? ¿sería posible que permaneciésemos frios é insensibles á la vista de un Dios que la caridad hace bajar de los cielos, de un Dios que abate su grandeza con el designio de unirse á nosotros; que oculta todo el resplandor de su Majestad divina bajo el velo misterioso de los accidentes del pan, para convertirse en alimento nuestro? Que sea, pues, el amor el que nos conduzca á Él, puesto que el amor es quien lo obliga á acercarse á nosotros. Multipliquemos, cuanto podamos, nuestros actos de amor: esa repetición le es agradable, y se complace en oírla. Tres veces dijo á Pedro “¿me amas?”¹ para darle ocasión de pronunciar tres actos de amor; desde la Eucaristía mil veces nos dirige la misma pregunta; dejemos responder á nuestro corazón. Este es el verdadero medio de prepararnos dignamente á un sacramento que es el compendio de todas las maravillas del poder y del amor reunidos.”²

“*Deus charitas est.*”³ Dios es amor: hé ahí la grande verdad revelada en el Cristianismo, y revelada no con palabras sino con hechos de ese amor infinito y eterno, *amándonos Él primero.* . . .⁴ dejándonos en la Eucaristía el foco universal y perpetuo de su amor.”⁵

¡Oh bienvenida! Si entendemos lo que significas, si nos regocijamos en lo que prometes, si ha-

1 San Juan, XXI, 17.

2 Herbet. ya citado, Lib. IV, Cap. XIV, consid. 14.

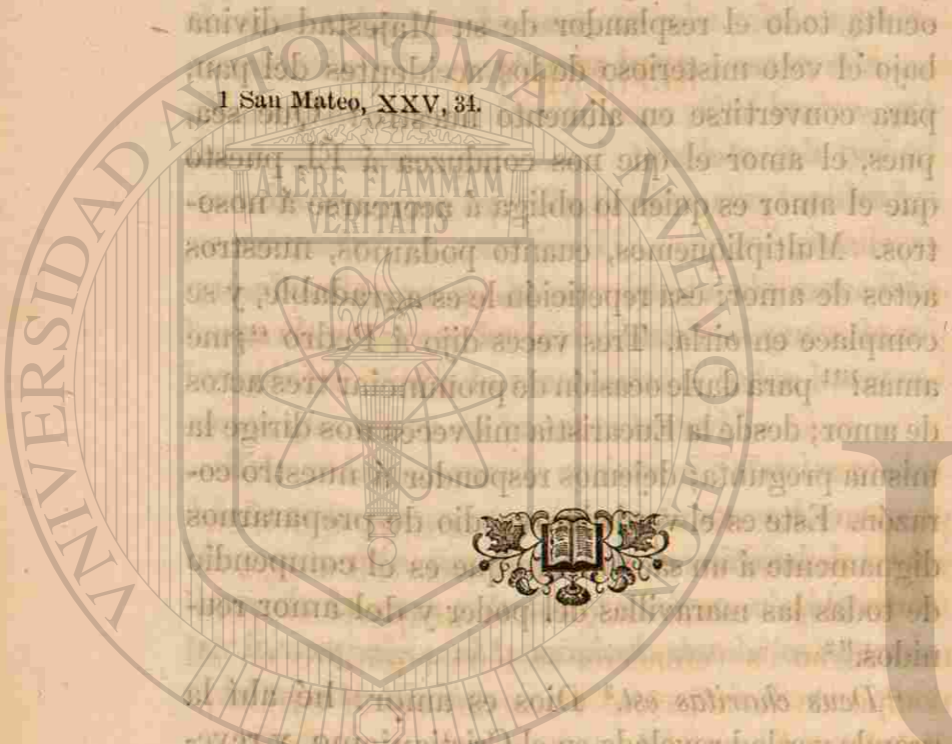
3 1ª de San Juan, IV, 16.

4 1ª de San Juan, IV, 10.

5 Aug. Nicolás. Felicidad de creer. Lib IV, cap. 7.

ce mos lo que nos exiges, tus ecos dulcísimos resonarán en nuestros oídos, cuando el supremo Juez nos llame en el último día de los tiempos: "venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino eterno."¹

¹ San Mateo, XXV, 34.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

1 San Juan, XXV, 12.
2 Idem, XXXVII, 2, 4, 9, 16.
3 II de San Juan, IV, 16.
4 I de San Juan, IV, 16.
5 San Mateo, Felicidad de crecer. Lib. IV, cap. 7.



REFLEXIÓN X

LA AMISTAD.

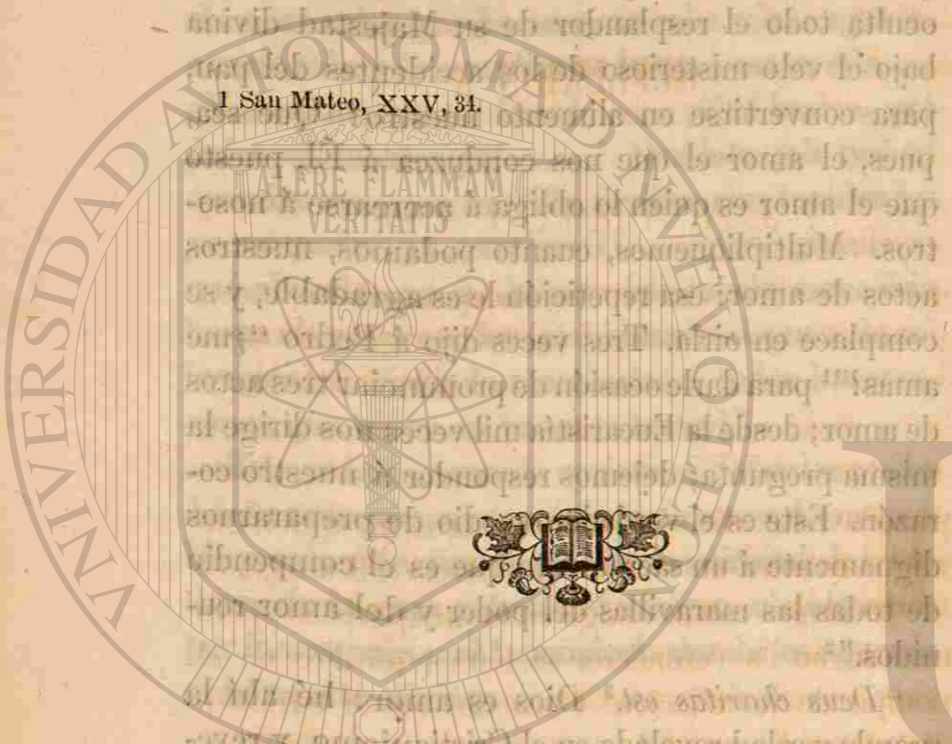
Vos amici mei estis.
Vosotros sois mis amigos.
JOANN. XV, 14.

Es feliz, dice la Divina Escritura, quien encuentra un amigo verdadero.¹ El amigo se alegra con su amigo en la prosperidad; pero cuando no es verdadero, se hará enemigo en el tiempo de la aflicción. Conserva en el corazón, dice Dios, la memoria de tu amigo, y no le olvides en medio de tu riqueza. No tomes consejo del que te tiende lazos, y oculta tus designios á los que te miran con envidia.... Cuando pidas consejo, ten cuidado de tu alma.... Consérvate de continuo al lado de un hombre justo, que verdaderamente posea el temor de Dios, cuya alma sea conforme á la tuya, y tome parte en tu dolor cuando llegues á dar una caída.²

¹ Eccli. XXV, 12.
² Idem, XXXVII, 2, 4, 9, 16.

ce mos lo que nos exiges, tus ecos dulcísimos resonarán en nuestros oídos, cuando el supremo Juez nos llame en el último día de los tiempos: "venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino eterno."¹

¹ San Mateo, XXV, 34.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

1 San Juan, XXV, 12.
2 Idem, XXXVII, 2, 4, 9, 16.
3 II de San Juan, IV, 16.
4 II de San Juan, IV, 16.
5 San Mateo, Felicidad de crecer. Lib. IV, cap. 7.



REFLEXIÓN X

LA AMISTAD.

Vos amici mei estis.

Vosotros sois mis amigos.

JOANN. XV, 14.

Es feliz, dice la Divina Escritura, quien encuentra un amigo verdadero.¹ El amigo se alegra con su amigo en la prosperidad; pero cuando no es verdadero, se hará enemigo en el tiempo de la aflicción. Conserva en el corazón, dice Dios, la memoria de tu amigo, y no le olvides en medio de tu riqueza. No tomes consejo del que te tiende lazos, y oculta tus designios á los que te miran con envidia. . . . Cuando pidas consejo, ten cuidado de tu alma. . . . Consérvate de continuo al lado de un hombre justo, que verdaderamente posea el temor de Dios, cuya alma sea conforme á la tuya, y tome parte en tu dolor cuando llegues á dar una caída.²

¹ Eccli. XXV, 12.

² Idem, XXXVII, 2, 4, 9, 16.

Nada más dulce que la amistad, nada más necesario, pero en verdad, nada más raro. Cuando se busca la verdadera idea de la amistad, es imposible encontrarla en la enseñanza del mundo y de los hombres. Es preciso buscarla en la palabra divina. Ella nos asegura que el amigo fiel es "una fuerte protección; y que quien lo ha hallado, debe gloriarse de poseer un tesoro, porque nada hay comparable á un amigo fiel; y el oro y la plata no merecen ser puestos en balanza con la sinceridad de su fe, porque el amigo fiel es un remedio que da la vida y la inmortalidad, y los que temen al Señor encontrarán semejante amigo."¹

Aun la razón humana, ilustrada por la ley natural, reconoce que la verdadera amistad consiste en la íntima unión de las almas, que son semejantes entre sí por la rectitud y las costumbres, bajo el firme vínculo de un amor recíproco. Es propensión tan vehemente como constante del corazón humano, establecer, confirmar y defender los agradables lazos de la amistad. Vive dentro de nosotros mismos un sentimiento profundo de benevolencia, hacia aquellos rasgos y caracteres de los demás hombres, que mayor semejanza guardan con nuestra índole, con nuestras inclinaciones, con nuestros deseos. Y el corazón busca siempre, y cree hallar atractivos, y se complace, y le parece gozar del amigo que anhela con tanto ardor; pero... muy pronto tal vez la escena cambia, y la ilusión se desvanece. ¿Acaso por eso se extingue la llama del co-

¹ Eecli. VI, 14, 15 y 16.

razón...? Jamás. Cada día es más robusta, y más inquieta, y más anhelante la convicción de que, para encontrar alivio en las penas de la vida, las aspiraciones, las ideas, y los sentimientos propios deben depositarse en un corazón amigo.

II

¿Qué impresión tan grata y consoladora se despierta en nuestro pecho, cuando pensamos en la verdadera amistad? Pero sin duda que jamás es tan profunda, como cuando oímos esa voz que nos dice: "vosotros sois mis amigos." Es la voz del Salvador, que para honrarnos y para manifestarnos todo su amor, nos distingue con el hermoso vínculo de su amistad. Amistad leal, franca, sincera, sobreabundante, divina, digna de toda nuestra estimación. Sí, el Salvador en la Eucaristía, es el mejor, el único verdadero, entre todos nuestros amigos. Veámoslo.

Son tres los principales caracteres que distinguen la amistad, y la rodean de amables encantos, y la constituyen como uno de los elementos más sólidos de felicidad en la vida presente: la benevolencia que nace del corazón, la comunicación fiel y sincera de los sentimientos mutuos, la perpetuidad en su duración. Nuestro Divino Salvador en la Eucaristía, nos manifiesta el amor que, hacia nosotros, arde en su corazón; nos da á conocer con verdadera fidelidad los designios que abriga por nuestro

bien; nos asegura que siempre nos tendrá en el número de sus amigos.

Las apariencias de benevolencia engañan; pero cuando en el corazón existe la verdadera caridad, es también verdadera y real la benevolencia. Es fácil experimentarlo así, en cualquiera de las ocasiones en que se somete á prueba. Cuando la benevolencia no toma su origen de lo íntimo del corazón, el más leve motivo la debilita, la trastorna y la destruye. Esto pasa sin cesar entre los hombres: pero ¿qué comparación puede haber entre la benevolencia de los hombres y la benevolencia de Dios? ¿Cómo suponer en Dios una benevolencia aparente hacia nosotros? ¡Ah! Si hay alguna verdad que nos llene de gozo, es la de que el amor que Dios nos tiene, está fundado en los arcanos incomprensibles de su mismo sér. ¡Y cuánto se manifiesta la realidad de esta benevolencia en la amable Eucaristía! ¡Cuán ardiente es el afecto de predilección y de cariño que nos demuestra en ese Misterio que es el fuego mismo del amor! ¿Se disminuye acaso con nuestra indiferencia? ¿Se muda con nuestro desprecio? ¿Se extingue con nuestro olvido? Diríase que nuestra ingratitud enciende cada vez más la llama que arde en el corazón de Jesucristo, para desear nuestro bien, para mostrarnos su bondad, para poner en nuestras manos los medios de ser felices.

No existe en el corazón humano un amor tan firme, que no se lastime con la inconstancia; porque si alguna vez llega á haber tal bondad en el

alma que aparente no entender la frialdad, y aun los ultrajes de su amigo, es, sin embargo, un hecho cierto, que el corazón sufre, y que ese sufrimiento resfría la benevolencia. Nada de ésto sucede en el corazón de Jesucristo. Víctima de amor en la Eucaristía, unas veces complaciéndose en los corazones que le buscan, otras entristeciéndose con la ausencia de los que le abandonan, ama siempre, y ama con la firmeza propia de Dios. ¿Cuándo se ha visto que un amigo vaya á esperar personalmente al amigo que le despreció? Sólo Jesucristo, que ve más como desgracia nuestra, que como ofensa suya, los ultrajes que le hacemos en la Eucaristía, siempre busca y espera, siempre solicita y llama. A los insensatos que desprecian la dulce amistad de Jesús en la Eucaristía, habla la Sabiduría Eterna, cuando dice: "venid: comed el pan que os doy, y bebed el vino que os tengo preparado."¹ Ese desprecio se convertirá en amor, y ese amor será la alegría de los que habitan con Jesucristo.²

III

El Salvador es en nuestros altares el amigo verdadero, que comunica á las almas todos los secretos de su amor. Allá en los últimos días de su vida mortal llegó á decir á sus discípulos, que les había dado á conocer todas las cosas que había oído de

¹ Proverbios, IX, 4 y 5.

² Salm. LXXXVI, 7.

su Padre Celestial,¹ pero sin duda que mayor fundamento existe en nosotros, para gloriarnos de que Jesucristo nos dirige estas palabras desde la Eucaristía. Porque los apóstoles no quedaron llenos de la ciencia del cielo, sino hasta la venida del Espíritu Consolador, en el gran día de Pentecostés: hasta entonces recibió la Iglesia naciente el tesoro de las verdades que el mismo Amor Divino, en lenguas de fuego, vivo símbolo de la comunicación y de la caridad, difundió por el mundo. Y Jesucristo, Protector y Conservador de la Iglesia en la Eucaristía, es quien guarda en su corazón toda la verdad y todo el amor, que el Espíritu Santo trajo á la tierra. ¿Qué puede, pues, ignorar el alma que comunica con Jesús en la Eucaristía, si humilde y fiel desea conocer la verdad? No pudiendo ser tierno amigo de Jesucristo, sino el que sea hijo obediente de la Santa Iglesia, y no pudiendo tenerse la vida de la gracia, sino en el seno de esta Maestra de la verdad, el Salvador se complace en dar los testimonios más claros de su amistad y de su amor á los que, unidos con Él en la Eucaristía, le dan testimonio de ser hijos fieles de la Santa Iglesia. Aquí es donde especialmente percibimos que Jesucristo en la Santísima Eucaristía, es para sus amigos verdad, amor y vida; y aquí es también donde se descubre todo el enlace que tienen entre sí estas dos verdades; la Iglesia es la morada de los amigos de Dios; la Eucaristía es la prueba más grande que Dios nos da de su amistad.

¹ S. Juan, XV, 15.

A la verdad que estos pensamientos derraman en el alma inefable consuelo, porque recuerda la felicidad que le ha cabido de conocer desde el principio de su vida, la luz de la verdad; y porque se gloria de pertenecer al número de aquellos, que, esforzándose hasta donde puede la miseria humana en cumplir los preceptos del Evangelio, pueden escuchar de Jesucristo las dulces palabras que inspiran tanto gozo y fortaleza al corazón: “vosotros sois mis amigos, si haceis lo que Yo os he mandado.” ¡Qué grato es traer á la memoria el día en que se conoció por primera vez, que Dios es el único bien digno de todo amor, y que en temerle y obedecerle, consiste el verdadero ser del hombre!¹ Pero, sobre todo, ¡qué amables recuerdos afluyen al espíritu, cuando repasando la historia de la vida, vuelven á verse todos aquellos momentos, en que, desde la edad más temprana, se buscó en el Dios de la Eucaristía, la luz en las dudas, el refugio en los peligros, el consuelo en la tribulación! ¡Cómo se llena entonces el alma de santo orgullo, con qué alegría se levantan al cielo las manos agradecidas, al reconocer que la vida que se respira nace de la verdad y del amor! ¡Con qué tristeza se vuelve una mirada de compasión, hacia esos corazones, que, lejos de la Santa Iglesia, no disfrutaban de la amistad de Jesucristo en la Eucaristía!

¹ Eclesiastés XII, 13.

IV

Después de haber considerado en este augusto Misterio los dos primeros caracteres de la amistad, que nos dispensa el Salvador, sí: su profunda benevolencia y su plena comunicación con nosotros, nada puede ser más interesante, ni más útil, ni más vivamente consolador, que extender cuanto podamos nuestras reflexiones, para persuadirnos de que el amantísimo Jesús cumplirá en nosotros su promesa de amarnos siempre, y de contarnos entre sus amigos. Nos pide, observémoslo bien, una sola condición: la obediencia. *Si feceritis quae ego praecipio vobis.* Porque la obediencia lleva consigo la humildad y el amor, y la Sabiduría Divina se complace en exaltar á los humildes,¹ y en amar á los que la aman.²

Abiertas están á nuestros ojos las puertas de la gracia y de la amistad de Dios, y sin embargo, parece que no queremos entrar por ellas, sino después de haber ido á recoger, acaso con gran detrimento, las duras lecciones del desengaño. Va el alma á buscar en medio de la infidelidad y de la corrupción del mundo, los atractivos de una amistad sincera, ¿y qué encuentra? ¡Oh desgracia! Encuentra conversaciones depravadas que corrompen sus buenas costumbres;³ encuentra á los impíos, que

¹ Proverb. XXIX, 23.

² Idem VIII, 17.

³ 1^a á los Corint. XV, 33.

le refieren cosas contrarias á la Ley Divina;¹ encuentra á los pecadores, que la han estado esperando para perderla.² Su ruina es segura, porque necesariamente se pervertirá el corazón que ama la compañía de los perversos.³ Sólo podrá salvar del peligro de caer en los lazos de la amistad mundana, recordando la Ley Divina y huyendo de la sociedad de los malvados: “en mi corazón, ¡oh Señor! decía David, he guardado tus palabras, para no ofenderte;⁴ y vosotros, ¡oh pecadores! alejaos de mí para que pueda detenerme á investigar los mandatos de mi Dios.”⁵ ¡Con qué agitación y susto viene á la Eucaristía, buscando inspiración y verdad, el corazón que ha comprendido las emponzoñadas caricias de una falsa amistad! Es entonces cuando penetrándose de la firmeza con que le ama Jesús, halla en Él, y sólo en Él, un deseo verdadero y ardiente de hacerle feliz. Tesoro de amistad verdadera, la Divina Eucaristía calma y tranquiliza esas negras inquietudes en que el alma, cansada de la iniquidad y de la injusticia de los hombres, no sabe hallar quien le inspire confianza.

En ese dulce desahogo del alma á los pies de su Salvador, es donde comprende la exactitud con que el Rey Profeta describe la perversidad de la mentira y de la audacia humana, y donde también une sus palabras al inspirado ruego que dirige á

¹ Salm. CXVIII, 85.

² Idem idem, 95.

³ Idem XVII, 27.

⁴ Idem CXVIII, 11.

⁵ Idem idem, 115.

Dios, cuando le dice: "Sálvame, Señor; sólo de Tí puedo esperar algún auxilio; porque la rectitud y la santidad ya no existen sobre la tierra, y toda verdad ha sido alterada entre los hombres. Cada uno dice á su prójimo cosas vanas y falsas; sus labios son engañosos, y habla con un corazón doble y disimulado. Quiera el Señor hacer cesar estos desórdenes; acabe con todo labio engañoso y con toda lengua jactanciosa. Ellos han dicho: con nuestra lengua adquiriremos lustre y gloria, porque somos dueños de nuestros labios, y ¿quién nos manda para hacernos callar? ¡Ah! Tú nos salvarás, Señor, como lo has prometido; nos conservarás y nos defenderás de esta raza de gentes corrompidas, á cuyo furor estamos continuamente expuestos. Los impíos y los pecadores andan en derredor nuestro para sorprendernos; pero si así lo has permitido, según tu Altísima Sabiduría, harás también que los pobres y los justos sean algún día honrados y exaltados en tu presencia."¹

V

¿Será imposible, acaso, encontrar un buen amigo? ¿Será ilusión, que se desvanecerá con la experiencia, la idea de haberle encontrado? ¡Ah! "¡Cuánto cuesta alcanzar esta última convicción! Y sin embargo, tan sólo por grados se llega á adquirir: primero nos admiramos, después hay cosas

¹ Salm. XI.

que el corazón recto y sencillo no sabe explicarse; frecuentemente se echa en cara sus propias sospechas, y, en presencia de la verdad que rechaza, querría dudar todavía. Hay una edad en la vida, en que las palabras son tomadas en el sentido que éstas expresan; en que las promesas son certidumbres, las protestas, infalibles seguridades; una edad en que todo se cree, porque uno mismo es bastante generoso para sentirse capaz de todo; edad de verdad y de candor, de simplicidad y de franqueza, de lealtad y de honor, que el mundo llama, sonriendo, la edad de los primeros ensayos y de la inexperiencia. Pero basta adelantar solamente algunos pasos en la vida, para reconocer cuán débiles, indiscretos, inconstantes, ligeros, y, sobre todo, egoístas, son los hombres."¹

Y es necesario detener nuestro pensamiento en el análisis, por penoso que sea, de la amistad humana, para convencernos cada vez más de que la amistad de Jesús es propiamente la única que debemos buscar. El conocimiento que como Dios tiene de nuestras miserias, le hace desplegar en la Eucaristía los amables caracteres de una amistad infinitamente superior á la que puedan ofrecer los hombres; y si la más triste experiencia ha de demostrarnos algún día, que no debe contarse con la amistad humana, conozcamos esta verdad antes que nos haga sufrir tan crueles dolores.

"*Los hombres son débiles.* Porque cualquiera que se apoya en ellos, se pone frecuentemente sobre una

¹ Herbert. Imitación meditada, Lib. III, Cap. 45.

caña rota, que corta la mano en lugar de sostenerla.

“*Son indiscretos.* Creemos haber sepultado nuestro dolor en el seno de la amistad, volvemos aliviados, creyendo que el peso que nuestro solo corazón no podía soportar, lo ha participado aquel que mirábamos como si fuera nuestra misma persona; y hé aquí que á este hombre, cuya curiosidad hemos satisfecho, sin despertar su piedad, nada le urgía tanto como faltar á la confianza de que le hemos creído digno. Concedamos que en ésto su intención no sería pérfida; divulgando el motivo de nuestra pena, él no creía aumentar su amargura. ¡Oh! ¡Si hubiera sabido que íbamos á tomar la cosa tan vivamente, se habría guardado bien de dejar escapar la palabra que nos hiere, y además, él contaba con la prudencia de aquel á quien hizo esta nueva confianza! ¡Vanas exeusas, amarga decepción! respondemos. Pero ¡ah! si es cruel ser engañado, más cruel es todavía no saber quién no engaña.

“*Son inconstantes.* Su modo de juzgar hoy no será su manera de juzgar mañana. El sentimiento que los domina ahora, será un instante después reemplazado por un sentimiento enteramente opuesto. Por la mañana nos han protestado su invariable adhesión, y en la tarde nos desconocerán, si no es que se avergüenzan de los títulos que hacemos valer para obtener su apoyo. No podemos, pues, contar con nada, porque nada es más inconstante que su espíritu, ni más variable que su voluntad.....

“*Son ligeros.* No los creamos tampoco afectados porque lo parecen; ni atentos á nuestras quejas, porque las escuchan, sin interrumpirnos: aunque hubiesen mezclado algunas lágrimas á las que nos han visto derramar, ellas se enjugarán muy pronto, en cuanto hayamos desaparecido.....

“*Son egoístas.* Esta palabra lo encierra todo: es la llave de todos los misterios que atormentan á los corazones sensibles. Este que parecía amarnos, no lo solicitaba, en realidad, sino por sí mismo, y la prueba es, que ha bastado la primera ocasión para cambiarlo, según su interés, en indiferente ó en enemigo. Aquel que nos estrechaba á disponer de su tiempo, de su crédito y de su fortuna, nos ha abandonado cuando ha sonado la hora de la necesidad, porque ha conocido que nuestro concurso no le sería de ninguna utilidad, en la ejecución de los proyectos que él meditaba.”¹

VI

¿Pero hasta dónde nos llevan estas consideraciones? ¿Acaso podría dudarse que la amistad de Jesucristo nuestro Salvador es preferible á la falsa amistad humana? ¿Qué comparación puede haber entre el amor que Dios nos tiene, y las engañosas apariencias de una amistad, que ignora lo que es caridad y justicia? ¡Oh, si para todos fueran igualmente claras estas verdades! No habría entonces

¹ Herbert, ya citado.

ilusiones que desvanecer, ni conceptos que rectificar, ni errores que combatir. Las amistades humanas cuya falsedad no se ha comprendido, no tan sólo son el principio de disgustos que, por fin, llegan á aleccionar el corazón, sino también el principio de ruinas frecuentemente irreparables. ¿Tratamos de fijar en la Divina Eucaristía el centro de nuestra amistad? Preciso es recorrer los grados que nos conducen al convencimiento.

Existen, suele decirse, amistades verdaderas, encanto de la vida, estímulo del bien, consuelo de la adversidad. Ciertamente es así. ¿Qué sería de nuestro corazón, si sus sentimientos no tuviesen eco en otro corazón? ¿Qué apoyo se tendría en las empresas, qué auxilio en los trabajos, sin la mano bienhechora de la amistad, que rica de fidelidad y virtud, sabe asociarse á todo lo que es noble y excelente? ¿Qué triste y silencioso sería el desierto de la vida! ¿Quién no bendecirá la Providencia de Dios, que hace existir á un mismo tiempo, y une por caminos misteriosos, los corazones que, si son felices, es porque son amigos! Y sin embargo, ¿qué penoso es tener que acusar aun á la amistad verdadera, siempre tan amable, no de falta de buena intención, sino de falta de poder!

“En efecto, ¿qué puede la decisión más absoluta en mil circunstancias dolorosas de la vida? ¿Qué puede particularmente en esos acontecimientos inesperados, y tan ordinarios en nuestros días, en que son trastornadas en un instante las fortunas mejor establecidas? El amigo generoso, respon-

demos, pondrá sus bienes á disposición del amigo desgraciado; sí, eso se ha visto algunas veces; pero en cambio, ¿cuántas circunstancias hay en que la amistad más sincera no ha podido, sin embargo, formar sino votos inútiles y tristes sentimientos! ¿No es ésto una falta de poder? Estamos enfermos; largos y crueles dolores quebrantan nuestro cuerpo; el amigo está ahí inquieto, está sentado á nuestra cabecera; ¿pero su mano compasiva, esa mano que levanta nuestra cabeza agobiada por el mal, volverá la vida que se apaga? ¿contendrá el aliento que se escapa? ¿No es ésto una falta de poder? Otra desgracia no menos terrible nos ha herido: la muerte ha venido á colocarse entre nosotros y una madre llena de ternura; entre nosotros y un hermano que amábamos acaso más que á nuestra vida. Al primer rumor del golpe que hemos recibido, el fiel amigo se ha apresurado á consolarnos; ¿pero las lágrimas que mezcla con nuestro llanto, nos volverán el objeto que las hace derramar? ¿No es ésto una falta de poder?”¹

VII

Hé aquí, pues, toda amistad humana, aun la verdadera, reducida á escombros. ¿Podía ser de otro modo, cuando los hombres, por mucho que nos amen y nos hagan bien, jamás pueden amarnos como el Salvador, ni jamás pueden darnos los bie-

¹ Herbert, ya citado.

nes infinitos que encierra la Eucaristía? Quien se atreva á decir que la amistad humana es injustamente deprimida, ignora la amistad de Jesucristo en el Sacramento de su amor. Es natural que descienda á un grado infinitamente inferior, lo que se compara con lo que es infinitamente superior.

Y el corazón humano, para convencerse de esta verdad, tiene que desprenderse, un momento al menos, de todas sus afecciones, para ir á gustar sin inquietud, lejos del mundo, cerca del tabernáculo, la amistad inefable de Jesús. Si el corazón no entrara algunas veces en el silencio de sí mismo, nunca sería capaz de sentir esas profundas impresiones que produce el conocimiento de la verdad. Ningún corazón hay que no busque la soledad y el reposo, cuando un golpe de fortuna, ó un desliz involuntario, ó un deseo no cumplido, viene á sumergir al alma en amargas meditaciones sobre su imprevisión, sobre su fragilidad, sobre su desgracia. Esa es la ocasión oportuna de convencerse, apartando las miradas de todo lo que hay sobre la tierra, de que Jesucristo en la Eucaristía es el único verdadero amigo que puede hallar nuestro corazón.

Pensar que Dios, Rey del cielo y de la tierra, Sér infinito, Autor de todos los bienes, ha querido establecer su habitación en medio de nosotros, para estar personalmente al cuidado de nuestras necesidades, elevando para ésto al grado más alto el misterio, el milagro y el sacrificio; reflexionar en la voluntad omnipotente que nos manifiesta de dar-

nos todo, dándose á sí mismo; contemplar esa resignación admirable y verdaderamente divina, con que pasa los meses, los años y los siglos, sobre nuestros altares, esperando á las generaciones humanas, que, en su tránsito por la vida, vienen á buscar su protección y á pedirle la credencial con que han de presentarse en el cielo; profundizar ésto, es, sin duda, experimentar en el corazón, por más duro é insensible que sea, una oscilación violenta, extraordinaria, imposible de decir. . . .

VIII

En la Eucaristía, la fuerza, la discreción, la constancia, el vivo interés, la expansión del amor, el poder. . . . Allí, Jesucristo es quien nos da la mano para que no lleguemos á caer. Él es quien sirve de apoyo á nuestras resoluciones, quien inspira firmeza á nuestros pasos en la senda del bien, quien comunica fuerza á esos movimientos decisivos del alma, que la elevan á la gracia de su vocación á cierto estado de vida, y la hacen permanecer en ella.

Allí, Jesucristo es quien recoge con amabilidad el suspiro de nuestro dolor, libertando nuestro corazón del peso que le oprimía, sin que podamos temer que el secreto que le hemos confiado salga de su amoroso pecho; pues que de él no sale sino el remedio de nuestra aflicción, ó la conformidad para sobrellevarla.

Allí, Jesucristo es el modelo de la constancia en amar, en dirigir, en perdonar. Sus pensamientos siempre son unos mismos. Tan constante en ir á buscarnos cuando le abandonamos, como en llenarnos de bendiciones cuando permanecemos con Él. De la mañana á la tarde un raudal de gracias y de dulzura brota de su corazón para inundar el nuestro...¹ Su ósculo de paz, en la primera comunión, imprime vigor en la carrera de nuestra vida; su ósculo de paz es prenda de perseverancia por la frecuente comunión; su ósculo de paz en la comunión última, rompe las ligaduras del alma que vuela para el cielo....

Allí, Jesucristo es quien se distingue entre todos y sobre todos los amigos que nos rodean, por el interés con que mira lo que nos falta, y lo que exige remedio. ¿Dónde existen vínculos más estrechos que los que le unen á nosotros? Su amistad es la de un padre que nos conoce desde antes que existiéramos; es la de un Salvador que ha puesto su sangre para rescatarnos de nuestros enemigos; es la de un compañero que, si vive sobre la tierra, es para enjugar nuestras lágrimas.

Allí, Jesucristo es quien nos enseña á combatir el egoísmo; es decir, la depravada propensión de buscar el bien exclusivamente para cada uno de nosotros. Sí. Porque en la Eucaristía se hace todo para todos, y todo para cada uno.... ¿Amándonos, es acaso más feliz? Y sin embargo, lo que jamás se vió en amistad alguna, lo que, si Él mismo

¹ Salm. LXIV, 9.

no lo asegurara no lo creeríamos, Él se nos da para hacerse una misma cosa con nosotros. ¡Ah! son los únicos amigos que en el exceso del amor se unen así: Jesucristo y nuestra alma. Todavía más: aunque no le recibamos en la Santa Comunión, es el único amigo que no se cansa de escucharnos, el único que á toda hora da audiencia, el único que inspira verdadera confianza.

Allí, finalmente, Jesucristo excede á toda amistad imaginable, por el poder que tiene para hacernos felices. Ese poder es infinito como su amor. Es imposible hallar la amistad del Salvador, y ser infeliz. La Eucaristía es, al mismo tiempo, Omnipotencia que quiere y Voluntad que todo lo puede: ¿dónde hallar mejor amistad?





REFLEXIÓN XI

EL CORAZÓN DE JESÚS.

Charitate perpetua dilexi te.

Yo te he amado con un amor eterno.

IEREMIAE. XXXI, 3.

UNA de las principales causas de satisfacción y consuelo, acá en la tierra, es la protección que nos dispensa cualquiera de nuestros semejantes. Seguros de la voluntad que tiene de hacernos bien, hasta donde sus fuerzas alcancen, volvemos á él nuestros ojos en las posiciones difíciles, en las aflictivas circunstancias que vienen á rodearnos más de una vez en el curso de la vida, y nuestro corazón guarda, como un tesoro, con alegría y gratitud, la memoria de aquella predilección bienhechora. Pero sería ignorar lo que debemos á Nuestro Salvador, si para conocer cuánto nos ama, partiésemos de esta consideración: ¿Cómo equiparar los beneficios que recibimos de los hombres, con los bienes inmensos de que nos ha colmado el Señor, por el amor que nos tiene? No es

posible medir el océano de caridad hacia nosotros que se encierra en el Corazón de Jesucristo; pero estamos obligados á meditar su inmensidad, aunque no sea más que por las demostraciones que nos ha dado, y por la paciencia con que sufre nuestra deplorable ingratitud.

La caridad infinita de Dios nos tuvo presentes desde antes de todos los siglos: porque siendo Dios la personificación más alta y la más inefable de la caridad, ó para decirlo mejor, la caridad misma, jamás ha dejado de amar al hombre, en quien, si por una parte se reúnen las desgracias y las miserias todas, consecuencias del pecado, se conserva por otra, y permanece grabado el reflejo Divino y la imagen de la Adorable Trinidad. En los consejos eternos, allá entre los resplandores de la Santidad infinita, brilló, apacible y magnífica, la voluntad omnipotente de salvar al género humano, y también entonces, en medio del majestuoso silencio de la bondad y del amor, se dejó escuchar la voz omnipotente del Redentor, que se ofreció á cumplir la obra máxima de la caridad. ¡Qué hermoso es distinguir allá en las altísimas profundidades del Misterio de la Encarnación, el augusto nombre de Jesús, escrito á la cabeza del gran libro de la predestinación Divina, y contemplar también, escrita con radiantes caracteres en el centro del Corazón de Jesucristo, la ley de la infinita caridad! *Et legem tuam in medio cordis mei.*¹

¹ Salm. XXXIX, 9.

II

La presencia visible del Salvador sobre la tierra, en los años de su vida mortal, fué la sublime irradiación del celestial fuego que vino á encender en todos los corazones: sus palabras dieron á conocer la justicia, la verdad y la misericordia, para elevar el género humano al conocimiento de su verdadero fin, y al deseo de la gloria ofrecida. Su corazón jamás escondió, sino que publicó sin cesar cuanto debía servir á la rehabilitación y á la grandeza de las almas que había venido á buscar. *Iustitiam tuam non abscondi in corde meo.*¹ David, cuando vaticinaba esta laboriosa obra del amor de Jesucristo á los míseros descendientes de Adán; cuando en espíritu le miraba rodeado de la ceguera y de la injusticia del mundo; cuando le admiraba como principio vivo y fecundo de una constancia infinita, entonces no podía abstenerse de ponderar la magnitud del amor divino en los trabajos y padecimientos del Salvador, cuyo corazón en Getzemaní llegaría á encontrarse en un misterioso abatimiento, á impulsos del amor mismo. *Cor meum dereliquit me.*²

No es dado recorrer, uno por uno, los ejemplos de todas las virtudes con que Jesucristo nos enseñó el camino del cielo, ni explanar toda la idea de

¹ Salm. XXXIX, 11.

² Idem idem, 13.

la humildad y de la mansedumbre, que quiere que aprendamos en su Divino Corazón, y que son el fundamento de la piedad y de la perfección cristiana. No es dado tampoco seguir por su orden, los eminentes rasgos de su misericordia con los pobres, con los enfermos, con los afligidos; de su amor con los niños, de su ternura con los pecadores. La viuda de Nain, las hermanas de Lázaro, el paralítico de la piscina, y tantos otros, vendrían á decirnos que si el amor del Salvador hacia ellos fué muy grande, aquellos prodigios simbolizaron el amor que tiene á nosotros. Subamos, por lo menos con la consideración, al Calvario, donde Jesucristo muere para darnos la vida. El sacrificio ha sido consumado, y las cadenas de la muerte y de la culpa se han trozado ya. Pero es necesario que el mundo vea con sus propios ojos el exceso del amor divino; es necesario que la lanza del soldado abra el corazón que siempre ha latido por nuestra felicidad; es necesario que quede abierta á todas las generaciones la fuente de la vida en el Corazón amantísimo de Jesús.

III

A todos estos incomprensibles testimonios de su infinita caridad, quiso nuestro Divino Redentor agregar el más increíble, el más admirable, haciéndose plenamente nuestro en el Sacramento de su amor. Debe afirmarse que en los secretos del San-

tísimo Corazón de Jesucristo, estaba reservado este prodigio, en que se manifiesta de una vez, todo lo que Dios nos ama. Su vida eucarística es un continuo beneficio, la comunicación íntima que establece con los que dignamente le reciben, es la prenda segura de la vida eterna; el anonadamiento á que se reduce, bajo humildes apariencias, es la expresión más clara de que nos ama. ¡Felices los que amando á Jesucristo en la Eucaristía, pueden oír y sentir las oscilaciones de su Divino Corazón!

Pero no sería disimulable el silencio sobre otra prueba todavía mayor de la Divina Caridad, porque es una prueba que irresistiblemente nos convence de que Jesucristo nos ama, y de que debemos amarle. Este amable Salvador, presente en medio de nosotros, ve nuestro olvido y sufre; ve nuestra ingratitud, y espera; ve nuestros desprecios, y perdona. Fuente de mansedumbre y de humildad, no desiste de la generosa resolución de llamar constantemente á las puertas de nuestro corazón, para que aprendamos á imitarle, y le consagremos la voluntad de ser suyos por el amor. Desde el fondo de su tabernáculo habla al género humano, sumergido en los deseos terrenos y en la vanidad del siglo: "Hijo mio, dame tu corazón."¹

¹ Proverb. XXIII, 26.

IV

El designio divino, tan digno del mismo Dios, como necesario para nuestra felicidad, es la unión perpetua del Corazón de Jesucristo con el nuestro, amándonos Él y amándole nosotros. ¿Y veremos realizado este designio? En todo corazón existe un sentimiento, tan misterioso como irresistible, que nos conduce á lo que reputamos como bien. ¿Hay acaso alguno que no haya sentido esa inclinación vehemente, que le arrastra á cualquiera perfección donde quiera que la encuentre? Si pues la ley del amor es universal, agradezcamos á nuestro Divino Salvador que venga á dirigirla en nosotros, mostrándonos los misterios y las bondades de su amante corazón. Una convicción profunda debe reinar en los corazones de los hombres: la de que el amor á lo visible, á lo ilícito y á lo pecaminoso, es el punto de partida de todos los extravíos; así como también debe ser íntimo el convencimiento, de que Dios y el prójimo son el más noble, el único objeto de nuestro amor. Hé aquí al Corazón de Jesucristo arrebatando nuestro amor, y enseñándonos, con el amor que nos tiene, á amar á nuestros prójimos; hé aquí al Corazón de Jesucristo, como el resumen práctico de la Ley divina; hé aquí al Corazón de Jesucristo, como el camino que nos conduce á nuestro último fin. Es, pues, un deber la resolución de manifestarle nuestro amor, por todo el tiempo de nuestra vida, obedeciendo con

docilidad su Divina Ley, porque el mismo Salvador nos dice que en la observancia de sus preceptos consiste el signo que distingue á los que le aman. Si llega á convencerse nuestro corazón de cuán suave es el Señor, y cuán dulce su Ley; si llega á arraigarse de una vez para siempre el amor divino en nuestras almas, ¿qué podrá separarnos de Él? ¿Acaso la tribulación, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecución?¹

V

Jesucristo, en estos últimos tiempos, ha querido mostrar más especialmente su Divino Corazón al hombre y á la sociedad, á semejanza de un padre que después de haber agotado las expresiones cariñosas que caben en el lenguaje humano, y todos los recursos que encierra el amor paternal, para contener al borde del precipicio á un hijo amado, llama de pronto al hijo ingrato, y descubriendo su pecho, le dice: ¡Mira! hé aquí mi corazón; si conoces otro que te ame con más sincero amor, corre, dale el tuyo y despedaza el de tu padre.

“Así ha hecho Jesucristo, Padre de los hombres y de las sociedades modernas, en el momento en que iban á precipitarse en el espantoso abismo de la indiferencia y la impiedad. ¡Hombres! parece que les dice, olvidad cuanto hice por vosotros, y mi pesebre, mi destierro, mi sangre y mi cruz; mas ya

¹ A los Romanos, VIII, 35.

que habeis sido hechos para amar, os falta un corazón: tomad el mio y en cambio os pido el vuestro. Es imposible que vuestro corazón no se entregue á alguno, porque no puede vivir sin amar, ni amar sin venderse ó darse. Si vuestro corazón está para venderse, ¿quién puede comprarlo mejor que el que es su bienaventuranza, su fin y su eterna recompensa? Si está para darse, ¿quién merece mejor poseerlo que el que os lo ha hecho? El mundo, la impiedad y el dinero, os piden el corazón para cambiarlo en un infierno, y Yo os lo pido para hacer de él un paraíso en esta vida: escoged.”¹

Algunos corazones dóciles y sensibles que conocen la vanidad de los bienes del mundo, oyen y se esfuerzan en vivir para Jesucristo. Pero las naciones engreidas con su orgullo, hundidas en los goces materiales, y aturdidas por esa filosofía sensual, que sólo sirve para tardíos desengaños, vuelven la espalda á Jesucristo, le excluyen de su legislación, le consideran como enemigo de la sociedad, le cargan de injurias y desprecios. A pesar de ésto, ¡oh bondad divina! Jesús, en el silencio de su altar solitario, dirige al género humano las palabras que dirigió al pueblo judío: “Pueblo mio, ¿qué te hice? ó ¿en qué te he entristecido? Respóndeme.” ¡Ah! La confusión debiera cubrir nuestra frente, y el dolor desgarrar nuestro corazón. ¿Acaso ha contristado nuestra alma ese Dios de infinito amor, que sembró de soles el firmamento, que enriqueció de bellezas la tierra, que vistió el Universo con toda

¹ Gaume. Catecismo de perseverancia. Lección XLIV, tom. 8.

la magnificencia de su poder? ¿Acaso nos ha contristado al venir del cielo para derramar su sangre y dar su vida por salvarnos, al enseñarnos con su doctrina la verdad y con sus ejemplos la virtud? ¿Acaso nos ha contristado acompañándonos en nuestro destierro con su presencia real en la Eucaristía, hace ya diez y nueve siglos?

A cada uno también en particular dirige la misma queja, capaz de ablandar un corazón de bronce. *¿Quid feci tibi? ¿aut in quo contristavi te? Responde mihi.* Abramos los oídos á tan tierna reconvencción. “¡Alma cristiana, hija mia! ¡Yo te libré de la cautividad, y te alimenté con el maná, y tú has preparado una cruz para tu Salvador! Yo te he protegido y guardado como las pupilas de mis ojos; ¿qué más podía hacer por tí? ¡Y tú has preparado en tu dureza é infidelidad un nuevo tormento á tu Salvador!”

VI

Se oyen estas justas frases, salidas del Corazón ardiente de Jesús, se entienden, y aun se detiene el alma por un instante á meditarlas, como herida por un dardo de fuego. Y sin embargo, Jesús que es nuestra felicidad, y que quiere nuestra felicidad, ve que no la buscamos en Él. Y se contrista, y vuelve á dirigir sus amorosas quejas.

¿Qué misterio es éste, tan incomprensible, cuando más le queremos comprender, tan constante, cuando más le olvidamos, tan amable, cuando más

nos apartamos de él! El corazón humano sabe que no es feliz sino unido al Corazón de Jesucristo. ¿Por qué, pues, no se une á Él? Sabe que los objetos sensibles del mundo no le satisfacen, y sin cesar busca otros nuevos. ¿Por qué se adhiere á ellos con tanto afán? Es que dentro del corazón existe una tendencia irresistible á lo que pueda servir á su felicidad; es que las ilusiones más de una vez desvanecidas, no le aleccionan, sino que inflaman con ardor más vivo sus deseos. Y se affige, y sufre, y padece, y es víctima continua de una inclinación siempre naciente, jamás extinguida. Y se precipita de abismo en abismo, y lo pierde todo, y olvida su noble origen, y renuncia su hermoso fin, por correr en pos de una sombra, que sus manos no pueden alcanzar, ó de una luz, que no puede coger sin que se apague. Delirios grandes tiene la juventud, no los tiene menores la vejez; la vida entera se consume respirando el aroma atractivo de flores imaginarias; y al abrir las manos en el momento de la muerte, ningún fruto bueno; están llenas de frutos malos. ¿Qué te hice, exclama entonces Jesús, para que me abandonarás? ¿Te contristé acaso prometiéndote la verdadera felicidad? Respóndeme ahora que lo conoces por tu propia experiencia.

Feliz el que al hacer estas reflexiones va sin demora á las puertas del Tabernáculo, y dice á Jesucristo, como San Pablo en el camino de Damasco: “Señor, ¿qué quieres que haga?”¹

¹ Hechos apostólicos, IX, 6.



REFLEXIÓN XII

LA CARIDAD Y EL SUFRIMIENTO.

Charitas patiens est.
Todo lo sufre la caridad.
1^a AD COR. XIII, 4.

LA espléndida riqueza, el enlace y la armonía del Universo, dan testimonio de un poder infinito; pero el designio bondadoso y la eterna caridad de Dios, aparecen con toda su hermosura y sabiduría en el hombre, que no fué criado por la mano omnipotente, sino después de haberle preparado todas las maravillas de la naturaleza. Dios ha colocado, dice David,¹ la creación entera á los pies del hombre: las aves del cielo y los peces del mar deben someterse á este rey de la naturaleza, para cuyo beneficio brotaron también de la nada, á la voz del Todopoderoso, los astros con su luz, la tierra con sus frutos, las estaciones con su variedad.

Efecto de un amor eterno, fué la creación del

¹ Salm. VIII, 8.

hombre, en cuya frente brilla la luz divina;¹ pero efecto de un amor infinito fué su reparación después que hubo caído en el abismo de la culpa. Esa reparación que Dios mismo quiso hacer de la naturaleza humana, es obra de una caridad que sólo puede existir en el mismo Dios. Pero esa obra se consumó en medio de los sufrimientos más crueles, porque el Salvador quiso sufrir desde el pesebre hasta la cruz.

Y la Eucaristía es la memoria y la continuación de la Redención. Por eso en la Eucaristía también existen sufrimientos. Y como el sufrimiento crece á proporción de lo que se ama, siendo la Eucaristía el exceso de la divina caridad, es el supremo ápice del sufrimiento.

El apóstol dice que "Jesucristo, resucitado de entre los muertos, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre Él."² Estas palabras encierran el fundamento del paralelo que podemos establecer entre Jesucristo que padece en carne mortal, para morir por la salud del mundo, y Jesucristo que sufre en la Eucaristía, donde ya no muere jamás. Los momentos últimos de la vida del Salvador, fueron el colmo de la humillación y del abatimiento, como que la Infinita Justicia

¹ Salm. IV, 7.

² Epíst. á los Rom. VI, 9.

dejó caer su terrible golpe en esa Divina Víctima, que llevó sobre sí todas las iniquidades humanas; y el Salvador en su vida eucarística, aunque lleno de gloria, y por consiguiente, impasible, sufre todavía sin cesar en su corazón.

Misterios distintos la Pasión y la Eucaristía, como lo son la condigna satisfacción del pecado, ofrecida al cielo por el Verbo Divino hecho hombre, y el sacramento por excelencia de la nueva ley, tienen, sin embargo, tan sublimes caracteres de analogía, y relaciones tan íntimas entre sí, que la Eucaristía, bajo diversos puntos de vista, puede considerarse como la continuación y el complemento de la Pasión de Jesucristo. Uno mismo es en la Pasión y en la Eucaristía el Verbo de Dios hecho hombre, uno mismo el amor que le impele á grandes sacrificios, uno mismo el deseo de dar á su Padre Celestial la gloria que se le debe. Testimonios inmortales de la Divina Caridad hacia el hombre, la Pasión y la Eucaristía han hecho descender sobre la tierra, la reconciliación, la gracia y la paz; pero teniendo una y otra el carácter esencial de sacrificio, necesario es que la Víctima Divina ofrecida en ambas, se dé á conocer bajo los velos inefables del sufrimiento.

Coloquemos, pues, frente á frente, para inspirarnos de sus misteriosas relaciones, la Pasión y la Eucaristía. Pero no olvidemos que para penetrar con la consideración en la sublimidad de las verdades que entrañan, solamente la fe, la humildad y el amor pueden conducirnos con seguridad

y firmeza. No olvidemos tampoco que el fruto verdaderamente digno que debemos desear de nuestras reflexiones, el fruto precioso que nuestra alma tiene que esforzarse en alcanzar, es la convicción profunda de que nuestra gratitud debe ser igual, si puede así decirse, al sufrimiento del Salvador.

Jesús en su amarguísima pasión; Jesús en la dulcísima Eucaristía. . . . ¿qué puede haber más fecundo en instrucción, en fortaleza, en esperanzas. . . ?

III

Nuestra imaginación, ferviente y respetuosa, vuela á contemplar el huerto de Getzemaní, las calles de Jerusalem, las rocas del Calvario. Por todas partes la sangre Divina. . . . Y esa sangre ¡ah! ¡cuántas veces ha enrojecido nuestros labios!

Si tenemos la felicidad de creer en Jesucristo, de reconocerle como nuestro Salvador, y de confesarle como nuestro Dios, congratulémonos. . . ¡Cuántos ¡ay! no le conocieron en su Pasión! ¡Cuántos no le conocen en la Eucaristía!

Lo mismo que sufrió Jesús de los que no le conocieron en carne mortal, sufre hoy de los que no le conocen en el Misterio de su amor. . . . Y ese amor no se apaga; y ahora como entonces, arde en su pecho la llama de una caridad infinita hacia los pecadores, de quienes sufre y por quienes sufre.

El Evangelista San Juan claramente dice que

el mundo no conoció al Salvador; pues "habiendo venido á su propia herencia, los suyos no le recibieron."¹ ¡Ah! En todos tiempos ha permitido el Señor la ceguedad de las inteligencias rebeldes, y el endurecimiento de los corazones dominados por el orgullo; en justa pena de la obstinación con que la miserable criatura se subleva contra la verdad, y contra las miras siempre benévolas de la infinita bondad. ¡Qué triste es traer á la memoria la suerte de naciones enteras, que, llamadas á conocer la verdad, é ilustradas por su luz, se han hundido en las tinieblas de la infidelidad, y han recogido en su abyección moral el amargo fruto de su rebelión!

Y el Salvador también claramente dijo, en los momentos de la institución de la Eucaristía, al dar principio á su Pasión, dirigiéndose á su Padre Celestial: "esta es la vida eterna, que te conozcan á Tí y á Jesucristo á quien enviaste: único verdadero Dios...."² ¡Oh necesidad y excelencia de la fe! Es verdad que la esencia de la felicidad del cielo consiste en el conocimiento de Dios por la visión beatífica;³ pero también el conocimiento de Dios y de los misterios de la redención por medio de la fe, es la causa de la vida eterna, porque la fe es el camino que conduce á ella; porque la fe es como el principio de la vista de Dios, en que se cifra la vida y la bienaventuranza eterna, y porque la fe

¹ I, 10 y 11.

² San Juan, XVII, 3.

³ Santo Tomás, 1^a p. q. 12, art. 4 et 6 et 1^a, 2 q. 3 art. 4.

produce la esperanza, la esperanza la caridad, y la caridad las buenas obras con que merecemos la vida eterna.¹

La Divina Eucaristía es la memoria viva y el testimonio perpetuo de la Pasión del Salvador, y por eso la presencia del Salvador en la Eucaristía, y la presencia de este Augusto Misterio sobre la tierra, está destinada á ser el foco que atraiga constantemente las miradas de nuestra fe. ¡Qué experimentará, pues, el Salvador, al observar la venda del error y las sombras de la ignorancia sobre tantas inteligencias? ¡Qué pensará de los que no le conocen, ó que viven como si no le conocieran? ¡Qué impresión causará en su Divino Corazón la rebeldía y la ingratitud de aquellos que, no acordándose de Él, mucho menos se acuerdan de sus beneficios?

IV

Todo hombre, por el hecho de serlo, tiene obligación natural de conocer, de amar, de servir á Dios; todo hombre, por el hecho de haber sido favorecido con la luz de la revelación, tiene obligación positiva de encaminar sus pasos á un fin sobrenatural; todo hombre que ha tenido la felicísima suerte de entrar juntamente á la luz de la vida temporal y á la verdad eterna de la fe, tiene obligación verdaderamente sagrada y solemne de conocer á Jesucristo, de admirar el resplandor de sus

¹ Corn. Alapide. Com. sobre San Juan XVII, 3.

magnificencias, de agradecer la riqueza de sus bondades, de seguir la belleza de sus ejemplos, de prepararse en esta vida á cantar eternamente sus glorias. . . . Y el Salvador en la Eucaristía, donde está para recordar nuestros deberes, para formar nuestro corazón en la verdadera sabiduría, para encender nuestras almas en el deseo de la sólida grandeza, ve que son muchos los que ni le buscan, ni le aman, ni le conocen; ve que para muchos es como si Él no estuviera presente en este adorable Misterio. Es indudable que nuestro Dios no necesita del género humano para ser esencialmente feliz, infinitamente feliz, eternamente feliz; en la Eucaristía despliega y encubre, por un milagro continuo, la irradiación sublime de su gloria, de su majestad y de su brillo Divino, sin mezcla alguna de turbación, de dolor ó de tristeza; pero el supremo dominio y el inmenso amor, que, según los eternos decretos, le unen á nosotros, hacen que jamás pueda ser, y mucho menos en la Eucaristía, indiferente á nuestra conducta. En la Eucaristía, lo mismo que en su trono celestial, es ofendido por nuestros crímenes, herido por nuestra ingratitud, ultrajado por nuestro desprecio. Jamás podrá ser compatible con la santidad infinita de Dios, la deformidad horrible del pecado. . . . ¿Y qué, el amor que nos tiene en la Eucaristía, no esperará nuestro amor? ¿Pasará desapercibida nuestra indiferencia? ¿Tolerará nuestros insultos? Y si todo esto se toma en la acepción de sufrir, ¿no es la Eucaristía el misterio del sufrimiento. . . . ?

Sin salir, pues, del radio del Catolicismo, y sin ir á deplorar la condición de los que, infieles ó paganos, se hallan sentados en las sombras de la muerte, vemos que el Salvador en la Eucaristía, sufre de los que, debiendo conocerle, no le conocen, y sufre de los que, conociéndole, obran como si no le conociesen.

V

Exactísima es la analogía que existe entre estos dos espectáculos de sufrimiento que nos ofrece la historia de la Divina Caridad, en la Pasión y en la Eucaristía: Jesucristo en medio de los hijos de la Sinagoga, entre los tormentos y la cruz; y Jesucristo en medio de los hijos de la Iglesia, entre los velos misteriosos del tabernáculo. Tan desconocido ahora, como entonces, de los mismos que han tenido en sus manos los testimonios auténticos de la verdad y del misterio, el Salvador puede decir en la Eucaristía á los corazones que no procuran conocerle, lo mismo que dijo en una vez á sus discípulos, iniciados apenas en los grandes misterios del amor Divino: "tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me habeis conocido."¹

Al través de las humillaciones y de la muerte de cruz, no quiso distinguir el pueblo deicida al Mesías, que con tanto ardor esperaba; teniendo á la vista, cierto de su autenticidad, y leyendo todos

¹ S. Juan, XIV, 9.

los días las profecías, que marcaban en sus más pequeñas circunstancias todos los caracteres individuales del Salvador prometido, cerró voluntariamente los ojos á la evidencia de la realidad; y en su ciego frenesí, no vaciló en exclamar, que sobre él y sobre sus hijos cayese la sangre del Justo.¹

No de otra manera, al través de los velos eucarísticos, la soberbia audaz de la herejía y de la incredulidad, no ha querido ver la obra máxima del amor Divino, ni la real presencia de ese Dios poderoso y justo, que ha de rasgar á un mismo tiempo la vida y la ceguera de los impíos. Rica de ciencia y de fe, la educación formó tal vez esos corazones, que después dan tan señaladas muestras de apocamiento, desde que la doctrina infernal se infiltra en ellos; tal vez la piedad, con su severa dulzura y su suave fuerza, nutrió esas almas, que después naufragan en las olas del racionalismo; tal vez el vapor de los vicios que sube del corazón, oscurece y apaga la luz de la inteligencia, que antes se detenía, dócil, en la contemplación de la verdad revelada, y en sus indestructibles fundamentos; pero cualquiera que sea la causa, la desgracia existe: Jesucristo, ya no es reconocido; los antiguos homenajes ya no se le tributan; el amor y la fe se han extinguido. ¡Oh dolor! En medio de los corazones fieles que no le abandonan, el Salvador experimenta en la soledad de su tabernáculo el sufrimiento que le causan los desprecios de muchos de sus mismos hijos. “Sí, dice, después de

¹ San Mateo, XXVII, 25.

haberlos alimentado con la verdad, nutrido con mi carne y sangre, robustecido con las mejores esperanzas, y enaltecido con la gloria de herederos del cielo, en el seno de la gracia, en la plenitud del amor, en el gremio de la Iglesia, ¿no he de recibir de ellos sino desprecios é ingratitud?”¹

VI

Este fué, en verdad, uno de los motivos de honda tristeza para el Salvador, allá en las sombras de Getzemaní, en aquella noche de desolación y de angustia, que reunió las amarguras de todos los tiempos, y los horrores de la próxima muerte, y la tétrica representación de la ingratitud de los hombres, en el fondo del Corazón de Jesucristo, al grado de arrancar de Él esta palabra de suprema aflicción: “*triste está mi alma hasta la muerte.*”² La Divina mirada de Jesús atravesaba los siglos, y así como veía malogrado en los pecadores, por la obstinación, el infinito precio de su sangre, veía también la deplorable ceguera de los que no habrían de reconocerle bajo las humildes apariencias de la Eucaristía. En aquel instante oprimieron su alma con indecible pena, las blasfemias, los ultrajes, las violencias de los labios impíos, de los corazones ingratos, de las manos sacrílegas, que, olvidando el bien inmenso de la Redención, la re-

¹ Isaias I, 2.

² San Marcos, XIV, 34.

chazarían con furor diabólico, si posible fuera, en el más amable de los misterios. El odio del infierno al Verbo de Dios hecho hombre, congregó en derredor del traidor Judas á los perseguidores de Jesús; “ésta, díjoles entonces el Salvador, es vuestra hora, y el poder de las tinieblas:”¹ pero veía también, en el curso de los siglos, á los hombres mismos que iba Él á redimir con su sangre, convertirse muchas veces en instrumentos del demonio, para perseguir, menospreciar, y aun destruir, si pudieran, la verdad de la fe, la constitución Divina de la Santa Iglesia, y lo que es más, la Santísima Eucaristía, en que el mismo Dios, cuya omnipotencia haría volver el universo á la nada, aparece verdaderamente escondido¹ é indefenso á las miradas de los hombres. ¿Varió por esto de resolución? ¡Ah! Él había dicho que nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos;³ pero Él iba á darla también aun por sus mismos enemigos; Él se resigna á vivir personalmente entre los hombres, entre la iniquidad, la ingratitud, y el odio, porque su caridad á los que ama jamás retrocede ante el sufrimiento. ¡Sufrimiento incomprendible, en que sin dejar de ser impasible y glorioso, ofrece al Padre Celestial sus méritos infinitos y sus constantes votos por la salud del género humano!

¹ San Lucas, XXII, 53.

² Isaías, XLV, 15.

³ San Juan, XV, 13.

VII

Extendamos ahora á nuestra vista toda la paciencia del Salvador en la Eucaristía, para con todos los que, conociéndole, obran como si no le conociesen. Para contemplar de lleno ese cuadro en que, por fuerza y necesariamente, hemos de vernos delineados, acerquémonos antes á inspirarnos de la alta idea y de los incomparables privilegios del amor de Jesús en el Sacramento de su amor.

El mayor amor posible, sí; digámoslo absolutamente, y sin restricción alguna, el mayor amor posible se encierra allí donde se contiene un amor infinito. “Su objeto es unir: así es que ese sacramento se llama *Comunión*. Y estando la acción de unir en razón de la distancia, cuanto mayor sea ésta, más grande es también la acción del amor. Se complace en unir los extremos: ese es el triunfo de su Pasión. Cuanto más grande es Dios, más humilde es el hombre, y más se complace Dios, *que es amor*, en obrar la comunión. Para eso veamos cuántos pasos da Él primero. Deja el cielo y se hace hombre: en esa condición de hombre, ya tan próxima á nosotros, no se presenta como monarca, sino como súbdito, sujeto á todas nuestras miserias; pobre, trabajador, paciente, víctima, y todo eso por amor. Todavía no es esto bastante; no se contenta con descender al último grado de la

humanidad; se despoja también de ésta, y la encubre en el Sacramento de su amor, bajo las oscuras y humildes apariencias del alimento más común y más familiar."

"En la cruz se ocultaba solamente la Divinidad:
Mas aquí se oculta también la humanidad:"¹

"¿Creemos que ha hecho todo eso, y que se ha acercado hasta ese punto á nosotros, para que el sentimiento de nuestra indignidad nos mantenga alejados de Él? ¿No es esa una invitación que no admite distancia? *Nulla major ad amorem invitatio*, dice justamente San Bernardo, *quam praevenire amando*. ¿No es hacerle una injuria, más bien que un honor, no atreverse á acercársele? Para que no dudásemos, para que el respeto no fuese un pretexto para la indiferencia, nos manda ir á Él: hace una ley del respeto mismo. Toma sobre sí todo lo que después de nuestros esfuerzos de virtud, queda en nosotros de indignidad. Invitación, mandato, suplemento, de todo usa para llegar á sus fines."²

"Yo soy quien os he mandado venir; Yo sabré suplir lo que os falta; venid y recibidme."³

Hé aquí la intensidad de la caridad Divina, y su inmensa efusión en la Eucaristía. ¡Desgraciado el corazón que se cansa de meditarla! Ese corazón no ama á Jesucristo. Pero ¡ay! que son muchos

¹ *In cruce latebat sola Deitas,
At hic latet simul et humanitas.*

Himno «*Ave Verum*» compuesto por Santo Tomás de Aquino.

² Aug. Nicolás. Medio de creer, lib. 3.^o cap. 12.

³ Imitación IV, cap. 12.

esos corazones, porque son muchos también los que invadidos por el contagio de la tibieza y la frialdad, debilitan y apagan el fuego del amor en las almas, y hacen sufrir al Salvador en la Eucaristía, que sólo desea almas ardientes y corazones sensibles.

VIII

Si, para evitarla, hubiéramos de mencionar los funestos caracteres de la tibieza, nos convenceríamos de que por ella nos mantenemos siempre lejos de nuestra verdadera perfección. Porque las virtudes cristianas en el alma tibia, están más próximas á secarse que á crecer, á semejanza de los arbustos plantados en terreno árido é infecundo; porque, supuesta la inclinación á lo malo, de que nunca está libre el corazón nacido en la culpa, ningún progreso moral puede alcanzarse, ningún amor sólido á lo bueno puede nutrirse, mientras el alma, conformándose con la medianía de sus virtudes, y satisfecha de sus mezquinos deseos de rectitud, no medite y ponga por obra las vehementes aspiraciones que deben impulsar su vuelo, cada vez más rápido, á la perfección cristiana. Nos convenceríamos igualmente de que, en el estado de tibieza, nos hallamos más desgraciadamente dispuestos, por la debilidad misma del espíritu, á hundirnos en ese cieno del vicio, que siempre pisa, y en que tantas veces resbala quien vive en la tibieza.

Pero ¡cómo no temblar, si pensamos que nues-

tra tibieza ofende directamente y llena de amargura al Salvador en la Eucaristía! Si la tibieza nos aleja de la Mesa Divina, frustrados quedan los deseos de Jesucristo. . . . Él nos esperaba. . . . ¿Hallaremos calor lejos del fuego? ¿Podremos subir la escala celestial, sin fuerza que nos sostenga? ¿Dejaremos de morir á la gracia, si nos colocamos á tanta distancia de la vida?

Y si el alma, no conociendo su tibieza, como sucede ordinariamente, se acerca á la Divina Eucaristía, ¿qué sufrirá el Salvador, al entrar en ese corazón lánguido, apegado á la culpa, aunque no sea reo, y lleno de todo género de imperfecciones? ¿Oh si el alma, pensando en su triste suerte, resolviera de una vez avivar su fervor, y comprendiera todo lo que puede darle Jesús! Si de una fuente sólo puede sacarse la cantidad de agua que cabe en el ánfora que se lleva, ¿qué gracias puede recibir el alma tibia de la fuente divina de la Comunión, siendo tan pequeña la disposición con que se acerca?

Medicina eficaz de la tibieza de las almas es la ardiente Eucaristía, pero cuando el fuego lento de la tibieza adormece y hace insensible el corazón humano, ¿cómo extrañar que la Sagrada Comunión, no obstante su virtud Divina, produzca tan pequeños frutos, ó no produzca ninguno. . . ? Entretanto, el Salvador contempla con profunda pena esas almas, que, enriquecidas con la libertad, entre tantas excelentes dotes, no se determinan á salir de su deplorable situación, sacudiendo su adormecimiento.

IX

¿Y tendremos valor, después de todo ésto, para describir lo que Jesucristo en la Eucaristía sufre de las almas sumergidas en la frialdad, es decir, en el hastío de la devoción, en el abandono de todo lo que puede servir para su salvación eterna, en la repugnancia á los preceptos Divinos? Un corazón frío para Dios, es un corazón insensible, duro, pronto para la maldad: corazón que de cristiano tiene sólo el nombre. Y Jesucristo, en su trono eucarístico, se ve rodeado muchas veces de corazones frios. ¿Oh! ¿Cuántas veces el mismo libertinaje en persona, humeando las fantasías del siglo y de la concupiscencia, dobla la rodilla por costumbre y sin atención, delante del tabernáculo de Jesús, como en otro tiempo los judíos la doblaron, para escarnecer y ultrajar al Salvador! *Ave Rex Judeorum*.¹ ¿Cuántas veces Jesucristo, dejándose ver en la sublime magnificencia de la Eucaristía, no merece ni siquiera una mirada á los que, envueltos en la vanidad del mundo, están en el templo sin sentir sus impresiones! ¿Cuántas veces en los momentos augustos en que se tributa al Dios de la Eucaristía el honor y la gloria, que de justicia se le deben, prefiere el corazón los placeres, las bagatelas y los pasatiempos, en que encuentra su ruina!

¹ San Mateo, XXVII, 29.

Aquí, sí, aquí deberíamos dejar la narración de los sufrimientos del Salvador en la Eucaristía, de esos sufrimientos en que brilla tanto la Divina Caridad, y en que nuestra frente debe humillarse confundida, porque se reconoce culpable. Pero ¡ah! es necesario observar que de todas las ofensas que pueden hacerse por la iniquidad humana á Jesús en la Eucaristía, es capaz el corazón en que domina la frialdad. Ciertamente, como el corazón se encuentra en ese estado porque no ama á Jesucristo, la gracia no habita en él; y el corazón en que no habita la gracia, es morada del pecado. Y la mayor desgracia es que el corazón frío vive contento de sí mismo: en esa alegría engañosa, en esa tranquilidad horrible á que ha logrado llegar, acallando los remordimientos de la conciencia. El corazón frío, como no ama, tampoco teme á Dios: por eso con facilidad comete el crimen: es el enemigo de Dios, de la sociedad, y de sí mismo. . . . ¿Nos espanta continuar esta descripción? ¡Ah! Es verdaderamente pavorosa la idea de que esa descripción algún día pueda ser la nuestra. Basta que despreciemos las cosas pequeñas en el servicio de Dios, basta que dejemos de alarmarnos con el mal ejemplo, basta que desoigamos los avisos secretos del corazón hacia lo bueno, basta que abandonemos las conversaciones y las lecturas que alimentan la piedad.

Pero ¡ay! el labio se horroriza al decirlo. . . . El corazón frío es capaz de recibir indignamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. . . . “Más le

valdría no haber nacido:”¹ dijo el Salvador, hablando del desgraciado Judas, primer reo del más horrible de los crímenes. . . . Y después, la ingratitud. . . . la traición. . . . el suicidio. . . . Esa es la negra página en que deben estudiar su suerte los corazones fríos.

X

¡Oh! Si nuestra alma conserva todavía algún amor á Jesús en la dulcísima Eucaristía, dejemos que el llanto ocupe el lugar del horror. ¿Nos hemos imaginado bien alguna vez todo lo que sentirá nuestro Salvador, al entrar en ese corazón infeliz que está lleno de las abominaciones de la culpa?

“Todo está consumado:”² exclamó Jesucristo en la cruz, próximo á morir. . . . Sí, consumada la redención del género humano; consumado el exceso de su infinita caridad; consumada la perfidia del pueblo que no quiso conocerle; consumadas las profecías. . . . Y Jesucristo en el corazón del pecador, no puede menos de decir también la misma palabra, porque está consumada la mayor ofensa que podía hacersele; porque está consumada la ingratitud de aquel corazón, porque está consumada su desgracia. . . . Así paga el corazón frío la fineza de Jesús. . . . Y, en su endurecimiento, no sabe llorar lo que ha hecho.

¹ San Mateo, XXVI, 24.

² San Juan, XIX, 30.

¿Dios, Santidad infinita, en la habitación del pecado, que le es infinitamente contrario? ¿Jesucristo, Maestro de todas las virtudes, en el corazón manchado por los vicios? Tal vez ese corazón, frío porque no ama á Jesús, es el centro del odio, de la ira, y de la mala voluntad, y Jesucristo, manso y humilde de corazón, que rogó por los que le crucificaron, vuelve, en cierto modo, á sufrir las injurias y los oprobios del atrio de Caifás; tal vez ese corazón es la inmunda fuente de la impureza, y Jesucristo, Cordero immaculado, vuelve, en cierto modo, á sufrir los azotes y las heridas; tal vez, en fin, ese corazón vive solamente para las riquezas y los honores, y Jesucristo, que siempre vivió en la pobreza y en la más misteriosa abnegación, vuelve, en cierto modo, á sufrir el cruel desamparo de la cruz, donde despojado de sus vestiduras, no tuvo en que reclinar la cabeza. En una palabra, aunque el Salvador en la Eucaristía, siempre glorioso, ya no padece, sin embargo, recibe en su Persona toda la ofensa del pecado. ¡Ofensa incomparable! porque se consume para herir la plenitud de la Divina Caridad.

¿Quién no deseará antes morir que cometer crimen tan horrendo...? Y si amor con amor se paga, y sufrimiento con sufrimiento, ¿quién dejará de amar á Jesús, que muere en la cruz para darnos la vida, y que vive en la Eucaristía para libertarnos de la eterna muerte...? ¿Quién rehusará sufrir todas las tribulaciones de esta vida, para vivir eternamente la vida del amor?



REFLEXIÓN XIII

LA INCESANTE ADORACIÓN.

*Beatus homo.... qui vigilat
ad fores meas quotidie.*

Bienaventurado el hombre
que vela todos los días á las
puertas de mi morada.

PROVERB. VIII, 34.

QUÉ triunfo y qué gloria! El Divino Vencedor del pecado y de la muerte, consumada en la tierra su grande obra, se vuelve al cielo, llevando consigo los ricos trofeos de su victoria. Al remontarse más allá de las nubes y de los astros, lleva cautiva la cautividad, le acompañan las bendiciones del mundo redimido, y van abiertas para implorar clemencia, las sangrientas heridas que recibió en la cruz. Se levantan las puertas de la eterna Jerusalem; resuenan los himnos de los coros angélicos; y el Rey Supremo de la gloria sube á colocarse en el solio inmutable de su poder y de su grandeza.

Entretanto ¿qué pasa sobre la tierra? María y los discípulos de Jesús ya le perdieron de vista,

¿Dios, Santidad infinita, en la habitación del pecado, que le es infinitamente contrario? ¿Jesucristo, Maestro de todas las virtudes, en el corazón manchado por los vicios? Tal vez ese corazón, frío porque no ama á Jesús, es el centro del odio, de la ira, y de la mala voluntad, y Jesucristo, manso y humilde de corazón, que rogó por los que le crucificaron, vuelve, en cierto modo, á sufrir las injurias y los oprobios del atrio de Caifás; tal vez ese corazón es la inmunda fuente de la impureza, y Jesucristo, Cordero immaculado, vuelve, en cierto modo, á sufrir los azotes y las heridas; tal vez, en fin, ese corazón vive solamente para las riquezas y los honores, y Jesucristo, que siempre vivió en la pobreza y en la más misteriosa abnegación, vuelve, en cierto modo, á sufrir el cruel desamparo de la cruz, donde despojado de sus vestiduras, no tuvo en que reclinar la cabeza. En una palabra, aunque el Salvador en la Eucaristía, siempre glorioso, ya no padece, sin embargo, recibe en su Persona toda la ofensa del pecado. ¡Ofensa incomparable! porque se consume para herir la plenitud de la Divina Caridad.

¿Quién no deseará antes morir que cometer crimen tan horrendo...? Y si amor con amor se paga, y sufrimiento con sufrimiento, ¿quién dejará de amar á Jesús, que muere en la cruz para darnos la vida, y que vive en la Eucaristía para libertarnos de la eterna muerte...? ¿Quién rehusará sufrir todas las tribulaciones de esta vida, para vivir eternamente la vida del amor?



REFLEXIÓN XIII

LA INCESANTE ADORACIÓN.

*Beatus homo.... qui vigilat
ad fores meas quotidie.*

Bienaventurado el hombre
que vela todos los días á las
puertas de mi morada.

PROVERB. VIII, 34.

QUÉ triunfo y qué gloria! El Divino Vencedor del pecado y de la muerte, consumada en la tierra su grande obra, se vuelve al cielo, llevando consigo los ricos trofeos de su victoria. Al remontarse más allá de las nubes y de los astros, lleva cautiva la cautividad, le acompañan las bendiciones del mundo redimido, y van abiertas para implorar clemencia, las sangrientas heridas que recibió en la cruz. Se levantan las puertas de la eterna Jerusalem; resuenan los himnos de los coros angélicos; y el Rey Supremo de la gloria sube á colocarse en el solio inmutable de su poder y de su grandeza.

Entretanto ¿qué pasa sobre la tierra? María y los discípulos de Jesús ya le perdieron de vista,

pero tienen todavía los ojos clavados en el cielo. Dos personajes misteriosos, de blanca vestidura, se acercan á decirles: "¿qué mirais? Este Jesús que habeis visto subir al cielo, descenderá un día de la misma suerte." Y los apóstoles, y los discípulos, cumpliendo el mandato del Divino Maestro, se retiran del monte Olivete á la ciudad de Jerusalem, donde permanecen reunidos en el Cenáculo, entregados unánimemente á la oración, esperando la venida del Espíritu Santo, con el cual recibirían la luz, el consuelo y la fuerza, para enseñar á todas las naciones la verdad y la ley, la santidad y el amor Divino.

La Ascensión de Nuestro Redentor á los cielos, es el acontecimiento que corona todos los prodigios y todos los misterios de su vida temporal sobre la tierra: de este modo se manifiesta, como dice San Pablo, que Jesucristo, al llevar al cielo, en su Sagrada Humanidad, nuestra pobre naturaleza, nos ha trazado el camino, y nos ha hecho tomar asiento en el trono celestial. *Et consedere fecit in coelestibus in Cristo—Jesu.*¹

Sí: Jesucristo ha subido á la mansión eterna de su gloria, circundado de resplandores inmortales: pero ¿el género humano ha dejado por eso de gozar de la dulce presencia de su Bienhechor? ¡Ah! Nuestro corazón se enternece, al ver literalmente cumplidas aquellas hermosas palabras: "yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos."²

¹ A los Efesios, II, 6.

² San Mateo, XXVIII, 20.

II

Entrar con el espíritu en la bondad esencial de Dios, sondear sus arcanos, desenvolver sus magnificencias, es empresa tan superior á la limitación humana, que no podemos ni debemos hacer más, que postrarnos en el silencio de la adoración más profunda, ante ese océano inmenso de perfecciones sin principio y sin término, que las mismas inteligencias celestiales se contentan solamente con alabar y bendecir. Pero si la gratitud tiene deberes que llenar, el género humano ha de ser el primero en reconocerlos; porque los bienes de que ha sido colmado, son de precio tan alto, que sólo guardan proporción con la riqueza y la liberalidad del Bienhechor Divino, que los ha dispensado.

Sin traer á la memoria la inocencia, la justicia, y los dones de que fué dotado el primero de los hombres, ¡bellos recuerdos que han hecho suspirar más de una vez al genio de la poesía! sin hacer mención de la prolongada serie de promesas en cuya esperanza se meció absorta la atención de cuarenta siglos, ¡tiernos anuncios de reparación para la época feliz en que ardería sobre la tierra el fuego vivificante del cielo! sin contar los prodigios de poder, las palabras de verdad y los testimonios de amor con que se dió á conocer entre los hombres durante su vida mortal, el Eterno Sacerdote, el Príncipe de la paz, el Padre del siglo futuro ¡gran-

des misterios en que descansa toda la filosofía del Cristianismo! acerquémonos á contemplar esa alianza de amor que Jesucristo ha establecido con nosotros, esa vida misteriosa que pasa sobre nuestros altares, esa fuente de gracia y de bendición con que satisface la sed ardiente de nuestros deseos en la Dulcísima Eucaristía. Este Divino Reparador de nuestras desgracias, inmolado en la cruz una vez, repite millares de veces todos los días, la expiación de nuestras iniquidades: hé aquí el escudo que nos libra de la indignación del cielo; convertido en alimento de nuestras almas, renueva en ellas el vigor y la perseverancia, para poder llegar á los umbrales eternos: hé aquí la prenda de la inmortalidad; pero... ¡oh infinita benevolencia! constituido en medio de nuestras ciudades y aldeas, en medio de nuestros templos, en el fondo de nuestros tabernáculos, de día lo mismo que de noche, es el hermoso centro de los corazones que le aman, el consuelo de los corazones que lloran... hé aquí el amante Padre, que no quiso dejar huérfanos á sus hijos en esta tierra de peligros.¹

Esa permanencia constante de Jesús en el Sacramento de su amor, ese generoso desprendimiento de todo el aparato de su gloria, sólo por estar en nuestra compañía, es una bondad tan insigne,

¹ San Juan, XIV, 18.

y una demostración tan espléndida de afecto, que el género humano, todo entero, no debería tener otra ocupación desde hace diez y nueve siglos, que ofrecer sus adoraciones á este Dios, que nada ha omitido para suavizar las penalidades de nuestro destierro; todos los mortales deberían estar perpetuamente con los ojos fijos en esta obra maravillosa del poder, del amor, y de la munificencia divina, porque el Dios de la Eucaristía, siendo omnipotente, no pudo darnos más; siendo la misma sabiduría, no supo hallar medio más excelente para hacernos bien; siendo el Autor de todas las riquezas de la naturaleza y de la gracia, no tuvo otra dádiva más exquisita y más valiosa que darnos. Sí: la presencia real de Jesucristo vivifica al mundo, por una especie de atracción que obra sin cesar, al mismo tiempo que lo eleva á la sublimidad mayor de una felicidad tan inefable como misteriosa.

Cuando se piensa en lo que Dios hace con nosotros, y se reconoce la pequeñez del corazón humano, ¿quién no desearía tener un corazón tan grande, como el agradecimiento que merece este Divino Bienhechor? Pero ya que es imposible al hombre retribuir á Dios tan inmensos favores, ¿puede haber algo más digno, ni más noble, ni más grande, que el espectáculo de tantas almas fieles, que se suceden unas á otras al pie del tabernáculo del Señor, para sentir el gozo de su presencia, escuchar sus inspiraciones, recibir sus consuelos? ¿Puede concebirse una institución en que se testi-

fique más el deseo de tributar la gloria, el honor y la bendición á Aquel que sólo vive para nosotros y con nosotros en la vida eucarística, verdadera vida del amor? ¿No podrán decirse de cada uno de los corazones que vienen á encenderse en la divina caridad, á las puertas del tabernáculo, no podrán aplicarse á estos hijos amados de Jesucristo, que vienen á demostrarle su fe y su amor en la llama de ese cirio que arde en sus manos, las mismas palabras con que la Verdad eterna elogia y enaltece á los que la escuchan? ¡Ah! “¡Cuánto gozo y felicidad encuentran los que velan todos los días á las puertas de su morada!”

“El hombre siente una necesidad inmensa de estar siempre junto á Dios, de tener siempre á Dios consigo, de conversar íntimamente con Dios, de recibir á Dios en su propia persona, de unirse á Dios, y de transformarse en Dios, alimentándose de Dios. Esta necesidad es para el hombre una necesidad sagrada, íntima é intrínseca, que nace del fondo mismo de su naturaleza, y forma el carácter distintivo de su sér y de su modo de ser. Pues bien: era muy natural que esta necesidad del hombre fuese satisfecha, y que, queriendo Dios satisfacerla, hiciese servir su poder infinito á este gran designio de su sabiduría infinita y de su infinita bondad. Todo esto se verifica completamente por la Eucaristía. Nosotros comprendemos, pues, que este misterio, á pesar de ser un misterio que sola la inteligencia infinita ha podido imaginar, y que sólo el poder infinito ha podido cumplir bajo la

inspiración del amor infinito, es, sin embargo, el misterio más conforme á la naturaleza de Dios y del hombre; y que, á pesar de ser divino y sobrenatural, porqué se eleva infinitamente sobre toda la virtud de la naturaleza, y porque se le cree sin comprenderlo, en virtud de una fe sobrenatural y divina, es, sin embargo, el misterio más sencillo y más natural, en sus relaciones con el pensamiento de Dios y las necesidades del hombre.”¹

IV

Al entrar en el Santuario, al ver el altar en que descansa el amable Jesús, Rey supremo de los reyes, de los cielos y de los siglos, basta tener un destello de amor y de fe, para que el corazón se conmueva por una emoción indefinible. Un momento más de reflexión, y al respeto se une la confianza; el alma se siente dulcemente atraída, y es necesario que sea insensible para que los ojos no dejen escapar una lágrima de ternura. Y esto sucede así, porque la actitud de humildad y de clemencia en que se nos presenta este bondadoso Redentor, es la más á propósito para inspirarnos el amor más dulce, y para animarnos á que le tratemos con la misma intimidad que Él nos dispensa, siempre dispuesto á recibir nuestras visitas y á manifestarnos su bondad; á admitir nuestros homenajes, y á derramar sobre nosotros sus misericor-

¹ Ráulica. Armonías de la Eucaristía, P^o 114.

días; á oír nuestras súplicas y á enriquecernos con sus gracias; á escuchar nuestros gemidos y á concedernos sus consuelos. ¿Existe acaso en la vida humana un momento de mayor bien, de mayor gloria y de mayor estima, que el de nuestra presencia ante el trono de Jesús? ¡Ah! Yo bien sé que hay corazones para quienes nada valen todos los placeres de la tierra, y que sólo viven cuando están á los pies de Jesucristo; pero sé también que hay almas menos felices, que, tristemente deslumbradas por las pálidas apariencias del bienestar mundano, dejan pasar sus días como el arroyo que corre bajo la espesura de los bosques, adonde no penetran los hermosos rayos del Sol divino de la Eucaristía. Es porque no quieren oír la voz de Jesús; es porque afectan desconocer la felicidad que se disfruta en los tabernáculos del Señor: felicidad que, aunque sea de un solo día, es infinitamente superior á la de mil años que se pasan en la habitación de los pecadores;¹ es porque no han meditado en esa anticipación de los goces del cielo, prometida á los que oyen las palabras de vida, á los que velan constantes en las gradas de la mansión de Jesucristo.

Entre todas las instituciones de piedad que forman el esplendor y la gloria de la Santa Iglesia Católica, puede afirmarse que ninguna es de ma-

¹ Salm. LXXXIII, 11.

yor excelencia, ninguna está llamada á ejercer en los corazones una influencia más profunda, ninguna simboliza mejor los futuros destinos de la humanidad, como la adoración perpetua de Jesucristo en la Divina Eucaristía. El siglo actual, á pesar de sus deplorables aberraciones, puede estar justamente satisfecho de haber llevado á una altura increíble los progresos de las artes; pero nada podrá igualar al honor que obtiene, por haber dado incremento á ese incendio de gratitud y de amor que estremeciendo las almas las conduce á la presencia de su Dios, para que descansen allí de los grandes sacudimientos de la sociedad. ¡Oh institución venida del cielo con el fuego divino de la caridad! En tí se cifra el porvenir. . . . tú serás el remedio de nuestras desgracias. . . .

¿Es mucho decir? Pues no se puede decir menos. La Santísima Eucaristía, testimonio palpitante de todo el amor que Dios nos tiene, es el resumen magnífico de la bondad, del poder, de la riqueza; es la Encarnación continuada del Verbo Eterno, la memoria perenne de la Pasión de Jesucristo, la Víctima augusta de propiciación, el principio fecundo de todas las virtudes, el sabroso maná en nuestro destierro, el precioso germen de la inmortalidad. De donde se sigue, que si llega el día en que todos los corazones no encuentren ya otro bien en esta vida, que hacer compañía á Jesús, porque comprendan que su milagrosa presencia en nuestros altares es el único objeto digno de amor sobre la tierra, ese día feliz estará plena-

mente cumplida aquella tierna promesa de que “no habrá más que un solo rebaño y un solo Pastor.”¹

VI

Y debe ser así. Porque si la oración es tan eficaz, y nos une tanto á Dios, que es llamada con justicia *llave de oro que abre los tesoros del cielo*, ¿dónde puede extenderse y dilatarse más el hermoso vuelo de nuestra oración, sino allí donde está nuestro Omnipotente Mediador? ¿Dónde puede ser más humilde, ni más ferviente, ni más perseverante el ruego del infeliz culpable, ese ruego que rasga los cielos y hace descender torrentes de misericordia, sino á los pies de Aquel que ha ofrecido concedernos todo lo que pidamos en su nombre? ¿Dónde puede elevarse el alma con más rapidez al deseo y á la contemplación de los bienes celestiales, sino en vista del Cordero inmaculado, á quien rodean los coros de los Angeles y de las Vírgenes, de los Confesores y de los Mártires? ¡Qué grato es pensar que mientras el mundo se entrega á sus fugaces placeres, abriendo las puertas de la desventura á los que le sirven, existen muchos corazones en la presencia de Jesucristo, consagrándole sus adoraciones, y llamando á las puertas de su amante Corazón, para encontrar el verdadero gozo!

Fe viva, fervor ardiente y deseo constante de honrar al dulcísimo Jesús, que vive en la Euca-

¹ San Juan X, 16.

ristía, y sabe premiar la fidelidad, han formado en todo tiempo el carácter de las almas que comprenden dónde está el verdadero amor. ¡Que nuestro ruego, unido al de la Santa Iglesia, alcance las bendiciones y los consuelos divinos, en proporción á los sentimientos de nuestra humildad y respeto! *Sic nos tu visita, sicut te colimus.*¹

¹ Himno: *Sacris solemniis.*





REFLEXIÓN XIV

LA EPIFANÍA.

.... *Adorabunt eum omnes reges terrae: omnes gentes servient ei.*

Todos los reyes de la tierra le adorarán: todas las naciones le obedecerán.

PSALM. LXXI, 11.

I

DÓNDE está, preguntaban los magos, el Rey de los Judíos, que acaba de nacer? Porque vimos en el Oriente su estrella, y hemos venido á adorarle.”¹

“Con estas palabras confiesan al Hombre, al Rey, al Dios: al Hombre, puesto que ha nacido; al Rey, puesto que así le llaman; á Dios, puesto que dicen que vienen á adorarle. Los presentes que le ofrecen significan lo mismo: al Rey el oro, á Dios el incienso, al Hombre, que debe morir, la mirra, perfume del sepulcro.”²

También los corazones amantes de ese mismo

¹ San Mateo, II, 2.

² Veuillot. Vida de Jesucristo. Lib. I, cap. 2º

Rey y de ese mismo Hombre Dios, que en cierto modo nace todos los dias sobre el altar, en las manos del sacerdote, se acercan al verdadero Bethelem, á la *casa del pan*, á la apacible Eucaristía, dirigidos por la hermosa estrella de la fe, para rendir adoración al Rey de los reyes, y ofrecerle, no ya los símbolos, sí la realidad expresiva de los sentimientos del corazón.

La adoración es el culto supremo tributado á Dios por el dominio absoluto y omnipotente que ejerce sobre todas las cosas: culto diferente del que se da á los que, como intercesores delante de Dios, son dignos de honra y alabanza. A solo Dios, por tanto, se debe adoración, y de esta verdad se mostró tan persuadido el Profeta Rey, que en el transporte de su agradecimiento y de su respeto, manda que adore y cante himnos de alabanza á Dios, toda la extensión de la tierra. *Omnis terra adoret te, et psallat tibi.*¹

Plausible fué el momento en que Jesús, pequeño infante, reclinado en las pajas, dió á conocer á los pastores de Judá y á los Magos del Oriente, los resplandores de su Divinidad. Esa manifestación suspirada por tantos siglos, que hizo de sí mismo el Salvador, como verdadero Dios y como verdadero hombre, señaló á los gentiles el principio de la nueva era, y desde entonces el nombre misterioso de *Epifanía*, es nombre que recuerda las bondades de Dios y las glorias del género humano; porque desde entonces tuvo ya aplicación exacta la frase

¹ Salm. LXXV, 4.

profética de Isaías: "salta de regocijo, y entona alabanzas, casa de Sion, porque está en medio de tí el Grande, el Santo de Israel."¹

Mas esta expresión del Profeta, sin duda que al escucharse por primera vez no fué reconocida en toda su profundidad, ni se creyó que en el eco de los siglos sería repetida con la misma actualidad, siempre antigua y siempre nueva. No parece sino que hoy sale de los labios de Isaías. Así como la existencia del sol pudo afirmarse desde el momento siguiente á su creación, y se afirma hoy con igual verdad, del mismo modo la palabra del Profeta tendrá verdad en cada momento, mientras los tiempos no lleguen á su fin.

Este es, pues, el momento en que se nos presenta la dignación del Salvador niño, que llama á su cuna á los gentiles para que vengan á adorarle, y la dulzura del Salvador en la Eucaristía, que quiere ser reconocido de todos, en todo lugar y en todo tiempo. Y al pensar en esta continua *Epifanía* de Jesucristo, no se sabe qué admirar más, si la tierna bondad con que renueva la manifestación de su Omnipotencia, ó la felicidad con que ha querido y quiere distinguir á los que creen en Él.

Jesucristo en la Eucaristía exige el tributo de nuestra adoración. ¡Cómo se complace en enviar torrentes de luz celestial sobre los que le reconocen y le aman, y le adoran sobre el altar, al ofrecerse hostia viva de expiación, por el perdón y la paz del género humano! ¡Cómo sabe acumular

¹ XII, 6.

sus bendiciones sobre los que, con amor filial, asisten al sacrificio incruento en que renueva todos los dias las altísimas funciones de Mediador entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres!

II

¡Ah! ¡Qué vale el corazón humano, qué los tesoros del mundo, qué las ofrendas todas de la humanidad, para presentar al Señor Dios Omnipotente el homenaje de adoración que le debe el universo! Sólo Jesucristo, por el cual, con el cual, y en el cual recibe la Trinidad Adorable el honor y la gloria, dignos de la Divinidad, es el cordero sin mancha que lleva á la presencia de Dios la adoración de todas las criaturas. Sólo Él, en representación de los miserables hijos de Adán, puede ser pleno intérprete de los votos con que, en su miseria, imploran la protección Divina.

Cuando los Magos vieron el resplandor de la estrella, no pudieron menos de experimentar una sensación de alegría enteramente nueva. Nació entonces en su alma un deseo que no conocían: el deseo de ir á ver con sus propios ojos, lo que una luz interior les había dado á conocer inesperadamente. Y se aprestan, y emprenden su viaje, y abandonan su país, con los ojos clavados en la estrella conductora, y sólo piensan en los ricos presentes que llevan consigo, y en el Rey Divino á quien van á ofrecerlos.

¡Qué bella imagen de los hijos de la Iglesia! Desde sus primeros años han visto en el horizonte sobrenatural la hermosa estrella de la fe: la palabra Divina ilustra su inteligencia para ir á buscar en la Eucaristía á su Rey, á su Salvador, y á su Dios; y saben que no podrán presentarse delante de Él sin consagrarle los más preciosos dones.

Pero si los Magos comprendieron bien que se dirigían al Salvador del mundo, mayor es nuestro conocimiento de la oportunidad con que el Dios de la Eucaristía recibirá nuestra adoración y nuestros ruegos, en el momento de ofrecerse en el altar por nuestro bien. ¿Puede haber felicidad más dulce, honor más insigne, consuelo más abundante, que presenciar los divinos misterios en que nuestra fe mira la augusta Epifanía de la Eucaristía, y la inmediata inmólación, incomprensible y mística de la Divina Víctima? ¿No es ese el momento sublime en que, como los Magos, rendimos á Jesús, presente en la Eucaristía, el tributo de la fe, de la adoración y del amor, contemplándole, no ya en el regazo de su tierna Madre, sino en las manos del sacerdote? ¿En qué ocasión, sino en esa, aceptará mejor Jesucristo nuestras humildes ofrendas, para elevarlas á su Padre celestial?

Recojamos ahora nuestra atención, y examinemos qué oro, qué incienso y qué mirra debemos poner al pie del altar durante el Divino Sacrificio. Porque estamos obligados á procurar que nuestra asistencia al acto más grande y solemne de la religión, dé gloria á Dios, en los presentes que le

ofrecemos, y sea útil á nosotros, por los beneficios que nos alcance.

III

La bella interpretación del grande San Gregorio,¹ presenta la sabiduría en el oro, la oración en el incienso, la mortificación corporal en la mirra. ¿Extrañaremos que se compare con el oro lo que es más precioso que todas las riquezas? ¿que se compare con el incienso lo que llena de suave fragancia la casa del Señor? ¿que se compare con la mirra lo que hace incorruptible al hombre en medio de la corrupción del siglo? Más de extrañar sería que existiese verdadera preparación en el alma que comparece ante el augusto Sacrificio del altar, sin espíritu de sabiduría, sin espíritu de oración, sin espíritu de mortificación. Es tan esencial este triple espíritu, que en su adquisición consiste toda la gloria del corazón fiel, y la vivificante participación de los frutos de la gracia.

¡Qué útil, qué necesario es el estudio de la sabiduría! Es el estudio que eleva el alma á la altura de la verdad en la causa de las causas, en el mismo Dios; y nos hace amar la verdad en Dios y en sus obras.² El nombre mismo de sabiduría denota que trae consigo cierto sabor:³ porque así como el gusto es apto para distinguir el sabor de los

1 Homilia 10, in Evangelia.

2 S. Tomas, 1^a 2^{ae} q. 9 art. 1^o 2 corp.

3 Idem 2^a 2^{ae} q. 44 art. 1^o nota.

manjares, del mismo modo el sabio es llamado así por el discernimiento de las cosas y de las causas acerca de lo que viene de Dios, y de lo que debe obrarse.¹

La sabiduría es uno de los hermosos dones del Espíritu Santo. Para formar idea de él, y admirarlo, ¿cuáles son sus principales efectos? ¡Ah! “Inundar el espíritu de una luz superior á toda otra luz, y llenar el corazón de un gusto indecible por Dios y por todas las cosas divinas. ¿Y qué sucede en el hombre favorecido con este precioso don? Lo mismo que acontece en un ciego que recibe la vista á la edad de treinta ó cuarenta años. ¿Qué pensaba del mundo ese hombre en todo el tiempo que ha estado ciego? Creía en la existencia del sol, de la luna y de las estrellas; creía que existen árboles, frutos, flores; que hay toda clase de peces en el agua, de aves en el aire, y toda especie de animales sobre la tierra. Creía todo ésto, porque se le había dicho; pero todo ésto no despertaba en él ningún conocimiento claro, ni excitaba en él amor ni alegría, porque nada había visto.”

“Mashé aquí que este hombre obtiene repentinamente la vista. Ya ve de qué modo el sol extiende por todas partes sus rayos; ve cómo las montañas están cubiertas de árboles y frutos; ve cómo las praderas están esmaltadas de flores, unas más bellas que otras. Arrebatado por estas hermosuras que ve por la primera vez, queda dulcemente extasiado.”

1 S. Isidoro, de Etimolog.

“Dejemos ahora ese ciego para contemplar al alma humana. Ella posee la luz de la fe; cree que Dios es infinito, y que es la fuente inagotable de todas las perfecciones; pero como esta luz es muy oscura, no excita en ella ni grande amor de Dios, ni grande alegría. Mas el Espíritu Santo comunica á esta alma la luz del don de sabiduría: ¿qué repentino cambio se obra en ella! Las perfecciones Divinas se muestran á sus miradas en todo su esplendor. Ella está como fuera de sí, y como sumergida en este océano de la Divinidad.”¹

IV

Demasiado débil, sin duda, es por sí misma la inteligencia humana: impotente para mirar al través de las sombras del mundo, las grandezas de Dios, é inepta casi siempre para penetrarse de su destino, va, entretenida y engañada, por una serie de conocimientos fugaces, que ni la satisfacen ni la enaltecen. Pero la fe sobrenatural y la sabiduría que vienen de Dios, son alas con que levanta su vuelo para ir á gustar en la fuente de las verdades divinas el exquisito sabor que en ninguna otra parte puede hallar. ¡Oh Dios mio! exclamaba David, tus palabras son para mis labios más dulces que la miel.”²

¡Ah! ¡Cuánta necesidad hay del espíritu de sabiduría, para comparecer en el templo del Señor,

1 Gaume. *Traité du Saint Esprit*. Tom. II, chapitre 33.

2 Salm. CXVIII, 103.

cerca del ara santa, en los momentos del misterioso Sacrificio! Sin ese espíritu, sin esa preparación, sin ese deseo, que nace del conocimiento y de la sublime idea del objeto que debe arrebatarnos nuestras miradas y nuestro amor desde el altar, ¿qué gusto puede sentir, qué dulzura puede experimentar el alma que no pronuncie bajo la inspiración de la sabiduría esta consoladora palabra: "entraré al altar de Dios?"¹

Pero ¡ay! existen tres géneros de sabiduría, que son contrarios á la sabiduría Divina. Sí: la sabiduría *terrena*, la sabiduría *animal*, y la sabiduría *diabólica*. El Ángel de las escuelas, siguiendo la doctrina del Apóstol Santiago,² señala con claridad los caracteres que las distinguen. "Todo ser activo, dice, obra por un fin. Si no obra por su fin verdadero, obra por un fin indebido; esta necesidad es universal. ¿El hombre pone su fin en los bienes de la tierra: en el oro, la plata, los edificios, los campos, los rebaños? Esta es la sabiduría terrena. ¿Lo coloca en los bienes del cuerpo; en la bebida, la comida, la diversión? Esta es la sabiduría animal. ¿Lo fija en su propia excelencia; en la estima de sí mismo, en la presunción, en el orgullo, en la ambición de los empleos y de los honores? Esta es la sabiduría diabólica, porque hace al hombre imitador del demonio, que es llamado rey de los orgullosos."³

¹ Salm. XLII, 4.

² Epíst. III, 15.

³ S. Tomas, 2^a 2^a q. 45, art. 1 ad 1

Alegrarse, pues, con verdadero gozo, ante la Divina Eucaristía, cuando Jesucristo consuma su eterno sacrificio, será dado solamente á los corazones que posean la fuerza de la juventud, no por la edad, sino por el vigor que inspira y renueva sin cesar en el alma el espíritu de sabiduría. *Ad Deum qui laetificat juventutem meam.*¹ Allí, después de la fatiga de las vicisitudes humanas, allí es donde la vida espiritual, que es la vida que se conserva con el espíritu de la sabiduría, renueva su primitiva juventud para volar como el águila á lo más alto del cielo.² La sabiduría, en fin, siendo el supremo de los dones que descienden del Espíritu Santo, viene á colocarse sobre todos los demás, como la corona del edificio, cuya base es el temor de Dios. Si pues el espíritu de sabiduría es el bello resumen de dones tan magníficos, propiamente le llamó Salomón "tesoro digno de todos nuestros deseos;"³ y propiamente también es el primero de los tesoros que deben ofrecerse á Jesús, que se sacrifica sobre el altar.

V

Todos los días, en la hora más solemne, á los pies del Salvador en la Eucaristía, veo levantarse la nube del incienso, cuya fragancia se exhala hasta lo más alto del templo: hermoso símbolo de la ora-

¹ Salm. LXII, 4.

² Salm. CII, 5.

³ Proverb. XXI, 20.

ción que sube de los corazones hasta la presencia del Altísimo. . . . “Mi casa, dijo el Salvador en el templo de Jerusalem, es y se llamará casa de oración.”¹ “¡Oh! ¿Cómo no nos hemos de sentir penetrados del Santo Espíritu de Dios, desde que pisamos el umbral del templo; cómo no hemos de experimentar que se aumenta más y más, á medida que avanzamos por las naves, á lo largo de las columnas, impregnadas de la oración, y cuyas piedras parece que se lanzan ó se doblagan en fuerza de la oración? ¿Cómo no nos hemos de sentir atraídos hacia esos altares santificados, hacia esos santuarios misteriosos, cuyo silencio hace callar en nosotros el bullicio del mundo y disipa sus ilusiones?”²

En el recinto del Santuario la oración es más expresiva. Sí: cada uno de los mortales debe, como un hijo con su amante padre, comunicar con Dios en la oración: pero la sociedad también, cuyos votos se reúnen en la oración colectiva, tiene que llenar el mismo deber. Si el individuo necesita del auxilio que sólo puede venir del cielo, la sociedad no necesita menos, agitada por todo linaje de peligros, de la protección que sólo le vendrá del Supremo Regulador de las sociedades. La oración que sube de la sociedad humana hasta el trono de Dios, hace bajar sobre los pueblos todos los bienes, que, á pesar de desearse y buscarse, jamás pueden hallarse sobre la tierra; todos los bienes sin los

¹ San Marcos, IX, 17.

² August. Nicolás. Medio de creer. Lib. III, cap. 8.

que la sociedad es imposible: la justicia en las leyes, la obediencia en los ciudadanos, el amor al trabajo, el odio á los vicios, la armonía moral que organiza y conserva todos los vínculos sociales. . . .

“Suba, ¡oh Señor! mi oración, como sube el incienso en tu presencia,”¹ dice con David el alma que, desolada por la necesidad, y affligida por las saetas de sus enemigos, corre presurosa á la Divina Eucaristía. La humildad y la confianza imprimen fuerza á sus ruegos, y la perseverancia forma esa columna de ascendentes plegarias, que es como la columna de humo que sube del incensario.

La sociedad y el individuo deben orar, y deben orar siempre.² La oración es el testimonio filial de nuestro amor, es el medio seguro de alcanzarlo todo, conforme á la promesa divina; “pedid, y se os dará.”³ Oportuna siempre, porque siempre necesitamos de Dios, nunca lo es tanto como en el momento en que sube al cielo el suavísimo holocausto de paz que atrae la Clemencia Divina; porque nunca se conmueve más la Infinita Misericordia, como cuando la inmólación mística del Salvador renueva el sacrificio del Calvario.⁴ Nuevos Magos, los corazones que abrigan el espíritu de oración, saben ofrecer el verdadero incienso al Adorable Jesús, que si siempre se inmola y se sacrifica, siempre nace también entre la luz del misterio, en el tierno Bethleem de la Eucaristía.

¹ Salm. CXL, 2.

² San Lucas, XVIII, 1.

³ San Mateo, VII, 7.

⁴ Oración de la Domínica IX después de Pentecostés.

VI

Al llegar, finalmente, á la mirra, símbolo misterioso de la mortificación de los sentidos, que hace al hombre rey de sí mismo y de sus afectos, un campo vastísimo se abre á nuestras reflexiones. Así como en el hombre es una verdad práctica, enseñada por el Evangelio, abatirse para elevarse, disminuirse para engrandecerse, de igual modo, mortificarse es hacerse morir para vivir. Sí: "en el Cristianismo el hombre se hace morir, se mortifica, pero para vivir más adelante; pues hace vivir en sí al hombre espiritual, con la muerte que da al hombre carnal; es decir, hace morir en sí mismo al hombre que decae, para hacer vivir al hombre que se levanta."

"De estas luchas contra la carne, hechos heroicos de gigantes, en que las almas entran á reñir con los cuerpos para disminuir al hombre sensual y engrandecer al hombre espiritual, las almas, en efecto, saldrán más grandes. El alma humana encuentra en estos combates una elevación tal, que no puede conocerse otra mayor; ella defiende con todas sus fuerzas su pureza, su generosidad, su nobleza, su libertad, pero defiende, sobre todo, su verdadera dignidad en esta servidumbre del cuerpo, sujeto á los azotes vengadores. El engrandecimiento de las almas aparece en la faz del hombre, y le imprime como un sello de incomparable grandeza.

La humanidad presenta un aspecto, que lleva con el signo del Crucificado un rasgo de majestad desconocida á la antigüedad pagana. Se ven aparecer semblantes que el arte antiguo no ha podido pintar, porque no los había encontrado jamás; semblantes austeros y dulces á los pensamientos elevados y á las miradas serenas; debilitados, no por el exceso de las pasiones, sino por el uso de la austeridad, llevando sobre su frente un signo generoso, en donde la majestad del hombre se halla toda entera. El cuerpo mismo, asociado por sus dolores á esta renovación del hombre, tiene una fuerza y una resistencia nuevas."

"Así es que la austeridad cristiana, abatiendo al hombre por un lado, lo engrandece por todos los demás. De este crisol del dolor ha salido un hombre nuevo, y éste es un hombre más grande que el hombre antiguo. De esta tierra viviente de la humanidad fecundada por el sufrimiento, regada por las aguas del sacrificio y la sangre del martirio, mil flores nuevas han nacido y se ostentan abriéndose bajo la vista del Crucificado, para embalsamar con su perfume al mundo regenerado; y entre ellas aparece por todas partes una flor más bella y más suave que todas las demás, como el producto espontáneo de la mortificación cristiana; la flor incomparable de la castidad. Sí: como el sensualismo pagano hacía brotar de su seno la flor de la voluptuosidad, la austeridad cristiana hace florecer de en medio de sus rigores, la flor de la castidad, como una flor abierta en la extremidad de

su tallo erizado de espinas. ¡Oh divina castidad: el mundo no te conocía, y para volverte á encontrar es necesario remontarse al cielo, en donde florece eternamente, en la ciudad de Dios, la pureza de los espíritus!"¹

VII

La triste experiencia de la degradación á que arrastran al corazón humano los instintos de la naturaleza corrompida por la primera culpa, produce el convencimiento, cada vez más firme, de que la mortificación es el eficaz elemento que aleja del alma el hábito corruptor de la sensualidad, así como la mirra es poderoso antídoto contra la corrupción del sepulcro. ¡Qué hermosa ofrenda para el Salvador en la Eucaristía, durante el Divino Sacrificio, es ese convencimiento que constituye el verdadero espíritu de penitencia!

Modelo perfecto de sufrimiento, el Salvador hizo amable á todos la mortificación; porque desde el momento en que fué conocida por el mundo cristiano la necesidad de domar este cuerpo de pecado y de muerte, el placer de los sentidos perdió sus encantos y la austeridad sus rigores: todos los siglos ofrecen mil y mil ejemplos de discípulos de la mortificación, que consiguieron por su medio sobreponerse á las tendencias criminales del corazón. En la Eucaristía está el Dios de la pureza y

¹ Félix. El progreso por el Cristianismo. Confer. XVI.

de la santidad: ¿podrán serle gratos los dones ofrecidos por manos impuras, y los votos del alma voluntariamente subyugada por el vicio?

El Sacrificio augusto del altar, fuente de gracias para el género humano, es también fuente de virtudes, y especialmente de perseverancia, para los corazones que llevan á él el oro de la sabiduría, el incienso de la oración y la mirra de la mortificación. ¡Dones preciosos que haceis cada vez más rico al que os ofrece! ¿Quién será bastante digno de ofrecerlos?





REFLEXIÓN XV

EL DESAGRAVIO.

Parce, Domine, parce populo tuo.
Perdona, Señor, perdona á tu pueblo.

JOEL. II, 17.

I

AY! ¡Qué profunda es la sensación del dolor, cuando se alejan todos los lenitivos que podían mitigarlo! ¡Cuánto crece el dolor de la herida, cuando nuevos dolores la desgarran...!

Hubo un día eternamente infausto, en que se oyó el eco tristísimo de una pena inexplicable. “He esperado que alguno se condoliese de mí; mas nadie lo ha hecho: he esperado que alguno me consolase; mas no he hallado quien quisiese hacerlo. Al contrario, me dieron hiel por alimento, y en medio de mi sed me dieron á beber vinagre. En vez de compadecerse de mis males, han aumentado con nuevos dolores el dolor de mis llagas.”¹

Este fué el grande clamor² de Jesucristo á su

¹ Salm. LXVIII, 21, 22, 27.

² San Pablo á los Hebreos, V, 7.

Padre Celestial, cuando estaba en la cruz; y este mismo clamor le dirige desde la Eucaristía. Porque dan hiel en alimento al Salvador, los que contradicen al Evangelio, y principalmente á la Divina Eucaristía.¹ Oigamos á San Agustín:

“*Me dieron hiel en alimento.* No era alimento aquello mismo que dieron, porque era bebida, pero lo dieron en alimento. ¿Por qué? Ya el Señor había recibido alimento, y en él se introdujo hiel. Había recibido un alimento suave cuando comió la Pascua con sus discípulos. Allí dió á conocer el sacramento de su cuerpo. En este alimento tan suave, tan dulce, de la unidad de Jesucristo, recomendada por el Apóstol, cuando dice:² “porque es uno solo el pan, muchos somos un solo cuerpo:” en este suave alimento, ¿quién es el que da hiel, sino los que contradicen al Evangelio, como aquellos perseguidores de Jesucristo?”³

En la cruz el Salvador no quiso beber esa hiel; pero sí experimentó su amargura.⁴ ¡Oh misterio! El Salvador aceptó el vinagre en los momentos de sed, y rehusó la hiel en el momento de ser crucificado. ¡Ah! Bebiendo el vinagre, le convirtió en vino que alegrase nuestro corazón,⁵ haciendo que sus méritos infinitos nos sirvan de firme apoyo para adquirir las virtudes de esta vida y la eterna felicidad;⁶ y no aceptó la hiel que le ofrecen

¹ Le Blanc. Coment. al Salm. LXVIII, 22.

² 1^o Corint. X, 17.

³ Véase á Le Blanc, en el lug. cit.

⁴ San Mateo, XXVII, 34.

⁵ Salm. CIII, 15.

⁶ Cornel. Alapide. Coment. al Cap. XXVII, 48 de S. Mateo.

todos los pecadores, especialmente los que con mala conciencia reciben el celestial alimento de la Eucaristía.¹

Las ofensas que Dios ha recibido del hombre, piden reparación. Hé aquí marcada la línea de pensamientos sobre que debe girar la reflexión presente. Ultraje y desagravio. ¡Ah! Si el hombre ha degradado su libertad, ultrajando á Dios, necesario es que la ennoblezca, desagraviándole. Medir, si es posible, la magnitud del ultraje, es reconocer y calcular toda la extensión, el carácter y la intensidad que haya de tener el desagravio. La resolución de desagraviar sólo nace en el corazón que se convence de haber ofendido.

Tiempo es ya, así lo pide la justicia, de que el mundo entero no piense en otra cosa sino en desagraviar al adorable Salvador en la Divina Eucaristía. Cúmplense ya diez y nueve siglos de honra para esta tierra miserable, santificada con la presencia real de Jesucristo: diez y nueve siglos de finezas y de gracias, apenas correspondidas por algunos corazones, siempre desconocidas ó despreciadas por la inmensa mayoría del género humano.

II

Cierto es, y así lo demuestra la experiencia, que no ama á Dios el corazón que no se afecta por los ultrajes que se hacen á Dios. El hijo que perma-

¹ Le Blanc, lugar ya citado.

nece indiferente á las injurias que se prodigan á su padre, no puede decir que le ama.

Y es todavía más cierto, que no existe el amor de Dios en el alma que le ofende y que no piensa en dejar de ofenderle. Hé aquí un hecho tan deplorable como incomprensible: el corazón humano criado para amar á Dios, é impelido á amarle por todas las criaturas insensibles, ó no se acuerda de ese amor, ó lo tiene muy débil. El pecado apaga en las almas el fuego del amor divino: ¿cómo encenderlo si se encuentra gusto viviendo en el pecado? Por eso no se piensa en los ultrajes que Jesucristo recibe: porque no se ama la Eucaristía. Para medir, pues, la magnitud de esos ultrajes, para sentirlos tanto como deben sentirse, necesario es considerarlos al través del amor. ¡Ah! El alma que no ama es insensible.

¡Hablar de los ultrajes que Jesucristo ha recibido y recibe en la Eucaristía, al mundo moderno, que no ama á Jesucristo! ¡Ay! ¡Qué triste verdad! Los pensamientos y las tendencias de la generación actual, tienen por objeto único el oro y la sensualidad: ídolos funestos, á quienes dobla la rodilla un siglo que tributa elogios al error, é ignora la ley divina, y mira con desprecio la virtud cristiana. Hablar del amor divino á la sociedad sumergida en la corrupción, es decir, hablar de todo el amor que se debe á Dios, de todo el amor que tiene derecho á pedirnos en la Eucaristía, ¿no es recordar las palabras que el Profeta oía salir de los labios del Salvador: “he esperado que alguno

se condoliese de mí y me consolase; pero nadie lo ha hecho?"¹

Y sin embargo, forzoso es que el mundo entero ame á Jesucristo. No hay medio: ó desgracias cada vez mayores, ó los ojos del género humano tienen que volverse, anegados en lágrimas de arrepentimiento y gratitud, á la fuente de gracias que salta de la Eucaristía hasta la vida eterna.²

III

Al repasar la historia de la ingratitud hacia la Divina Eucaristía desde su institución, al preguntar cómo se ha consumado tanto crimen por la generalidad de los hombres, la imaginación se horroriza, el corazón se estremece, y la lengua no se atreve á hablar. . . .

¡Oh vosotros que habeis negado, y que negais todavía la presencia real del Salvador en ese Sacramento, donde os manifiesta todo su amor! ¡Sabéis lo que haceis? ¡Comprendeis vuestra desgracia. . . .? ¡Ignorais que en vuestra lamentable ceguedad arrojais sobre el rostro de Jesucristo que os sufre, salivas más inmundas y despreciativas que las que arrojaron en su frente divina los pérfidos judíos? ¡No advertís que sois más desgraciados que los mismos demonios, quienes en medio de la horrible reprobación á que están eternamen-

¹ Salm. LXVIII, 21.

² S. Juan, IV, 14.

te condenados, jamás dejan de creer, y jamás dejan de temblar? *Daemones credunt et contremiscunt.*¹ Si negais también esto, ¿no teneis en vosotros mismos la prueba de que si el demonio no creyera se abstendría de incitaros á ultrajar al Salvador en la Eucaristía?

¡Oh si pudiera decirse que ese ultraje es imposible! Pero, increíble, como es, descubre la profunda malicia y la negra ingratitud del corazón humano, porque es la más audaz, la más vil sublevación del hombre contra Dios; es la negación de la sabiduría, la negación de la omnipotencia, la negación de la bondad, la negación, en fin, de todos los atributos divinos. ¿Será justo? Descender toda la magnificencia de Dios hasta el grado de ocultar todo su brillo para no deslumbrarnos, para no infundir temor con su majestad terrible, para inspirarnos plena confianza, ¿y tomar ocasión de esto la miserable razón del hombre para desconocer el beneficio y para negar á su Divino Autor? ¿Qué sombra tan densa y horrible es esa que se interpone entre la inteligencia humana y los resplandores del amor divino? ¡Ah! Es el orgullo del que no quiere ver el beneficio para no creerse obligado á corresponderlo; es el orgullo del débil, que ignora la fuerza de la humildad; es el orgullo de la tierra, que no sabe admirar los inmensos dones del cielo.

Y Jesucristo, altamente ultrajado en medio de sus bondades, es el único que comprende toda la magnitud de una ofensa que no somos capaces de

¹ Epíst. de Santiago, II, 19.

comprender nosotros; y no puede menos, al observar tanta perfidia, al deplorar tan monstruosa rebelión, que levantar la voz desde su tabernáculo á su Padre celestial: “¿qué más debí hacer. . . ? Esperaba que obrasen con justicia, y no veo sino iniquidad. . . .”¹

¡Oh dolor! Parece que el Salvador en la Eucaristía se halla para recibir ultrajes de todo género. Alimento de vida para las almas, es convertido por la depravación del hombre en alimento de muerte. Pero qué, ¿las funestas consecuencias de la comunión indigna en el pecador, hacen menor el ultraje que se infiere á Jesucristo? ¿No es cierto que la condenación misma de que se hace reo² el desgraciado que se atreve á profanar el cuerpo y la sangre del Salvador, demuestra la inmensidad de la ofensa que el Salvador recibe? Que hablen los siglos: que uno á uno vengan á darnos testimonio de las desgracias que han pesado sobre los pueblos por la recepción sacrilega de la Adorable Eucaristía; ellos dirán todo lo que ha sido ofendido el Señor en el más santo de sus sacramentos, en su misma Divina Persona.

A la incredulidad y al sacrilegio, nuevos ultrajes se agregan. Una rápida ojeada sobre el espíritu

¹ Isaias V, 4, 7.

² 1^a á los Corint. XI, 29.

y las costumbres de las naciones, todavía favorecidas con la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, nos convencerá de que, desgraciadamente, la civilización anticristiana de estos tiempos, no es sino una fuente lamentable de ultrajes para el Salvador. ¡Ay! ¿Dejará de ser un ultraje la ignorancia de este Augusto Misterio, en que viven tantos? ¿Dejará de ser un ultraje el aire mundano y las miradas libres en la presencia misma de Jesucristo? ¿Dejará de ser un ultraje la mezcla que se establece entre el espíritu de piedad y la vanidad del siglo? ¿Dejará de ser un ultraje la licencia y la disolución en el lugar santo. . . ? ¿Qué, sino ultrajes, debe el Salvador en la Eucaristía, á las legislaciones modernas? ¿Dónde está la ley civil, en los pueblos cristianos, indignos de este nombre, que proteja directamente y conserve el respeto á Jesucristo? ¿Dónde está la sanción penal contra la irreligión? ¿Dónde la educación reglamentada según los principios de la fe?

La Divina Eucaristía, ¡oh desgarrador espectáculo! suele atravesar, desapercibida, sin adoración, por en medio de la multitud; manos impías llegan alguna vez á extraerla de su tabernáculo; folletos heréticos siembran la indiferencia y la impiedad. . . ¿son éstos pequeños ultrajes?

No abramos la historia: basta lo que nuestros ojos ven. No leamos esas páginas de horror, en que aparecen descritas escenas de sangre, de desolación y de exterminio, en que las turbas frenéticas no sólo han olvidado el respeto á la Divina Eucaristía, sino

que han renovado más de una vez las violencias y los ultrajes del pueblo deicida. . . . ¡Recuerdos que contristan justamente al corazón, que, aunque no ame, sabe que debe amar al Salvador!

No; en esto no puede haber engaño. Si hay algo digno del corazón humano, es sentir los ultrajes que se hacen al amor infinito y á la majestad inmensa de Dios. ¿Qué debe, pues, hacer la humanidad, si conserva todavía algún resto de fe y de gratitud, sino ofrecer postrada ante el Dios de la Eucaristía, los humildes votos de una reparación universal y sincera? ¿No ha de llegar, por fin, el día, en que, reconociéndose todo lo que vale para el mundo la presencia real de Jesucristo y lo poco que se le ha amado hasta aquí, se piense con resolución en desagraviarle de las ofensas que ha recibido?

Nadie sabe lo que durarán los siglos, y lo que dista el último día de los tiempos. Es un secreto que Dios no ha querido revelarnos, y que se ha reservado en los arcanos de su Providencia. Tal vez no está el gran día del Señor tan remoto como se cree. ¡Ojalá todos los corazones se convenciesen de que es necesario, porque es justo, que el género humano antes que suene su hora final, agradezca, todo reunido, el inmenso beneficio de la Eucaristía! ¡Ojalá que se aproxime el suspirado momento

en que las naciones y los individuos, abandonando para siempre sus errores y sus extravíos, vengan á rodear el amable trono de Jesús, pidiendo con lágrimas el perdón y la clemencia! ¡Ojalá comprendan todas las inteligencias el deber de reparar las injurias que Jesucristo recibió en su Pasión, y las muchas que ha recibido después, tributándole acá en la tierra el homenaje de amor que esperan tributarle en el cielo!

¿Y á quién será dado señalar el modo de cumplir tan importante y tan dulce obligación? ¡Ah! Siendo de todos, cualquiera tiene derecho de proponer las reglas de cumplirla. No faltarán grandes corazones que lleven á efecto lo que Jesucristo espera en la Eucaristía.

Entretanto, recogiendo toda nuestra atención, ocupémonos en buscar los medios de contribuir á obra tan indispensable. Aquí es donde debe manifestarse, cuanto más criminal haya sido el corazón, el amor á Jesucristo. Nadie ha sido débil para el pecado: todos deben ser fuertes para repararlo.

El amor de Jesucristo nos insta.¹ “Toda transformación profunda en la vida humana, se hace por el amor. ¿Qué necesita un hombre para variar? mudar su corazón. El corazón es el centro de la vida: quien arranca el corazón quita la vida entera. Lo que es una verdad en el hombre, es una verdad en la humanidad. Este es el secreto incommunicable del Divino Transformador del mundo. Él ha puesto en el corazón humano un amor nuevo, el suyo pro-

¹ 2ª á los Corint. V, 14.

pio: y con ese amor ha cambiado en la humanidad todo el movimiento de la vida. Jesucristo ha tomado para sí los corazones; los ha arrebatado con tanta fuerza como dulzura; ha arrastrado consigo y para sí á toda la humanidad en su propio movimiento. . . . ¡Ah! Yo he contemplado este siglo descendente, y ¡qué he visto? ¡Dios mio! Un mundo desolado, lleno de corazones amantes, fraternales, generosos, que sufren un malestar inmenso, y no saben cómo ni dónde reposar: yo he visto al amor en el fondo de esos corazones, moverse con ansiedad, con tristeza, por no decir con desesperación. He visto pasar un viento general, que sopla é impelía alguna cosa; sopro dulce y terrible, fecundo y tempestuoso al mismo tiempo. ¿Qué era ésto? Millones de corazones que dejaron su centro, y decían al pasar en sus torcidos movimientos: “deseamos amar, y no encontramos al amor.” ¿Qué, nunca, como en nuestro tiempo, se ha sentido en la atmósfera de las almas la respiración del amor? ¿De ese amor que delira, del amor que sufre, del amor que se queja, del amor que se desespera, del amor que muere, porque no encuentra donde descansar y alimentar su vida? ¿Nunca, como en nuestro tiempo, se han visto las luchas, conmociones y tempestades que hoy. . . . entre los organizadores, y los ilusos del amor? ¿No creéis que en el fondo de todo ésto hay un vaticinio, algo que pronostica? ¿Creéis que nada nos anuncia esa respiración de las almas, ese sopro de los corazones, esos sacudimientos de un siglo, más conmovido en su

fondo que los otros siglos? ¿Y que todo ésto no tenga otro objeto, en los profundos designios de la Providencia, que pasar por en medio de nosotros, como el huracán que se desata sin más objeto que levantar remolinos á su paso sobre el polvo del desierto?”

“¡Ah! Desengañémonos. Lo que la Providencia prepará, no es lo que los hombres piensan. . . . Lo que la Providencia quiere ahora, es una renovación, una restauración, un progreso inmenso de amor. Sí: ¿mas cómo se hará esta restauración? ¿Cómo se realizará este progreso? ¡Ah! Con la omnipotencia de ese amor que restaura todas las cosas en el cielo y sobre la tierra; con el poder del amor de Jesucristo.”¹

VI

El alma se enciende en vivos deseos de admirar ese día feliz, en que todo el género humano ame y adore, con verdadero agradecimiento, á la Divina Eucaristía. Y el alma conmovida, palpitante, ardiendo de amor, olvidando todas las grandezas humanas y todos los bienes de la tierra, que no la satisfacen ya, vuela al Corazón de Jesucristo. ¿A qué, si por mucho que allí investigue, jamás alcanzará su vista á descubrir la inmensa malicia de los ultrajes que el Salvador ha recibido? ¡Ah! no: ella va á preguntar á Jesús en la Eucaristía,

¹ Félix. El progreso por el Cristianismo. Confer. XVIII.

lo que siente acerca de todos nosotros. . . . La tranquilidad reina en derredor del tabernáculo.

Llega, en fin, un momento en que el alma rompe el majestuoso silencio, y dice: "habla, Señor, que yo escucharé tus palabras. . . ." ¹ Y el Salvador deja que el alma piense todo lo que debe pensar.

Y, en efecto, el alma se hunde en los pensamientos que la experiencia viene á presentarle, y recuerda las profundas impresiones que en ella han causado la ofensa y la ingratitud de los demás hombres. Trae entonces á la memoria aquellos instantes amarguísimos, en que se convenció de que su amor no había sido comprendido, no obstante que era intérprete de la bondad y de la rectitud; aquellos instantes en que experimentó el terrible golpe del desprecio, correspondencia única de una prolongada serie de beneficios. Y recuerda esa inexplicable lucha del corazón, entre la benevolencia que todavía ama, y las pruebas ya evidentes de una ingratitud que le es increíble. Y se convence cada vez más de que cuanto mayor es la bondad del ofendido, tanto más cruel es el ultraje del que ofende. Y el alma, conociendo todo lo que ella y todo el género humano han sido para Jesucristo, casi queda sin valor para volver á decir: "habla, Señor, que yo escucharé tus palabras."

¡Ay! Destrozan su memoria los agravios que el Salvador puede echarle en cara, y la inexplicable ingratitud del mundo. Y sucede entonces lo que sucede siempre en el corazón que ama, cuando co-

¹ 1º de los Reyes, III, 9.

noce que ha ofendido, cuando se avergüenza de su ingratitud; sí, pide perdón y ofrece desagraviar.

Las palabras de Jesucristo, desde la Eucaristía, déjense oír, entretanto, en el interior del alma. "He esperado que alguno se condoliese de mí; que alguno me consolase; no he hallado quien quisiese hacerlo." Y estas frases son un dardo de fuego, que haciendo entender al alma todo el amor de que ella es capaz, desata su lengua para que pueda prorumpir así:

"¡Oh memoria siempre dulce de Jesús; ella es la que da al corazón el verdadero gozo: pero su presencia es más dulce que la miel y que todas las cosas en que hallamos consuelo! Nada más suave puede celebrarse, nada más agradable puede oírse, nada más dulce puede pensarse que Jesucristo."

"¡Oh Jesús, esperanza de los que se arrepienten! ¡Qué piadoso eres para los que te suplican! ¡Qué bueno para los que te buscan! Pero ¿qué eres para los que tienen la felicidad de hallarte? Ni la lengua puede decirlo ni la pluma expresarlo. Quien lo experimente, puede creer lo que es amar á Jesús." ¹

VII

Aquí es necesario preguntar: ¿existe algún corazón que no esté llamado á gozar del amor de Jesucristo? Es un hecho confirmado por la palabra

¹ Himno de la fiesta del Dulce Nombre de Jesús.

Divina, que donde está nuestro tesoro, allí está también nuestro corazón.¹ Pero el corazón de los hombres está en otra parte, no está en Jesucristo. No conocen el amor de Jesucristo, ¿qué extraño es que no le hayan gustado jamás?

“¡Ah! decía una alma recién convertida á la fe, ¡cómo compadezco á los que no piensan jamás en Dios! ¡En el amor que nos da, lo encontramos todo para nuestras necesidades de acá abajo! Esta vida del alma tiene encantos que se ignoran completamente en el mundo. Así es que no quiero en mi corazón más que estas palabras: *Amor de Jesús.*”²

El principal fundamento, sin duda, en que debe descansar el verdadero deseo de desagraviar al Salvador en la Divina Eucaristía, es el amor que deben consagrarle todos los corazones. El amor es el poderoso y único móvil que ha de colocar en la presencia de Jesucristo á las almas que, tristemente engreídas con los crímenes, viven solamente para ultrajar á la infinita bondad.

Diversas en la vida son las condiciones, y diversos también los estados; pero ningún estado ni condición puede considerarse tan desgraciado, que sea incompatible con el amor que Jesucristo establece como ley universal, cuando á todos y á cada uno quiso decirnos: “permaneced en mi amor.”³

Existen innumerables corazones que ignoran el

¹ San Mateo, VI, 21.

² Vida del R. P. Ravignan, por Ponlevoy, tom. II, pág. 49.

³ San Juan, XV, 9.

secreto de la paz. ¡Ah! Son testimonios vivos de esa verdad que tan sencillamente expresó San Agustín: “Nos hiciste ¡oh Señor! para Tí; y nuestro corazón está inquieto, mientras no descansa en Tí.” Aunque por su inmensidad, Dios está presente en todo el universo, sin embargo, personalmente presente en la Eucaristía, es testigo de nuestra vida, desde la cuna hasta el sepulcro: desde allí ve correr nuestros días como un torrente que serpea por entre las rocas del mundo, y se desliza con rapidez en el mar de la eternidad. Y va muchas veces á esperarnos en las márgenes de la vida, como en otro tiempo á la mujer de Samaria en el pozo de Jacob, para decirnos con amable dulzura: “¡Si conocieras el don de Dios!”¹ Ese don precioso es el amor divino cuyo centro se halla en la Eucaristía.

VIII

Al contemplar el horroroso avance de la sociedad, no en esta ó en aquella nación, sino en el mundo todo, á su completa ruina; al deplorar el ateista frenesí, la infernal audacia, y los inmorales principios que incendian y consumen las inteligencias antes que los pueblos; al sentir que ruge por todas partes el furor satánico, á semejanza de un torbellino, que no deja en pos de sí más que muerte, desolación y cenizas; al reconocer palpablemente que

¹ San Juan IV, 10.

estos son los horribles resultados del desprecio de Dios, de su ley y autoridad, de su Iglesia y de sus sacramentos, el corazón se llena de honda amargura, porque delante de los ojos aparece el más negro porvenir. . . . ¿No habrá una voz que diga al mundo: "detente?" Esa voz no puede ser humana. Es la voz divina del Salvador en la Eucaristía. "¿Habeis olvidado que estoy en medio de vosotros? Volved á Mí, si no quereis perecer."

¿Se ha de desagraviar á Jesucristo? Necesario es que la sociedad humana gire, como en sus ejes, sobre la justicia del cielo y el temor de Dios; necesario es que sean entendidas y practicadas las máximas del Evangelio; necesario es que se cierren para siempre las fuentes del escándalo social. Organizar la vida verdaderamente católica en la sociedad entera, é imprimir vigorosos impulsos al vuelo de la perfección cristiana, desde el primero hasta el último de los individuos, cualquiera que sea su gerarquía, su clase y condición; hacer, en fin, que los corazones que van viniendo á la vida se sometan desde luego al suave yugo del Señor, y se inspiren desde muy temprano del amor á Jesucristo: hé aquí la grande obra. *Et nunc reges intelligite.*¹

Y debe ser así. Porque toda la economía social, todas las acciones humanas, toda la serie de la vida, debe referirse á Jesucristo en la Eucaristía. Él está sobre nuestros altares para hacer la felicidad de todo el género humano, y todo el género hu-

¹ Salm. II, 10.

mano en ninguna cosa debe pensar con más ardor, sino en recibirle dignamente y en gustar de su divina compañía. Nunca, pues, las costumbres públicas y privadas, serán bastante dignas para corresponder á la santidad que este Maestro Supremo constantemente nos enseña.

¿Se ha de desagraviar á Jesucristo? Luego cada uno de los corazones debe inflamarse en el deseo de practicar lo que más conduce á este noble fin. Y tiene que llenar este deber: en sí mismo por la reforma radical de su conducta, y en los otros por la enseñanza y el ejemplo.

IX

"No hay verdad, dice el Apóstol San Juan, en los labios del que afirma estar libre de pecado. . . ."¹ ¡Ah! "Pensemos á veces en aquel día en que, faltando la tierra á nuestros pies, y huyendo el mundo lejos de nosotros, veremos obrarse una súbita revolución en nuestras ideas y en nuestros juicios, hasta el punto de llamar locura á lo que hemos nombrado sabiduría, y sabiduría á lo que hemos designado con el nombre de locura. ¡Oh amor Divino! ¡Si no puedo elevarme durante esta vida hasta la cumbre de esa perfección sublime desde la cual se descubre á Dios, venid, ayudadme al menos, no á desatar, sino á romper, para siempre, los lazos funestos que me unen á los objetos de la tie-

¹ Epíst. 1^a I, 8.

rra! ¡Que semejante al ave, que en su vuelo rápido hacia los cielos, rompe, casi sin percibirlo, el ligero velo de vapores que se ve á veces en una bella mañana de otoño, me lance también hacia Vos! ¡Oh amor que sois Dios! No temais; á mí no me espanta el tormento de vuestras llamas; destruid, consumid, yo no me opondré á vuestros estragos; antes bien, si puedo, os ayudaré contra mí mismo, á fin de que, si es posible, no quede en mí nada de terrestre.”¹

Cuando el alma, elevándose así á la altura de su destino, se persuade de que en medio de sus miserias debe siempre conservarse digna de recibir al Salvador en la Eucaristía, entonces podrá gloriarse de haber dado el primer paso en el camino de reparación que ha emprendido. Esa reparación siempre en aumento, se hará, por fin, expansiva por la palabra y el ejemplo.

Un consejo sabio, un aviso oportuno dado en el desahogo de la amistad, ha sido suficiente alguna vez para producir los más felices frutos de santificación. ¡Cuántos han debido su eterna felicidad á una indicación dictada por la caridad, y robustecida por la discreción y la prudencia! En nuestro corazón no puede estar sin irradiar una centella sola de amor á Jesucristo en la Eucaristía, que hayamos tenido la felicidad de alcanzar. Instruir la ignorancia, combatir los obstáculos, y determinar la voluntad en los otros, para que ofrezcan su corazón á Jesucristo; hé aquí la grande, la heroica

¹ Herbet. Imitación de Jesucristo meditada. Lib. II, consid. 21.

misión del que verdaderamente ama á la Divina Eucaristía, del que anhela por que todos reparen los agravios con el amor.

¡Qué grato es fijar nuestras miradas en esa escuela donde se recibe la primera enseñanza del amor á Jesucristo en la Eucaristía! Así como el padre y la madre de familia son los principales autores de las ofensas que se hacen al Salvador en este Misterio, cuando descuidan dar á sus hijos las lecciones del temor de Dios; ellos, de igual modo, tienen en las manos el tesoro más rico de elementos para desagraviarle. Sí: ellos, infiltrando en los tiernos corazones el horror al pecado, les enseñan á desear el eterno gozo: ellos también, en el templo, rodeados de sus pequeños hijos, les hacen sentir el respeto y el amor, señalándoles el tabernáculo, y repitiendo las palabras del Bautista: “Ved aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.”¹

X

Por último, nuestros ejemplos coronarán la obra. “Resplandezca vuestra luz, nos dice el Salvador, á la vista de los demás para que vean vuestras buenas obras.”² El ejemplo tiene una elocuencia viva, penetrante, irresistible. ¡Ay de aquel que delante de los hombres niega que es de Dios.³

¹ San Juan, I, 29 y 36.

² San Mateo, V, 16.

³ San Lucas, XII, 9.

Llena está la tierra de malos ejemplos, porque, como dice la Divina Escritura, es infinito el número de los insensatos;¹ pero el alma que tenga la gloria de temer al Señor, y de vivir para la Eucaristía, arrebatará las voluntades con la eficacia del ejemplo; ejemplo que muy lejos de querer ocultar, será la fuerza de los corazones vacilantes.

*Fiat, fiat.*²

¹ Eclesiastés, I, 15.

² Salm. CV, 48.



REFLEXIÓN XVI

EL ÚNICO RECURSO.

... Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad Te.

Como no sabemos lo que debemos hacer, no nos queda más que volver nuestros ojos á Ti.

II PARALIPOM. XX, 12.

I

LA historia del corazón humano, desde que tiene la desgracia de apartarse de Dios, para recorrer los caminos de la iniquidad, es el cuadro más triste y sombrío que puede presentarse á la inteligencia; y el abismo sin fondo en que no se hallan más que desolación, abatimiento y muerte. Penosa tarea es ocuparse de esa historia, y sin embargo, necesario es emprenderla, no una, sino repetidas veces, así porque se contienen en ella grandes lecciones, como porque al conocerla, se dejan ver en todo su realce y magnitud, el amor y la magnificencia del Señor en salvarnos.

Llena está la tierra de malos ejemplos, porque, como dice la Divina Escritura, es infinito el número de los insensatos;¹ pero el alma que tenga la gloria de temer al Señor, y de vivir para la Eucaristía, arrebatará las voluntades con la eficacia del ejemplo; ejemplo que muy lejos de querer ocultar, será la fuerza de los corazones vacilantes.

*Fiat, fiat.*²

¹ Eclesiastés, I, 15.

² Salm. CV, 48.



REFLEXIÓN XVI

EL ÚNICO RECURSO.

... Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad Te.

Como no sabemos lo que debemos hacer, no nos queda más que volver nuestros ojos á Ti.

II PARALIPOM. XX, 12.

I

LA historia del corazón humano, desde que tiene la desgracia de apartarse de Dios, para recorrer los caminos de la iniquidad, es el cuadro más triste y sombrío que puede presentarse á la inteligencia; y el abismo sin fondo en que no se hallan más que desolación, abatimiento y muerte. Penosa tarea es ocuparse de esa historia, y sin embargo, necesario es emprenderla, no una, sino repetidas veces, así porque se contienen en ella grandes lecciones, como porque al conocerla, se dejan ver en todo su realce y magnitud, el amor y la magnificencia del Señor en salvarnos.

¡Quién pudiera correr un velo sobre los infortunios que aquejan á la humanidad por causa del pecado! ¡Qué palabra habrá tan eficaz y persuasiva, que haga comprender á todos los hombres el funesto resultado á que los conduce el olvido de la ley divina! Sin mencionar las tinieblas y la ceguera lamentable que reinan en el alma rebelde, los extravíos cada vez mayores á que la precipita su misma corrupción, llegan á constituir en un estado de vacilación constante que le impide resolverse á seguir lo bueno y lo recto, no obstante que lo conoce y lo admira. Disminúyense rápidamente las fuerzas morales, todo sentimiento noble se debilita, las grandes resoluciones dejan de domiciliarse en el corazón, y, por muchas que sean las ilusiones y las apariencias de valor y de esfuerzo, la realidad es que el hombre, esclavo de sus mortales enemigos, y encadenado bajo la tiranía de las pasiones, sólo podrá ser feliz, cuando de en medio de su miseria y de su degradación, levante su voz para dirigirse al único Reparador de todos los males, al único Dispensador de todos los bienes.

Cuanto más se reflexiona en los horribles efectos que la culpa produce en las almas, tanto más se comprenden la importancia, la excelencia y la grandeza del remedio que es necesario aplicar. Y este remedio en vano se buscaría fuera de Jesucristo, que es el Cordero sin mancha, sacrificado sobre la cruz, para destruir con su muerte y purificar con su sangre todos los pecados del mundo. El pensamiento verdaderamente consolador que

suaviza las penalidades de la vida presente, es el de que los infinitos frutos de la redención divina se nos dispensan sin cesar copiosamente por el Dulcísimo Jesús en el Augusto Sacramento de su cuerpo y de su sangre, en la institución más grandiosa que pudo hacer la vehemencia de su amor, en la sublime y nunca bien conocida Eucaristía.

Fijar nuestros pensamientos en este Divino Reparador, y en la influencia eminentemente bienhechora con que restaura las desgracias ocasionadas por la culpa, es el más grande de los deberes. En la Eucaristía está la luz, la vida y la salvación: á ella debemos dirigir nuestras miradas, convencidos de nuestra insuficiencia para obrar según las leyes de nuestro eterno destino.

II

Acontece con frecuencia que las verdades mejor demostradas, apenas dejan una impresión débil y pasajera, siempre que no existe en el ánimo la preparación que hace dócil á la inteligencia y sensible al corazón. Y si ésta es la explicación clara y sencilla de lo que suele verificarse aun en la vida interior de las almas, que se encuentran ya felizmente en las regiones más elevadas de la verdadera contemplación, ¿qué deberá decirse de aquellas que, apegadas todavía á los falsos goces y á los mentidos encantos de las cosas visibles de la tierra, rehusan voluntariamente las vehementes emo-

ciones y los saludables impulsos, de que siempre viene acompañada la meditación de las verdades del cielo? Y si no, ¿qué cosa más conocida que aquella expresión del Salvador del mundo: "el que me sigue no anda en tinieblas."¹ ¿Pero es acaso por eso mejor comprendida? ¿Influye con su eficacia divina en la serie de nuestra conducta, de manera que el deseo de la luz nos haga seguir á Jesucristo? Nuestra conciencia nos responde que no: porque contentos las más veces con entender su sentido especulativo, no la recibimos como una regla práctica, destinada á regir invariablemente el orden y la armonía de la vida cristiana. A pesar de esta culpable indiferencia, congratulémonos con la oportunidad de profundizar á los pies de nuestro Salvador, la significación altísima de esa palabra salida de sus divinos labios, en la cual se encierra la solemne promesa del premio señalado á los que le siguen con fidelidad y amor.

El Evangelista San Juan, que fué uno de los primeros que la escucharon, dice con magnífica y fecunda sencillez que el Verbo Divino es la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. ¿Y dónde se realiza mejor esta hermosa idea del Discípulo amado de Jesús, sino en la Santísima Eucaristía, que es la residencia permanente del Verbo Divino entre los hombres? Cualquiera otra luz es una luz creada, una luz pasajera y prestada. Sólo el Verbo de Dios, siendo increado, es una luz eterna, siempre subsistente, siempre ra-

¹ San Juan, VIII, 12.

dante por sí misma, es una luz que excede en dignidad, en eficacia y en resplandor á toda otra luz. La hermosura de la luz natural que llena el mundo en que vivimos, no es más que un débil reflejo de la luz inmensa que Jesucristo difunde en las regiones del mundo sobrenatural; y, por lo mismo, el sol de la Eucaristía es para todo el género humano, criado para el cielo, el verdadero principio de la luz, que siempre brilla y nunca se apaga.

III

La fe católica reconoce tres nacimientos diferentes del Salvador. El primero tuvo lugar en el cielo, antes del principio de los tiempos; el segundo en la gruta de Bethlehem, en la plenitud de los tiempos; el tercero en el altar, donde se perpetúa hasta el fin de los tiempos. Por su primer nacimiento, el Verbo Eterno fué engendrado Hijo de Dios y verdadero Dios; por el segundo nació hijo del hombre en forma de siervo; por el tercero nace siempre el mismo, verdadero alimento del alma, bajo la forma de pan. Estas bellas y magníficas armonías del dogma cristiano, reunidas en la Santísima Eucaristía, nos presentan toda la gloria de Jesucristo en su generación eterna, toda la sabiduría de su misteriosa unión con la naturaleza humana, en su generación temporal, toda la gracia de que llena las almas en el triple carácter de víctima perpetua, de maná escondido, de compañero

inseparable de la humanidad. Este sublime y benéfico Mediador, cuya omnipotencia en sacarnos de la nada, fué admirablemente enaltecida por el compasivo amor con que quiso redimirnos, envía por todas partes desde la habitación que ha elegido sobre la tierra, su dulzura, sus dones y su doctrina, y nadie hay, sea cual fuere su edad y sexo, su capacidad y condición, á quien este sol divino no alumbre con su luz. *Nec est qui se abscondat á calore ejus.*¹

¿Hemos meditado bien en las íntimas relaciones, en los tiernos vínculos que nos ligan á Jesucristo nuestro Señor, presente sobre nuestros altares? ¿No sabemos que el Augusto Misterio, el Misterio por excelencia del amor de Jesucristo, es el compendio de toda la religión? ¿Y qué hace con nosotros la religión? ¡Ah! Ella es la que nos ennoblece, la que nos eleva, la que nos exalta hasta los ángeles, hasta el mismo Dios, enseñándonos que, siendo hijos de Dios por la creación, podemos también llegar á ser hijos de Dios por adopción; enseñándonos á llamar á Dios nuestro Padre, á pedir, á esperar y á alcanzar como nuestro propio bien, como nuestra herencia legítima, el reino mismo de Dios.

IV

“Mientras aguardamos este noble destino en el cielo, no somos hijos abandonados sobre la tierra. Jesucristo ha cumplido su promesa; siempre está en

¹ Salm. XVIII, 7.

nosotros por su gracia santificadora, y siempre en nosotros por su permanencia en la Iglesia, y siempre en medio de nosotros por su presencia real en la Eucaristía. Nosotros le poseemos en la plenitud de la gracia y de la verdad, de la cual hemos participado. Sí: está en medio de nosotros, lleno de verdad por la infalibilidad de su doctrina, lleno de gracia por la eficacia de sus sacramentos; lleno de verdad en el símbolo de la fe, donde la sabiduría de Dios se ha ocultado bajo los accidentes de la palabra; lleno de gracia en la Eucaristía, donde ese Verbo Divino, hecho Hombre, se halla oculto bajo los accidentes de pan; lleno de verdad en ese mismo símbolo, que es la comunión de las inteligencias en la unidad de una misma fe; lleno de gracia en esa Eucaristía, verdadero símbolo de los corazones que encadena en la unidad de un mismo amor; lleno de verdad para iluminarnos, lleno de gracia para fortalecernos; lleno de verdad para guiar nuestros espíritus; lleno de gracia para santificar nuestras almas; lleno de verdad porque nos ha revelado de la manera más clara y perfecta todas las verdades prometidas por los profetas, todas las verdades que estaban ocultas en la ley, todas las verdades buscadas siempre en vano, durante tantos siglos, por la razón humana, todas las verdades que importa al hombre conocer y creer; y lleno de gracia porque nos ha suministrado todas las gracias que curan las llagas de nuestra alma, todas las gracias que remedian nuestras debilidades, todas las gracias que nos consuelan en

nuestras penas, que nos defienden de nuestros enemigos, que nos preservan de todo peligro, que nos hacen triunfar de nuestras pasiones: y de esa abundancia, de esa plenitud de verdad y de gracia, nadie ha sido exceptuado, todo el mundo puede gozar por la fe y por el amor.¹ *Plenum gratiae et veritatis;*² *de plenitudine ejus omnes accepimus.*³

V

Un solo momento de reflexión sobre nuestra miseria y sobre las depravadas tendencias de nuestro corazón, nos obliga á confesar que sólo de Jesucristo, verdadera luz de las almas, puede venir á las nuestras la dirección y el acierto para avanzar con firmeza en la senda de la felicidad. El recuerdo de las desgracias que han venido sobre nosotros, y la experiencia, tan triste como prolongada, de que no podemos confiar en cosa alguna que no sea el principio divino de toda fuerza, de toda luz, y de todo consuelo, nos obliga también á levantar nuestros cansados ojos á este dulcísimo Jesús, que colocado muy cerca de nosotros, espera todos los días nuestra sincera conversión á Él.

Pero no parece sino que este Salvador omnipotente se empeña todos los días en encarecernos la necesidad de recurrir á Él, recordándonos que nadie se ha acercado inútilmente á los atrios augustos de su casa, sino que antes bien en las pe-

¹ Ráulica. Notas para el adviento.

² San Juan, I, 14.

³ Idem I, 16.

nas, en las miserias, y en las dudas, todos han sentido los inefables consuelos de su misericordia. ¡Oh! ¡Cuán amables son los tabernáculos del Señor! ¡Cuán á propósito para reanimar nuestro espíritu desfallecido por la tribulación! Así como el ave solitaria encuentra habitación, y la tórtola halla el nido en donde guarecerse con sus polluelos, durante la violencia de la tempestad, de igual modo nuestra alma busca los altares del Señor de las virtudes, de su Rey y de su Dios, cuando no encuentra abrigo en la borrasca del mundo, cuando el viento de la contradicción y de la prueba se desencadena por todas partes.¹

¡Oh momentos de dolor! El alma conoce que ha perdido las fuerzas, desea obrar y se desmaya, ve el peligro y no puede salir de él. Sus enemigos, entretanto, se glorían ya del triunfo, redoblan sus esfuerzos, aumentan su audacia. ¿Qué? ¿Sucumbir? ¿Perder el ánimo oprimido por la debilidad, estando tan cerca la fortaleza de la Eucaristía? “¿Me has desechado acaso, oh Dios mio? ¿Me he de ver reducido á andar en la tristeza, afligido por la persecución mortal de mis enemigos? ¿*Quare tristis incedo?*” Y el corazón se desahoga en un ardiente suspiro que vuela hasta el tabernáculo. ¡Animo, alma mía! “Espera en el Señor, á quien alabaré mil veces, como á mi salud, como á la luz de mi rostro, como al Dios de mi corazón. *Salutare vultus mei et Deus meus.*”²

¹ Salm. LXXXIII, 4.

² Salm. XLII, 5.

VI

David revela en sus vehementes frases todo lo que sentía su alma al admirar desde lejos, allá en la profundidad del porvenir, el misterio de la Eucaristía, que sus ojos nunca vieron, y se enajenaba, meditando las maravillas que se reservaban á las generaciones que vendrían á rodear, en los tiempos futuros, el tabernáculo de Jesús. Y parecía trasladado en su vuelo profético, hasta la presencia del Señor, que, constituido ya en medio de los hombres, sería su consuelo perpetuo y su constante asilo. ¿Podrán ser otros los sentimientos del alma, que, trémula de pavor por la incertidumbre de su suerte, acosada por sus enemigos, y entristecida por su propia miseria, busca, suspirando, su único recurso en Jesucristo?

“¿A quién he de temer si el Señor es mi luz y mi salud? Si Él es el defensor de mi vida ¿quién me hará temblar? Cuando los enemigos que más me persiguen han estado casi para devorarme, entonces han flaqueado, y han caído. Aunque se acampen contra mí ejércitos enteros, no temblará mi corazón; aunque me acometan en batalla, en la batalla misma conservaré mi esperanza. Porque una sola cosa he pedido al Señor, y ésta únicamente solicitaré: habitar en la casa del Señor, todos los días de mi vida, para contemplar sus delicias y considerar la hermosura de su templo. Espero que me

concederá este favor porque ya me ha ocultado en su tabernáculo; me ha protegido en el día de la aflicción, poniéndome en lo más recóndito de él; me ha dado seguro asilo en la altura de la roca. Y ahora he elevado mi cabeza por encima de mis enemigos, y, libre ya de ellos, he inmolido en el tabernáculo del Señor, una hostia de alabanza, con clamores de alegría y cánticos de júbilo. . . .”¹

La ternura, la confianza y el amor, de que están llenas estas expresiones, inmediatamente se comunican al corazón que llega á pronunciarlas una vez. Son sentimientos que hallan eco en todas las almas. . . . jamás la fe y la confianza se expresaron mejor. . . . La Eucaristía es el único asilo en el día de la aflicción. . . .

“*Me ha protegido en el día de la aflicción, poniéndome en lo más recóndito de su tabernáculo.*”
¿Y cuál es ese día? ¡Ah! El día de la adversidad; el día de la tentación y del pecado; el día en que los malos resplandecen acá en la tierra, mientras que los justos están envueltos en la más densa oscuridad.²

Sí: “*el día de la adversidad.*” Cuando la tranquilidad y el gozo se ausentan del alma, y dejan en ella la inquietud y la tristeza; cuando la tribulación deja sentir sus rigores, en la serie de los acontecimientos de la vida humana; cuando la malevolencia de los hombres, la pobreza, las esperanzas fallidas, los contratiempos, producen en el co-

¹ Salm. XXVI.

² Le Blanc. Comentario del Salmo XXVI.

razón un desconsuelo, que está por momentos para deshacerse en llanto, entonces, cuando las miradas, volviéndose por todos lados, todo lo encuentran amargo y desconsolador, sólo Jesucristo en la Eucaristía, que llama bienaventurados á los que lloran,¹ sabe inspirar el consuelo.

“El día de la tentación y del pecado.” ¡Ah! ¡Violenta situación! ¡Dura todavía la lucha? ¡Existe todavía en el alma la fuerza del temor de Dios? ¡Se tiene todavía contra los asaltos de una inclinación perversa, la armadura poderosa del amor Divino? La tentación nos abandonará cuando nos acerquemos al tabernáculo, buscando fuerza y protección. ¡Hemos tenido la desgracia de ser vencidos? ¡El cuchillo del remordimiento traspasa nuestro corazón? ¡Sentimos el peso horrible de nuestra infidelidad? ¡El temor de la justicia divina nos hace víctimas de la más inexplicable agitación? Jesucristo en la Eucaristía, que no quiere la muerte del pecador,² aceptará nuestro arrepentimiento.

“El día en que los impíos brillan con su fatídico resplandor, y los justos gimen en las sombras.” Es entonces cuando el alma necesita elevar los ojos más arriba de las cosas humanas, para no ver en todo lo que pasa en el mundo, sino la sabiduría infinita de Dios, que todo lo dispone según las leyes de su altísima Providencia. Tiempos verdaderamente sombríos para el ignorante y el débil:

¹ San Mateo, V, 5.

² Ezequiel, XXXIII, 11.

mientras éste desconfía, aquel blasfema; tiempos en que la virtud se purifica en la persecución; como en el crisol el oro; tiempos en que la fe sólida se afirma y se robustece; tiempos en los cuales, como dice el Salvador, los verdaderos justos no perderán ni un solo cabello de la cabeza,¹ porque los ha encontrado dignos de Él. “Confíad, nos dice, Yo he vencido al mundo.”² Y Jesucristo en la Eucaristía, rodeado de los aparentes triunfos, y de los bramidos de la impiedad, es el único que puede tranquilizar al alma incierta y turbada, dirigiéndole esta palabra: “bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.”³

VII

Es, pues, indudable, que el Salvador, en el Misterio de sus misericordias, es el recurso único del alma atribulada. Los corazones de alto temple, los corazones inflamados por el fuego Divino, en todos tiempos lo han conocido así. ¿Sería necesario acumular ejemplos? Baste citar, por todos, á San Francisco de Borja, tan unido á Jesucristo, que conocía siempre por una luz interior, y sentía en sí mismo por un instinto celestial, hacia dónde se hallaba la Divina Eucaristía.

Pero no. ¿Cómo omitir un rasgo histórico de pri-

¹ San Lucas, XXI, 18.

² San Juan, XVI, 33.

³ San Mateo, V, 10. 1^a de San Pedro, III, 14.

mer orden? ¿Cómo, cuando la pluma no puede resistirse?

Una de las más grandes almas del pasado siglo, un ardiente amador de la Dulcísima Eucaristía, San Alfonso de Ligorio, fué avisado en cierta ocasión por el ecónomo de su monasterio, de que no había en toda la casa más que dos panes para comer. “Tranquilizaos,” le dice. Entretanto, llaman á la puerta dos pobres que piden limosna. “Dadles los dos panes,” le dice también. El ecónomo se inquieta. “¿Pues qué, agrega el Santo, nos abandonará el que sustenta diariamente á las aves del cielo? No hay que temer, hombre de poca fe.” Entra entonces en el templo, póstrase al pie del altar, hace un acto de adoración, é inclinado profundamente, llama con suavidad á la puerta del tabernáculo, diciendo con una confianza única: “¡Dios mío, que estais aquí, oidme: no tenemos pan!” Y haciendo nueva adoración se marcha. ¿Podría resistir á tanta confianza é infantil sencillez el Señor, que ha dicho: “Venid á mí, y yo os aliviaré?”

Un momento después, llegaban al monasterio provisiones que alcanzaron para mucho tiempo.¹

¹ Vida de San Alfonso, en italiano.



REFLEXIÓN XVII

LA ÍNTIMA COMUNICACIÓN.

Ego in eis, et tu in me: ut sint consummati in unum.

Yo estoy en ellos, y tú en mí para que sean consumados en la unidad.

IOANN. XVII, 23.

I

DOS grandes libros llevan los siglos en triunfo: el de la Ley, escrito por la mano de Dios en el Sinai, y el de la Alianza, escrito con la sangre del Salvador en el Calvario. El primero, origen y modelo de toda legislación, es la enseña magnífica, levantada á la vista de los pueblos y de los individuos, como una escala misteriosa, por la cual debe subir el hombre á la felicidad de los que cumplen la voluntad del cielo. El segundo, monumento inmortal de paz y de salud, ofrece á nuestra vista, no ya el decreto de muerte, que fué borrado con la muerte de Jesucristo,¹ sino el de la resurrección y de la vida, signos de luz para la eternidad.

¹ San Pablo á los Colosenses, II, 14.

mer orden? ¿Cómo, cuando la pluma no puede resistirse?

Una de las más grandes almas del pasado siglo, un ardiente amador de la Dulcísima Eucaristía, San Alfonso de Ligorio, fué avisado en cierta ocasión por el ecónomo de su monasterio, de que no había en toda la casa más que dos panes para comer. “Tranquilizaos,” le dice. Entretanto, llaman á la puerta dos pobres que piden limosna. “Dadles los dos panes,” le dice también. El ecónomo se inquieta. “¿Pues qué, agrega el Santo, nos abandonará el que sustenta diariamente á las aves del cielo? No hay que temer, hombre de poca fe.” Entra entonces en el templo, póstrase al pie del altar, hace un acto de adoración, é inclinado profundamente, llama con suavidad á la puerta del tabernáculo, diciendo con una confianza única: “¡Dios mío, que estais aquí, oidme: no tenemos pan!” Y haciendo nueva adoración se marcha. ¿Podría resistir á tanta confianza é infantil sencillez el Señor, que ha dicho: “Venid á mí, y yo os aliviaré?”

Un momento después, llegaban al monasterio provisiones que alcanzaron para mucho tiempo.¹

¹ Vida de San Alfonso, en italiano.



REFLEXIÓN XVII

LA ÍNTIMA COMUNICACIÓN.

Ego in eis, et tu in me: ut sint consummati in unum.

Yo estoy en ellos, y tú en mí para que sean consumados en la unidad.

IOANN. XVII, 23.

I

DOS grandes libros llevan los siglos en triunfo: el de la Ley, escrito por la mano de Dios en el Sinai, y el de la Alianza, escrito con la sangre del Salvador en el Calvario. El primero, origen y modelo de toda legislación, es la enseña magnífica, levantada á la vista de los pueblos y de los individuos, como una escala misteriosa, por la cual debe subir el hombre á la felicidad de los que cumplen la voluntad del cielo. El segundo, monumento inmortal de paz y de salud, ofrece á nuestra vista, no ya el decreto de muerte, que fué borrado con la muerte de Jesucristo,¹ sino el de la resurrección y de la vida, signos de luz para la eternidad.

¹ San Pablo á los Colosenses, II, 14.

El Salvador ha mandado á la Santa Iglesia que ponga en nuestras manos el libro de la Ley, y el libro de la Redención, apenas entramos en la vida. Antorchas inextinguibles destinadas á iluminar nuestros pasos, mientras el uno nos descubre los senderos del deber, el otro nos enseña abiertas las puertas de la patria que nos espera; en el uno hallamos la dirección de nuestros pensamientos, la regla de nuestras palabras, el fin de nuestras acciones; en el otro reconocemos la noble dignidad de hijos de Dios y herederos del cielo, á que somos llamados desde la cruz; finalmente, en el uno leemos lo que debemos ser, obedeciendo los designios del Señor; en el otro, admiramos lo que somos por el amor y la generosidad de Jesucristo. ¡Qué justa es nuestra comunicación con la voluntad divina por medio de la obediencia! ¡Qué necesaria es nuestra comunicación con la riqueza Divina por medio de la gracia!

Ahora, pues, grandiosos como son esos caracteres de Legislador y Salvador, que, uniéndose á otros mil, ostentan en toda su plenitud la grandeza, la sabiduría y el amor del Señor Nuestro Dios, ellos debían en los secretos de la benevolencia Divina, brillar con resplandores más vivos: íntima como es la esencial relación que existe entre el Criador y la criatura, quiso Jesucristo estrecharla todavía más: inauditos como son los testimonios que de su amor nos ha dado, halló en su corazón un arranque más tierno, en su liberalidad un don más espléndido, en su magnificencia un presente más

grande. Si es permitido decirlo así, parecióle todo demasiado poco, estimó en nada la suma de felicidad á que nos había llamado, tuvo por muy dilatado el tiempo de nuestro destierro, si Él mismo no se unía con nuestras almas desde los días de nuestra vida, en la efusión inmensa de su caridad. Hizo, ¡oh misterios inefables de la predilección de Dios hacia nosotros! hizo lo que sólo Él podía hacer; lo que era más digno de Él. Sí: aunque son igualmente dignas de Dios todas sus obras, la Divina Eucaristía es la obra máxima de Dios, la obra en que aparece todo lo que es Dios, la obra por excelencia de Dios, la obra, en fin, más digna de Dios; porque en la adorable Eucaristía brilla, con todo el resplandor de su gloria, el amor infinito de Dios. ¡Misterio que unes con admirable contraste la grandeza de Dios con la pequeñez del hombre, la riqueza del Rey eterno con la pobreza del vil mortal, la ternura del Padre más amante con la ingratitud de unos hijos indiferentes á su misma dicha! ¡Misterio de consuelo, centro de amor y raudal de dulzura! ¡Quién te admirará dignamente? ¡Quién será tan feliz que acierte á bosquejarte? ¡Quién tan grande que sepa conocerte?

II

Elévase con frecuencia la razón humana, llevada por un instinto natural de investigación, á las causas que producen en el orden de lo sensible,

los efectos que la sorprenden; tímida más de una vez, por la convicción de su misma insuficiencia, toma en sus manos el hilo del análisis, para descender á los arcanos de lo desconocido en la región de la verdad; inexperta siempre, jamás queda plenamente satisfecha de haber marchado directamente al objeto, ni de haber tocado el término de sus excursiones. Pero ¡ah! ¡con qué diverso modo obra la inteligencia bajo el resplandor de la fe! Su mirada es clara, su paso firme, sus esperanzas tienen apoyo, sus deseos cumplimiento. Esa luz hermosa es la que, brotando en el seno mismo de Dios, desenvuelve á nuestra vista la admirable economía de la Providencia en el gobierno general del mundo; ella la que nos da á conocer toda la nobleza y la magnitud de nuestro destino; ella la que llama á los siglos á declarar el enlace misterioso de los acontecimientos, conforme á las miras del Altísimo; ella la que, velando sobre nuestra cuna, nos mece con sus esperanzas, y alumbrará nuestra tumba; ella, en fin, la que nos dice lo que somos, como nos avisa lo que fuimos, como nos anuncia lo que seremos. Y su voz, tanto más robusta cuanto más débil es reputada por el mundo que no quiere oirla, resuena en nuestros oídos para persuadirnos que el Augusto Sacramento de nuestros altares es la expresión más perfecta del amor que Dios nos tiene.

Ciertamente. Si toda bondad es propensa á comunicarse, ¿dejará de serlo la bondad infinita? ¿Será menos digno de Dios realizar la consumación más perfecta de esta comunicación de su bon-

dad? ¿Hay acaso, fuera de la Eucaristía, otro medio de comunicación más íntima entre Dios y nosotros? ¡Ah! El corazón se dilata lleno de la emoción más profunda, al contemplar dos hechos, cuya verdad se ostenta siempre en las obras maravillosas del Poder Divino: *Dios nos ama; Dios nos ama con un amor infinito. Dilexit nos. . . . in finem dilexit.*¹

Cuando conducidos por el deseo de admirar grandes recuerdos, visitamos un país que en otro tiempo fué teatro de gloriosos acontecimientos; cuando nuestras preguntas se multiplican y nuestra mirada busca ansiosa el monumento más célebre, que á la memoria de un héroe ilustre erigieron sus contemporáneos y legaron á la posteridad; cuando, al hallarle, se satisface nuestro anhelo y descansamos delante de él, mientras que la memoria registra y desenvuelve la historia toda que allí se reasume, sentimos entonces la sólida confirmación de una idea, que vivirá ya siempre con nosotros, porque testimonios visibles é indudables han venido á robustecerla.

Pues bien: si los anales del mundo nos refieren que Jesucristo ha obrado grandes cosas en favor del género humano, guardémonos de oponer resistencia al deseo de convencernos, no nos detengamos, volempos por toda la extensión de la tierra, recorramos todos los pueblos, meditemos al pie de todos sus monumentos; si nos dirigimos á esa ciudad grandiosa, Metrópoli de la Judea, demos á

¹ San Juan. XIII, 1.

nuestra admiración y á nuestra ternura toda la expansión que queramos, toda la satisfacción de que sea capaz; derramemos copioso llanto sobre la losa que cubrió el sepulcro de Jesús. . . . pero no permanezcamos allí; emprendamos nuestro viaje del uno al otro polo, atravesemos los mares, penetremos en las naciones de todo idioma y de todo clima, y donde quiera que veamos elevarse el signo sagrado de la cruz, allí fijemos nuestras miradas; allí veremos un monumento más grandioso, sobre el cual hallaremos escritas palabras de amor Divino; allí adoraremos á Jesucristo, habitante de todos los países, que vive en todo tiempo con los hombres, en la Sagrada Eucaristía. ¿Hay ó puede haber una comunicación más continua y más universal?

III

Existe en el mundo una felicidad superior á todas; una felicidad que nuestro corazón ó no sabe ó no quiere gozar; una felicidad en cuya comparación las dignidades de la tierra son polvo, el honor sombra y las riquezas nada; una felicidad, en fin, que casi nos coloca en la misma línea de los bienaventurados. ¿No la conocemos? pues no conocemos lo que vale estar en la presencia de Jesucristo. Si supiéramos. . . . ¡Ay! no; lejos de nosotros este pensamiento. Cuantos vivimos ahora esperamos cantar algún día el himno de bendición en el

cielo. . . . pero si supiéramos que alguno de nosotros habría de estar eternamente privado de tanta ventura. . . . ¡Oh Jesús! ¿Para qué decirlo? ¿Demasiado infelices son los réprobos. . . . ellos tuvieron y no tienen ya la inefable dicha de venir á tus pies!

Desde este solio, en que su mismo amor le ha colocado, preside este Divino Legislador la marcha magnífica de esa sociedad que fundó con el precio de su sangre, de sus dolores y de su muerte; y la Santa Iglesia Católica, teniendo por centro á Jesucristo en la Eucaristía, y dirigida por tan amante y poderoso caudillo, como ha visto, así verá siempre, postrados en el polvo á todos sus enemigos. Si nuestro corazón busca lecciones de sabiduría y de santidad; si nuestra inteligencia desea la verdad y nuestra voluntad el bien, ¡oh! ¿qué instrucción tan plena nos comunica desde su tabernáculo, este Divino Maestro de las generaciones! Y cuando la adversidad tiende su negro velo sobre las naciones, cuando el ánimo apenas respira, oprimido por la pesada mano del infortunio, cuando están por todas partes las lágrimas en los ojos, los gemidos en los labios, el dolor en los corazones, entonces, el consuelo y la paz huyen á refugiarse en las augustas puertas del Sagrario. No en vano buscaremos allí tan hermosos dones: porque allí están á disposición del que quiere darnos el consuelo y la paz. ¿Puede desearse comunicación más tierna?

IV

Pero... hay momentos en que Jesucristo, sin dejar su trono, viene á visitarnos, y, mientras otros le buscan, nuestro corazón exclama con entusiasmo: "*aquí está.*" Nadie sino nosotros puede decir lo que experimentamos entonces... ¡Dichosa el alma que recibe á Jesucristo con la disposición y preparación que se le deben! Dichoso el corazón en quien halla Jesucristo una habitación digna: abiertas las puertas por un deseo ardiente, iluminada por una fe viva, perfumada con el aroma de la caridad más intensa, y cubierta toda con los ricos tapices de las más exquisitas virtudes! Allí entonces el gozo, allí el vigor del espíritu, allí el consuelo, allí la inmortalidad, allí el eco de los Cánticos: "*mi amado para mí, y yo para él,*"¹ allí todo lo que la lengua no sabe decir!... ¡Habíamos imaginado comunicación más íntima?

Así, este prodigio, repetido millares de veces en la extensión de la tierra, durante diez y nueve siglos, es el testimonio inmortal del amor Divino; así el augusto Misterio en que Jesucristo se nos da á sí mismo, realiza en el grado más alto, en un grado infinito, la comunicación más continua y universal, la más tierna y la más íntima de Dios hacia nosotros, así se ve que es digna de la bondad de Dios, esta sublime obra de su poder.

1 Cánt. de los Cánticos, II, 16.

V

¿Y qué, pasar en silencio otro motivo por el cual el amor de Jesucristo sobre nuestros altares, se manifiesta verdadera y propiamente digno de Él? ¿Olvidar que la adorable Eucaristía, siendo el perdón y la expiación en la plenitud más perfecta, es tanto más digna de Dios, cuanto es más propio y más digno de Dios compadecerse y perdonar? Jesucristo es la Víctima inmaculada; Víctima infinita, que apaga la ira del cielo, que lava los crímenes de la tierra. Holocausto vivo de propiciación, ofrecido sin cesar sobre suelo delincuente, es el escudo de oro que detiene los rayos de la Justicia Divina,¹ es la límpida fuente donde sanan las llagas morales del corazón,² es el antídoto eficaz contra la horrible muerte de la culpa.³ Jesucristo, que con el sacrificio de su vida mortal al inmolarse en la cruz, triunfó del demonio, del pecado y de la muerte, no ha cerrado la carrera de sus victorias: ahí está para continuarla sobre nuestros altares hasta el fin de los tiempos; y, perpetuamente sacrificado por la salud del mundo, Él corta las funestas consecuencias del pecado, Él purifica las manchas del género humano, Él es la hermosa oliva de la reconciliación y de la paz.

1 Salm. XC, 5.

2 Idem XXXV, 10.

3 Idem XXXII, 19.

VI

Nada más digno de Dios que formar verdaderos participantes de sus dones, y verdaderos admiradores de su amor. Y este su designio, tan generoso como Él mismo, se cumple sobre nuestros altares del modo más amable y consolador. La Divina Eucaristía ha sido siempre la hoguera inextinguible de la caridad increada, de donde innumerables corazones han sacado esos grandes incendios de amor Divino, que, al inflamarlos, extinguieron en ellos las viles afecciones de lo terreno y transitorio, para elevarlos á la altura de los grandes goces del cielo. La Divina Eucaristía es con toda verdad la zarza misteriosa que en el monte Oreb ardía sin consumirse, el fuego descendido del cielo para derretir el hielo de los corazones.¹ Comprenamos, por fin, toda nuestra felicidad; y al recibir los magníficos dones de Jesucristo, y al admirar toda la magnitud de su amor, permaneciendo entre nosotros, aprendamos á corresponder los altos fines y los insignes testimonios de su bondad. ¡Que nuestro agradecimiento sea igual á los esfuerzos que hagamos por agradarle! ¡Que sea Él quien, viniendo á nuestras almas en los últimos momentos de nuestra vida, nos conduzca seguros á la mansión eterna de la paz!²

¹ S. Lucas, XII, 49.

² Idem, I, 79.



REFLEXIÓN XVIII

MARÍA Y LA EUCARISTÍA.

De qua natus est Iesus.

De la que nació Jesús.

MATHAEL. I. 16.

I

VIDA, dulzura, esperanza! ¡Bellas denominaciones de la más tierna de las madres! ¡Qué corazón os ha escuchado sin latir de amor y regocijo?

La bondad infinita de Dios quiso dar al mundo un tesoro de consuelos en María . . .

¡María, hija inmaculada de Adán delincuente, Madre Virgen del Verbo Eterno de Dios, hecho hombre . . .!

¡Estrella apacible que brillas entre los resplandores de la aurora; escala misteriosa por donde suben, confiadamente, los pecadores al trono de la misericordia; Reina de la gracia y de las virtudes, de la paz y del amor. . .!

¿Quién, en medio del llanto, no te ha buscado?

VI

Nada más digno de Dios que formar verdaderos participantes de sus dones, y verdaderos admiradores de su amor. Y este su designio, tan generoso como Él mismo, se cumple sobre nuestros altares del modo más amable y consolador. La Divina Eucaristía ha sido siempre la hoguera inextinguible de la caridad increada, de donde innumerables corazones han sacado esos grandes incendios de amor Divino, que, al inflamarlos, extinguieron en ellos las viles afecciones de lo terreno y transitorio, para elevarlos á la altura de los grandes goces del cielo. La Divina Eucaristía es con toda verdad la zarza misteriosa que en el monte Oreb ardía sin consumirse, el fuego descendido del cielo para derretir el hielo de los corazones.¹ Comprenamos, por fin, toda nuestra felicidad; y al recibir los magníficos dones de Jesucristo, y al admirar toda la magnitud de su amor, permaneciendo entre nosotros, aprendamos á corresponder los altos fines y los insignes testimonios de su bondad. ¡Que nuestro agradecimiento sea igual á los esfuerzos que hagamos por agradarle! ¡Que sea Él quien, viniendo á nuestras almas en los últimos momentos de nuestra vida, nos conduzca seguros á la mansión eterna de la paz!²

¹ S. Lucas, XII, 49.

² Idem, I, 79.



REFLEXIÓN XVIII

MARÍA Y LA EUCARISTÍA.

De qua natus est Iesus.

De la que nació Jesús.

MATHAEL. I. 16.

I

VIDA, dulzura, esperanza! ¡Bellas denominaciones de la más tierna de las madres! ¡Qué corazón os ha escuchado sin latir de amor y regocijo?

La bondad infinita de Dios quiso dar al mundo un tesoro de consuelos en María . . .

¡María, hija inmaculada de Adán delincuente, Madre Virgen del Verbo Eterno de Dios, hecho hombre . . .!

¡Estrella apacible que brillas entre los resplandores de la aurora; escala misteriosa por donde suben, confiadamente, los pecadores al trono de la misericordia; Reina de la gracia y de las virtudes, de la paz y del amor. . .!

¿Quién, en medio del llanto, no te ha buscado?

II

María, la más hermosa de las criaturas, y la Eucaristía, el más amable de los Misterios, se ligan entre sí con vínculos tan dulces, tan íntimos, tan tiernos, que la gloria de la Madre de Dios recibe nuevo realce en la Eucaristía; y el amor que Jesucristo, verdadero alimento de las almas, nos manifiesta, lleva, irresistiblemente, nuestras miradas á María.

Pluma de oro y corazón de fuego convendría tener para indicar todo lo que son, para el género humano, María constituida Madre nuestra en los momentos últimos de la vida mortal de Jesucristo, y Jesucristo que nos da en la Eucaristía el mismo cuerpo y la misma sangre que recibió, por obra del Espíritu Santo, en el seno virginal de su Augusta Madre. Toda la poesía del amor y toda la inspiración del sentimiento en su más pura y encantadora belleza, nunca podrán hallar objetos más dignos: María que humilde se somete á los designios divinos para la reparación del mundo, y Jesucristo, cuya sangre vivificadora, desprendida del corazón de María en el misterio de la Encarnación, regó la Cruz en el Calvario, y corre desde el tabernáculo hasta nuestro corazón para nutrirlo y divinizarlo.

¡Ah! El ángel mensajero de las eternas misericordias saludó, llena de gracia, á María, diciendo:

“*El Señor es contigo.*”¹ “Sí, llena de gracia la que iba á ser habitación de la Divinidad; llena de gracia, de cuya plenitud reciben todos, de cuya abundancia el orbe todo ha de quedar lleno. Y verdaderamente llena de gracia María, en cuya alma ningún lugar se dejó al pecado, ninguna entrada se presentó á la iniquidad. ¡Oh María! El Señor está contigo. ¿Y cómo? No ciertamente como está conmigo, sino como en tí solamente: contigo en el cuerpo, contigo en el alma, contigo en la voluntad, contigo en la resolución, contigo en el auxilio, contigo en el principio, contigo en el término, contigo sin fin.”²

Predestinada para el destino más sublime que puede concebirse en una criatura, María con esta palabra “*hágase en mí,*”³ inició una obra más admirable y excelente, que la que se desenvolvió al “*hágase*” Divino, en la creación del cielo y de la tierra. En ese “*hágase*” de la Madre de Jesús está el verdadero principio de la historia de la Eucaristía, porque ese “*hágase*” se extiende desde Nazareth hasta el último día de los tiempos. María, vástago sin mancha de una estirpe delincuente, fué la única digna de levantar la voz, en representación de todos, para responder á la generosidad del cielo, dando su consentimiento para que descendiese á la tierra y estableciese su residencia en ella, revestido de nuestra naturaleza, el Verbo Eterno de

1 San Lucas, I, 28.

2 Santo Tomás Obispo. Serm. II de Annunt.

3 San Lucas, I, 38.

Dios. ¡Ah! no puede ser más exacta esta grande verdad: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, en la Eucaristía, es el Hijo de Dios desde la eternidad, y es Hijo de María en el tiempo. Si, pues, por medio de María el Verbo Divino se hizo carne y habitó entre nosotros,¹ á María sin duda, de quien nació Jesús, somos en gran manera deudores de la Divina Eucaristía.

III

¿Qué bien no debemos á esta Virgen de bendición, cuando sabemos que con ella nos han venido todos?² Aquí se representa á nuestra memoria un episodio brillante, el primero de la enseñanza pública del Salvador, en que aparece la intervención providencial de María. Celebráronse unas nupcias en Caná de Galilea: los vínculos del parentesco llevaron allí á la Madre de Jesús, y Jesús estaba allí también con sus primeros discípulos. Durante el festín llegó á faltar el vino, y María, por un impulso natural de su bondad, y sin duda alguna por una advertencia divina, se volvió hacia Jesús y le dirigió estas palabras ó más bien esta súplica misteriosa: "No tienen vino." La respuesta, aun más misteriosa del Salvador, en que declara no haber llegado todavía su hora, no detiene la solicitud de María, ella se dirige á los criados, advirtiéndoles que hagan lo que Jesús les diga.

¹ San Juan I, 14.

² Sabiduría VII, 11.

Había allí seis ánforas ó urnas de piedra que servían para las purificaciones, y Jesús ordenó á los criados que las llenaran de agua, y que, cuando estuviesen completamente llenas, sacaran el contenido; hicieronlo así, encontrándose con que las seis ánforas, que eran bastante capaces, se hallaban llenas de un vino cuyo sabor excelente sorprendió á todos los convidados. El Evangelista San Juan, testigo ocular de este suceso, añade: "Así fué como Jesús hizo en Caná de Galilea el primero de sus milagros, y sus discípulos creyeron en Él."¹

"Pero aun debe verse allí una maravilla más grande: el vino de Caná no es sino la figura de la gran transformación, en que, separando todo velo, se ve ya aparecer el Misterio de los Misterios: la Eucaristía. El primer acto de la vida pública de Jesús es, pues, la profecía de lo que constituye el objeto mismo de su misión, y Él prepara la fe en el Sacramento que debe coronar esa misión con el más incomprensible é inmortal de los milagros. Ha querido de ese modo darnos una prueba anticipada del poder por el cual debía, más tarde, en la institución de la Eucaristía, cambiar el vino en su sangre, puesto que, en efecto, el vino que está consagrado es una verdadera sangre, como el agua cambiada en Caná fué en el instante un verdadero vino."²

María hizo que Jesús diese á los convidados de

¹ II, 11.

² Veuillot. Vida de Jesucristo, lib. II, cap. 4^o

Caná, en el festín nupcial, en medio de los resplandores del milagro, el más delicioso vino; y María, con su mediación continua, en el seno de la Santa Iglesia, que fué asimilada por el mismo Jesucristo al rey que preparó el festín nupcial para su hijo,¹ hace que los hijos de la gracia, convidados á gustar de las riquezas Divinas, reciban en la Eucaristía el vino dulcísimo de la inmortalidad. María pidió á Jesús el milagro que hizo creer en la Divinidad del Salvador á sus primeros discípulos, y María también, con su constante ruego, alcanza del trono de Dios el precioso don de la fe para los verdaderos adoradores de Jesucristo en la Eucaristía.

IV

El corazón que ama á María, no puede dejar de amar á Jesús. Y ese amor á María, siempre lleno de dulce esperanza y de indecible consuelo; ese amor que nace en los primeros días de la vida, embalsamado con la fragancia de la inocencia, que crece en la juventud, regado con las lágrimas de las ilusiones desvanecidas, que se fortifica en la mayor edad, rodeado de los testimonios de la experiencia; ese amor á María, siempre encantador y expresivo, siempre tierno y vehemente, que, después de adquirido, suele quedar á veces como la única señal de vida, como la última respiración del

¹ San Mateo, XXII, 2.

alma sumergida en la iniquidad; ese amor es la expresión filial de todos los que, volviéndose á María, reciben de ella la mirada cariñosa de Madre.

¡Ay! La fuerza instintiva del amor hace que nuestro corazón se detenga aquí enternecido. “La palabra *madre* va acompañada siempre de un perfume que llena de encanto nuestro corazón. El hombre puede hacerse sordo é insensible á todo; pero se conmovirá siempre al pronunciar estas dulces palabras *¡madre mia!* De todo se olvidará el hombre, hasta del mismo Dios, pero jamás olvidará á la madre que de la naturaleza recibió, cuya bella imagen estará siempre grabada en el fondo de su corazón, aun en medio de sus mayores extravíos. Cuando hace ya algunos años que la hemos perdido, y nuestra vida camina hacia el ocaso, sucede á menudo que, al meditar en nuestros pasados días, vemos como una vaga sombra elevarse á nuestros ojos, entre la cual aparece su dulce imagen, como embellecida por la distancia que la ha separado de nosotros; y bajo el encanto de un recuerdo siempre nuevo, exclamamos conmovidos: “¡Oh madre mia! ¡Sí, tú eres mi madre!” Porque el corazón humano, al envejecer, encuentra nueva vida; y nuestros recuerdos, ocultos en el fondo del alma, conservan un goce que se prolonga y se multiplica todos los días.”

“¿De dónde nace ese encanto misterioso que va unido á este nombre? ¡Encanto indecible que sobrevive á cuanto muere en el mundo, y será eterno entre los hombres! Nace de que esta palabra

es la natural expresión del primer sentimiento que nos conmueve. . . . la madre es en la tierra la más bella personificación del amor: del amor que brilla en sus ojos y está depositado en el fondo de su corazón. El corazón maternal es el lugar donde vive el amor, que forma, por decirlo así, el fondo de nuestra vida."¹

¡Qué influencia tan profunda ejerce la memoria del amor maternal! ¡Feliz el que guarda en su corazón esa prenda de salud, esa fecunda semilla de nobles pensamientos, de virtudes heroicas y de firme prosperidad. . . . !

V

“¿Veis toda esa gloria?” nos dice María. “Pues no es comparable con la que ceñirá vuestra frente, si mi memoria vive en vuestro corazón. Sabed que si llegais á encontrarme, encontrareis la vida. ¿Podré acaso olvidaros. . . ? ¿Podré despreciar ese signo que imprime en vuestro corazón el amor que me teneis, ese signo indudable de que sois llamados para el cielo. . . ? Yo, yo os llevaré á la fuente de la gracia; yo os llevaré á la Eucaristía; de allí sacareis vuestra salvación.” *Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino.*²

El género humano es hijo de María junto á la Cruz, y también lo es junto á la Eucaristía. ¿Por

¹ Félix. El Cristianismo, fuente del progreso en las sociedades. Disc. XII.

² Proverbios, VIII, 35.

qué? Porque María, cerca de la Cruz, recibió del Salvador el título de la maternidad universal, en esta palabra: “*hé ahí á tu hijo:*”¹ y porque la Eucaristía, de un modo especial, nos hace hijos de la Madre de Jesucristo.

Allá en el Calvario, el discípulo amado de Jesús representó, y esto es de notarse bien, á todos los hijos fieles de la Santa Iglesia, porque María fué constituida Madre de todos los que anhelan ser discípulos del Divino Maestro; pero, glorioso es decirlo, mediante la Eucaristía, se perfecciona nuestra filiación respecto á María. Y aquí es donde se descubre una de las más bellas é importantes relaciones entre María y la Eucaristía.

María siempre verá en Jesús á su Hijo. En consecuencia, si Jesús de algún modo se multiplica á los ojos de María, se multiplicará también el número de sus hijos. ¿Cuándo, pues, y de qué modo podrá efectuarse esa sublime multiplicación? ¡Ah! Recordemos que Jesucristo es el principio de la gracia y de la vida sobrenatural; recordemos que cualquier corazón que respire la vida de la gracia, respira la misma vida de Jesucristo, supuesto que la gracia es una emanación de la misma naturaleza Divina:² recordemos que Jesucristo es nuestro modelo, y que el alma que practica las virtudes cristianas, se reviste del mismo Jesucristo, como dice el Apóstol:³ recordemos que el corazón encen-

¹ San Juan, XIX, 29.

² 2^a de San Pedro, I, 4.

³ A los Romanos, XIII, 14.

dido en el fuego del amor Divino, es un vivo reflejo del Corazón de Jesucristo. . . . Bastaría todo esto para que María viese, en cada uno de los verdaderos fieles, reproducido á Jesús.

Pero ¡oh magnífica realidad! María ve á su Hijo Divino en tantos corazones, cuantos son los que le reciben en la Santa Comunión: María ve que cada una de las almas en que Jesucristo halla una habitación digna, se hace una misma cosa con Jesucristo: María ve que la sangre Divina corre por las venas de los mortales alimentados de la Eucaristía, y escucha de cada uno de ellos estas palabras tan enfáticas como verdaderas: “ya no soy yo el que vive, sino que Jesucristo vive en mí.”¹

Es imposible alcanzar á decir todo el amor de Madre que arde en el corazón de María hacia nosotros, cuando mira á Jesús, resplandeciente de gloria, en el fondo de nuestro pecho, que se exhala en alabanzas para recibir bendiciones, que se derrite en amor por la posesión del Sumo Bien. La Madre de Jesucristo se gloria en la gloria que Jesucristo recibe del alma, que, comprendiendo todo lo que es y todo lo que vale la Divina Eucaristía, agota sus esfuerzos para prepararse á recibirla; y María, esta Madre del hermoso amor y de la santa esperanza,² oye entonces de nuevo, de los labios de Jesús, esta dulce palabra, en que le señala el corazón que ha venido á visitar: “hé aquí á tu hijo.”

1 A los Gálatas, II, 20.

2 Eclesiástico, XXIV, 24.

“Un gran signo, dice el Apocalipsi, apareció en el cielo. Una mujer vestida del sol, con la luna á los pies, y en la cabeza una corona de doce estrellas.”¹ ¿A quién sino á María pueden convenir caracteres tan brillantes y rasgos tan prominentes? ¿A quién, sino á esta Virgen de singular grandeza, enaltecida por el Señor con todas las riquezas de su omnipotente liberalidad?

¡María vestida del Sol! Hé aquí simbolizadas sus riquezas en el orden de la gracia. Las inteligencias celestiales hicieron resonar sus cánticos, para aplaudir aquella bellísima vestidura de inocencia y santidad, con que la mano Divina distinguió á la Reina de los Angeles desde la aurora de su vida.

¡María con la luna bajo sus pies! Hé aquí el emblema de las riquezas de su poder. El infierno quedó confundido, viendo á la Reina de los Confesores, unida firmemente á la voluntad del cielo, hollar la inestabilidad en el bien, figurada siempre en las fases variables del astro de la noche.

¡María coronada de estrellas! Hé aquí la ostentación de las riquezas de su gloria. El género humano, á una voz, saluda con indecible gozo á la Reina de todos los bienaventurados, al admirar

1 XII, 1.

sobre su frente esas radiantes virtudes de que es ella el más heroico ejemplo.

Y María, en toda esta magnificencia, aparece como el modelo más perfecto del alma, que, dignamente preparada, recibe á Jesucristo en la Eucaristía. ¿Dónde hallar modelo más digno? Es verdad que María fué exaltada á la altísima dignidad de Madre de Dios, pero el mismo Verbo Eterno que descendió á su seno virginal, es el mismo que viene á nosotros en la Santísima Comunión. Es verdad que nuestra alma, siempre pobre, débil y miserable, deplorando siempre en sí misma los tristes efectos de la primera culpa, sólo con el firme auxilio de la gracia puede subir gradualmente, á fuerza de constancia, la escala de la verdadera perfección; pero nadie puede poner en duda que quien se propone imitar un modelo, se aproximará tanto más á él, cuanto mayor sea el deseo de copiarlo, y el empeño en conseguir su semejanza.

Los hijos fieles de María aprenden de ella el verdadero amor á Jesucristo. Encendida el alma en el fuego celestial de ese amor que todo lo ilumina con la palabra y con el ejemplo, ostenta las llamas de la caridad que la vivifica sin consumirla, cuando se acerca á la Santísima Eucaristía. Hé aquí el alma vestida del sol.

Los hijos fieles de María la imitan en el desprendimiento de los bienes terrenos, porque ya se han convencido profundamente de que jamás pueden satisfacer el corazón. Apenas la voluntad se apega á ellos, cuando se mudan y desaparecen. Dios ha

cuidado de presentarnos en la luna, durante la noche, que es el tiempo de la calma y de la reflexión, una imagen exacta de las variedades de este mundo, y de las mudanzas de la vida. Unas veces en todo su resplandor, otras enteramente opaca; crece, disminuye, nunca permanece la misma. ¡Ah! Quien ha llegado á conocer y á experimentar despacio todo lo que es la Divina Eucaristía, no puede menos que ver con desprecio, al acercarse á la mesa del Señor, todas las instantáneas bellezas de la tierra. Hé aquí el alma con la luna bajo sus pies.

Los hijos fieles de María desean ser semejantes á ella por la práctica de todas las virtudes. No saben si lo conseguirán, pero la experiencia les infunde ánimo, enseñándoles que nada deja de alcanzar una voluntad firme y perseverante. ¡Feliz el corazón en que llega á plantarse el amor á la virtud! Comienza por recrearse con su brillo, y acaba por brillar él mismo. Y acontece ésto así, cuando ya teniendo por único fin el cielo, no piensa sino en ascender allá. *Ascensiones in corde suo disposuit.*¹ Sí. Entonces brilla por la humildad, brilla por la fe, brilla por la prudencia, brilla por la justicia, brilla por la castidad, brilla por la esperanza, brilla por la mansedumbre, brilla por la templanza, brilla por la fortaleza, brilla por la modestia, brilla por la caridad, brilla, en fin, por la paz del espíritu. Hé aquí el alma coronada de estrellas. ¡Oh mansión afortunada del Dios de la Eucaristía! ¿Lograremos formarte en nosotros?

¹ Salm. LXXXIII, 6.

VII

¡Ah! Nuestros ojos se fijan en María, como en el camino que nos conduce á Jesucristo. Pero. . . ¿Cómo no decirlo? María ha arrebatado más nuestro amor. . . El presente siglo ha elevado sus ardientes alabanzas á la Virgen Inmaculada, tributando el homenaje de la fe á su exención de la culpa original. ¡Oh verdad revelada, de tanta gloria para la Madre de Jesús, y de tanto consuelo para nosotros! ¡Oh Pio IX, inmortal Pontífice, elegido por el cielo para proclamarla! ¡Oh enlace admirable de misterios y de bondad! . . . ¡La carne y sangre Divinas, que recibimos en la Eucaristía, fueron tomadas de una Madre que nunca estuvo contaminada por la culpa! La voz del cielo, que por los labios del Vicario de Jesucristo declara á María libre del pecado original, es de tanta trascendencia, que ha venido á rodear de una nueva luz y de una nueva gloria, si puede así decirse, la santidad misma del Tabernáculo.¹ De este modo, María y la Eucaristía, son, en su línea respectiva, el más bello resumen de todas las glorias divinas y humanas. . . .

1 Minime cunctandum nobis esse censuimus supremo Nostro iudicio Immaculatam ipsius Virginis Conceptionem sancire, definire, atque ita pientissimis catholici Orbis desiderii, Nostraeque in ipsam Sanctissimam Virginem pietati satisfacere, ac simul in Ipsa Unigenitum Filium suum Dominum Nostrum Iesum Christum magis atque magis honorificari, cum in Filium redúndet quidquid honoris et laudis in Matrem impenditur

Ex Bulla Dogmática Pii Papae IX, die 8 Decembris, 1854.

La idea de María, inmaculada desde su primer instante, ha venido á reanimar la confianza que en ella pusieron siempre, y no en vano, los infelices pecadores. ¿Quién, sino esta Madre de la gracia, preservada de toda culpa, será capaz de la compasión más tierna hacia los corazones esclavos de la iniquidad? Después de cometido el pecado, solamente la penitencia nos conduce á Jesucristo. Y “María, con su eficaz auxilio, ha hecho que naciones enteras vengán al sendero de la penitencia.”¹ ¿Quién ha implorado la protección de esta Reina de bondad, y ha quedado en la desolación? ¡Ah! El que no lo haya experimentado así, no conoce á María, ni quiere conocer la felicidad que se disfruta lejos del pecado. María es el refugio de los pecadores que la buscan, de los pecadores que vienen, llorando, á arrojarse á sus pies.

Esta Madre de misericordia, que dió al mundo el Redentor, y que sufre tanto por los pecados del género humano, porque comprende, como ninguno, toda la injuria que hacen á Dios, jamás descansa, siempre está solícita en la salvación de los pecadores; desplega todo su amor maternal en llamarlos y convertirlos; y, después que ha logrado reconciliarlos con Jesús, sabe, antes de llevarlos á la patria celestial, conducirlos á la Mesa Divina de la Eucaristía.

El amor á María es un principio de vida eterna.² Pero qué, habrá algún corazón que no ame á la

¹ San Cirilo Alexandr. Hom. cont. Nest.

² Eclesiástico, XXIV, 31.

que es causa de nuestra alegría?... ¡Ay! Existen corazones hundidos en la desgracia y en el crimen, que deben, por fin, su gozo y su salvación al recuerdo siempre grato de esta excelente Madre, que recibieron en su infancia, juntamente con su primera educación. ¡Qué triste es la historia del corazón humano, que, olvidando sus deberes, sólo piensa en hacerse eternamente infeliz!

Si hay alguna reflexión que atraiga toda nuestra ternura hacia la dulcísima Abogada de los pecadores, es la de que ella no cesa de rogar delante del trono de la clemencia, para impetrar el perdón. Ella fija sus miradas compasivas sobre las almas que costaron á Jesús el precio infinito de su Sangre, y, al encontrarlas envilecidas y manchadas con el funesto hábito, con la detestable costumbre de la culpa, ¡cómo se conmueve su corazón de Madre, y con qué vehemencia reitera su súplica! Ve al pecador correr por muchos años, engañado y ciego, en pos de su desgracia: ve que olvida todo lo bueno, que su corazón abrigó en días más felices: ve que rompe sus títulos de gloria, para arrojarlos en el cieno de los vicios: ve que se destruye y se embrutece, sirviendo á sus inclinaciones desenfrenadas.... ¡Habrà remedio? Sí: María, en medio de su tristeza, observa en el fondo de ese corazón obstinado y rebelde, un elemento de salud: observa que ese pecador no la ha olvidado, ó que si llegó á olvidarla, ya se vuelve á acordar de ella. Y no se hace esperar mucho el momento feliz en que, con ocasión de cualquiera circunstancia, ordinaria

ó imprevista, la gracia Divina hiera aquel corazón. Y María le conduce á la casa paterna, y hace correr de sus ojos las lágrimas del arrepentimiento, y le hace gustar de nuevo la suavidad de la ley de Dios, los consuelos de su gracia, y, sobre todo, las exquisitas delicias de la Eucaristía. ¡Hay acaso algún pecador, que, después de convertido, deje de agradecer la protección, y de alabar la dulzura de María? ¡Qué cierto es, que quien oye á María no será confundido, y, que quien obra bajo su dirección, será enemigo del pecado!¹

VIII

Después que María, Reina del cielo, ha subido á colocarse, circundada de luz y coronada de gloria, á la diestra de Jesucristo,² en la patria de la inmortalidad, nunca deja de volver sus miradas maternales á nosotros, que atravesamos rodeados de peligros el valle de las lágrimas. ¡Ah! Ella, unida para siempre en aquella mansión felicísima, á su Divino Hijo, se complace en ver desde allá á este Salvador adorable sobre la tierra, en medio de nosotros, en la Divina Eucaristía, porque nos ve participantes de la misma felicidad que ella goza, hasta donde podemos gozarla en esta región de destierro y de continuo sobresalto.

Vivamente interesada por la gloria de Jesucristo,

¹ Eclesiástico, XXIV, 30.

² Salm. XLIV, 10.

ejerce su acción bienhechora sobre los pueblos, lo mismo que sobre cada uno de los mortales: más de una vez su voz amorosa se ha dejado oír para dar impulso á la propagación de la verdad: más de una vez su misma presencia ha confirmado las grandes empresas de los heraldos del Evangelio. ¡Ah! ¿Cómo no consignar aquí una de las glorias de María? ¿Cómo no agradecer una de sus más especiales finezas? A tan corta distancia del *Tepeyac*, de esa montaña santificada con la presencia y las palabras de la Madre de Dios, es imposible al trazar estas líneas, olvidar los favores que á ningún otro pueblo dispensó.¹ María de Guadalupe, Apóstol de México, derramó con su protección é influencia los resplandores de la fe en el moderno continente, plantó el árbol sagrado de la cruz sobre las elevadas montañas de América, y sembró con profusión en los pintorescos valles de nuestra patria, esa multitud de templos en que vive hace trescientos años y se conserva aún el Dios de la Eucaristía. ¡Qué dulce satisfacción. . . .! Si bajo los ardientes rayos del sol de México, arde en los corazones el amor de la Eucaristía, es porque hay hijos fieles de María de Guadalupe.

¡Cuántos pensamientos para el alma que recibe á Jesucristo en la Santa Comunión! Esa imagen celestial de María, rodeada de la claridad del sol, cubierta de estrellas y descansando en la luna, reproduce en todos sus inefables misterios la expresiva descripción del Apocalipsi, y las manos de

¹ Salm. CXLVII, 20.

María, puestas sobre su pecho, son el símbolo más hermoso, no solamente de su misericordia, sino del verdadero espíritu de oración con que deben alcanzar las gracias del cielo, los corazones que se alimentan de la Augusta Eucaristía.

IX

Al llegar aquí, nuestra alma se recoge á pensar en todo lo que sentiría la Madre del Salvador, en los últimos años de su vida, al recibir en la Eucaristía al mismo Jesucristo. Sin duda que jamás ha existido un corazón que mejor comprendiese lo que es Dios, y la preparación que se requiere para recibirle dignamente.

Con razón María ya no encontraba otro consuelo sobre la tierra. La Divina Eucaristía derretía en amor aquel corazón, que era el origen mismo de la sangre de Jesús; y el alma bienaventurada de la Reina de las Vírgenes ya no esperaba más que el momento dichoso en que, á impulsos de su amor, emprendiese, por fin, el magnífico vuelo á la mansión eterna de la paz.

Por eso María, cada vez que de nuevo tenía consigo á Jesús en la Eucaristía, tomaba en sus labios las mismas palabras que un día descendieron del cielo sobre Jesucristo, y resonaron en la cumbre del Tabor. “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias.”

Por eso ahora, cuando María ve á Jesucristo en nuestros corazones, no puede menos que completar la frase Divina del Padre celestial, diciéndonos: "Escuchadle." *Ipsam audite.*¹

¹ San Mateo, XVII, 5.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



REFLEXIÓN XIX

LA VERDADERA FELICIDAD.

*Exultavit spiritus meus in Deo
salutari meo.*

Mi espíritu está trasportado de
alegría en Dios, Salvador mio.

LUCAE. I, 47.

I

SI la felicidad estuviera tan cerca de nosotros, como los objetos en que creemos encontrarla, faltaría verdad en ese sombrío cuadro, que, trazado por la mano de la desgracia, nos presenta la humanidad sentada en la región del dolor. Porque nada es más constante, nada más universal, que ese conjunto indefinible de esfuerzos y de obstáculos, de ilusiones y desengaños, en que se agita y lucha sin cesar el corazón de los pueblos y de los individuos, cuando después de derramar lágrimas, exhalar suspiros, vencer distancias y desmayar de fatiga, ve que la felicidad, próxima ya á ser alcanzada, se esconde veloz y desdeñosa tras las altas murallas de ese misterioso templo, adonde

Por eso ahora, cuando María ve á Jesucristo en nuestros corazones, no puede menos que completar la frase Divina del Padre celestial, diciéndonos: "Escuchadle." *Ipsam audite.*¹

¹ San Mateo, XVII, 5.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



REFLEXIÓN XIX

LA VERDADERA FELICIDAD.

*Exultavit spiritus meus in Deo
salutari meo.*

Mi espíritu está trasportado de
alegría en Dios, Salvador mio.

LUCAE. I, 47.

I

SI la felicidad estuviera tan cerca de nosotros, como los objetos en que creemos encontrarla, faltaría verdad en ese sombrío cuadro, que, trazado por la mano de la desgracia, nos presenta la humanidad sentada en la región del dolor. Porque nada es más constante, nada más universal, que ese conjunto indefinible de esfuerzos y de obstáculos, de ilusiones y desengaños, en que se agita y lucha sin cesar el corazón de los pueblos y de los individuos, cuando después de derramar lágrimas, exhalar suspiros, vencer distancias y desmayar de fatiga, ve que la felicidad, próxima ya á ser alcanzada, se esconde veloz y desdeñosa tras las altas murallas de ese misterioso templo, adonde

el poder puramente humano nunca se glorió de penetrar. ¡Qué triste es el prolongado espectáculo de todas las generaciones, revolviéndose en el hirviente abismo de sus deseos, cual víctimas infortunadas de esa desoladora sed, que el recuerdo de la felicidad viene á renovar en cada instante! Y sin embargo, ninguno de los hombres ha traído al mundo otro destino, ninguno lleva en su frente otros títulos, ninguno ha estado desprovisto de los medios de ser feliz, y no por un día, sino con una felicidad perpetua, sobreabundante, infinita. La misma poderosa mano que grabó con caracteres de oro, y encendió con fuego inextinguible en nuestro pecho el ardiente anhelo de la felicidad, quiso levantar el velo que la cubría, quiso acercarnos á ella, quiso, en fin, ponerla con generosa bondad, en nuestras propias manos.

¡Ah! Los fastos del tiempo se han empeñado en rodear de los más preciosos recuerdos, aquel momento lleno de inefable consuelo, en que por primera vez, después de cuarenta siglos de llanto, los labios de la Hija ilustre de David, la Bienaventurada Virgen María, prorrumpieron en los cantos del gozo más puro y más justo que hubo jamás. Y era que el Supremo Autor de la vida estaba ya unido á la naturaleza humana para salvarla. Y era que el Rey del cielo, principio de nuestra dicha eterna, estaba ya sobre la tierra, para hacer, en medio de nosotros, hasta el fin de los siglos, nuestra felicidad temporal. *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Desde entonces, si la humanidad ha sido infeliz, debe imputarlo á sí misma. Antes que Jesucristo la honrase con su venida, ella se alejaba de la felicidad, cuantas veces apartaba sus ojos de este Redentor adorable, que había de traer algún día á la tierra la suma total de los bienes; y después que se ha realizado esa obra magnífica del amor Divino, si existen todavía quienes giman bajo las sombras de la desgracia, es porque cierran voluntariamente los ojos á esa resplandeciente y consoladora luz, que, lejos de extinguirse en el Calvario, comenzó á brillar, y continúa brillando sobre nuestros altares, con más amorosos y dulces atractivos.

Era necesaria una triple acción en favor del hombre, después que éste se degradó á sí mismo por la rebelión de su voluntad á la de Dios: curar en él la herida abierta por el pecado, vigorizar su espíritu en los caminos del bien, y conducir como por la mano sus aspiraciones al destino primitivo que les había sido marcado. Y esa triple acción se ha ejercido por la singular munificencia del Señor, quien, rico de amor y compasión, ha visitado y salvado á su pueblo, le ha impreso una fuerza, tan suave como irresistible, que pueda oponer á los engaños de los falsos bienes: ha tomado bajo su dirección la marcha fogosa de los deseos del hombre, para impedir que de nuevo se precipiten en la

desgracia. Hé aquí los importantes, los amorosos oficios de nuestro Augusto Redentor Jesús, al vivir en medio de nosotros en la adorable Eucaristía.

III

Dormían aún los siglos á los pies del Eterno, cuando ya brillaban en el inmenso libro de los designios Divinos, las relaciones íntimas que debían unir con su Criador á los seres todavía envueltos en la nada. De éstos, una multitud sin número, enriquecida con la libertad, habría de saber alguna vez el grave peligro de desconocer el Sumo Bien.

Y después, millones de espíritus, rodeados de luz, radiantes de gloria, inundados de felicidad, sintieron en sí mismos tan horrible desgracia. ¡Adiós, morada celestial! . . . Sopló la ira del Omnipotente. ¡Perdición eterna! ¡Merecido castigo!

Y después, otra desgracia: la desgracia nuestra. Cuando alborozados los siglos se desenvolvían con pujanza para inaugurar su carrera, oyen de improviso el acento del dolor. “¡Desventurado! ¡Así desprecias á Dios. . . ?” Salía del Paraíso, cubierto de maldición, vertiendo amargas lágrimas, el primero de los hombres.

Y siempre que el corazón aborrece la voluntad del cielo, ¡oh si no fuese tan desgraciado por aborrecerla tantas veces! no ve en torno suyo más que sombras, desventura, muerte. Al extraviarse su voluntad, el hombre aleja de sí á Dios con despre-

cio; Dios se aleja del hombre por castigo. Y la soledad más completa reina entonces en el alma. Quien era el único bien, es ya enemigo. . . . enemigo eterno, si, antes que la enseña del perdón, llega la espada de la muerte.

IV

¿Es aflictiva esta situación? Pues es mucho más consoladora la voz de Jesús, que muy de cerca nos llama, y desde el altar nos ofrece otorgarnos el perdón. Nuestra razón débil no puede alcanzar á entrever ese misterio profundo de justicia y de amor, cuyos velos cubren la incomprensible economía de Dios, que aleja de sí, y hunde en perdurable pena á los ángeles, que se mancharon con un solo crimen, al paso que perdona mil veces, y viene Él mismo desde el cielo á habitar sobre la tierra, y hasta que el tiempo acabe, entre los hombres, infelices reos de tantas abominaciones é infidelidades. Pero ya que nuestra inteligencia se abate bajo el peso de tanta bondad, ya que nuestro corazón es pobre para rendir el tributo de gratitud que corresponde á esta generosidad de nuestro Dios, á lo menos descansemos humildes y penetrados de gozo en su presencia: admiremos la misericordia con que nos ha salvado de la muerte, y la dulzura con que sana, cuantas veces se lo pedimos, las heridas que el pecado abre en nuestro corazón.

La fe nos dice que el Verbo Eterno descendió

del cielo por nosotros y por nuestra salud. Mas es preciso confesarlo. El conocimiento de esta verdad es, en cierto modo, si es permitido explicarnos así, diverso del que adquirimos acerca de otras verdades, en las que descansamos sólo porque sabemos haber sido reveladas por la palabra infalible de Dios. El conocimiento de esta verdad se apoya, además, en los irrefragables testimonios de la tradición, de la historia, y de los hechos mismos que presenciarnos. La tradición, en su movimiento constante, transmitiendo hasta nosotros los acontecimientos más lejanos, coloca nuestras miradas sobre aquellos días en que Jesucristo se dejó ver bajo las apariencias de un reo, que toma sobre sus hombros los crímenes cometidos por la humanidad entera, únicamente para salvarla. La historia, en caracteres de una autenticidad más clara que el día, conserva frescos los hermosos pasajes de la vida mortal de Jesús: esos pasajes sobre cuya galería no se pueden escribir otras palabras que éstas: "*pasó, haciendo bien.*"¹ No parece sino que, por entre las sagradas páginas del Evangelio, se presentan los muertos resucitados, los enfermos curados, los sordos, los mudos, los ciegos, cuyo oído, cuya voz, cuya vista fué restituida por el Salvador del mundo. Y si de los beneficios que milagrosamente dispensó en el orden natural, pasamos á los del sobrenatural, ¿qué pincel trasladaría jamás las tiernas escenas de Jesucristo, que instruye junto al pozo de Samaria á una mujer ignorante,

¹ Hechos apostólicos, X, 38.

que perdona á otra acusada de un crimen, que recibe complacido las lágrimas y los obsequios de la fervorosa Magdalena?¹

V

¿Y qué manifiestan los hechos que pasan por nuestros mismos ojos? ¿No es verdad que ellos publican lo que asegura San Pablo, que Jesucristo es el mismo siempre?² ¿Quién hasta ahora, á no ser insensato, ha podido negar que las acciones de Jesucristo en su vida eucarística, respiran sin cesar el mismo amor, el mismo deseo y la misma solicitud por la felicidad del género humano? . . . ¡Ah! Si existe algún corazón que no se conmueva al contemplar á Jesucristo que se ofrece todos los días en calidad de víctima inmaculada de propiciación y de paz, para desarmar el brazo de la Justicia Divina, y atraer sobre los pueblos una lluvia de bendiciones: si existe algún corazón que en nada estime la proximidad de Jesucristo, que reside junto á nuestros mismos hogares, dispuesto á escucharnos de día y de noche: si existe algún corazón que no se haya acercado á gustar la exquisita dulzura de ese convite magnífico, donde se come el Pan de los ángeles y se bebe el Vino de las vírgenes: si existe, en fin, algún corazón tan desgraciado, que no sólo se sustraiga de la acción bienhe-

¹ San Juan, IV, 10.—Id. VIII, 7.—San Lucas, VII, 47.

² A los Hebreos, XIII, 8.

chora de Jesucristo, sino que afecte desconocerla, no hay dificultad en demostrar que su obstinación es vana é inútil, y en preguntarle si acaso ese su endurecimiento y su indiferencia son absolutos y completos. ¡Ah! No. Es imposible que no se haga oír allá en el secreto de ese corazón, una voz solemne que le echa en cara su conducta. Por más que se esfuerce en sofocarlos, es imposible que no sienta nacer allá en el fondo de sí mismo, sentimientos de respeto y de amor hacia este Dios, presente sobre nuestros altares; una santa envidia vendrá á turbar su reposo al saber que sus amigos han participado de la mesa del Señor: una emoción indecible lo agitará en silencio al ver á Jesucristo llevado en triunfo con toda la pompa augusta de nuestras solemnidades: un impulso irresistible de ternura se apoderará instantáneamente de esa alma, envuelta en las ideas de los negocios temporales, al encontrar por las calles y plazas á este amable Salvador, que sale á visitar por última vez á los que ya no pueden venir á verle.

VI

Así triunfa Jesucristo de los corazones rebeldes: de esos corazones en que parece haber fijado su residencia la culpa: de esos corazones que viven encadenados en el funesto hábito de los vicios. Así prepara Jesucristo la obra de llamarlos, de curarlos y de salvarlos. Así renueva en la Eucaris-

ristía los nobles oficios de Redentor, en favor de todos los que ya redimió con el precio de su sangre. ¡Quiera su bondad que, compareciendo nosotros tantas veces en su presencia, quedemos por fin unidos á Él, para no separarnos jamás! En la Eucaristía se halla la memoria de la Cruz; y es preciso que se cumplan las palabras de Jesucristo: “cuando yo sea levantado de la tierra, todo lo atraeré á Mí.”¹

VII

Nuestro munificentísimo Redentor, desde el ara santa, comunica á nuestras almas vigor y fuerza para perseverar en los caminos del bien. Si se tratara de probar especulativamente esta verdad, bastaría la sencilla, pero concluyente reflexión, de que si Jesucristo, cuando le recibimos en la Eucaristía, se hace en cierto modo una misma cosa con nosotros, debemos sentir en nosotros, si no ponemos obstáculo, la misma santidad de Jesucristo, á que somos llamados. Pero consultemos más bien á la experiencia. ¿Por qué se olvidan los deberes que á cada uno imponen su estado y condición, desde el momento en que se pierden de vista, ó no se atienden los ejemplos de Jesucristo? ¿Por qué el corazón humano vuelve á sumergirse en el cieno de su antigua corrupción, tan luego como deja de tener por norma de sus acciones los ejemplos de Je-

¹ San Juan, XII, 32.

sucristo? ¡Ah! La debilidad de nuestro corazón necesita, para no caer, de la fuerza que le imprime el ejemplo, y este ejemplo, como único eficaz, ha de ser el de Jesucristo. ¿Y dónde buscar los ejemplos de Jesucristo, sino en la Divina Eucaristía? ¿Los ejemplos que hoy nos da en su vida eucarística, son acaso diversos de todos los que nos dió en su vida mortal? Aquí, pues, á los pies de este Divino Maestro, que no tiene, á nuestros ojos, más riquezas que las apariencias de pan: aquí deben venir á aprender la pobreza de espíritu los que no tienen por bastante, para satisfacer sus deseos, todo el oro del mundo: aquí conocerán la humildad en las humillaciones de Jesús, los que no pueden sufrir la exaltación de los demás: aquí viendo los ultrajes á que se expone el Rey de la gloria, adquirirán la paciencia los que tienen por imposible y degradante el perdonar la más leve injuria: aquí se enseñarán á obedecer, los que cifran en la insubordinación la verdadera grandeza de ánimo, puesto que Jesucristo obedece sin réplica, y desciende todos los días del cielo á la tierra: aquí comenzarán á mortificar sus deseos, sus inclinaciones y sus sentidos los que se alarman con el solo nombre de mortificación, al considerar la abnegación que Jesucristo hace de los resplandores de su gloria, en este Sacramento: aquí, por último, y como la mayor prenda de felicidad, se encenderá en el corazón el fuego del amor Divino.

¿Pero podrán imitarse los brillantes ejemplos de este Divino Salvador, si no hay empeño, si, por el

contrario, hay repugnancia para recibirle en la Sagrada Comunión, ó, si se le recibe, no es con la disposición conveniente? ¡Ah! creámoslo: si aleccionados por la experiencia, si convencidos de que por no alimentarnos de este pan de vida, estamos siempre enfermos y débiles,¹ como dice el Apóstol, llegamos, por fin, á acercarnos con frecuencia y fervor á la Divina Mesa, podremos entonces decir, llenos de santo gozo, que hemos encontrado en Jesucristo el único principio de nuestra salud. *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

VIII

“El cuerpo y la sangre de Jesucristo serán por siempre el pan y la vida de la inmortalidad.” Aquí no hay figura, ni símbolo, ni metáfora. “Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre está en Mí y Yo en él. El que me coma á Mí, vivirá también por Mí.”² Es imposible equivocarse sobre la realidad positiva de esta palabra. Los judíos se indignan al oirla. “¿Cómo, dicen ellos, puede éste darnos á comer su carne?”³ Esta palabra subleva á gran número de discípulos hasta entonces fieles, y quieren abandonar á su Maestro exclamando: “¡Semejante lenguaje es intolerable!”⁴

1 1^o á los Corint., XI, 30.

2 San Juan, VI, 56, 57 y 58.

3 Idem, VI, 53.

4 Idem, VI, 61.

Y sin, embargo, ¿qué era este lenguaje del Salvador, sino el dogma de la transustanciación eucarística, milagro permanente del Pan de vida, bajado del cielo, que se ha multiplicado sin límite y sin medida para alimentar generaciones de almas? Actualmente se verifica, como en Bethsaida, la multiplicación de los panes, del uno al otro polo. En nada varían el lenguaje de Nuestro Señor la incredulidad judaica y la vacilación de los discípulos espantados; en nada templa su fórmula para calmar la indignación de sus oyentes. Supóngase un instante que hubiera sido éste el pensamiento del Divino Maestro: "os daré á comer un pan común ú ordinario, que será la figura de mi cuerpo; os daré á beber un vino semejante á aquel de que usais todos los dias, y que será la figura de mi sangre." Este es el sentir del protestantismo. ¿Quién, pues, hubiera impedido al Salvador acallar súbitamente toda clase de murmullos, y retener á su lado la multitud de discípulos incrédulos? Una sola palabra explicatoria que hubieran pronunciado sus labios, hubiera hecho cesar la agitación que produjo un discurso, interpretado desde el principio en un sentido absoluto. Pero Jesucristo redobla sus afirmaciones á medida que se aumenta el tumulto, y repite invariablemente: "Os daré á comer mi carne y á beber mi sangre. Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y si no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. ¿Os escandaliza este lenguaje? Esperad el dia en que habreis de ver al Hijo del Hombre volver al cielo, de donde ha descen-

didó. El Espíritu lo vivifica todo, y los sentidos no tienen nada que ver aquí con esto."¹ ¡Oh Jesús de la Eucaristía, pan vivo bajado del cielo: millares de adoradores vuestros, han reemplazado y reemplazarán hasta el fin de los tiempos, á los discípulos incrédulos que se conmovieron con vuestras palabras en Cafarnaun! Si aun hay judíos carnales, para cuyos oídos es duro este lenguaje, la Iglesia Católica os repite diariamente al pie de vuestros tabernáculos, la protesta de San Pedro:² "Señor, nosotros no huiremos: tus palabras son de vida eterna."³

Finalmente, Jesucristo reside entre nosotros para conducir las aspiraciones de nuestra alma á su verdadero fin. En la vida presente todo es transitorio: los bienes de fortuna, los honores, los placeres, desaparecen como las hojas de los árboles que arrebató el impetuoso viento de la tribulación. Sólo Jesucristo sobrevive en nuestros altares á todas las vicisitudes del tiempo: sólo Él ve pasar bajo sus pies á todas las generaciones. ¡Ah! ¡Qué consolador debe ser para nosotros el recuerdo de tantos Mártires, que imploraron constancia y fe á los pies de este mismo Dios, momentos antes de marchar á la muerte! ¡Qué grato es pensar que todos los justos de la ley de gracia, han encontrado consuelo, han aprendido la ciencia de la salvación y han tenido siempre fijos sus ojos en este presente magnífico del

1 San Juan, VI, 54, 62, 63, 64.

2 Idem, VI, 69.

3 Darras. Vida de Jesucristo. Cap. VII. § 2.

amor de Jesús, seguros de ver en él la preciosa prenda de la inmortalidad!

Son tan graves los peligros de extraviarse en tantas sendas tortuosas que cruzan el camino de la vida: son tan formidables los motivos que tienden á desviar nuestros pasos: son tan densas las tinieblas que nos impiden distinguir el feliz término de nuestra peregrinación sobre la tierra, que si Jesucristo no es, como debe ser y nos lo ha prometido, nuestra luz y nuestro guía, es inevitable nuestra desgracia. Volvamos á Él nuestras miradas, pues le tenemos tan cerca, y pongámonos bajo su protección. Eso espera de nosotros, y por eso ha querido dirigirnos durante nuestro destierro, como la columna luminosa guió al pueblo de Israel en el desierto.



REFLEXIÓN XX

LOS GEMIDOS DEL ARPA.

Domine, ante te omne desiderium meum, et gemitus meus á te non est absconditus.

Todos mis deseos están, Señor, á tu vista, y no se te ocultan mis gemidos.

PSALM. XXXVII, 10.

I

GÓMO cantar himnos de alegría en tierra extraña?" decían los Israelitas cautivos en Babilonia. Al descubrir las regiones que no vieron su cuna, ni contenían la tumba de sus padres, se detuvieron cerca del rio que baña esas comarcas, y, sentándose, comenzaron á llorar, acordándose de Sión. En los sauces que cubren las riberas del Éufrates, se les vió suspender sus instrumentos músicos, y ahogar en su dolor la pena que se sufre lejos de la patria.¹

Nosotros también, lejos del cielo, encontramos por todas partes motivos para llorar; pero viendo

¹ Salm. CXXXVI, 1.

amor de Jesús, seguros de ver en él la preciosa prenda de la inmortalidad!

Son tan graves los peligros de extraviarse en tantas sendas tortuosas que cruzan el camino de la vida: son tan formidables los motivos que tienden á desviar nuestros pasos: son tan densas las tinieblas que nos impiden distinguir el feliz término de nuestra peregrinación sobre la tierra, que si Jesucristo no es, como debe ser y nos lo ha prometido, nuestra luz y nuestro guía, es inevitable nuestra desgracia. Volvamos á Él nuestras miradas, pues le tenemos tan cerca, y pongámonos bajo su protección. Eso espera de nosotros, y por eso ha querido dirigirnos durante nuestro destierro, como la columna luminosa guió al pueblo de Israel en el desierto.



REFLEXIÓN XX

LOS GEMIDOS DEL ARPA.

Domine, ante te omne desiderium meum, et gemitus meus á te non est absconditus.

Todos mis deseos están, Señor, á tu vista, y no se te ocultan mis gemidos.

PSALM. XXXVII, 10.

I

GÓMO cantar himnos de alegría en tierra extraña?" decían los Israelitas cautivos en Babilonia. Al descubrir las regiones que no vieron su cuna, ni contenían la tumba de sus padres, se detuvieron cerca del rio que baña esas comarcas, y, sentándose, comenzaron á llorar, acordándose de Sión. En los sauces que cubren las riberas del Éufrates, se les vió suspender sus instrumentos músicos, y ahogar en su dolor la pena que se sufre lejos de la patria.¹

Nosotros también, lejos del cielo, encontramos por todas partes motivos para llorar; pero viendo

¹ Salm. CXXXVI, 1.

la Divina Eucaristía en medio de nuestro destierro, no podemos dejar suspendidos de los sauces esos armoniosos instrumentos. Los descolgaremos, pues; haremos resonar sus melodías, pulsaremos sus expresivas cuerdas, para celebrar al pie de los altares la presencia del Señor. *Confitebor tibi in cithara, Deus, Deus meus.* Y si entonces, en medio de las dulces armonías, nos asaltan memorias de tristeza, busquemos en el fondo de nuestra alma el pensamiento que la inquieta y la perturba. *¿Quare tristis es anima mea?*¹

Es la música la expresión de los grandes afectos del alma; es también la fuerza creadora de las vehementes emociones. Ella viene con sus festivas notas á aumentar la alegría; ella viene otras veces, en la aflicción, á hacer correr las lágrimas, con sus melancólicos acentos. La música es el idioma de los tristes recuerdos, que hacen palpar el corazón conmovido por la representación de los pasados infortunios; es el idioma del corazón, que herido en sus más delicadas fibras por la desgracia, se consuela uniendo sus gemidos á las vibrantes pulsaciones de la melodía.

Esos sonidos, ya suaves, ya vehementes, cuyo bello enlace enajena y arrebató; esos sonidos cuya variedad cadenciosa y penetrante despierta los más profundos sentimientos del alma; se desvanecen, ¡ay! tan pronto como son escuchados, se desvanecen en alas del viento que se los lleva. ¿Quién podrá, pues, al oír las armonías más dulces, dejar

¹ Salm. XLII, 5.

de entristecerse, observando esa fugacidad del sonido, imagen fiel de la fugacidad con que huyen de nuestra vista los más placenteros momentos, las escenas más agradables de la vida? *Periit memoria eorum cum sonitu.*¹

¡Desgraciado el corazón que no se eleva á la altura de los grandes pensamientos, cuando escucha las notas misteriosas de la armonía! ¡Dichoso el que se encanta con ellas, y sabe, enternecido, ir á sorprender en el fondo de su alma, la esperanza de oír algún día las armonías eternas de la Gloria.

Los corazones sensibles que aman á Jesucristo, y á Jesucristo en la Eucaristía, hallan en los tiernos acentos de la música el fundamento de sus ardientes aspiraciones. ¡Qué profundo conocimiento del corazón humano ha dictado la institución de esos sublimes cánticos, que, al eco de sonoros instrumentos, llenan el ámbito del Santuario! ¡Oh! ¡Cómo no extasiarse de ternura y de entusiasmo, al escuchar allí toda la sentimental poesía de David; esa poesía dulcísima que contempla en Dios todo el objeto de su alabanza; esa poesía verdaderamente magnífica, que todos los siglos cristianos se han honrado en repetir, entre torrentes de lágrimas! ¡Cómo no recordar las patéticas vibraciones del arpa, sí, de ese instrumento sagrado que el Rey Profeta regó tantas veces con el llanto de la penitencia!

¹ Idem IX, 7.

os Job habiéndole con el ángulo de la
 tibia, después del de la piedad con que
 de nuestra vida los más los momentos, las
 de nuestra vida los más los momentos, las

II

Mas ¡ay! el alma que se convence de su desgracia, sólo sabe gemir. No viendo en sí misma sino las horribles manchas del pecado, se juzga indigna de presentarse ante la majestad de Jesucristo en la Eucaristía. Ni se atreve á estar, como el Publicano del Evangelio,¹ á las puertas del templo, sino que, avergonzada, confundida, respirando amargura, se empeña en separarse de esas almas afortunadas que, alegres con la amistad del Señor, se gozan en su presencia, prorrumpiendo en himnos de júbilo. El alma, triste por la culpa, se retira llorando del Santuario, para ir á desahogar su profunda tristeza en el silencio de la soledad. No lleva consigo más que la cítara del dolor, para implorar misericordia; pero ¡ah! ella no puede ocultarlo: va tan dulcemente impresionada de la clemencia de Jesús en la Eucaristía, que, en medio de su pena, hace propósito de volver sus miradas al Santuario desde su habitación, donde va á llorar noche y día, y á enviar desde allí hasta el tabernáculo sus desgarradores gemidos.

¡Qué honda es la amargura del que se conoce infeliz por su propia culpa! Este es el cruel tormento que llevan en sí mismo, desde esta vida, los infelices pecadores. . . .

Tal vez la débil claridad de la luna ilumina el

¹ San Lucas. XVIII, 13.

recinto donde el pecador deplora sus desgracias. . . . Pero brilla otra claridad en su corazón: brilla la luz resplandeciente de la gracia. Esa luz Divina hace aparecer en toda su extensión la cadena de las iniquidades que han llenado todos los días de la vida pasada; descubre toda su repugnante deformidad y sus más recónditas ramificaciones.

¡Qué cuadro ve el alma en sí misma! Cuadro de horror y desgracia, que la hace preguntarse: ¿por qué estás triste? Cómo no he de estarlo, se responde á sí misma, si la paz ha huido de mí, si los remordimientos me devoran, si Dios, á quien desearía ver como amigo, está agraviado por mis crímenes.

El alma empero recuerda que en la Eucaristía se halla toda la bondad Divina, que le ofrece el perdón, y recuerda también á David, que, en otro tiempo, con los ecos conmovedores del arpa, se deshacía en lágrimas. Y el alma, herida por esa imagen y por el recuerdo que trae consigo, escucha dentro de sí misma los gemidos de David y las tristísimas vibraciones que los acompañan, y traspasado el corazón de temor, de humildad y de dolor, gime cada vez más, volviendo, desde el solitario albergue, sus miradas bañadas en llanto, hacia el Santuario en que vive la Divina Eucaristía. . . .

de Dios? ¿cuánto le amará el hombre?
 ¿cuánto le amará el hombre?
 ¿cuánto le amará el hombre?
 ¿cuánto le amará el hombre?
 ¿cuánto le amará el hombre?

IV. 1881

III

Y entonces, sobrecogida, inquieta y trémula, el alma une sus palabras á las de David, y exclama: "No me reprendas ¡oh Señor! en medio de tu ira, ni me castigues en la fuerza de tu enojo. Ten compasión de mí; estoy sin fuerzas; sáname; mis huesos se han estremecido, mi alma se encuentra extremadamente turbada. ¿Hasta cuándo? ¡Ah! Vuélvete ¡oh Señor! á mí . . . librame, sálvame por tu misericordia. . . Si muero, ya no me acordaré de Tí. . . En el infierno ¿quién te alabará?"

"Me he consumido á fuerza de tanto gemir, en vista de mi pecado; para expiarle, bañaré en llanto mi lecho todas las noches; regaré con mis lágrimas el lugar de mi descanso."¹

Y el alma sabe que el eco de su voz ha llegado, venciendo la distancia, hasta el fondo silencioso del tabernáculo. Aunque la confianza la reanima, vuelve á postrarla el dolor . . . Cesa de hablar, pero no cesa de gemir . . . ¡Ah! Es porque comprende bien lo que es haber ofendido á Dios.

¡Oh pensamiento, siempre tan olvidado, único que debe ocupar al pecador! ¿Oponerse á los fines de Dios? ¿Quebrantar la voluntad de Dios? ¿Despreciar á Dios? ¿Ser ingrato á Dios? . . . ¿Y quién? El hombre, que todo lo ha recibido de Dios.

¿Qué es el hombre respecto de Dios? Un sér

¹ Salm. VI.

infinitamente pequeño, un gusano imperceptible que se arrastra sobre la tierra, el polvo mismo de la tierra, que, si está dotado de razón y de vida, es por el poder y por la bondad de Dios. . . Y se atreve, en su orgullo, á decir á Dios: "no te serviré."¹

Dios ha criado al hombre para hacerlo feliz. . . "Entendimiento para conocer, voluntad para amar, corazón para sentir, ¿de dónde me habeis venido?" pregunta el hombre sorprendido de sí mismo. "¿Quién me dió ese deseo continuo de felicidad que tanto me inquieta? ¿Para quién el universo entero con su riqueza y sus encantos. . . ? ¿Para quién las promesas del cielo, donde siempre se vive y se goza. . . ? ¿Para quién el Verbo Eterno de Dios descendido del cielo. . . ? ¿Para quién la Divina Eucaristía, vida, sustento, consuelo. . . ? ¿Para amar á quién?"

¿Renunciar tanta felicidad y tanto amor por hacer la propia voluntad? ¿Arrojar el alma lejos de sí,² y volver la espalda, y olvidar al Único con quien es feliz?

Y sabiendo todo esto se comete el pecado. ¿Dónde está entonces ese amor que Dios tanto nos pide, que nuestro mismo corazón siente, cuando dice: "sin Tí nada soy ¡oh Dios mio! sin Tí soy infeliz?"

Y con el pecado, todas las desgracias; siendo la primera, la ceguedad para conocerlas. . . Siempre lejos de Dios, remordimientos, eterno gemir. . .

¹ Jeremías, II, 20.

² Job, XXI, 14. XXII, 17.

IV

Cuando estos pensamientos toman posesión del alma, sólo busca en el llanto su descanso. En la tranquilidad del retiro sólo escucha los gemidos del corazón, que no cesan de preguntarle “¿dónde está tu Dios?” “¡Ay! responde, en la majestuosa Eucaristía, de la que mi pecado me aleja.” Y los oídos de su espíritu vuelven á oír el arpa de David.

“¡Oh qué felices son aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas! Por haber callado mi culpa, llegaron mis huesos á consumirse. . . . ¡Cuánto he sufrido! Mi clamor se ha elevado á Tí ¡oh Dios mío! porque de día y de noche descargaste sobre mí tu mano. . . . Mi aflicción ha sido como una espina cruel, que me tenía atravesado. Entonces volví á Tí, porque Tú eres mi refugio en la tribulación que me tiene cercado. Tú, que eres mi alegría y mi consuelo, arráncame de entre los que me rodean.

Tú, ¡oh Señor! me has dicho: “Yo te daré inteligencia: te enseñaré el camino que debes seguir: tendré fijos sobre tí mis ojos para dirigirte.”¹

Aquí es donde el alma comprende que se halla bajo la mirada de Dios, y se cubre de rubor, y se humilla, al reflexionar que de todas las abominaciones que ella ha cometido, Dios ha sido testigo. Y

¹ Salm. XXXI.

comprende también que Dios, presente por su inmensidad en todo el universo, está todavía más sobre la tierra, por su personal presencia en la Eucaristía. ¿Y qué son para la mirada de Jesucristo los muros del templo y de nuestras habitaciones? ¿Qué es la distancia, por grande que sea? Reflexión que confunde al alma, recordando sus crímenes: reflexión que la llena de confianza, pensando en la facilidad con que los afectos en que se desahoga, volarán á la presencia del Salvador.

¡Cuánto no debe gemir el alma que contempla en sí misma todas las desgracias y toda la horrible miseria que del pecado le han venido! Y lo que más la contrista es el constante pensamiento de haber preferido ella misma la infelicidad y la muerte, despreciando la Divina Eucaristía, que es la felicidad y la vida. Y así como David pulsaba el arpa al referir todo su infortunio á Dios, también el alma, entristecida, recorre una á una todas las fibras del corazón, y ofrece al Dios de la Eucaristía el clamor unísono que de ellas se escapa.

“Se han enclavado en mí ¡oh Señor! las saetas de tu ira: has dejado caer tu mano sobre mí. No ha quedado parte sana en mi carne á vista de tu indignación, ni paz en mis huesos á vista de mis pecados. Mis iniquidades sobrepujan por encima de mi cabeza, y me tienen agoviado como una carga insoportable. Mis llagas se han llenado de corrupción y podredumbre, á causa de mi necesidad, y de la ceguedad que me ha hecho ofenderte. Estoy hecho una miseria, y encorvado hasta el sue-

lo: ando todo el día cubierto de tristeza, porque mis entrañas están llenas de ilusiones. . . . Estoy afligido y humillado en extremo, y los gemidos secretos de mi corazón me hacen prorrumpir en gritos como rugidos. A tu vista ¡oh Señor! están todos mis deseos, y no se te ocultan mis gemidos. Mi corazón está conturbado, mis fuerzas me han abandonado, y hasta la misma luz de mis ojos me ha faltado. . . . ¡Ah! Puesto que he esperado en Ti, Señor, Tú me oirás. . . . No me desampares, no te apartes de mí. . . .¹

¡Qué dulces son las lágrimas que caen de un corazón penitente! ¡Qué armonía tan suave, tan propia para implorar clemencia, forman los gemidos del alma, animada con el ejemplo de David. . . .!

Compadécete de mí ¡oh Dios mio! y como son grandes mis pecados, grande también sea tu misericordia. Y si una misericordia sola no basta para borrar tantas iniquidades mías, dignate emplear, yo te lo pido, la inmensa muchedumbre de tus innumerables misericordias. ¡Mi alma era tan feliz mientras duró mi inocencia y fervor. . . .! Mas ahora, en qué estado la ves ¡oh Dios de pureza y santidad infinita! ¡Cuántas manchas descubres en ella! Purifícame, pues, una, cien y mil veces: purifícame y lávame de todas mis culpas. Siquiera pudiese decirte con David: “conozco mi iniquidad.” Si-

¹ Salm. XXXVII.

quiera supiese yo apreciar la extensión, la malicia y el número de mis crímenes. Lejos de pasar entonces meses y años enteros con tanta indiferencia é insensibilidad en tu servicio, correría, cual siervo herido, á la fuente de gracia y de misericordia, y por más que hubiera obtenido perdón, teniendo siempre mis pecados á la vista, los lloraría y repararía siempre más.

¡Y podré olvidarlos, habiendo sido tan monstruosa mi ingratitud para contigo? ¡Quién, sino Tú, puede llamarme ingrato? Un pequeño favor de los hombres basta para robarme el corazón: sólo Tú, que á tus inmensos y continuados beneficios agregaste el infinito bien de la Eucaristía, para ser Tú desde aquí toda mi felicidad, no hallas en mí más que desprecio é ingratitud. ¡Ay! En tu presencia cometí el pecado, sin respeto á Ti, que entonces mismo podrías arrojarme al infierno. Así has probado que eres fiel á tus promesas, y así vences y confundes al impío, que se atreve á ponerlas en duda. Es verdad que fuí concebido en pecado; mas no quiero echar la culpa á la corrupción de la naturaleza; sé que amas la verdad, y á los que, diciéndola con sinceridad, confiesan su pecado. ¡Podré alegar ignorancia, cuando me has rodeado de luz, y me has revelado todos tus designios? No atiendas, pues, sino á tu bondad y misericordia; limpio quedaré si me rocías con el hisopo de tu gracia; lavado con tu sangre preciosa, quedaré más blanco que la nieve. Suenen ya en mis oídos las dulces palabras de paz y de perdón, y mis fuerzas

abatidas volverán á su vigor antiguo. Esta maravilla tienes ¡oh Señor! que obrar en mí: aparta tu rostro de mis pecados, y borra mi iniquidad toda entera. ¿Pero seré fiel? ¡Ah! Es necesario que me des un corazón nuevo y limpio; es necesario que renueves dentro de mí el espíritu de rectitud y sabiduría. No me arrojes, pues, de tu presencia; no retires de mí el espíritu de santificación. Vuélveme la alegría de la inocencia y de tu amistad; haz que encuentre otra vez en la Eucaristía toda mi fortaleza. Después de haber perdido á otros con mis malos ejemplos, ¿qué debo hacer sino enseñarles tus caminos, para que se conviertan á Tí? ¡Ah! Tú me librarás del castigo que merezco, y mi lengua no cesará de ensalzarte. Si la culpa cerró mis labios, ven ¡oh Señor! á abrirlos, para que puedan anunciar tus alabanzas. Si sacrificios quisieras, te daría hasta mi vida; pero, bien lo sé, Tú quieres en holocausto las lágrimas de la compunción y de la humildad. Recíbelas hoy ¡Dios de bondad! no las desprecies. Mi alma, arruinada por la culpa, necesita que la reedifiques, para que pueda ofrecerte nuevos sacrificios de justicia y de amor.¹

VI

Sin duda que, cometido el pecado, es una de las mayores gracias del cielo, que el pecador se entristezca profundamente, considerando su situación

¹ Paráfrasis del Salmo L.

Óyese hablar del pecado; sábese que es ofensa á Dios; conócese de cuántos males es causa; inquiétase instantáneamente el corazón; pero, á pesar de todo, la voluntad lo ama, y el alma se embriaga y se adormece con el venenoso aroma que la hace caer en el abismo. No hay en el mundo otra desgracia que la aparente tranquilidad y la falsa paz de los pecadores, que después de ofender á Dios, buscan la comida, el descanso y la distracción, sin conocer su propia desventura. Y se deslizan por el mundo, anhelando los bienes de un instante. ¡Ah! pronto cesará el ruido del oro; entonces se dejará oír la conciencia. La caridad nos obliga á deseirlo y á esperarlo así.

Pero ¿qué profunda convicción llega á tener de su pobreza espiritual y moral el alma que, por fin, se disgusta de la iniquidad! Entonces, cayendo la venda de los ojos, ve que ha consumido todas sus fuerzas en el pecado: se asombra de la enorme distancia de Dios, á que la separa la furia de sus pasiones: no encuentra ya en su derredor los recursos que antes le facilitaban la práctica del bien; y en sí misma no halla sino un vacío profundo, donde antes habían existido las más felices disposiciones para servir á Dios. Entonces no puede menos que elevar su gratitud á la Divina Misericordia, que por tanto tiempo la ha esperado, y dirigir cánticos de alabanza y de gloria á la Mano Omnipotente que la ha detenido en su carrera de perdición. Mas esos cánticos no pueden dejar de mezclarse con gemidos, porque siempre es amarga la memoria de

haber buscado voluntariamente la propia desgracia; porque la experiencia de los males que se sufren por culpa propia, siempre es fuente de dolor. ¡Ah! Nada más consolador ni más bello que contemplar esos momentos del alma. Nada más sublime que esa serie de reflexiones, en que, volviéndose desde lejos á su Dios, oculto en la Augusta Eucaristía, hace la descripción de sí misma.

VII

“Escucha ¡oh Señor! benignamente mis ruegos, y lleguen hasta Tí mis clamores. No apartes de mí tu rostro; dignate oirme en cualquier dia en que me halle atribulado; óyeme prontamente, siempre que te invoque, pero particularmente hoy que me es tan necesario tu auxilio. Porque mis dias han desaparecido como el humo, y mis huesos están tan áridos como la leña destinada al fuego. Estoy herido por los castigos de tu ira, como el heno por los rayos del sol; y mi corazón se ha secado, porque, sumergido en la culpa, me he olvidado de comer el Pan Divino de la Eucaristía. Y á fuerza de gemir no me ha quedado más que la piel adherida á los huesos. Me he vuelto semejante al pelícano que habita en triste soledad; me he hecho como el buho que se retira á lo más oscuro de las cavernas. He pasado las noches sin dormir, y he venido á ser como el pájaro, que vive solitario sobre los tejados. En esta condición mis enemigos me han vitupera-

do todo el dia, y los que antes me alababan hacían imprecaciones contra mí. He comido la ceniza como pan; he mezclado las lágrimas con mi bebida. He llorado sin cesar á la vista de tu ira y de tu indignación, que provoqué con mis iniquidades. . . . Mis dias han pasado como la sombra: me he secado como el heno. . . . Mas el Señor, que atiende á la oración de los humildes, ha dirigido una mirada de clemencia desde lo alto de su Santuario. . . .”¹

Sí, desde el tabernáculo, que es el trono de su amor, dirige el Salvador sus miradas de consuelo á los que gimen bajo el peso de las desgracias que son consecuencia de la iniquidad, y esas miradas trasforman los gemidos de la desesperación en gemidos de esperanza.

“Movido de la bondad con que llamas á los pecadores, yo iré á Tí, ¡oh Jesús! con todas mis miserias, todas mis fragilidades, todas mis tentaciones, todas mis iniquidades. Yo iré como el enfermo que va al médico, con la esperanza de ser curado; como el hambriento que va á la mesa donde están los manjares que puedan aplacar su hambre. Si es demasiado grande mi presunción, ¿por qué la has autorizado con un exceso de amor? Si querías deshecharme, debías no haber acogido entonces con tanta compasión á la pecadora que derramó sobre tus pies el delicioso perfume. Al recibirla sin indignación, al sufrirla hasta con bondad, al tomar su defensa contra su soberbio acusador, alabando su acción y respondiendo al lenguaje tan expresi-

¹ Salm. CI.

vo de sus lágrimas con esta palabra: "*muchos pecados te han sido perdonados, porque has amado mucho,*" Tú, Dios mío, animas mi arrepentimiento y despiertas mi confianza."¹

VIII

El arrepentimiento nos acerca á Dios con la misma rapidez con que nos alejó el pecado. ¡Dichoso el corazón que ha obtenido el dón inestimable de las lágrimas! El gran Crisóstomo afirma: "que la compunción es indispensable, porque los pecados ocultos, como la murmuración, la vanagloria, la avaricia, piden continua penitencia. Los inminentes peligros que nos rodean, merecen igualmente nuestro llanto. La compunción es hija del amor Divino, que consume en el corazón todo afecto á las cosas temporales, al grado de disponer al hombre á dejar con placer el mundo, y contentarse con vivir solo. El alma con la compunción se hace ligera, y levantándose sobre todas las cosas visibles, las desprecia como nada. Sí. El que llega á penetrarse del espíritu de amor y de compunción, prorrumpe con demasiada frecuencia en llanto; pero esas lágrimas le dan increíble dulzura y placer. El que está animado de la compunción, vive en las ciudades como si viviera en el desierto, y apenas puede dar noticia de las cosas de esta vida. Jamás

¹ Herbet. Imitación de Jesucristo, meditada, Libro IV, capítulo 6, consid. 6.

se vé saciado de lágrimas, que derrama en abundancia por los pecados propios y por los ajenos."¹

¡Oh Jesús! ¡qué placer tan delicioso es ver el amor celestial, que es el sol de las virtudes, cuando poco á poco, por grados que *insensiblemente se hacen sensibles*, va desplegando su claridad sobre el alma, y no cesa hasta dejarla llena del esplendor de su presencia, dándole, en fin, la perfecta hermosura de su luz! ¡Ah! ¡Cuán risueña, cuán hermosa, cuán amable y agradable es esa aurora! Y sin embargo, el alba no es el día; y si lo es, es un día que nace, un día que comienza; es más bien la infancia del día que el día mismo. Y de la misma manera é indudablemente, los movimientos de amor que preceden al acto de fe requerido en nuestra justificación, ó no son amor, ó, hablando con propiedad, son un amor imperfecto y que comienza. "Esos son los primeros botones ó verdes capullos que el alma, calentada con el sol celestial, como un árbol místico, comienza á brotar en la primavera, que son presagios más bien de frutos que frutos."²

Por grandes y punzantes que sean las calamidades que pueden sobrevenir al corazón humano en la vida presente, jamás llega á encontrarse en aflicción más extrema, que cuando sintiendo en sí mismo todo el amor que debe á Dios, se convence de la injuria que le ha hecho ofendiéndole. Experimentar este pesar, superior en intensidad y noble-

¹ Homil. VI y XLI.

² San Francisco de Sales. Tratado del Amor de Dios. Libro II, capítulo 13.

za á todos los demás pesares, es la prueba más clara de que el corazón, comprendiendo su único fin, y encendiéndose en el amor Divino, ya no quiere vivir sino para Dios. Y se siente dulcemente atraído hacia Jesucristo, y desea ir á esconderse en las llagas de este Salvador adorable, que es la resurrección y la vida;¹ y ya no piensa más que en la admirable Eucaristía, donde encontrará, está seguro de ello, la heroica resolución y la generosa intrepidez que necesita, para producir en lo sucesivo, conforme al mandato Divino, dignos frutos de penitencia.²

¿No es verdad que el alma, aunque se encuentre incierta del valor y del mérito que delante de Dios tenga su arrepentimiento, advierte, sin embargo, por una voz interior que se lo asegura, la eficacia de sus lágrimas para alcanzar el perdón? “¡Ah! dice, lejos de mí la duda y la desconfianza.” Y en el éxtasis de amor que la arrebató, toma en la consideración el arpa de David, mientras que sus afectos y su compunción y sus gemidos se encaminan al tabernáculo.

IX

Sumergido ¡oh Dios mío! en el profundo abismo de mi desgracia, y cubierto por las olas de la adversidad, he clamado á Tí solo de lo íntimo del corazón, poniendo en Tí toda mi esperanza: oye,

¹ San Juan XI, 25.

² San Mateo, III, 8.

pues, mi ruego; óyelo benigno, ya que yo lo he repetido una y mil veces, por la vehemencia del dolor y por la certidumbre de la esperanza.

Si Tú ¡oh Señor! observas mis pecados, y los guardas en tu memoria para castigarlos según el rigor de tu justicia, ¿podré estar delante de Tí, y sufrir la pena que ellos merecen? Sé que Tú eres misericordioso, y que te has impuesto como ley escuchar á los que te suplican, y perdonar á los que se arrepienten de su pecado.

En medio de los males que han sido consecuencia de mi rebeldía é ingratitud, jamás he olvidado tu promesa: jamás he dejado de esperar en Tí. ¿Quién, pues, dejará de esperar en el Señor, desde la mañana hasta la noche? Porque en Él reside la misericordia: porque la Divina Eucaristía es copiosa fuente de redención: porque desde allí el Salvador se complace en redimir á cuantos gimen en la iniquidad.¹

Cuando nuestras esperanzas están ya para cumplirse, no es dado explicar el gozo que se apodera del corazón. Y este gozo es tanto más profundo, cuanto mayor es el deseo de conseguir algún bien: cuanto mayor es el bien en que se fijan nuestros deseos.

El alma que gime por su pecado, no desea, no espera, no anhela otra cosa que el perdón. Como ha medido ya toda la profundidad de su desgracia, reconoce la inmensa valía del beneficio que con el perdón le será concedido.

¹ Paráfrasis del Salmo CXXIX.

Trae á su memoria el cúmulo de favores que Dios le ha hecho en el orden de la naturaleza y de la gracia, pero ¡ah! ninguno hay, y así se lo persuade y lo medita cada vez más, ninguno le parece más grande que la dulcísima Eucaristía; por eso ardiente, enajenada, agradecida, reúne todas las fuerzas de que es capaz, para enlazar allá dentro de sí misma estos dos sentimientos que la conmueven y la destrozan, cuanto más los compara entre sí: el amor de Jesús, que todo se lo ha dado en la Eucaristía, y la ingratitud con que ha correspondido á este amor.

Y renueva sus gemidos, porque se convence de que la memoria de Jesucristo en la Eucaristía, no debe excitar más que gemidos en el corazón del pecador. Ama gimiendo, porque vé que quien no ha sabido amar por hacerse infeliz, no debe sino gemir para aprender á amar.

Sin embargo, reconoce que esos gemidos en que se exhala, nacen ya del espíritu de verdadera gratitud. ¡Qué dulce es el gemido del alma que hace esfuerzos por agradecer!

Una y otra vez todavía te pido ¡oh Dios mío! que escuches mi oración: tu infinita verdad y justicia me obligan de nuevo á creer que no la desecharás. No, no entres ya en juicio conmigo: ¿podría acaso justificarme en tu presencia?

Tú sabes cuánto me han perseguido mis enemigos: han abatido mi vida hasta el suelo: me han reducido á habitar en sitios tenebrosos, y á sepultarme vivo, á semejanza de los que murieron hace muchos siglos. Hé aquí por qué mi alma se ha llenado de angustias y mi corazón se ha turbado en mi interior.

Pero ¡ah! ¡qué vivos sentimientos de amor y de gratitud hacia Tí he experimentado al recorrer en mi memoria todos los antiguos tiempos, al meditar en esas tus grandes obras de misericordia y de dulzura paternal, con que te has manifestado en la ternísima Eucaristía, siempre pronto á perdonar á los que recurren á Tí! ¡Cómo, al pensar en esta bondad, dejaría de extender mis manos hacia Tí? ¡Ay! El alma hundida en la culpa, el alma que no se alimenta del pan Divino de la Eucaristía, se halla en tu presencia ¡oh Dios mío! como una tierra sin agua, árida para la piedad, estéril para la virtud; porque en ella sólo crecen los espinosos cardos de las malas inclinaciones. Y yo estoy así.

Al reflexionar en esta deplorable situación, he dirigido á Tí mis gemidos. Apresúrate á oirme, Señor: mi alma ha desfallecido: no apartes de mí tu rostro: no sea que, sin la vida que das Tú en la Eucaristía, me haga semejante á los que descenden al sepulcro.

Hazme sentir cuanto antes tu misericordia, pues en Tí he puesto mi esperanza: muéstrame el camino que debo seguir, para escapar del furor de mis enemigos, pues he levantado mi alma hacia Tí. En

séñame á cumplir tu voluntad, porque Tú eres mi Dios.

Tú me darás la vida ¡oh Señor! por la gloria de tu nombre, según la equidad de tu justicia: Tú, viniendo á mi alma en la consoladora Eucaristía, la sacarás de la aflicción que la oprime. Por tu misericordia disiparás á mis enemigos y destruirás á todos los que me turban: acuérdate que yo soy siervo tuyo.¹

¡Oh Dios que sondeas los corazones y lo interior de las almas, y para quien nada hay oculto,² ya no tengo sino esta sola palabra: *Tú sabes que te amo.*³ Sí, te amo más que al cielo, porque el cielo es nada sin Tí: te amo más que á la tierra, cuyos bienes son falsos, frágiles, insuficientes, indignos de mí. Tú eres el único tesoro que mi corazón desea! . . .

“Digo que mi corazón desea; y sin embargo, tengo necesidad de que lo inflames con el fuego de tu santo amor; porque siento que está muy frío, muy duro, muy insensible y muy poco agradecido á tus beneficios.”⁴

XI

Yo te amaré, Señor: Tú eres mi fuerza, mi apoyo, mi refugio, mi libertador.⁵

1 Paráfrasis del Salmo CXLII.

2 Jeremías, XVII, 10.

3 San Juan, XXI, 15.

4 Herbet ya citado. Lib. IV, Cap. XI, Consid. 11.

5 Salmo XVII, 2 y 3.

Es bueno permanecer unido al Señor, y colocar mi esperanza en mi Dios.¹

Señor, ¿qué tengo yo que buscar en los cielos, ó qué puedo desear en la tierra fuera de Tí? Esperándote desfallece mi carne, ¡oh Dios de mi corazón! Tú eres mi herencia por los siglos de los siglos.²

Como el siervo sediento suspira por la fuente de agua viva, así mi alma suspira por Tí, Dios mio.³

Mi alma tiene sed de Tí, ¡oh Dios vivo y fuerte! ¿Cuándo iré, pues, y compareceré ante la faz de mi Señor?⁴

Yo pongo mi alma en tus manos: Tú me has rescatado ¡oh Dios de verdad!⁵

¿Quién me separará de tu amor? ¿La aflicción, las angustias, la desnudez, los peligros, las persecuciones, la espada? Yo estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la violencia, ni todo lo que hay más arriba, ni lo de más abajo, ni ninguna criatura, podrá separarme del amor de Dios, en Jesucristo mi Salvador.⁶

En esta escala admirable de afectos, de sentimientos y aspiraciones, por donde el alma sube gradualmente desde el tenebroso abismo del pecado hasta la luz inefable del amor Divino, los ge-

1 Salm. LXXII, 28.

2 Idem, LXXII, 25, 26.

3 Idem, XLI, 2.

4 Idem, XLI, 3.

5 Idem, XXX, 6.

6 San Pablo á los Romanos, VIII, 35, 38 y 39.

midos del corazón, en lugar de disminuir, crecen cada vez más, á proporción que es menor la distancia que separa al alma de Dios, á medida que se acerca el apetecido momento de su perfecta unión con Jesucristo en la suavísima Eucaristía. ¡Ah! Si el alma que no gime lleva en sí misma el signo de su eterna desgracia, preciso es que, creciendo el amor del alma hacia Dios, gima por el convencimiento de haberle amado tan poco y por el deseo de amarle con toda la fuerza que merece ser amado. ¡Oh si viniesen á decirnos esta verdad los corazones que han sabido amar á Jesucristo! Su historia es la historia de sus gemidos y de sus lágrimas. Con cuánta elocuencia nos dirían esos corazones que la Divina Eucaristía es, para los que la aman, la causa fecunda de su perpetuo gemir. Y es que el corazón se despedaza de pena al recordar su ingratitude; y si por fin alcanza el consuelo indecible de ofrecer todo su amor á este Dios infinitamente amable, conoce que su limitación y miseria no le permiten amar con un amor infinito. ¡Gemidos de dolor, gemidos de confianza, gemidos de deseo, gemidos de amor! vosotros expresais todo lo que siente el alma que vé en la Eucaristía el ardiente amor que nos tiene Jesucristo. ¡Qué dichoso es el corazón que tiene gusto en gemir delante del dulcísimo tabernáculo de Jesús!

Un profundo gemido de tristeza es el primer grito de alarma que lanza el pecador contra sí y contra las perversas inclinaciones que le arrastran al abismo; un gemido de amor y gratitud, gemido que

no cesa durante la vida, es la expresión del justo que no busca ya sobre la tierra sino á Jesucristo en la Eucaristía. Modelo de penitencia y de amor, David pulsó siempre las sonoras cuerdas de su arpa al humillarse delante del Altísimo, al bendecir y glorificar sus eternas misericordias.¹ El corazón cristiano, que vive de la fe y experimenta la dulzura del amor Divino, sólo sabe exhalar gemidos de entusiasmo y de alabanza en presencia del Tabernáculo. Y en su éxtasis de amor, al sentir toda la suavidad del consuelo Divino, si recuerda que vive aún en esta tierra de llanto y de peligros, si derrama todavía lágrimas de tristeza, no puede menos que exclamar: “¿por qué ha de estar triste mi alma? ¿por qué he de encontrar en ella motivos de turbación, si Tú, ¡oh Dios mio! eres en la amable Eucaristía el único centro de mis deseos, el único objeto de mi amor, el único fuego que encenderá mi alma para cantar, al són del arpa, las inmensas maravillas de tu bondad?” *Confitebor tibi in cithara, Deus, Deus meus: ¿quare tristis es anima mea et quare conturbas me?*

¹ Salm. LXXXVIII, 2.





REFLEXIÓN XXI

¿QUÉ SERÁ DE MÍ?

*In manibus tuis sortes meae.
Mi suerte ¡oh Dios mio! está
en tus manos.*

PSALM. XXX, 16.

I

ERA de noche. El silencio del templo en que se manifestaba la Divina Eucaristía, era profundo y solemne. Los adoradores se hallaban postrados, llenos de respeto, al pie del altar. Los cirios que ardían en sus manos, como los que iluminaban el trono de Jesús, eran el símbolo más perfecto de la fe, que llenaba, con su inspiración celestial, la casa del Señor.

Aunque el espíritu esté acostumbrado á las grandes emociones, es tan honda la que produce la reflexión de sí mismo, que su huella permanece indeleble. Yo debo decirlo: entonces lo experimenté.

Aquel espectáculo, nuevo para mí, arrebató la atención que tenía yo preocupada en otros objetos:

me hizo olvidar lo que después me proponía hacer, y encadenó de tal modo mis potencias y sentidos, que, sin pensarlo, quedé reconcentrado dentro de mí mismo. Jesucristo en el silencio de la Eucaristía; el mundo en el silencio de la noche; yo en el silencio de mi corazón. . . . Me creía yo trasladado á una región misteriosa, pero tan verdadera como lo mismo que yo sentía. Estaba yo lejos de todo; nada interrumpía mi inexplicable arrobamiento. . . . La llama vacilante de los cirios, que parecía desprenderse y subir, era la imagen más viva de mi alma, que por instantes propendía á exhalar enajenada.

¡Dios y yo! ¡Cuántos pensamientos! Dios me ha amado; ¡y yo? Dios quiere que yo sea suyo; ¡y yo? Dios desea hacerme feliz; ¡y yo? A punto ya de verme perdido en la variedad y multitud de las ideas que se sucedían, que se aglomeraban, que se reflejaban con toda su intensidad en mi alma, conseguí fijarme en estos tres pensamientos, cuya fuerza me dominó completamente: ¡Qué fui? ¡Qué soy? ¡Qué seré?

II

Como si repentinamente hubiese quedado sumergido en un profundo adormecimiento, de esos en que el ensueño se presenta á la fantasía con toda claridad y viveza, ví abierto el libro en que estaban escritos los acontecimientos de mi vida pasa-

da, y sus más pequeñas circunstancias. Allí leí cosas que ya se habían borrado enteramente de mi memoria; allí recordé otras de que apenas conservaba una ligera idea; allí encontré escrupulosamente trazados tantos recuerdos, que jamás me han abandonado, porque han sido para mí de grandes consecuencias en el curso de mi vida.

¡Oh qué impresiones tan fuertes! . . . Ví desfilar de nuevo delante de mis ojos, todos los años que han trascurrido sobre mí; volví á ver aquellas personas que rodearon mi infancia y mi juventud, y que fueron desapareciendo después, poco á poco, arrebatadas por la muerte. ¡Cuántas memorias hirieron mi alma!

Yo no me acordaba ya de que hubo un tiempo en que mi corazón se llenaba de inocente alegría con el encanto de la virtud: cuando se le hacía dulce y fácil la obediencia: cuando buscaba á Dios y á María en la oración: cuando el fraude y la iniquidad lastimaban la delicadeza de mis sentimientos: cuando no podía soportar por mucho tiempo los remordimientos que dejaban mis primeras faltas. . . . Yo ví, entonces, en una página de ese libro misterioso de mi conciencia, la primera confesión que hice, la primera limosna con que socorrí al necesitado, la primera oración que elevé al cielo; pero cuando leí allí la descripción inefable del día de mi primera comunión, ¡ah! me estremecí, no sé si de gozo por los bienes preciosos que recibí en ella, ó de dolor por no haberlos conservado, ni correspondido á ellos. Sin saberlo ni quererlo, levan-

té mis ojos y los clavé en la radiante Eucaristía. . . Mi corazón palpitaba con violencia. . . “¿Te acuerdas, hijo mio?” Fué la voz que me pareció escuchar dentro de mí, salida del silencio del altar.

Fuí entrando insensiblemente en cierta especie de abatimiento; una sombra densísima cubrió mi frente; se apoderó de mí la melancolía más profunda. . . . ¡Con razón! ¡Cómo ver con ánimo sereno los caracteres sombríos en que se hallaban consignadas las épocas posteriores de mi vida? ¡Cómo negar lo que mi memoria misma me presentaba? Mil veces había oído que en medio del bullicio del mundo no puede el hombre conocerse á sí mismo, ni graduar la magnitud de sus aberraciones; pero yo no lo había querido creer: en la majestad imponente de la soledad, quedé, en aquella noche, horrorizado de mí mismo. Dos pensamientos me hicieron humillar entonces, delante de Jesucristo realmente presente en la Eucaristía: el de la espantosa confusión que cubrirá al alma, viendo sus crímenes delante del Divino Juez, y el de la misericordia con que me había conservado la vida hasta el momento en que me hallaba. “Esa violación de mis deberes, me decía yo lleno de turbación, esa transgresión multiplicada y escandalosa de la ley Divina, ese funesto menosprecio de todo lo que puede servir á mi salvación, son delitos que no he borrado con la penitencia. . . .” ¡Pero qué? Apenas reflexioné que Dios estaba allí leyendo mi corazón, un sudor frío corrió por mi cuerpo,

y no pude menos que exclamar: "contra Tí solo pequé, y delante de Tí cometí mis malas acciones."¹

III

Es horriblemente cruel pensar que la desgracia que nos oprime, es obra de nuestras manos; pero es todavía más horrible y más cruel ignorar la propia desgracia. Allí, pues, me convencí de que el hombre tiene por fuerza que ser feliz, porque ese es su fin; y mientras más meditaba, menos podía comprender lo que había yo sido. Que la felicidad del hombre sobre la tierra consista en el ejercicio de las virtudes cristianas, había sido para mí, hasta aquel momento, un arcano incomprensible. Pero allí comprendí con la luz Divina lo que la razón en vano se había empeñado en persuadirme de tantos modos. Allí también entendí con evidencia, que el hombre no puede ser feliz alejado de la Eucaristía: porque alejado de la Eucaristía no puede respirar la vida de la gracia: porque el corazón que se aleja de la Eucaristía, no sabe amar el verdadero bien, y el que no ama permanece en la muerte.² Así encadenaba yo mis ideas, entre la convicción y la vergüenza, hasta llegar, por último, á esta triste declaración que me hice á mí mismo: "he sido infeliz porque he querido serlo."

¹ Salm. L, 6.

² 1.º de San Juan, III, 14.

Esto, por lo que mira al tiempo pasado: ¿y por lo que mira al presente...? Dudando de mi misma vida, y admirando que el Señor me pudiese sufrir en su presencia, reuní, entre el temor y la confianza, las fuerzas de mi espíritu para dirigir, con acento suplicante, al Dios de la Eucaristía, las palabras mismas del grande Apóstol de las naciones: "Señor, ¿qué quieres que haga?"¹ Y todavía experimentaba yo en aquel momento no sé qué debilidad, desmayo y falta de resolución... ¡Oh qué triste es no acostumbrarse á pensar en sí mismo! ¿Qué misterio de iniquidad y de rebeldía es ese que se encierra en el corazón humano, cuando viendo la luz, conociendo la verdad, y deseando el bien, se obstina, sin embargo, y se encapricha en permanecer rodeado de tinieblas, en cerrar los ojos á la verdad, en hacerse voluntariamente infeliz?

"¿Pues qué soy ahora?" me preguntaba yo luchando conmigo mismo. ¡Ah! Hubo un momento horrible en que la soberbia me quiso hacer creer que era menos culpable. Descubrí entonces todo el mal de que yo era capaz aun en la presencia misma de Jesucristo: alcé los ojos, y sentí en mi corazón, como San Pedro, el sublime golpe de la mirada de Jesús. Me humillé confundido, y dije: "soy un hijo ingrato, un pecador endurecido, un desgraciado réprobo..." El llanto nubló mis ojos, cuando quise ver de nuevo la Divina Eucaristía...

No. Ya no era posible resistir más. Mi corazón

¹ Hechos apostólicos IX, 6.

oprimido no podía hallar mejor oportunidad, para desahogar sus afectos, que el silencio de la noche, cerca de la adorable Eucaristía. "Yo te pido ¡oh Dios mio! que no me arrojes de tu presencia. ¡Ah! ¡infeliz de mí si retiras tu luz...! Desde que perdí tu gracia, ¡qué días ¡ay! he pasado tan tristes! Vuelve, pues, á mi alma el júbilo consolador de la inocencia, que antes formaba todo mi bien, y fortaléceme con tu gracia, para que nunca ya triunfe de mí el demonio." *Redde mihi laetitiam.*¹

IV

Es grato explicar en la efusión del amor los sentimientos del alma. Por eso yo gozaba ya de tranquilidad; pero... apenas había comenzado á sentir la suave dulzura de la paz del espíritu, cuando me asaltó un pensamiento, el último que debía totalmente ocuparme: *¿qué será de mí?*

Yo recordaba que ese pensamiento lo había tenido otras veces en mi vida, principalmente allá en los años de mi adolescencia, cuando me sorprendía, escuchando las vicisitudes de otros: cuando reflexionaba sobre el porvenir que me tendría preparado la Providencia: cuando yo mismo, sin comprenderme, me afanaba en investigar por conjeturas las razones de mi futuro destino. Sí, entonces, yo recordé que en aquella edad feliz y encantadora, no obstante la superficialidad con

¹ Salm. L, 14.

que el entendimiento lo considera todo, solía estar meditabundo algunas horas, en que mi corazón se entregaba á cierta involuntaria tristeza, y recordé que mis miradas se fijaban entonces más de una vez en la Santísima Eucaristía, como deseando que se me descubriese allí, si era posible, el secreto de mi porvenir. ¡Con qué viveza se me representaban esos recuerdos...! Pero yo no puedo ocultarlo: jamás fué tan profunda como en la noche de que hablo, esa idea que no cesaba de revolver en mi mente, mirando á Jesucristo mi Salvador en su trono eucarístico. "*¿Qué será de mí?*"

Un velo impenetrable cubre los arcanos del tiempo futuro: sólo Dios los conoce: la humanidad camina á su fin sin otra luz que la de la experiencia, y la del momento presente. ¡Economía providencial de la Sabiduría Divina! Se nos ha dado á conocer todo lo que tenemos obligación de saber para alcanzar la eterna salvación: si lo ignoramos, culpa nuestra es. Sabemos que necesariamente hemos de ser ó eternamente felices, ó eternamente desgraciados: pleno conocimiento existe en nosotros de los medios que conviene adoptar para conseguir el premio, y evitar el castigo: ninguna excusa podrá caber al fin de la vida. Pero Dios no ha querido desenvolvernos el misterio de nuestra futura suerte: nuestro destino está en sus manos: desea, sí, que nosotros hagamos lo que nos manda, que creamos lo que nos dice, que esperemos lo que nos promete.

Estas reflexiones, que tantas veces había escu-

chado, que tantas veces había hecho yo mismo, me llenaron entonces de un imprevisto pavor. Sí: porque allí me convencí de esta importante verdad: el hombre puede conocer lo que será por lo que ha sido, y por lo que actualmente es. El fundamento de las gratas esperanzas y de los dulces presentimientos, está siempre en nuestro corazón; pero si éste se encuentra dañado, si destila el veneno de la corrupción moral, si ya se obstinó á fuerza de despreciar la voz de la Divina gracia, si la afición á sus malos hábitos impide que se impresione de las verdades que más le interesan, ¿qué puede tener sino temores? Así estaba el mio. Sin embargo, yo me hallaba delante de la Eucaristía, que es la misma misericordia: yo me complacía en traer á la memoria los días todos de mi vida, que son, lo confieso con gratitud, una serie jamás interrumpida de misericordias que el Señor ha usado conmigo: yo me consolaba, y tenía razón, con la hermosa idea de la Infinita Clemencia que ha perdonado á tantos pecadores. Pero ¿qué certidumbre podía yo abrigar en aquellos momentos de que mi arrepentimiento fuese perfecto y proporcionado á la gravedad de mis delitos? Yo me convencía más y más de que la detestación del pecado es la llave del perdón, que abre, en favor nuestro, el tesoro, dispuesto siempre, de la Divina Bondad. ¿Pero podía yo estar seguro de que la confusión y la iniquidad que reinaban en mi alma, me permitiesen aborrecer la culpa, cuanto debe ser aborrecida? ¿No es cierto que para romper los lazos con que el pe-

cado ata al corazón, es necesaria la Divina gracia? ¿Y yo podía tener motivos para merecerla? Entretanto, sonaba en mis oídos la campana del reloj, que anunciaba una de las altas horas de la noche. Mil veces la había oído sin experimentar sensación alguna; pero entonces hirió mi corazón. ¡Ah! Sí. Lo digo como lo sentí entonces: la campana del reloj es la voz que todo el día y toda la noche nos llama para la eternidad. . . . La campana del reloj, cada vez que suena, es un nuevo testimonio de la Divina Misericordia. . . . La campana del reloj no es el clamor del tiempo que huye velozmente sobre nosotros: es el aviso de Dios que reclama á los pecadores los pasos que dan hacia el abismo. . . .

Y me sentí sobrecogido de una espantosa convulsión interior: erizáronseme los cabellos: parecíame ver la negra mano del demonio que me detenía. . . . “Pues si yo no imploro misericordia, dije entonces, si no pido perdón, si no me vuelvo á Dios, ¿qué será de mí?”

V
Era ya el momento en que debía yo desempeñar mi turno de adoración; pero. . . . ¡ah! yo no estaba en mí. . . .

“Ten confianza, acércate,” hé aquí las palabras dulcísimas que mi alma percibió. Y la Divina Eucaristía apareció á mis ojos más amable que nunca. El silencio del santuario no solamente me llenaba

de respeto, sino que me infundía una emoción deliciosa de esperanza y de amor. Me acordé entonces de Isaac, que para dar la bendición á su hijo Jacob le mandó acercarse más. *Accede huc.*¹ Y era, que el Señor quería bendecir mis resoluciones, como bendice siempre con exquisita suavidad á todos los que previene con los dones de su gracia. *Praevenisti eum in benedictionibus dulcedinis.*²

Hay momentos afortunados en que el alma goza, y goza porque encuentra descanso, consuelo, satisfacción. Esos goces en lo general son desconocidos, por eso rara vez son buscados. Conocer que hacemos lo que Dios quiere, es un goce que excede toda descripción. Lo contrario se llama remordimiento; y donde hay remordimiento no puede haber paz ni gozo interior. . . . En aquellos instantes sublimes, arrebatadores, indecibles, yo pensaba en mí, y pensaba en todos los hombres. Y juzgaba imposible que existiese algún corazón en que pudiera domiciliarse la alegría, después de menospreciar la voluntad de Dios. Yo veía entonces al género humano, como me veía á mí mismo, puesto por Dios en este lugar de destierro, con el fin único de ensayar aquí el amor que hemos de consagrarle por toda la eternidad: acudían á mi memoria todos los beneficios con que Dios ha querido atraer nuestro corazón, y mi pecho quedó, sí, lo recuerdo bien, casi sin respiración, cuando reflexioné que estaba cerca del Salvador mismo. Na-

¹ Génesis, XXVII, 21.

² Salm. XX, 4.

da extraño me pareció ya que acá en la tierra haya penas, dolores sufrimientos, si el amor á Dios lo endulza todo, si este mundo no es la mansión de nuestro reposo, si el mismo Dios quiere estar personalmente en nuestra compañía. Y no podía comprender cómo en aquellos momentos hubiese corazones olvidados de Jesucristo. Lo que yo experimentaba había estado muy lejos de esperarlo antes. El tiempo volaba sin que yo me apercibiese de ello.

Prometí mucho entonces: prometí no buscar ya sino mi último fin: prometí amor á Jesús: prometí cumplir mis deberes: prometí consagrarme á practicar el bien: prometí evitar las ocasiones del pecado. . . . prometí, en fin, todo lo que debe prometer una alma que ya no quiere vivir más que para Dios, que ya no quiere exponerse á nuevos peligros de perderle, que ya no quiere continuar en la cruel inquietud, ni en la horrible ceguedad que el pecado produce.

Y mi alma adquiría aliento, y se llenaba de confianza en el poder Divino, cuando se fijaba en el porvenir, porque sólidamente se persuadía de que el Señor, que la había llamado para hablarle con tanto amor, no la abandonaría. Y se encantaba deliciosamente al contemplar abierto desde aquel instante un camino recto y seguro para el cielo, donde descansaría de todos sus trabajos, donde gozaría de todos los bienes, donde se uniría para siempre con Dios, objeto único de su fe, de su amor y de su deseo.

Pero, ¡oh pensamiento aterrador...! Cuando volví los ojos sobre mí y calculé, recordando lo que yo había sido, mi debilidad, mi ligereza, mi inconstancia, lo confieso, súbitamente me faltaron las fuerzas. “¿Podré asegurarme, decía yo, de que emprenderé con firmeza la grande obra de la salvación? Los enemigos de mi eterna felicidad, empeñados en hacerme sucumbir bajo sus garras, ahí me esperan encarnizados y feroces en las puertas del Santuario. . . . ¿Qué haré. . . ? La memoria de este momento feliz, en que me hallo contigo ¡oh Dios mio! acaso muy pronto se borrará en mí, y las ideas del mundo, de los placeres, de la iniquidad, volverán á ocuparme como hasta aquí. ¿Podré estar cierto de que invocaré tu auxilio, cuando el halago de las pasiones venga á brindarme en derredor con sus engañosos atractivos? Bien me conozco ya: la experiencia me ha enseñado cuán fácil es hacerse infeliz. Tiemblo al pensar en esos momentos de furiosa lucha, en que mis perversas inclinaciones, creyéndose superiores á mí mismo, me impulsan con audacia al crimen. . . . y más cuando sé que en esos momentos el alma está turbada, impetuosa y ciega. ¿Me acordaré entonces de volver los ojos á Tí, que eres mi única fortaleza? Demasiado convencido estoy de que jamás dejas de acudir en socorro del que te llama: este convencimiento me llena ahora de una dulce esperanza: ¿pero seré fiel en recurrir á Tí? Yo no sé si estoy ya cerca del término de mi vida, porque sólo Tú conoces los años que ha de durar mi tránsito por

esta tierra de llanto y de peligros. . . . ¡Cuántas vicisitudes tendré todavía que atravesar!”

Y era tan profunda la emoción que me causaba la desconfianza de mí mismo, que sentí desmayarme de congoja y de temor. Y mis suspiros se exhalaban ardientes hacia Jesús, que me escuchaba en el silencio de la Eucaristía; porque me persuadí con una claridad nueva y apremiante, que de la perseverancia en los caminos de la ley Divina, depende la salvación. Y me preguntaba á mí mismo con angustiosa instancia: “si yo no llego á perseverar con constancia y fidelidad, ¿qué será de mí?”

VI

Mi turno había concluido. Lacerado mi corazón por la incertidumbre del porvenir, exclamó en un arranque de amor: “Oh Dios! en Tí confío: no quedaré avergonzado.” *In te confido, non erubescam.*¹ Recobrando ánimo, me retiré conmovido á un ángulo del templo, para seguir el curso de mis ideas, extraordinariamente fecundizadas por las que me habían dominado hasta entonces.

“Así como había pasado con tanta rapidez, el tiempo que especialmente yo tenía prescrito para la adoración de la Santísima Eucaristía, en aquella noche, del mismo modo y con igual rapidez, me decía yo, pasará el tiempo de mi vida, cualquiera que sea el número de los años que Dios me conceda.

¹ Salm. XXIV, 2.

El día de mi muerte necesariamente ha de llegar: yo no he de ser excluido de esa ley universal y forzosa, consecuencia del pecado, que condena á la muerte á todo el género humano. Y se muere una sola vez. . . .”¹ Yo jamás había llegado á suponer el caso en que la idea de la muerte me dominase en presencia de la Divina Eucaristía. Y entonces llegó á dominarme con toda su intensidad, con toda su vehemencia.

Al pensar que algún día he de morir, las lágrimas vinieron á mis ojos. . . . sí, porque siempre es amarga la memoria de la muerte.² A muchos he visto morir; he recogido sus últimas palabras; he llorado su pérdida. . . . Pero, al fin, esa impresión y ese recuerdo, por punzantes que hayan sido, pasan, como pasan todas las escenas de la vida. Pero mi muerte ha de ser un acontecimiento que afecte directamente á lo que yo soy; porque la muerte ha de venir á desmoronar todo mi sér; ha de venir á sepultar mi cuerpo en el sepulcro y á llevar mi alma, ¿adónde? No lo sé. . . . Y me trasladé con la imaginación á ese momento supremo; y quedé estupefacto. . . .

Las circunstancias de mi última hora se me presentaron con todo su tristísimo carácter. El aposento apenas iluminado; el lecho de mi dolor, rodeado de parientes y amigos que vienen á despedirse; el sacerdote, que con voz gemebunda recomienda mi alma á Dios; mi cuerpo inmóvil, mis ojos em-

¹ San Pablo á los Hebreos, IX, 27.

² Eclí. XLI, 1.

pañados, mi boca entreabierta, mi frente lívida, mis manos sosteniendo la imagen del Salvador crucificado, mi respiración lenta, mi pulso casi extinguido. . . .

¿Pero es esto lo más triste? Yo miraba á mi Dios oculto bajo los misteriosos velos de la Eucaristía, y lo volvía á mirar, y me sentía cada vez más enternecido y contristado, creyendo firmemente que Él ha de ser mi Juez en aquella terrible hora. ¡Oh si me hubiera sido posible obtener de Jesús que me dijese lo que ha de hacer conmigo al juzgarme! “Ante Él se leerá toda mi vida; hasta el último de mis pensamientos ha de pesarse en la balanza de su infalible justicia; ya no habrá tiempo de reparar, ni de remediar, ni de deshacer. *Et tempus non erit amplius.*¹ Allá, delante de la Justicia Divina, me acordaré de esta noche en que estuve á los pies de la Misericordia. . . .” Brilló y se apagó luego un rayo de luz que penetró en mi alma para inspirarle confianza; pero después, al considerar que el negocio de mi salvación es exclusivamente mio, no pude menos de decirme: “si con tiempo no aprendo á morir bien, ¿qué será de mí?”

VII

Y cada vez me sumergía yo más en el abismo de mis reflexiones, en el abismo de mi porvenir. “Mi alma, decía yo también, irá adonde sus obras la

¹ Apocalipsi, X, 6.

hayan conducido. . . . ¡Ah! ¡Qué gozo tan inefable, tan sublime, tan increíble, será para mí entrar por primera vez en la patria celestial, y admirar la grandiosa magnificencia de los bienes que allí ¡oh Dios mio! me tienes preparados, y contemplarte cara á cara, en todo el esplendor de tu majestad y de tu gloria." ¡Oh! ¡Cómo se incendió entonces mi corazón en heroicos deseos de sacrificarlo todo, y de hacer los últimos esfuerzos para alcanzar tanta felicidad! Estando tan cerca del Dios de la Eucaristía, ¿qué me podría impedir permanecer con Él, hasta gozarle en la eternidad?

Y se despertó en mi alma una alegría tan grande, tan dulce, tan nueva para mí, que olvidé todas mis inquietudes. ¿El cielo ha de ser mi eterno descanso? Sí, y allí ya no habrá penas, ni llanto, ni tribulación; porque allí todo ha de ser contento, satisfacción, felicidad. . . . ¿He de gozar siempre del mayor de todos los bienes, del único bien verdadero que es el mismo Dios? ¡Ah! "Tú lo has dicho, exclamé, dirigiéndome al Salvador en la Eucaristía: Tú me has anunciado solemnemente, y me lo repites ahora, que Tú mismo has de ser mi premio, mi anhelado premio, mi óptimo premio. *Ego merces tua magna nimis.*¹ ¡Cómo celebraré, y con qué afectos, y con qué cánticos, allá en la mansión eterna de la luz y del regocijo; cómo celebraré el amor que me has tenido, los bienes que me has dispensado, lo que has hecho por salvarme, las veces que Tú mismo veniste á mi corazón durante

¹ Génesis, XV, 1.

los días de mi vida! . . . Permite ¡oh Dios mio! que yo anticipe mis alabanzas, y que me gloríe todo en Tí; porque Tú eres el centro de mis deseos; porque solamente contigo soy feliz. Permite que comience ya á bendecir con toda mi alma esa bondad infinita, esa generosidad inmensa, ese amor inaudito con que me llevas á vivir eternamente en medio de tu gloria, para estrecharme sobre tu corazón, para hacerme todo tuyo, para no dejarme ya nunca. Permite que te dé ya con toda la ternura, con todo el amor, con todas las fuerzas de que soy capaz, las más ardientes gracias, por haberme salvado de mis mortales enemigos, por haberme conducido con tu misma mano paternal, por haberme traído á este mar de delicias, á este conjunto de maravillas indecibles, á esta plenitud inefable de consuelo, de bienestar y de paz. . . . Ahora sí, ¡qué satisfacción y qué seguridad! ya no puedo abrigar temor alguno de perderte; ya no vendrá nunca la desconfianza á disminuir mi felicidad; ya estaré yo contigo y Tú conmigo, ¡oh Dios mio! á quien ví tantas veces con la luz de la fe, en la Eucaristía; ya viviré yo en tu dulcísima presencia y cantaré tus misericordias, y glorificaré tu nombre en el seno del amor y del gozo. . . . ¡para siempre! . . . ¡por toda la eternidad! . . ."

VIII

Así saboreaba yo, dentro de mí mismo, contemplando á Jesucristo en la Eucaristía, mi futura

suerte. . . . “Y yo espero, y yo afirmo que la he de conseguir. . . . Y no me fundo en otros títulos que en la sangre del Salvador, en la Eucaristía, y en el amor que Dios quiere que le tenga. . . .”

Absorto en esta consideración, había yo quedado inmóvil. Repentinamente, la luz de los cirios, que ardían con solemne tranquilidad, pareció oscurecerse. . . . ¡Horrible momento! . . . Era, que mis ojos se cerraban con languidez. . . . Un pensamiento, negro como la noche, había cruzado por mi imaginación.

¡Ay! Si yo llego á condenarme. . . . ¡Pero qué? ¿Será posible. . . .? Y me estremecí al reflexionar que todavía estoy en esta vida peligrosa, en que la virtud más elevada puede sucumbir. . . . ¡y yo tan débil. . . ! ¡tan inconstante. . . ! ¡tan frío en el amor divino. . . ! ¡tan negligente en mi propia santificación. . . ! ¡tan divagado. . . ! ¡tan licencioso. . . ! ¡tan mundano. . . ! ¡tan escandaloso. . . ! ¡Es tan fácil condenarse! ¡Es tan grande el número de los pecadores. . . ! *¿Qué será de mí?*

Sin embargo, ¡qué justo es condenarse, cuando se ha despreciado á Dios. . . ! Pero. . . ¡qué desgracia! ¡Hay alguno que sepa describirla?

Y no se necesita más que un pecado mortal, aunque sea el primero que se cometa; porque perdida la gracia, conculcada la ley divina, despreciada la autoridad de Dios, el alma se separa voluntariamente del cielo por esa enemistad profunda en que se coloca contra el Único que puede y que quiere hacerla feliz. Y si la muerte viene á arrebatár al

alma, que no se ha vuelto á Dios por la penitencia, ya no hay remedio: el alma queda separada de Dios eternamente.

Al llegar aquí, yo sentía en mi corazón una mezcla inexplicable de amor y de tristeza. “¿Pues qué, seré yo uno de los que sean llevados á la izquierda del Supremo Juez en el día terrible de la venganza Divina, para que caiga sobre mí y sobre todos los pecadores esa palabra de muerte y de dolor: “id, malditos, al fuego eterno?” ¿Pues qué, será inútil mi amor á Tí, oh Jesús mio. . . .? ¿No mereceré tu compasión entonces. . . .?” Y ví rodeada de imponente majestad la custodia en que se hallaba la Santísima Eucaristía. . . . Y me parecía escuchar las últimas palabras con que el Salvador se despedirá para siempre de los desgraciados réprobos. Y me parecía presenciar el infausto momento en que la tierra se abrirá: ese momento en que el infierno, descubriendo el fondo de sus cavernas, y dilatando sus entrañas, pedirá sus víctimas.

IX

Como que me avergonzaba de estar en aquella noche, delante de Jesucristo, mi Juez. “¿Pues qué, continuaba diciendo, seré yo uno de esos infelices que, midiendo la profundidad del abismo que los va á tragar, y sintiendo más que nunca todo el horror de su destino, y comparando su suerte con la feli-

cidad de los justos, no podrán entonces poner límites á su desesperación?"

¡Oh qué desconsolador espectáculo! "Toda fuerza y todo valor abandona á los réprobos: sus corazones se parten de pena: vierten torrentes de lágrimas: levantan sus ojos por última vez hacia la patria celestial que nunca llegarán á ver: distinguen entre los que caminan á ella, á sus amigos, á sus conciudadanos, á sus parientes: miran las sillas que les estaban preparadas y que otros van á ocupar: se despierta en sus pechos la sensibilidad más viva y más profunda de que son capaces; y cuando llega el momento de su separación, exclaman con voz sofocada por los sollozos y los gemidos: "¡Adiós, Paraíso de delicias, admirable ciudad de Dios vivo, mansión de paz, de gloria y de dicha, para la que habíamos sido criados, y de la que nuestros crímenes nos han desterrado para siempre...! ¡Adiós, Padre de las misericordias, de quien hemos dejado de ser hijos...! ¡Adiós, Redentor adorable, que habeis derramado en vano vuestra sangre para preservarnos de los males en que nuestro frenesí nos ha precipitado...! ¡Adiós, oh María, incomparable Virgen, á quien hemos querido tener por enemiga, y no por Madre...! ¡Adiós, Angeles de guarda, Protectores nuestros, á quienes no escuchamos, por ligarnos con estos monstruos de quienes somos ya presa...! ¡Adiós, oh vosotros, cuya memoria nos destroza, amigos virtuosos, cuyos avisos y ejemplos despreciamos...! Adiós, Padre y Madre cristianos, que tantas veces nos obligabais con vuestras lágri-

mas á tener piedad de nosotros mismos, y á quienes no quisimos obedecer...! ¡Adiós, vosotros todos, afortunados moradores del cielo! ¡Adiós, que ya el infierno nos reclama! ¡Adiós, hermoso día de la dichosa eternidad, ya nosotros bajamos á la eterna noche...! ¡Adiós, alegría, paz, consuelo, esperanza...! ¡Adiós, para siempre...! Los tormentos, la ruina y la desesperación van á ser de hoy en adelante nuestra herencia." A estas palabras caen en las cavernas encendidas que rugen devorando su presa. Las puertas se cierran sobre ellas para no volverse á abrir jamás. Allí es el llanto y el crujir de dientes."¹

¡Olvidaré tu ley? ¡oh Dios mio!...! ¡Olvidaré mi educación cristiana...? ¡Olvidaré la Eucaristía...? ¡Qué será de mí?

X

Y quedé abrumado de tristeza, porque me convencí de que con mis manos puedo labrar mi eterna desventura. Y levantaba yo la voz para que llegara al trono de la Divina Eucaristía. "Si en tus decretos inescrutables ¡oh Señor! está escrito que yo haya de ser eternamente desgraciado en el infierno, ¡ojalá y pudiera allí amarte con todas las fuerzas de que soy capaz!".

Y volvía yo á hundirme en el silencio de mi desolación, porque pesaba sobre mí la idea tremenda,

¹ Mac-Carthy. Juicio final.

espantosa, aterradora, de la eternidad infeliz. Me oprimía de un modo que no puedo explicar, el pensamiento formidable de ese "siempre" que jamás acaba; de ese "sin fin," que nunca se comprenderá.

¡Eternidad! Palabra misteriosa que todos oímos, pero que nadie entiende; y lo que es más, porque no queremos entenderte, ¿hasta cuándo sabremos lo que significas? ¡Oh palabra terrible que reservas para los pecadores los horrores del llanto, del terror y de la desolación! Si no eres tú la que me despiertes del sueño de la culpa, si no vienes á estallar como un rayo delante de mis crímenes, mi desgracia es inevitable. ¡Qué cruel, pero qué seguro es caer en la eternidad desgraciada, cuando se dilata la conversión á Dios, cuando se abandona la costumbre de vivir en la vigilancia cristiana, cuando se rompe la perseverancia, esa cadena de oro que une la penitencia con el cielo!

Mis graves temores llegaban á hacerme creer que mi condenación estaba consumada. Entre esos temores y la realidad, sólo existe la misericordia de Dios. "¿Y qué, prorumpí entonces, no me acordaré de la Eucaristía en el abismo de mi desgracia?" Mi espíritu sufría una horrorosa violencia al considerar que los encantadores recuerdos de la Divina Eucaristía, se convertirán, allá en la mansión del dolor y de las tinieblas, en agudas saetas que desgarrarán el corazón.

Me sentía fatigado y rendido en tan aflictiva y desesperante situación. La verdad se había manifestado á mi alma con todos sus resplandores. Mis

pensamientos luchaban entre sí, como las olas del mar embravecido. Cada suspiro que salía de mi corazón iba acompañado de esta pregunta, signo fiel de mi duda, de mi incertidumbre y de mi sobresalto: ¿qué será de mí?

XI

Yo deseaba consuelo. Yo buscaba con ansia dentro de mi corazón algunos fundamentos en los que pudiese colocar la esperanza de salvarme.

Comenzaban ya á despuntar los primeros destellos de la aurora. . . . También en mi alma despuntó una luz Divina que me hizo descubrir estos tres principios necesarios de mi dichoso porvenir. Sí: la sumisión plena y absoluta á la autoridad y á las enseñanzas de la Santa Iglesia Católica, única á quien dió Jesucristo la misión de señalar á sus hijos el camino del cielo; el temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría;¹ y la desconfianza de mí mismo, fundada en la humildad. Grabé entonces, lleno de gozo, en mi memoria, como que reúnen todas las demás, estas tres condiciones, esenciales é infalibles de mi salvación.

Después de haber estado toda la noche combatiendo conmigo mismo, sobre la incertidumbre de mi futuro destino, era necesario, era justo, era consiguiente que mi corazón pusiese á los pies del Salvador la ofrenda de sus afectos. Y no parecía

¹ Eccli, I, 16.

sino que David me había dejado escritas las palabras que en ocasión tan memorable debiera yo dirigir con toda confianza, al Dios de la Eucaristía: "Me he acordado ¡oh Señor! de tu Santo Nombre, durante la noche. . . y me he presentado delante de Tí, y te he suplicado con todo mi corazón, que te apiades de mí. . . . He examinado atentamente mi vida, y he resuelto encaminar mis pasos hacia tu ley. Estoy dispuesto; ya desapareció mi turbación; estoy dispuesto á cumplir tus preceptos. Aunque rodeado hasta ahora de los lazos que me han tendido los pecadores, sin embargo, no he olvidado tu ley. Hacia la mitad de la noche me he dirigido á Tí para tributarte alabanza: me cabe la felicidad de estar unido con todos los que te temen y observan tus mandamientos. Ya que tu misericordia llena la extensión de la tierra, ¡oh Señor! hazme conocer la justicia de tus preceptos."¹

Una influencia misteriosa de amor y de confianza vigorizó mi alma. Yo aprendí desde aquel momento lo que habría de decirme á mí mismo en las íntimas vacilaciones, en las aflictivas borrascas de la incertidumbre: yo deposité en mi corazón, deseoso de estar unido siempre á la voluntad y á la ley Divina, la respuesta que deba darme, cuando la inquietud y el temor me hagan exclamar: *¿qué será de mí?*

Una sola cosa faltaba para que mi espíritu recobrase todas sus fuerzas: que Dios me bendijese. Como en otro tiempo Jacob, después de haber te-

¹ Salm. CXVIII, 55 al 64.

nido con el ángel que Dios le envió, aquella lucha misteriosa que duró hasta aparecer la aurora, le decía con instancia: "no te abandonaré hasta que me hayas dado tu bendición,"¹ así yo no quise separarme del Santuario, hasta obtenerla. No dilató el momento en que la solemne bendición de la Divina Eucaristía descendiese sobre mí. ¡Acto sublime, augusto, indescribible! que nunca he presenciado sin sentir las emociones de un hijo, que, aunque ingrato, recibe las demostraciones del amor paternal. . . .

Y las dulces memorias, y las saludables resoluciones de aquella noche, se renuevan siempre, cuando pregunto: *¿qué será de mí?*

¹ Génesis XXXII, 26.





CONCLUSIÓN.

AL llegar á la última página de este libro, ocurre naturalmente preguntar: ¿está acaso agotado el importante asunto de que se trata?

No. Porque lo infinito es inagotable; porque los sentimientos del corazón, por ignorante que sea, herido en lo más vivo, propenden á una expresión interminable; porque la admiración y la alabanza del mayor de los beneficios que Dios ha hecho, por su bondad, al género humano, jamás podrán circunscribirse á tiempo, ni á forma.

Pero las obras del hombre siempre tienen límite: más dilatado unas veces, otras más próximo. El límite del pequeño trabajo contenido en este libro, no ha sido, sin duda, marcado por la voluntad, sino por la necesidad de ofrecer un nuevo auxilio, aunque sea débil, á la piedad cristiana.

El Augusto Misterio de la Eucaristía nunca será debidamente descrito por la lengua ni por la pluma, ni en aquella parte á que la fe puede gloriarse de alcanzar. Sirvan, empero, las *reflexiones* que anteceden, de desahogo al corazón, y de alguna utilidad á las almas.

Acaso habrá sido comprendido el designio de presentar á la Adorable Eucaristía como el resumen del amor, de la omnipotencia y de las riquezas Divinas; acaso alguna página de este libro se acerque á interpretar los sentimientos del corazón que reconozca en la Eucaristía, la verdad, el amor y la vida.

Todo el secreto de la perfección en la vida moral del hombre, consiste en la idea habitual de lo que Dios ha hecho y hace para nuestro bien. La justicia reclama, siempre que ese secreto no se descubre; y son muchos ¡ay! los que lo ignoran. Para descubrirlo en medio de las sombras del mundo, el camino está en la constante meditación de la Eucaristía. Conviene, pues, para concluir, recordar un hermoso pasaje del Evangelio.

“El día de la Resurrección del Salvador, dos de sus discípulos iban de Jerusalem á la aldea de Emaus, hablando de lo que había pasado, cuando un hombre, al parecer peregrino, se les acercó, siguió con ellos el mismo camino, y les preguntó de

qué hablaban y de qué procedía su tristeza. Uno de los discípulos le respondió: “¿Tú sólo eres forastero en Jerusalem, y no sabes las cosas que han pasado en estos días?” “¿Qué cosas?” dijo el viajero; y ellos repusieron: “De Jesús Nazareno, que fué un Varón Profeta, poderoso en obras y en palabras, delante de Dios y delante del pueblo, y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes, y le condenaron á muerte, y le crucificaron; mas nosotros esperábamos que Él era el que habría de redimir á Israel, y éste es el tercer día después que pasaron esas cosas.”

“Expresando así su desaliento, los discípulos refirieron con el acento de la duda, cómo algunas de las piadosas mujeres que seguían á Jesús, decían que estaba vivo, y lo que también se decía, que su cuerpo no estaba en el sepulcro. Entonces el viajero desconocido les dijo: “¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los Profetas han dicho! Pues qué ¿no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas para que entrase en su gloria?” En seguida, empezando por Moisés, y siguiendo por todos los Profetas, explicóles lo que se ha dicho de Cristo en las Escrituras.”

“Habían llegado cerca del lugar en que tenían que detenerse, y el viajero pareció que quería ir más lejos; pero los discípulos insistieron en que se quedara, diciéndole: Quédate con nosotros, porque ya se acaba la tarde. Entró, pues, con ellos, y con ellos se sentó á la mesa; pero mientras allí estaban, cogió el pan, lo bendijo, y, habiéndolo par-

tido, se los presentó. En aquel momento los ojos de los discípulos se abrieron y reconocieron al Señor; pero el Señor desapareció, y se dijeron uno á otro: “¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba, y nos explicaba las Escrituras?”¹

III

La preciosa suma de instrucción que encierra este notable suceso (digno de glorioso recuerdo por haber sido la vez única en que el Salvador, ya resucitado, distribuyó por sí mismo la Divina Eucaristía), solamente se conocerá por las inteligencias dóciles que cifran toda su esperanza en las promesas del cielo.

La palabra de Dios es en extremo ardiente; y los que sirven á Dios, la aman sin cesar.² Con razón son felices los que la oyen; y más felices aún, los que saben ponerla en práctica.³ Sobre la tierra debe arder el fuego sagrado traído por el Salvador: esta es su voluntad.⁴ Cualquiera otro fuego es impuro, y debe apagarse en presencia del fuego que la palabra de Dios comunica á las almas.

Los hijos de la Santa Iglesia oyen, como los discípulos que iban á Emaus, la doctrina de la verdad.

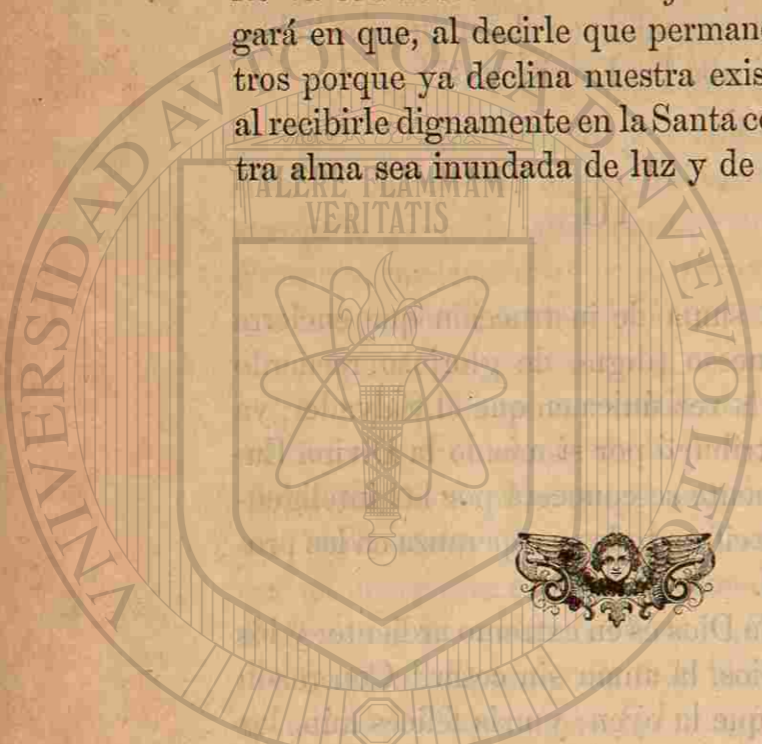
¹ San Lucas, XXIV, 13 y siguientes.

² Salm. CXIII, 140.

³ San Lucas, XI, 28.

⁴ Idem XII, 49.

¡ Ah! Día llegará en que, á fuerza de oír hablar de la Divina Eucaristía, se encienda en los corazones el amor á Jesucristo. El Salvador en este Misterio va con nosotros en el viaje de la vida: día llegará en que, al decirle que permanezca con nosotros porque ya declina nuestra existencia mortal, al recibirle dignamente en la Santa comunión, nuestra alma sea inundada de luz y de alegría.

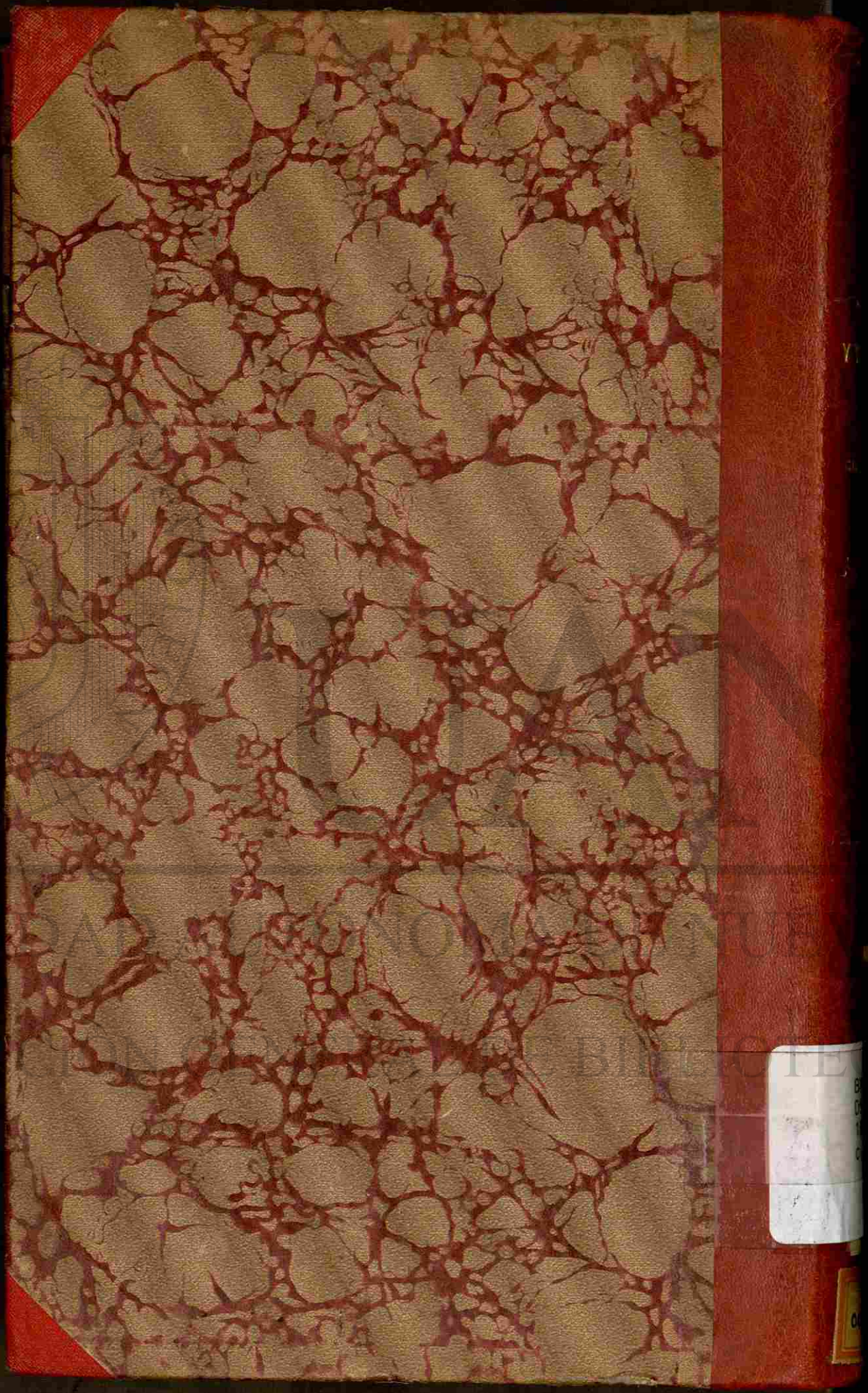


ADVERTENCIA.

Este libro no podrá reimprimirse sin permiso del autor.

ÍNDICE

	Páginas
INTRODUCCIÓN.....	7
REFLEXIÓN I. La Última Cena.....	13
» II. El Sacrificio.....	28
» III. El Día y la Noche.....	41
» IV. El Triunfo.....	54
» V. La Tempestad.....	73
» VI. La Visita.....	85
» VII. El Olvido.....	101
» VIII. El Hambre y la Sed.....	113
» IX. La Bienvenida.....	128
» X. La Amistad.....	145
» XI. El Corazón de Jesús.....	164
» XII. La Caridad y el Sufrimiento.....	174
» XIII. La Incesante Adoración.....	193
» XIV. La Epifanía.....	204
» XV. El Desagravio.....	220
» XVI. El Único Recurso.....	241
» XVII. La Íntima Comunicación.....	255
» XVIII. María y la Eucaristía.....	265
» XIX. La Verdadera Felicidad.....	285
» XX. Los Gemidos del Arpa.....	299
» XXI. ¿Qué será de mí?.....	324
CONCLUSIÓN.....	350



U
C
TE
B
C
1
C

C